

LA LUZ DE LA VERDAD

AMALIA DOMINGO SOLER

**LA LUZ
DE LA
VERDAD**

DITRIBUIDO GRATUITAMENTE

La recopilación y selección de estos escritos, verdadero tesoro de Luz Espiritual, es un trabajo exclusivamente realizado por el **Centro Espírita “La Luz del Camino”**.

Todos los componentes de este Centro y nadie más que ellos, han participado en la elaboración de este trabajo, uno de los más importantes realizados hasta ahora para la divulgación del Espiritismo en el mundo.

Trabajo que no habríamos podido realizar nunca, sin la dirección, inspiración y ayuda de este gran Espíritu de Luz, trabajador incansable en la divulgación del Espiritismo, **Amalia Domingo Soler**.

Mi reconocimiento y agradecimiento a los hermanos que han aportado alguna ayuda, para la financiación de este libro y que en un gesto de admirable humildad, no han querido que se mencione su nombre.

Queda libre la impresión y traducción de esta obra a cualquier idioma, con el riguroso compromiso de no alterar nada de sus texto y remitir dos ejemplares a:

JOSÉ ANIORTE ALCARÁZ
Centro Espírita “La Luz del Camino”
C/ Cádiz nº 13 bis, Urbanización Montepinar
Orihuela (Alicante) 03300
España

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

PRESENTACIÓN

El día que se aprende algo, es un día de sol en la noche de la ignorancia.

Por eso los hombres más grandes y los sabios más profundos, al llegar al desarrollo religioso, todos caen en el fondo de la sima; no hay ninguno que se salve de la caída del ridículo.

Por esto las escuelas científicas se han engrandecido y Darwin, con su evolución eterna, tiene tantos adeptos. Yo soy darwinista a mi modo, acepto el progreso de mi Espíritu desde el fondo del átomo, pasando por todas las transformaciones hasta adquirir lo que hoy poseo; memoria, entendimiento y voluntad.

Dice la ciencia, y yo lo creo, que hay una distancia inconmensurable, distancia que aún no puede medir el ser humano, desde el animal hasta el hombre. Yo por supuesto, no puedo medirla; mi inteligencia no puede penetrar en la noche de los siglos que habrá necesitado el Espíritu para adquirir su individualidad, para sentir, para querer, para soñar y para subir a la altura en que hoy se encuentra.

Yo creo en Dios, pero no en los paraísos ganados con dinero, ni en los infiernos con sus penas eternas; no en la primera pareja humana, sino en la evolución incesante de algo que no tiene nombre apropiado en nuestro lenguaje; durante su trabajo de transformación hasta llegar a construirse un aparato que se llama cuerpo humano en este mundo, con el cual el Espíritu realiza trabajos asombrosos, haciéndose dueño paulatinamente de su patrimonio, que es inmenso, porque tiene el infinito para progresar.

Los espiritistas verdaderos, los que creemos en el progreso del Espíritu, en la pluralidad de mundos, y en la pluralidad de existencias del alma, estamos completamente convencidos de que el hombre aún es un ser primitivo en el Universo, porque si así no fuese, si nuestro Espíritu tuviese más lucidez, tendríamos más ternura en nuestro corazón, y no estaríamos obligados a vivir en un mundo, donde aún se paga a un hombre para que a sangre fría mate a sus semejantes.

Nos creemos muy pequeños cuando aún somos obligados a vivir en un planeta tan inferior. No nos creemos sabios los espiritistas, pero estamos muy agradecidos a la Providencia Divina porque hemos visto un rayo de luz, porque sabemos y estamos convencidos que Dios da a cada uno según sus obras.

El Espiritismo no ha venido a pronunciar la última palabra ni en ciencia ni en religión. Resistirá siempre a sus opositores, y las humanidades verán que es religioso y racionalista. Seguirá encontrando dificultades y avanzará entre ellas, pero no se detendrá, seguirá a través de los siglos su eterno viaje.

El Espiritismo no quiere catedrales ni riquezas, ni poder, sólo quiere el progreso en todas las esferas sociales. También anuncia que Dios es el padre de todos los seres vivientes, es la bondad infinita y la justicia absoluta, y que ninguno de sus hijos será jamás excluidos de su amorosa providencia.

Creemos que Dios no exige que el hombre profese una determinada religión, sino que sea humilde y bueno, y sobre todo que ame a su prójimo como a sí mismo. También creemos que de entre todos los Espíritus mandados a la Tierra en misión Divina, Jesús, fundador del cristianismo, es quien ha enseñado la moral más pura; viviendo y practicando todos sus enseñamientos, Él nos enseña el único camino a seguir para conseguir nuestra redención espiritual. Indudablemente es el Espíritu de más elevación que hay en este Planeta.

El Espiritismo nos dice que fuera de la caridad no hay salvación; aconseja al hombre que estudie, que no se conforme con la aparente muerte del cuerpo, que la vida continúa más allá de la tumba, que el Espíritu siente, piensa y quiere, sin perder en el transcurso de los milenios su eterna individualidad. También nos enseña y nuestra razón nos dice, que tiene que haber otra vida después de esta, que estos adelantos prematuros, que estos tardíos progresos y que estos salvajes instintos que se observan en los hombres que pueblan la Tierra, tienen que venir de otros puntos, porque en una sola existencia es imposible tanto desarrollo intelectual y moral en unos, y tanta perversidad en otros, así como no es posible hacer un buen hombre de un degenerado. Algo tiene que haber en nosotros que sobreviva al cuerpo, porque si no fuese así, como consecuencia lógica se negaría la existencia de Dios. Por esto encontramos en esa naturaleza Divina, la verdadera causa de todas las cosas que en la naturaleza vemos continuamente reproducidas.

¡Qué desarmonía existe entre las verdades científicas y las fábulas religiosas! Por esto en el Espiritismo que es el racionalismo religioso, encontramos algo más grande y más convincente de acuerdo con el progreso indefinido de la humanidad y la Omnipotencia de Dios.

Estamos convencidos que los grandes sufrimientos son el resultado de los grandes crímenes y la Creación es un libro en blanco en cuyas páginas vamos escribiendo nuestras historias a través de innumerables siglos; y siempre al final de cada página vemos escritos con caracteres luminosos una palabra que dice: Continuará.

La religión nació con el hombre y el hombre nació con la religión; pero dueño el Espíritu de su libre albedrío, cuando entró de lleno en la vida, cuando abandonó las selvas, formó la tribu y levantó viviendas; cuando las pasiones se despertaron en su pecho y la codicia hizo nido en su corazón, entonces la religión íntima, la religión del alma fue una carga muy pesada para él.

La voz de la conciencia no dejaba dormir al hombre, y él no podía renunciar a sus placeres y ambiciones, entonces fue cuando los hombres crearon religiones apropiadas a sus deseos y necesidades, con un Dios al parecer de paz, pero un Dios pequeño que se contenta con ofrendas de más o menos valía.

Las religiones son un tamiz hecho a gusto de los hombres, por el cual pasan las debilidades y los crímenes, según conviene para la explotación de la vida.

La religión verdadera cuenta con pocos adeptos y el Dios de la justicia no tiene muchos adoradores.

LA LUZ DE LA VERDAD

Religión no es cuestión de nombre, es cuestión de práctica y la práctica del bien pueden hacerla todos los habitantes de este planeta, sea cual fuere su creencia y el ídolo de su fe. Es necesario trabajar en el perfeccionamiento propio, y al mismo tiempo en el ajeno. Es necesario amar para ser amado, compadecer para ser compadecido y ser generoso para encontrar hospitalidad.

La ley de Dios no es más que una, cada cual recoge la cosecha que se merece, la injusticia no existe, Dios es lo exacto; el llanto se hizo en la Tierra para regar la senda de la expiación; para el alma que desea saber, nunca la verdad está oculta, y vale más llorar conociendo que reír sin conocer, vale más un consuelo que una fortuna, la fortuna embriaga, el consuelo fortalece, y un consuelo encontrarás estudiando el Espiritismo, porque verás la luz del pasado entre las densas brumas del presente. Los espíritus nos dicen, porqué el ciego perdió la luz de sus ojos, porqué se quedó el tullido sin agilidad en sus miembros y porqué el idiota carece de inteligencia.

Esta ley eterna de la investigación y del trabajo, es la gran riqueza del Espíritu, porque no hay tarea estéril ni análisis inútil, todas las obras realizadas quedan acumuladas para ir formando su historia, y poder claramente distinguir el trigo de la cizaña.

El Espíritu viene a este planeta a trabajar, a luchar, a cumplir su misión o a sufrir la penalidad de una horrible expiación, y las leyes de Dios son inmutables.

El Universo es una escuela eterna, el juicio final no llegará nunca para los espíritus, éstos reunirán los huesos del pasado para formar con ellos el progreso del futuro.

Dios es la última expresión matemática y la última cantidad nadie podrá escribirla porque no hay números suficientes.

¡Dios... es la eterna incógnita del Más Allá!

Para acabar, quiero dar las gracias una vez más a este Espíritu de luz, que me ha inspirado para que yo desde mi pequeñez fuese el instrumento de la mayor campaña divulgativa realizada hasta ahora, para dar a conocer en España y en todos los países de América sus escritos, verdadero tesoro de luz que nuestra querida Amalia nos dejó para que fuesen publicados en su debido momento y de forma gratuita para que pudiesen llegar a las manos de los más necesitados.

Me siento inmensamente feliz, porque en medio de mi expiación he podido ser útil a una fracción de la humanidad, la más necesitada de instrucción, educación y consuelo.

Amalia, Espíritu amigo, te quiero y te estaré eternamente agradecido por todo el bien que me has proporcionado.

Que Dios te siga iluminando y que a mí me conceda un día... la felicidad de verte y abrazarte.

JOSÉ ANIORTE ALCARAZ

INTRODUCCIÓN

CÓMO PRACTICAR LA MEDIUMNIDAD

Los médiums han recibido de Dios un don gratuito, que consiste en ser los intérpretes de los espíritus para la instrucción de los hombres, para enseñarles el camino del bien y conducirles a la fe y no para vender palabras que no les pertenecen, porque no son producto de sus conocimientos ni de sus investigaciones, ni de su trabajo personal, Dios quiere que la luz llegue a todo el mundo y no quiere que el más pobre quede desheredado y pueda decir: no tengo fe porque no he podido pagarla. Por esta razón la mediumnidad no es un privilegio, es un compromiso y se halla en todas partes, y el que la desvía de su objetivo principal, asume una gran responsabilidad.

El que conozca un poco las condiciones en que se comunican los buenos espíritus, debe saber que ellos se alejan con mucha facilidad de todo aquél que tiene un interés particular, siendo egoísta y orgulloso. Los espíritus superiores no están a disposición del primero que los llame; para que ellos se manifiesten, tiene que haber una razón seria y sobre todo que el médium reúna las cualidades necesarias; la humildad es la más importante de todas ellas. Hay médiums que convencidos de su superioridad dicen: yo no cobro ni acepto nada por ejercer mi facultad, sin darse cuenta de que están cobrando un precio muy alto a través del orgullo y la vanidad, disimulados por una falsa humildad.

Los espíritus ligeros, mentirosos, traviesos y toda la corte de espíritus inferiores, muy poco escrupulosos, vienen siempre a responder y están dispuestos para todo lo que se les pregunte, sin que les dé ningún cuidado mentir. Muchas veces abusan de la credulidad y buena fe de los médiums que por falta de cultura espírita, aceptan cualquier manifestación por increíble que ésta sea. Estos espíritus toman sin ningún reparo nombres venerados como, el de Jesús, la Virgen, los Apóstoles y el de esos espíritus de gran elevación que dirigen el movimiento espírita mundial. Cuando consiguen engañar a uno de estos médiums o entorpecer el trabajo de algún Centro, gozan y se ríen sin ningún respeto, disfrutando por haber conseguido su objetivo.

Dios permite que esto suceda para poner a prueba nuestra humildad y nuestra capacidad de pensar y distinguir lo correcto de lo incorrecto. Deberíamos preguntarnos: ¿Qué méritos tengo yo para que un Espíritu de gran elevación venga a comunicarse conmigo? ¿Qué trabajo importante estoy yo realizando para que éste me dedique su tiempo? ¿Qué mensaje pueden transmitirme que no esté en esos cientos de buenos libros espíritas que ya están publicados?. Y por fin, ¿Por qué esos médiums conocidos mundialmente por su elevación y por la importancia del trabajo que realizan dentro del mundo espírita, no reciben esas comunicaciones, y sí las voy a recibir yo?. El buen sentido me dice que debo rechazarlas, y Allan Kardec nos dice: no os dejéis engañar, es mejor rechazar nueve verdades que aceptar una mentira.

La primera condición para ser un buen médium; es como ya hemos dicho, la humildad, consagración, abnegación y el desinterés moral y material más absoluto.

Al lado de la cuestión moral se presenta una consideración afectiva, no menos importante, que tiene relación con la misma naturaleza de la facultad. La mediumnidad seria no puede ser nunca una profesión, porque sería desacreditada moralmente y muy pronto, similar a la de los que dicen la buenaventura.

La mediumnidad curativa es una de las más elevadas y el médium de cura, sólo transmite el fluido de los buenos espíritus, y por lo tanto no tiene derecho a venderlo ni hacer mal uso de este fluido. El médico tiene su carrera, conseguida con unos estudios, que ha realizado con muchos sacrificios, a menudo muy penosos, por lo que puede poner precio a sus facultades para vivir de ellas. Los espíritus no vienen a competir con los médicos, no quieren quitarles su trabajo ni su forma de vida. Los médiums de cura deben utilizar su facultad para enfermos desahuciados por la ciencia médica o aquellos otros que no tienen posibilidades de ser tratados por ella.

Así, pues, el que no tenga de qué vivir, que busque recursos por otra parte y no en la mediumnidad; que dedique a este ejercicio sólo el tiempo que tenga disponible, después de haber realizado el trabajo material necesario para vivir. Los buenos espíritus ya tomarán en cuenta su dedicación y sacrificios, mientras que se retirarán de todos los que hacen de esta facultad un medio para vivir o engrandecerse.

Los médiums interesados no son únicamente aquellos que puedan exigir una retribución; el interés no se traduce siempre por la esperanza de una ganancia material, sino por las miras ambiciosas de toda clase, sobre las cuales se pueden fundar esperanzas personales; éste es también un mal paso del que saben muy bien aprovecharse los espíritus burlones, con una destreza y una falta de escrúpulos verdaderamente notables, convenciendo con engañosas ilusiones a los que de este modo se ponen bajo su dependencia.

En resumen, la mediumnidad es una facultad dada para el bien, y los buenos espíritus se alejan de cualquiera que pretenda utilizarla para conseguir cualquier cosa que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios.

El egoísmo es una plaga de esta humanidad, y los buenos espíritus la combaten. Esto es tan racional que sería inútil insistir más sobre este punto.

JOSÉ ANIORTE ALCARAZ

PRÓLOGO

1. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. – Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. – Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. 5, 6 y 10).

2. Bienaventurados seréis vosotros, los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis vosotros, los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Felices seréis vosotros, los que ahora lloráis, porque reiréis. (San Lucas, cap. VI, v 20 y 21).

Mas, ¡Ay de vosotros, ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque seréis reducidos al llanto y a las lágrimas. (San Lucas, cap. VI, v 24 y 25).

JUSTICIA DE LAS AFLICCIONES

La compensación que Jesús promete a los afligidos de la Tierra, no puede tener lugar sino en la vida futura; sin la seguridad del porvenir, esas máximas no tendrían sentido, o serían, mejor dicho, un engaño. Aún con esta certeza difícilmente se comprende la utilidad de sufrir para ser feliz. Se dice que se hace para tener más mérito; pero entonces se pregunta uno: ¿Por qué los unos sufren más que los otros? ¿Por qué los unos nacen en la miseria y los otros en la opulencia, sin haber hecho nada para justificar esta posición? ¿Por qué a los unos nada les sale bien, mientras a los otros todo parece sonreírles? Pero lo que aún se comprende menos es el ver los bienes y los males tan desigualmente distribuidos entre el vicio y la virtud, y ver a los hombres virtuosos sufrir al lado de los malos que prosperan. La fe en el porvenir puede consolar y hacer que se tenga paciencia; pero no explica esas anomalías que parecen desmentir la justicia de Dios.

Sin embargo, desde que se admite a Dios no se le puede concebir sin que sea infinito en perfecciones; debe ser todo poder, todo justicia, todo bondad, sin lo cual no sería Dios. Si Dios es soberanamente bueno y justo, no puede obrar por capricho ni con parcialidad. Las vicisitudes de la vida tienen, pues, una causa, y puesto que Dios es justo, esta causa debe ser justa. Todos deben penetrarse de esto. Dios ha puesto a los hombres en el camino que conduce a esta causa por medio de la enseñanza de Jesús, y juzgándoles hoy en buena disposición para comprenderla, se revela completa por medio del Espiritismo, es decir, por la voz de los Espíritus.

Las vicisitudes de la vida son de dos clases, o si se quiere, tiene dos orígenes muy diferentes que conviene distinguir: las una tienen la causa en la vida presente, y las otras fuera de esta vida.

LA LUZ DE LA VERDAD

Remontándonos al origen de los males terrestres, se reconocerá que muchos son la consecuencia natural del carácter y de la conducta de aquellos que los sufren.

¡Cuántos hombres caen por su propia falta! -¡Cuántos son víctimas de su imprevisión, de su orgullo y de su ambición!

¡Cuántas personas arruinadas por la falta de orden, de perseverancia o por no haber sabido limitar sus deseos!

¡Cuántas uniones infelices, porque solo son cálculo del interés o de la vanidad, y en las que nada entra el corazón!

¡Cuántas disensiones y querellas funestas se hubieran podido evitar con más moderación y menos susceptibilidad!

¡Cuántos males y enfermedades son consecuencia de la intemperancia y de los excesos de todas clases!

¡Cuántos padres son desgraciados por sus hijos porque no combatieron las malas tendencias de éstos en su principio! Por debilidad o indiferencia han dejado desarrollar en ellos los gérmenes del orgullo, del egoísmo y de la torpe vanidad que secan el corazón, y más tarde, recogiendo lo que sembraron, se admiran y se afligen de su falta de diferencia y de su ingratitude.

Pregunten fríamente a conciencia a todos aquéllos que tienen herido el corazón por las vicisitudes y desengaños de la vida; remóntense paso a paso al origen de los males que les afligen, y verán como casi siempre podrán decirse: si yo hubiese o no hubiese hecho tal cosa, no me encontraría en tal posición.

¿A quién debe, pues, culpase de todas estas aflicciones, sino a sí mismo? Así es como el hombre, en gran número de casos, es hacedor de sus propios infortunios, pero en vez de reconocerlo, encuentra más sencillo y menos humillante para su vanidad, acusar a la suerte, a la Providencia, a la falta de oportunidades, a su mala estrella, siendo así que la mala estrella es su incuria.

Los males de esta clase seguramente forman un contingente muy notable en las vicisitudes de la vida; pero el hombre los evitará cuando trabaje para su mejoramiento moral tanto como para su mejoramiento intelectual.

La ley humana alcanza a ciertas faltas y las castiga; el condenado puedes pues, decir que sufre la consecuencia de lo que ha hecho; pero la ley no alcanza ni puede alcanzar a todas las faltas; castiga más especialmente aquellas que causan perjuicio a la sociedad y no aquellas que sólo dañan a los que las cometen. Sin embargo, Dios quiere el progreso de todas las criaturas; por esto no deja impune ningún desvío del camino recto; no hay una sola falta, por ligera que sea,, una sola infección a su ley, que no tenga consecuencias forzosas e inevitables, más o menos desagradables; de donde se sigue que, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, el hombre es siempre castigado por donde ha pecado. Los sufrimientos, que son su consecuencia, le advierten e que ha obrado mal, le sirven de experiencia, le hacen sentir la diferencia del bien y del mal y la necesidad de mejorarse para evitar en lo sucesivo, lo que ha sido para él origen de pesares; sin esto no hubiera tenido ningún motivo para

corregirse; confiando en la impunidad, retardaría su adelanto, y por consiguiente su felicidad futura.

Pero la experiencia viene un poco tarde, cuando la vida está gastada y turbada, cuando las fuerzas están debilitadas y cuando el mal no tiene remedio. Entonces el hombre se pone a decir: si al principio de la vida hubiese sabido lo que sé ahora, ¿Cuántos pasos falsos hubiera evitado! ¡Si tuviera que recomenzar, me conduciría de muy distinto modo, pero ya no ay tiempo! Así como el operario perezoso dice: he perdido mi día; él también dice: he perdido mi vida; pero así como para el obrero el sol sale al día siguiente y empieza un nuevo día que le permite reparar el tiempo perdido, también para él, después de la noche de la tumba, resplandecerá el sol de una nueva vida en la que podrá valerle la experiencia del pasado y sus buenas resoluciones para el porvenir.

Pero si bien hay males cuya primera causa es el hombre en esta vida, hay otras a los que es extraño enteramente, al menos en apariencia, y que parecen herirle como por una fatalidad. Tal es, por ejemplo, la pérdida de los seres queridos y de los que son el sostén de la familia; tales son también los accidentes que ninguna previsión puede evitar; los reveses de la fortuna que burlan todas las medidas de la prudencia; las plagas naturales, las dolencias de nacimiento, particularmente aquellas que quitan al infeliz los medios de ganarse la vida con su trabajo, las deformidades, el idiotismo, la imbecilidad, etc.

Los que nacen en semejante condiciones, seguramente no han hecho nada en esta vida para merecer una suerte tan triste, sin compensación y que no podían evitar; que están en la imposibilidad de cambiarla por sí mismo y que les deja a merced de la conmisericordia pública. ¿Por qué pues, tantos seres infelices, mientras que a su lado, bajo un mismo techo, en la misma familia, hay otros favorecidos en todos los conceptos?

¿Qué diremos, en fin, de esos que mueren en edad temprana y que no conocieron de la vida más que el sufrimiento? Problemas que ninguna filosofía ha podido aún resolver, anomalías que ninguna religión ha podido justificar y que serían la negación de la bondad, de la justicia y de la providencia de Dios, en la hipótesis de que el alma es creada al mismo tiempo que el cuerpo, y que su suerte está irrevocablemente fijada después de una estancia de algunos instantes en la Tierra. ¿Qué han hecho esas almas que acaban de salir de las manos del Creador para sufrir tantas miserias en este mundo, y para merecer en el porvenir una recompensa o un castigo cualquiera, cuando no han podido hacer ni bien ni mal?

Sin Embargo, en virtud del axioma de que todo efecto tiene una causa, esas miserias son efectos que deben tener una causa; y desde el momento en que admitamos un Dios justo, esa causa debe ser justa, luego, precediendo siempre la causa al efecto, y puesto que aquélla no está en la vida actual, debe ser anterior a esta vida, es decir, pertenecer a una existencia precedente. Por otra parte, no pudiendo Dios castigar por el bien que se ha hecho ni por el mal que se ha hecho, si somos castigados, es que hemos hecho mal, si no lo hemos hecho en esta vida,

lo habremos hecho en otra. Esta es una alternativa de la que es imposible evadirse, y en la que la lógica dice de qué parte está la justicia de Dios.

El hombre pues, no es castigado siempre o completamente castigado, en su existencia presente; pero nunca se evade a las consecuencias de sus faltas. La prosperidad del malo sólo es momentánea y si no se expía hoy, expiará mañana, mientras que el que sufre, sufre por expiación de su pasado. La infelicidad que en un principio parece inmerecida, tiene su razón de ser, y el que puede decir siempre: "Perdóname Señor, porque he pecado".

Los sufrimientos por causas anteriores, son, a menudo, como los de las faltas actuales, consecuencia natural de la falta cometida; es decir, que por una justicia distributiva y rigurosa, el hombre sufre lo que ha hecho sufrir a los otros; si ha sido duro e inhumano, podrá a su vez ser tratado con dureza y con inhumanidad; si ha sido orgulloso, podrá nacer en una condición humillante; si ha sido avaro y egoísta, o si ha hecho mal uso de su fortuna, podrá carecer de lo necesario; si ha sido mal hijo, los suyos le harán sufrir, etc.

Así es como se explican, por la pluralidad de existencias y por el destino de la Tierra como mundo expiatorio, las anomalías que presenta la repartición de la felicidad y la infelicidad entre los buenos y los malos en la Tierra. Esta anomalía sólo existe en apariencia, porque se toma su punto de vista desde la vida presente; pero si no se eleva con el pensamiento de modo que pueda abrazar una serie de existencias, verá que a cada uno se le ha dado la parte que merece, sin perjuicio de la que se le señala en el mundo de los espíritus, y que la justicia de Dios jamás se interrumpe.

El hombre nunca debe perder de vista que se halla en un mundo inferior, donde sólo permanece por sus imperfecciones. A cada vicisitudes debe decirse que si perteneciera a un mundo más adelantado, no le sucedería esto, y que de él depende el no volver aquí trabajando para su mejoramiento.

Las tribulaciones de la vida puede ser impuesta a espíritus endurecidos o demasiados ignorantes para hacer una elección con conocimiento de causa; pero son elegidas libremente y aceptadas por los espíritus arrepentidos que quieren reparar el mal que han hecho y acostumbrarse a obrar mejor. Lo mismo sucede con el que, habiendo cumplido mal su tarea, pide que se le deje empezar de nuevo para no perder el beneficio de su trabajo. Estas tribulaciones son pues, a la vez, expiaciones por el pasado que castigan y pruebas para el porvenir que preparan. Demos gracias a Dios porque en su bondad concede al hombre, la facultad de la reparación y no lo condena irrevocablemente por una primera falta.

Tampoco debe creerse que toso el sufrimiento en la Tierra sea necesariamente indicio de una falta determinada; a menudo son simples pruebas elegidas por el Espíritu para acabar su purificación y activar su adelantamiento. Así es que la expiación sirve siempre de pruebas, pero la prueba no es siempre una expiación; mas pruebas o expiaciones son siempre señales de una inferioridad relativa, porque el

que es perfecto no tiene necesidad de ser probado. Un Espíritu puede pues, haber adquirido cierto grado de elevación, pero queriendo aún adelantar más, solicita una misión, una tarea que cumplir, por lo que será tanto más recompensado si sale victorioso, cuanto más penosa haya sido la lucha. Tales son, especialmente, esas personas de instintos naturalmente buenos, de alma elevada, de nobles sentimientos innatos, que parece que nada trajeron de malo de su existencia precedente, y que sufre con una resignación muy cristiana los más grandes dolores, pidiendo a Dios sobrellevarlos sin murmurar. Por el contrario, se pueden considerar como expiaciones las aflicciones que excitan la murmuración y conducen al hombre a rebelarse contra Dios.

El sufrimiento que no excita murmuraciones, sin duda, puede ser una expiación; pero bien indica que ha sido escogida voluntariamente y no impuesta, y la prueba de una fuerte resolución, lo que es señal de progreso.

Los espíritus no pueden aspirar a la perfecta felicidad sino cuando son puros; toda mancha les cierra la entrada de los mundos dichosos. Lo mismo sucede a los pasajeros de una embarcación infestada por la peste, a los que les está prohibido entrar en la ciudad hasta que se hayan purificado. Los espíritus se despojan poco a poco de sus imperfecciones en sus diversas existencias corporales. Las pruebas de la vida perfeccionan cuando se sobrellevan bien; como expiaciones, borran las faltas y purifican; es el remedio que limpia la llaga y cura al enfermo; cuanto más grave es el mal, más enérgico debe ser el remedio. El que sufre mucho debe decir que tenía mucho que expiar, y alegrarse de curar bien pronto; depende de él hacer este sufrimiento provechoso con su resignación y no perder el fruto con sus murmuraciones, pues no haciéndolo así, tendría que empezar de nuevo.

Con estas palabras: “Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados”, Jesús indica al mismo tiempo la compensación que espera a los que sufren, y la resignación que hace bendecir el sufrimiento como prelude de la curación.

Estas palabras también pueden traducirse de este modo: vosotros debéis considerarse felices sufriendo, porque vuestros dolores en este mundo, son deudas de vuestras faltas pasadas, y esos dolores sufridos con paciencia en la Tierra os ahorran siglos de sufrimiento en la vida futura. Debéis pues, teneros por felices, viendo que Dios reduce vuestra deuda, permitiéndoos que la paguéis ahora,, lo que os asegurará la tranquilidad para el porvenir.

El hombre que sufre se parece a un deudor que debe una fuerte cantidad y a quien su acreedor dice: “Si hoy mismo me pagáis la centésima parte, os perdono el resto; quedaréis libre; si no lo hacéis, os perseguiré hasta que hayáis pagado el último céntimo”. ¿No sería feliz el deudor, aún cuando sufriese toda clase de privaciones para librarse, pagando solamente la centésima parte de lo que debe? En vez de quejarse de su acreedor. ¿No le daría las gracias?

Tal es el sentido de estas palabras: Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados”; son felices porque pagan la deuda, y después de pagar, quedarán libres. Pero si pagando por un

lado, se contrae nuevas deudas por el otro, nunca se llegará al saldo. Cada nueva falta aumenta la deuda, porque no hay una sola, cualquiera que sea, que no lleve consigo su castigo forzoso, inevitable; si no es hoy, será mañana, y si no en esta vida, será en otra. Entre estas faltas debería ponerse en primer lugar el defecto de sumisión a la voluntad de Dios; pues si en las aflicciones se murmura, si no se aceptan con resignación y como cosa que ha debido merecerse, si se acusa a Dios de injusto, se contrae una deuda nueva que hace perder el beneficio que podría esperarse del sufrimiento; por esto será preciso empezar de nuevo, absolutamente como si a un acreedor que os atormenta, le dais cantidades a cuenta, y cada vez le pedís prestado de nuevo.

A su entra en el mundo de los espíritus, el hombre es semejante también al obrero que se presenta el día de la paga. A los unos el amo les dirá: “Aquí tenéis el precio de vuestros jornales”; a los otros, a los felices de la Tierra, a los que hayan vivido en la ociosidad, a los que hayan cifrado su felicidad en la satisfacción del amor propio y los goces mundanos, les dirá: “Nada hay para vosotros, porque habéis recibido vuestro salario en la Tierra. Id y empezad de nuevo vuestra tarea”.

El hombre puede aliviar o aumentar las amarguras de sus pruebas según el modo como considere la vida terrestre. Sufre tanto más, cuanto más larga ve la duración del sufrimiento; así, pues, el que se coloca en el punto de vista de la vida espiritual, abraza de una sola ojeada la vida corporal; la ve como un punto en el infinito, comprende su corta duración, y dice que ese momento penoso pasa muy pronto; la certeza de un porvenir próximo más feliz le sostiene y le anima, y en lugar de quejarse, da gracias al cielo por los dolores que le hacen y le anima, y en lugar de quejarse, da gracias al cielo por los dolores que le hacen adelantar. Para el que sólo ve la vida corporal, por el contrario, ésta le parece interminable, y el dolor pesa sobre él con toda su fuerza.

Extraído del libro “El Evangelio según el Espiritismo”

CAPÍTULO I

LA CARIDAD

El anciano Turiri, príncipe de Bagdad, era muy rico, muy sabio, y pasaba por eminentemente virtuoso. En su palacio, donde los mármoles y los metales preciosos imitaban con sus cincelados, los árboles y las flores.

En sus jardines, donde las flores y los árboles imitaban con su esplendor los metales y las pedrerías.

Mantenia a hermosas mujeres, exigiéndoles tan solo que fueran bellas y estuviesen primorosamente ataviadas, y no se incomodaba con ellas aunque fuesen necias o caprichosas. Mantenia a varios poetas, pidiéndoles tan solo que escribiesen versos y canciones cuando les viniera en talante, y no se incomodaba con ellos cuando sus poesías no eran buenas. Mantenia a buen número de filósofos pidiéndoles tan solo que discurriesen con él sobre la naturaleza de Dios y el origen del mundo, y no se incomodaba con ellos cuando por casualidad desatinaban.

Una mañana de primavera Turiri se paseaba por la calle principal de Bagdad.

Las pirámides de naranjas y los montones de rosas, de que estaban atestados los puestos de los vendedores, el hormigueo de las chaquetillas y trajes azules, rojos y verdes se destacaban brillantemente sobre la blancura de la calle, perfumadas magnolias asomaban por encima de los muros de los patios, y el agua corría con grato murmullo en los pilones de las fuentes. Y las jóvenes parecían frescas flores que exhalaban sutilísimo aroma. Y a causa de aquellos perfumes, de aquellos colores y de aquella alegría penetrante, el sabio Turiri sentía remozarse su viejo cuerpo, recordaba con placer días pasados, no veía ninguna objeción grave a la existencia del mundo tal como es, y no estaba lejos de creer que la vida es buena.

Dijo casi en voz alta:

¡Qué grato calor y qué hermoso sol!

Encontró a una niña de cinco años, linda rubia y sonrosada, vestida con una camiseta. Muy seria, y con el dedo en la boca, la niña le miraba por entre los mechones de sus dorados cabellos, y parecía admirar mucho la gran barba de Turiri, o tal vez las bestias misteriosas bordadas en su manto.

Y porque era bonita, Turiri se inclinó hacia ella, la besó y puso en su manecita una moneda de oro.

Luego encontró a un niño de unos diez años. El chico era feo, iba cubierto de andrajos, tenía el rostro lleno de pecas hasta la punta de su arremangada nariz, y sus ojos sin transparencia se asemejaban al agua sucia. Tendía la mano y con voz chillona, como quien recita una lección pensando en otra cosa, refería que su madre estaba en cama,

que tenía siete hermanitos y que hacía tres días que no había comido. Turiri frunció el ceño y le dio una moneda de oro.

Veinte pasos más allá vio a un viejo mendigo, con el espinazo doblado, sucio, harapiento y el aspecto de un perro apaleado. Su barba era amarilla como el cáñamo mal lavado, y sus ojos encarnados y sin pestañas se parecían a las grietas que se abren en los higos demasiado maduros. Con voz ronca y silbante como un fuelle roto, lentamente y sin interrupción, volviendo a empezar tan pronto había concluido, decía: Tened piedad de un pobre hombre que no puede trabajar. El señor Ormuz os recompensará. Y del fétido aliento de su súplica se escapaban los vapores de las bebidas fermentadas.

Turiri le alargó una moneda de plata, pero de tan lejos que la moneda cayó al suelo, el viejo mendigo se arrodilló trabajosamente para recogerla.

Un instante después Turiri encontró a una mujer de la que no hubiera podido decirse si era joven o vieja, y que llevaba en brazos a un recién nacido con la cabeza llena de sarpullido y de úlceras. Humilde como el polvo de los caminos, tan encorvada que no se le veían los ojos, le siguió murmurando con voz lánguida un ruego pertinaz.

No por dureza, sino por fastidio, Turiri apretó el paso, pero como aquella miseria y aquel lamento continuaban arrastrándose detrás de él, empezó a revolver en su escarcela sin encontrar lo que buscaba. Al fin, con ademán airado, arrojó a la mujer algunas monedas de cobre.

Entonces vio a treinta pasos de distancia a un hombre sin brazos ni piernas apoyado contra la pared. El hombre, con voz fuerte, triste y desafinada cantaba una canción de Isidusi, llena de luz, de pájaros y flores, la cual daba horror de oír.

Turiri se detuvo y como aquél a lo menos no podía seguirle, hizo como que no lo veía y pasó al otro lado de la calle.

Siguió andando un rato, mas ya no sentía alegría de vivir. Dijo en voz alta: ¡Este sol es insoportable! Y regresó a su palacio.

Entonces, habiendo reflexionado, llamó a su intendente y le dijo: ve a la calle principal, allí encontrarás a un viejo mendigo y le darás una moneda de oro; después a una pobre que amamanta a un niño, y le darás dos monedas de oro, y a poca distancia un hombre sin brazos ni piernas, y le darás tres monedas de oro.

Mas desde aquel día, siempre que Turiri salía a pasear por la ciudad, le precedía un servidor que distribuía dinero a todos los mendigos, ordenándoles que se fueran para que Turiri no los viese. Y el virtuoso Turiri se fue haciendo cada día más caritativo. No parecía sino que había jurado que no habría más pobres en Bagdad. Todos los días en las salas bajas de su palacio se distribuían alimentos y dinero a cuantos pobres se presentaban. Fundó un hospicio para los niños, uno para los viejos, uno para las madres y otros para los imposibilitados y enfermos.

Y cuando le referían que un fingido enfermo o un fingido indigente se había valido de astucia para hacerse socorrer, decía: dejadme en paz. No tengo tiempo de buscar la verdad ni de distinguirla de la mentira.

De esta manera gastó en el alivio de los demás hombres más de los nueve décimos de sus inmensas riquezas. Hasta llegó a reducir el tren de su casa, conservando sólo a su lado a las más jóvenes de sus mujeres, a los más perezosos de sus poetas y a los menos afirmativos de sus filósofos.

Por lo demás, continuaba viviendo con lujo rodeado de las más espléndidas obras de arte, de la industria y del ingenio y sabiduría de los hombres; y jamás visitó los hospicios que había fundado, ni bajó a las salas en donde se socorría a los desgraciados.

Un día que se paseaba por la ciudad se vio rodeado de una multitud de pobres gentes. Todos juntos gritaban que le debían la vida, y muchos se arrodillaban y besaban la orla de su túnica. Pero se encolerizó como si aquellas muestras de gratitud le ultrajasen o le hiciesen sufrir.

Y el pueblo le consideró como el hombre más venerable y de más acrisolada santidad que jamás hubiese vivido en Bagdad.

Cuando se sintió próximo a morir mandó que se retirasen los poetas y los filósofos y sólo hizo quedar a su cabecera a una hermosa niña de dieciséis años, a la cual recomendó que no le dijese nada y no hiciese más que mirarle con sus dulces ojos del color del zafiro.

Al morir, los pobres, los antiguos pobres de Bagdad, siguieron su entierro y muchos de ellos lloraban.

Más allá de los tiempos, más allá del espacio, más allá de las formas...

¿En dónde, pues?

No lo sé, ni yo, ni nadie.

El alma de Turiri compareció ante Ormuz para ser juzgado.

Ormuz le preguntó:

¿Qué has hecho en la Tierra? ¿Cuáles son tus obras?

Turiri, muy tranquilo respecto a la próxima sentencia, contestó con modestia y sinceridad: ciertamente, no siendo más que un hombre, he sido débil. Me he deleitado con las hermosas líneas, con los colores espléndidos, con los sonidos, con los perfumes, con los contactos suaves y con los fútiles juegos de la palabra. Pero he fundado con mis riquezas cuatro hospitales, he dado a los pobres nueve décimas partes de mis bienes, no conservando para mí más que el diezmo.

Es verdad, dijo Ormuz, que no has sido un hombre malo, y que en tus acciones te ha guiado muchas veces un Espíritu de dulzura. Sin embargo, por esta vez, no entrarás en mi paraíso. Pero tu alma volverá a encarnar en otro cuerpo, y vivirás una nueva vida terrestre a fin de expiar y de aprender.

Turiri, muy sorprendido, preguntó.

¿Y qué es lo que tengo que expiar, Señor?

Reflexiona sobre ti mismo y conócete mejor. ¿Cuál era tu pensamiento cuando dabas a los pobres tus bienes? Y el día que encontraste al viejo mendigo, a la mujer pálida con su hijo, y al hombre sin brazos ni piernas, ¿Qué fue lo que sentiste en tu corazón?

Una inmensa piedad por el dolor humano, respondió Turiri.

Mientes, dijo Ormuz. La primera impresión que te produjo su vista fue una sorpresa desagradable. Te recordaba demasiado brutalmente la realidad del dolor y de la miseria. Te sentías irritado contra ellos porque ofendían tu vista con su desaseo y fealdad. Te indignaba también su envilecimiento, la bajeza con que te imploraban y la porfía de sus cansadas súplicas. Les arrojabas la limosna con repugnancia, y tanto era el desprecio que te inspiraban los desgraciados que un día no pudiste soportar sus acciones de gracias pues la grosería de las efusiones populares te molestaba, y la delicadeza de tus nervios negó a aquellos infelices el derecho de probarte con su gratitud, que no eran indignos de tus beneficios. Te esforzaste en suprimir la miseria creyendo que es un baldón para el mundo y que deshonra la vida. Pero yo te lo digo, yo que penetro en las conciencias, había odio y repugnancia en tu caridad.

Pero, repuso Turiri: lo que yo aborrecía no eran los miserables, era el padecimiento, era el mal, Ahriman, nuestro eterno enemigo.

Yo soy Ahriman, respondió Ormuz.

¿Vos, Señor?

Soy Ahriman y soy Ormuz. El bien no puede salir más que del mal, la virtud no puede salir más que del dolor.

¿Y esto es, Señor, lo mejor que habéis podido hacer?

No blasfemes. El mal pasará. No existe más que para engendrar la felicidad y la virtud. Cuando la Tierra donde se sufre la prueba, haya desaparecido, cuando todas las almas de los justos estén conmigo, entonces será como si el mal no hubiese existido jamás.

Esto es precioso dijo Turiri, pero ¿Qué se debe inferir de ello respecto a mi caso? ¿Qué sentimiento podían inspirarme criaturas envilecidas y asquerosas? ¿Y qué otra cosa les debía más que aliviar su miseria?

Para que lo aprendas es que te vuelvo a enviar a la Tierra.

Pero, Señor.....

Turiri no pudo decir más... Desapareció Ormuz... desapareció Turiri... sólo el abismo...

Nada más sencillo ni más triste que la vida de Tirirú. Nació en Escub, hijo de artesanos muy pobres, sufrió hambre y malos tratos durante su infancia. Aprendió un oficio del cual vivió penosamente. Tenía virtudes de pobre hombre; era bastante honrado, bastante bueno y muy bien resignado, pero carecía de la dignidad y de la delicadeza que son el lujo del alma. Se casó para no estar solo. El trabajo faltaba a menudo. Su mujer y sus dos hijos murieron de miseria. Un día cayó de un andamio, y no habiendo tenido los cuidados necesarios, quedó enteramente inútil de ambas piernas, con un brazo paralizado y una llaga incurable en el otro.

Tuvo que mendigar. Al principio lo hizo mal, sintiéndose avergonzado no se atrevía a insistir, y no le daban casi nada.

Poco a poco adquirió la costumbre de la mano tenazmente tendida como un instrumento de pesca, de los ademanes humildes, del ruego que persigne al transeúnte y que espera cansarle. Desde entonces recibió poco más o menos lo suficiente para no morir de hambre.

Y no teniendo ninguna alegría en el mundo, cuando le quedaban algunas monedas se embriagaba con el licor fermentado del maíz.

Una joven muy pobre que habitaba un cuarto contiguo a un chiribitil, habiéndole encontrado varias veces tuvo lástima de él. Todas las mañanas entraba a curar la llaga de Tirirú, le hacía la cama, le preparaba su pobre comida y le remendaba la ropa sin pedirle nada a cambio. Se llamaba Krika, y no era hermosa, pero había tanta bondad en sus ojos que daba gusto encontrar su mirada. Y sin saber porqué, Tirirú acechaba todas las mañanas desde su miserable lecho el momento en que Krika, al levantarse se asomaba a la ventana.

Un día que Tirirú mendigaba como de costumbre, un hombre rico le arrojó con repugnancia una moneda de oro. En aquel mismo momento, Ormuz permitió que el alma de Tirirú se acordase de haber sido la de Turiri.

Y Tirirú al ver una expresión de odio en la mirada de aquel hombre rico que le daba limosna, comprendió porqué Turiri había sido condenado por Ormuz. Comprendió que también él en su vida anterior al mismo tiempo que socorría a los miserables, les había odiado por su envilecimiento y fealdad, esto es por cosas de que ellos no eran responsables.

Al día siguiente cuando entró Krika a curarle la llaga la miró. Vio que desempeñaba su tarea sin repugnancia y que sus ojos continuaban dulces y serenos. Y entonces comprendió que aquella joven que le cuidaba y no se apartaba de él, aunque era horrible entre todos los miserables, era verdaderamente buena y verdaderamente santa.

Cuando hubo acabado de curar le besó la mano silenciosamente y lloró. Y Ormuz le hizo la gracia de concederle aquella misma noche una muerte dulce.

¿Qué has comprendido? Preguntó Ormuz al alma de Turiri Tirirú.

Esto, Señor: se debe servir a los pobres pobremente, se debe penetrar en su alma de pobres y no despreciarles por su envilecimiento y disminución de alma ya que también nosotros hubiéramos podido vernos reducidos si nos hubieran agobiado las mismas necesidades; amarles cuando menos por su resignación, a ellos que son la multitud y cuyas iras unidas barrerían a los ricos como briznas de paja; y por último, buscar si no subsiste aún en ellos algún vestigio de nobleza y dignidad. Y es menester servirles humildemente, es menester así como nos resignamos a nuestros propios padecimientos, resignarnos a la miseria de los demás aun cuando ofenda nuestras delicadezas; se debe al mismo tiempo que se les socorre, no indignarse contra esa miseria y aceptarla como se aceptan los misteriosos designios, de aquel que es el único que conoce la razón de las cosas. Porque el objeto del Universo no es la producción de la belleza plástica, sino la de la bondad.

Eso viene a ser, dijo Ormuz. Buen servidor, entra en mi reino.

CAPÍTULO II

¡LO MEJOR!

¡Qué bueno es hacer bien! Disfruta el alma de las más deliciosas emociones, y un sueño de placer, de dulce calma nos lleva a contemplar otras regiones.

Cuando se sabe que en un tugurio helado hay varios seres que sintiendo frío, maldicen su falta y adverso hado llegando al más horrible desvarío.

Y como ángel de paz y de consuelo penetra en la mísera morada diciendo a los que gimen a su lado: ¡Elevad hasta Dios vuestra mirada!

¿Pensáis que nadie sabe vuestra pena?

¿Pensáis que nadie con vosotros llora? Que no hace suya la desdicha ajena y una limosna con afán implora.

Para daros el pan y un techo amigo y medios de vivir más consolados, ¿Pensáis que solos, sin ningún testigo no son vuestros lamentos escuchados?

Estáis en un error, el amor vela, el amor nunca duerme, está despierto; ¡Es de Dios el divino centinela! ¡El faro que señala el mejor puerto!

Y el amor tiene muchos mensajeros que van diciendo en coro: ¡Despertaos! Los reyes, los magnates, los pecheros, y todos en unión vivid y amaos.

Por eso yo escuché vuestro gemido, que nunca el hombre se lamenta en vano, que siempre su lamento es repetido por el eco en el monte y en el llano.

Convertirse en agente de consuelo es gozar de un placer indescriptible; ¡De un infierno espantoso hacer un cielo!... ¿Cabe un goce más puro? No; ¡Imposible!

El placer, de la carne satisfecho produce a veces doloroso hastío; se queda el corazón hecho pedazos y parece que el orbe está vacío.

Todas las sensaciones de la vida llevan tras de sí el cansancio, la tristeza, tras de loca carrera la caída, y en el mismo placer la lucha empieza.

En cambio, haciendo el bien, nunca el hastío se apodera del alma compasiva que cae sobre ella bienhechor rocío; ¡Feliz quien con su amor a nadie esquiva!

Dices muy bien mujer, yo que he vivido en todas las esferas terrenales: (así dice un Espíritu en mi oído), y de la vida sé, goces y males.

Yo que he dictado leyes y a mi acento los pueblos se lanzaban al combate, yo que decía desde mi regio asiento: toda esa muchedumbre por mí late.

Por mí se agita y corre a la pelea sin pensar en su hogar y en sus placeres, y puedo si me pasa por la idea diezmar guerreros, niños y mujeres.

Yo me he visto dueño y soberano de los pueblos, y he sido omnipotente y la barca de Pedro por mi mano dejó de naufragar en la corriente.

Cuando dejaba el mundo y sus engaños ¡Qué soledad!... ¡Qué sombra!... ¡Qué tristeza! ¡Qué tropel de espantosos desengaños! ¿Dónde estaba mi poder y mi grandeza?

¿De qué servían los salmos funerales? ¿De qué mi sepultura de granito? ¿Y de qué tantas pompas mundanales?... si siempre a mi alrededor decían: ¡Maldito!...

Y pasaban legiones de guerreros agitando sus armas homicidas, y todos me clavaban sus aceros ahondando enfurecidos mis heridas.

¡Y un siglo! ¡Y otro siglo!... ¡Dios eterno! ¡Qué modo de sufrir tan horroroso! ¡Yo sé lo que es vivir en el infierno, sin tener un segundo de reposo!

Yo sé lo que es correr de puerta en puerta pidiendo pan con dolorido acento, ¡Y ni una, ni una sola encontré abierta! Que todos desoyeron mi lamento.

Y del trono al bajar los escalones no encontré en el espacio un solo amigo; ¡Qué horribles!... ¡Qué espantosas impresiones! ¡Qué triste es sollozar sin un testigo!...

Recordar el poder, ¡Y verse solo! Mirar las muchedumbres allá lejos, el orbe recorrer de polo a polo... y ver de las grandezas los reflejos.

Pero todo a distancia indefinida, cerca de mí la sombra, el aislamiento, ¡Reloj sin horas!... ¡Tiempo sin medida!... ¡Y en la memoria cruel remordimiento!

¡Y un siglo! ¡Y otro siglo!... ¡Qué tortura! Coloso ayer y hoy mísero pigmeo!... haber llegado a gigantesca altura extendiendo las alas del deseo.

Y caer en un abismo tan profundo, ¡Tan hondo!... ¡Dios eterno! ¡Qué agonía!... haber llegado a ser señor de un mundo, y luego no tener... ¡Ni luz del día!

¡Qué lucha! ¡Qué tormento! Es imposible contarte los horrores de mi historia; no se puede creer cuanto horrible es el llevar un infierno en la memoria.

Mas todo tiene fin, menos la vida, la ceguera moral también se cura; y al despertarse mi alma fratricida desde el abismo se elevó a la altura.

Volví a la Tierra, humilde, arrepentido, en mi camino hallé tan solo abrojos; soñé con el placer de ser querido y el llanto del dolor nubló mis ojos.

¡Nacer y renacer! Y centenares de encarnaciones ¡Ay! Tuve en la Tierra; conté los desengaños por millares; luchar con la expiación... ¡Qué horrible guerra!

LA LUZ DE LA VERDAD

Pero entre las espinas brotan flores, y las flores su aroma me brindaron; y en un valle que fue nido de amores allí comencé a amar, y allí me amaron.

Yo era débil mujer, hogar tranquilo me ofreció humilde cuna; ¡Qué alegría reinaba siempre en mi modesto asilo!.. ¡Todo en torno de mí se sonreía!

Con un hombre me uní, de muchos hijos cuidé afanosa con cariño santo; les presté mis cuidados más prolijos y con mis besos enjugué su llanto.

Una tarde de invierno una mendiga llegó a mi puerta demandando un lecho, rendida de dolor y de fatiga con dos niños dormidos en su pecho.

Le abrí mis brazos, le ofrecí amorosa cuanto en mi humilde hogar de bueno había; mas la mendiga triste y pesarosa me dijo: - ¡No hay desgracia cual la mía!

Yo me siento morir; mis pobres hijos se quedan al perderme sin amparo; ¡Nadie en ellos tendrá sus ojos fijos!... ¡Naufragarán sin encontrar un faro!

-Numerosa familia me rodea; (le dije con dulzura a la cuitada) tendré dos hijos más, mi alma desea que no mueras mujer, desesperada.

Compartiré con ellos los cariños y las dulces caricias maternales: ¡Quiero tanto a los pobres y a los niños! Serán tus hijos y los míos iguales.

Para mi corazón de amor henchido; la pordiosera me miró asombrada diciendo con acento conmovido:

-De mis hijos serás idolatrada.

Y abrazando a los pobres pequeñuelos con esa fuerza que las madres tienen, me dijo:

-Voy camino de los cielos; las almas de mis padres por mí vienen.

Ya están aquí, te miran, te bendicen, como yo te bendigo; te rodean; presta atención; ¿No entiendes lo que te dicen? Que tú y los tuyos ¡Benditos sean!

Y con el dulce sueño de la muerte cerró los ojos la infeliz mendiga, cayó en mi pecho su cabeza inerte, y el eco murmuró: ¡Dios te bendiga!

Los hijos de la triste pordiosera crecieron a mi lado sonrientes; su infancia fue perpetua primavera, eran buenos, sencillos y obedientes.

Cuando la juventud (que es siempre hermosa), despertó sus doradas ilusiones, una guerra entre reyes espantosa, (efecto de bastardas ambiciones).

Me arrebató a mis hijos, que corrieron a cumplir como buenos ciudadanos; mis hijos adoptivos también fueron a luchar por capricho de los tiranos.

Y fueron tan valientes y tan bravos, y cumplieron tan bien su cometido, de sus deberes fueron tan esclavos, que obtuvieron un premio merecido.

El mismo rey los hizo caballeros, al ver que habían luchado cual titanes, les regaló magníficos aceros, y fueron sus más grandes capitanes.

Los hijos de la triste pordiosera que en su infancia durmieron en mis brazos; y que al hallarse en muy distinta esfera más fuerte ataron tan divinos lazos.

Descendían hasta mí con sus laureles, los dos me prodigaban su cariño; diciendo: ¿Ves? A tus recuerdos fieles siempre para tu amor seremos niños.

Los niños de la débil pordiosera que les diste cuidados tan prolijos, que alfombraste de flores su carrera y les diste hermanos en tus hijos.

¡Qué almas tan buenas fueron! Su ternura me hizo sentir un goce indefinible, ¡Cuánto amor para mí!... ¡Cuánta dulzura! ¡Gratitud tan inmensa es increíble!

Cuando la muerte se acercó a mi lecho los dos cayeron ante mí de hinojos; los dos se disputaron el derecho de acariciarme y de cerrar mis ojos.

Y los dos esforzados capitanes tan nobles y arrogantes, tan apuestos, sin poder separarse de mis manos los dos quisieron conducir mis restos.

Sobre sus hombros; y en la humilde fosa por mí pedida, con dolor me echaron; y con voz conmovida y angustiada por mi reposo eterno a Dios rogaron.

¡Qué despertar tan grato el de mi alma al darme cuenta que mi yo vivía!...

¡Qué plácida quietud!... ¡Qué dulce calma! Un ángel junto a mí se sonreía en forma de mujer, que cariñosa me dijo: -Da reposo a tu fatiga; mira bien mi envoltura luminosa: ¿No te acuerdas de mí? Soy la mendiga.

La que al morir te dijo sollozando ¡Piedad!... ¡Piedad para mis pobres hijos! Y tú a mis pequeñuelos abrazando dijiste: -Mis cuidados más prolijos, yo les prodigaré; muere tranquila; tus hijos y mis hijos son iguales para mi corazón, que no vacila en cumplir sus deberes maternos.

Ven madre de los huérfanos; recibe el premio merecido a tus virtudes; la gloria que tu mente no concibe donde el alma no encuentra ingratitudes tu morada será; ¡Ven alma buena!

Y en las alas de luz de la mendiga, crucé del éter la extensión serena escuchando por doquier: ¡Dios te bendiga!...

¡Dios te bendiga! ¡Ven!... ¡Ven a los cielos por haber amparado a dos proscritos, por haber prodigado tus desvelos a dos infortunados pequeñitos!

Y el rumor de tan dulces bendiciones cual música divina yo sentía; me agitaba en diversas direcciones y el eco en mi redor las repetía.

¡Qué cambio al despertar! Cuando dejaba mi túnica de púrpura en la fosa, y mi iglesia sus cantos elevaba: ¡Qué soledad! ¡Gran Dios! Tan espantosa.

¡Encontraba mi Espíritu aturdido al verse en el espacio abandonado!... ¡Por todos sus vasallos maldecido!...y por todos sus deudos olvidado.

¡Ni una lágrima! ¡Oh cielos! ¡Desprendida de un recuerdo de amor a mi memoria! Vivir sin ser amado... ¡Eso no es vida! Amar y hacerse amar... ¡Qué gran victoria!

Victoria que alcancé con mis desvelos, por mi amor a dos almas generosas que me abrieron las puertas de los cielos; ¡Qué moradas Amalia, tan hermosas!

¡Qué afectos!... ¡Qué atracciones! ¡Qué cariños tan grandes.. tan inmensos... tan profundos! Como las madres aman a sus niños, así aman los seres de otros mundos.

Donde he podido detenerme en un punto, para estudiar su vida y sus costumbres; y admirar el bellissimo conjunto que forman sus sensatas muchedumbres.

¡Qué humanidades vi tan venturosas! ¡Qué mundos tan felices!... ¡Tan dichosos! Porque allí habitan razas luminosas que producen inventos asombrosos.

Si por una obra buena he merecido obtener tan preciada recompensa; siendo nuestro progreso indefinido, ¡Es nuestro porvenir la dicha inmensa!

Por eso, lo mejor que hay en la vida es practicar el bien sin condiciones, sin poner jamás tasa ni medida a nuestras evangélicas acciones.

Siempre el amor que nuestros pasos guíe; que nos inspire y que nos dé su aliento; gocemos con el goce del que ríe, y atendamos al débil descontento.

Amar y siempre amar; de la codicia huyamos y del sórdido egoísmo; porque la ley del amor en su justicia nos manda hacer el bien, por el bien mismo.

Como enseñanza, acepta el fiel relato de la existencia que a un deber bendito mi tiempo consagré; que fue el más grato que ha gozado mi Espíritu proscrito.

Fui feliz practicando una obra buena, y dichosa en los brazos de la muerte, y venturosa en la región serena al despertarme vigorosa y fuerte.

El progreso y la paz que he contemplado en los mundos de luz que he recorrido, ¡Cuánta... cuánta enseñanza me ha prestado! Lecciones que jamás daré al olvido.

Por vivir entre aquellas almas puras, por merecer su embriagador afecto, subiré del abismo a las alturas y seré por mi amor un ser perfecto.

Perfecto... en un estado relativo, en la comparación con mi pasado; ayer era mi Espíritu cautivo en la cárcel fatal de su pecado.

Salir de esa prisión, tender las alas, admirar del eterno la grandeza, querer del justo las divinas galas contemplar el pasado con tristeza.

Es dar el primer paso en el camino del estado perfecto que se anhela; sintiendo el alma ese dolor divino, divino sí; porque al sentirlo ¡Vuela!....

Vuela buscando espacio, ¡Movimiento! ¡Algo maravilloso que presiente!.... y es su espiritual renacimiento, ¡Su propia luz, el sol que hay en su mente!

Así me encuentro yo; vivir anhelo en los mundos que he visto; entre sus flores, bajo la luz de su admirable cielo, y gozando en sus plácidos amores.

Siempre que un alma a la virtud se inclina le doy mi inspiración y mis consejos; el rayo del amor que te ilumina le irradia para ti, desde muy lejos.

Hoy más cerca de ti, te felicito porque has dicho: renuncio al retroceso: ¡Tengo una sed ardiente de infinito! ¡Quiero beber el agua del progreso!

Bebe en buena hora el agua de la vida, no olvides al beberla mis lecciones; practica el bien sin tasa ni medida, que es lo mejor amar sin condiciones.

La calma y el silencio me rodea, enmudeció la voz del ser amigo que iluminó mi mente: ¡Lado sea! Espíritu de amor ¡Yo te bendigo!

No me dejes jamás, mi alma desea practicar lo mejor; si lo consigo quiero enlazada a ti, cruzar los mares donde bogan los mundos a millares.

CAPÍTULO III

¡VEINTIDÓS AÑOS!

Dice un antiguo refrán que nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena; pues sabido es, según cuenta la tradición, que cuando la tempestad se desencadena, si evoca a dicha santa, el rayo se detiene en su carrera, y a pesar de hacer tan grandiosos beneficios, (según aseguran los creyentes) la humanidad se olvida de su consecuente protectora. Triste es decirlo, pero la raza humana es tan olvidadiza que todo lo relega al olvido; desde el milagro de la mística fábula, hasta los grandes principios de las escuelas filosóficas, en unión de sus innegables consuelos.

Nosotros somos los primeros que nos acostumbramos como los demás a vivir en medio de la luz, y no apreciamos como deberíamos, el inmenso bien que nos ha proporcionado el conocimiento del Espiritismo, y el que proporciona a los demás; necesitamos ver de muy cerca algún gran infortunio para apreciar todo el horror que hay en la sombra, y toda la felicidad que hay en la luz.

Ayer tuvimos ocasión de bendecir el Espiritismo, porque estuvimos hablando con un ser profundamente desgraciado; es un joven de veintiséis abriles, que hace veintidós inviernos que sufre una penosísima enfermedad. Es un Espíritu amante del progreso, racionalista por excelencia, en sus ojos irradia el fuego de la juventud, en su frente pensadora se ven prematuras arrugas, la expresión de su semblante es dulce y amarga a la vez: su sonrisa es triste, se ve que es un hombre que piensa, que siente, que quiere; por consiguiente su estado de postración le debe hacer sufrir mucho, porque hay espíritus que la escasez de su inteligencia aminora su padecimiento, porque viven sin aspiraciones; en muchos seres la conformidad no es una virtud, es una costumbre adquirida sin violencia, hay hombres humildes que padecen, pero que inclinan la cabeza diciendo: Dios lo quiere, y ante ese místico e ilógico razonamiento, se cruzan de brazos y se entregan a la inacción sin lucha, sin contrariedad; en cambio hay otros individuos como le sucede al joven de quien nos ocupamos, que no se conforman con morir lentamente, quieren saber la causa de su muerte así es que su vida tiene un fondo muy sombrío. El hombre pensador dominado por una enfermedad es profundamente desgraciado; y nuestro amigo lo era. Nació fuerte y robusto, y a los cuatro años de estar en este mundo, comenzó a sufrir con un tumor en una cadera, el cual ha tenido tan numerosa descendencia que han pasado veintidós años y aún sus raíces retoñan abriendo hasta once bocas en torno del tumor primitivo, y como es natural, nuestro amigo se ha quedado cojo y todo su ser está medio torcido por una dolorosa contracción; además está bastante sordo, y su crónica enfermedad tiene periodos tan horribles, que en ciertas ocasiones aumenta el dolor de sus llagas, hasta el punto de quedarse postrado en su lecho y tiene que

permanecer largas temporadas recostado de un lado sin poder cambiar nunca de posición; temporadas que duran a veces dos años, año y medio, dos meses, un mes, quince días, y en estado normal, cuando puede andar y dedicarse a su trabajo que es sastre, el infeliz tiene que curarse al menos dos veces al día, y cuando sus llagas se cierran, él mismo tiene que abrírse las para que cesen sus agudísimos dolores.

¡Pobre joven! ¡Tan inteligente! ¡Tan afectuoso!... tiene que vivir encerrado dentro de sí mismo, para él está negada la ternura de una esposa, las caricias de inocentes pequeñuelos que trepando por sus rodillas le digan: ¡Padre!... para él no hay más que el aislamiento; monje del infortunio ha tenido que aceptar la soledad íntima sin que una esperanza le sonría, para él no hay más que la tumba, sólo en ella cree lógicamente que dejará de sufrir.

La única dicha que le ha sido concedida a este desgraciado, es tener una madre amorosa que le cuida con la más tierna solicitud, y le rodea de esos amantísimos cuidados que tanto consuelan a un enfermo. La pobre mujer es muy buena cristiana y cumple fielmente todas las prácticas de la religión romana, ha predicado a su hijo cuanto ha podido, y le ha encomendado siempre que rece a éste y al otro santo para obtener la protección Divina, pero nuestro amigo le decía a su madre:

- Señora, yo no entiendo como es ese Dios de Ud. ¿Qué pecado he cometido para recibir un castigo tan horrible? Si enfermé cuando tenía cuatro años ¿Qué había yo hecho a esa edad? ¿Qué arma homicida había yo levantado contra mi prójimo? ¿Qué calumnia habían proferido mis labios? ¿Qué plan infernal se había urdido en mi mente? ¿Qué guerra de exterminio había yo provocado? Todo efecto tiene su causa, mi enfermedad no la tiene. Yo tengo hermanos que han estado en el mismo claustro materno que he estado yo, y ellos están buenos y sanos mientras que mi cuerpo es un depósito de podredumbre. ¿Es un mal hereditario? No; mi padre es un hombre robusto, Ud. disfruta de salud, ¿Por qué yo he de ser el desgraciado Job de esta familia?

- Porque Dios quiere probar tu paciencia, le decía su madre.

- Eso es un absurdo, señora; si Dios todo lo ve, si Dios todo lo sabe, si Él no tiene velos para el mañana; comprenderá desde el momento que crea a sus hijos lo que éstos pueden sufrir. ¿Ud. sería capaz de martirizarme para ver hasta donde llegaba mi sufrimiento?

- ¡Ay! No, hijo de mis entrañas, si por quitarte un minuto de penas yo cargaría muy contenta con un siglo de dolores.

- Entonces Ud. es mejor que Dios.

- Calla muchacho, no digas barbaridades, si Dios es el conjunto de todas las perfecciones.

- ¿Pues por qué no amengua mi tormento y Ud. con ser una pobre mujer sufriría gustosa el mal que me aqueja? Desengañese Ud. señora, Dios no existe, si existiera, yo no estaría sufriendo tan horriblemente; no me venga Ud. con santos ni con letanías: nacemos no sé porqué, vivimos por un misterio, morimos porque las fuerzas se agotan; ¿Cuándo se gastarán las mías?... y en estas disertaciones pasaba nuestro amigo su triste vida. Así vivió dieciocho años, cuando

un anciano, trabajador del muelle de Tarragona le dio un pequeño libro titulado **¿Qué es el Espiritismo?** Diciéndole: lee esto muchacho si quieres renacer. El pobre enfermo devoró aquellas páginas, y en sus admirables diálogos, su alma hambrienta de justicia pudo saciarse con el sano alimento de la verdad, sazonado con la sal de la razón, y desde aquel día aunque él no oye sino con gran trabajo, acude a las sesiones espiritistas y escucha ansioso las comunicaciones de los espíritus, lee periódicos espiritistas y escucha y hace más aún, propaga la buena nueva con sus palabras, con sus buenos hechos, con su resignación; ya no dice que Dios no existe, hoy exclama con íntima satisfacción: ¡Dios es grande! ¡Dios es misericordioso! Porque crea y no destruye. ¡Yo espero! ¡Yo creo! ¡Yo amo la luz! ¡Yo he renacido! Yo le debía a mi padre la vida del cuerpo, pero le debo a Dios la vida del alma, ¡Bendito sea!...

No soy una víctima del capricho de la suerte, no sirvo de experimento a un Dios torpe. Soy lo que yo he querido ser, pago lo que debo, empleé mal mi tiempo, sembré vientos y recojo tempestades; pero yo dejaré mi harapienta envoltura, mi Espíritu se verá libre de estos miembros corroídos por la putrefacción; ¡Y seré joven! ¡Hermoso! ¡Lleno de virtudes! ¡Amaré a una mujer! ¡Me crearé una familia! ¡Seré grande! ¡Seré un genio! ¡Viviré, porque ahora no vivo!

¡No soy un desheredado! ¡Tengo mi herencia, tengo mi parte en el banquete de la vida! Y en la mirada de nuestro amigo irradia algo divino, algo que no se puede describir ni copiar, que como dijo un sabio, se podrán retratar unos ojos, pero jamás trasladará al lienzo el fuego de una mirada.

Cuando nosotros escuchamos su relato, cuando multiplicamos nuestras preguntas, y le vemos tan resignado, tan racionalmente convencido de que el que mucho paga, mucho debe, entonces decimos: ¡Qué consuelo tan inmenso ha venido a difundir el Espiritismo! Dice Castelar, que Dios está sentado en la cúspide de los mundos teniendo en su mano una catarata del río de la vida; el Espiritismo también tiene en sus principios fundamentales, la catarata del río de la esperanza; la fuente del progreso eterno, el raudal inagotable de la razón, el grandioso océano de la verdad.

Nuestro pobre amigo que vive sin vivir, dominado por un dolor continuo, que ni un momento de su vida se ve libre de su penosa mortificación, que de todo dudaba, que esperaba la muerte, el caos, la nada como la única felicidad posible, que destruir su ser y aniquilar su yo, era la sola ilusión que acariciaba su mente... y en un momento renacer, vivir, soñar, presentir, esperar, creer y amar aquel mismo dolor que le tortura, comprendiendo que en ciertos planetas, como dice Villamarín, **el sufrimiento es el agente de la mancha del mundo**, esta metamorfosis es tan grande, su importancia es tan transcendental, dormir en una tumba y despertar en el infinito, esta transición de la muerte a la vida sólo la puede tener el Espiritismo, las voces de ultratumba que le dicen al desventurado ¡Levántate y anda! Tuya es la Creación con sus mundos de Luz, con su eterna lucha y su eterno progreso:

¡Confía! ¡Espera! ¡Ama! ¡Perdona! ¡Trabaja! ¡Vive! Porque tu destino es vivir eternamente ¡Oh! Bendita sea la hora que el Espiritismo vino a abolir la esclavitud de los ciegos, de los tullidos, de los huérfanos, de los mártires del infortunio que en las hogueras del dolor sucumben.

Nuestro pobre amigo que lleva veintidós años de sufrimiento, ¡Cuánto le debe al estudio del Espiritismo!

Vosotros los que os reís, los que nos llamáis locos, los que creéis que deliramos, si alguna vez sufrís, si las amarguras de vuestra expiación os hacen caer bajo el peso de la cruz: acordaos entonces del Espiritismo, estudiad sus obras, buscad sus fenómenos, y encontraréis lo que ha encontrado nuestro amigo, la causa de su sufrimiento.

¡Una razón suprema!

¡Una verdad Divina!

¡Un Dios inmutable y eterno!

¡Un porvenir de gloria!

¡Un progreso indefinido!

¡La irradiación de la vida!

¡La vida en toda su grandeza desenvolviendo en el infinito, los raudales de su eterna luz!

¡Salve, verdad augusta!

¡Salve vida sin término!

¡Cuán grande es Dios! ¡Feliz el hombre que en la Tierra vislumbre un reflejo de la espléndida aurora del porvenir!

CAPÍTULO IV

¿QUÉ DIREMOS HOY?

¿Qué diremos hoy a nuestros lectores al comenzar? Lo que dijimos ayer: “Que la mejor ofrenda que se puede ofrecer a Dios es el bien” “Que una conciencia limpia es el mejor tesoro” “Que la ciencia es la lumbrera del progreso” y la humanidad para hacerse digna de su preclara estirpe, puesto que es hija de Dios, debe ser buena y debe ser sabia.

Esto es muy fácil de decir, y es muy difícil de conseguir, porque uno de los grandes escollos que encuentra el hombre para su progreso, es el hombre mismo.

Nunca han faltado en la Tierra mensajeros de paz y de amor. Siempre han encarnado en este planeta espíritus en misión, que han venido de Mundos Superiores para instruir a los terrenales; pero su trabajo lo describe muy bien este antiguo refrán: “Predicar en desierto, sermón perdido”. Y así ha pasado, casi siempre los grandes innovadores, los reformadores de las ideas, han predicado en un desierto, pues de nada sirve un auditorio, que dice con indiferencia: “Predicadme que por un oído me entra y por el otro me sale”.

El fundador de cualquier escuela, por lo regular, ha sido un modelo de virtudes, o de fuerza, porque se necesita ser superior en algo para imponerse a los demás; los primeros iniciados, ya no han sido tan buenos como el fundador, y así sucesivamente ha quedado el hombre de las escuelas filosóficas y de las religiones positivas, que cual crisoles de los tiempos han ido purificando de sus escorias a la humanidad; pero sus primitivas virtudes, esas se han ido evaporando como frágil columna de impalpable humo. Gracias que sobre todos los obstáculos levantados por la ignorancia de los hombres dominando en absoluto sus mezquinas aspiraciones, flota sobre la Creación el Espíritu del Progreso: y ante su mágica influencia, las humanidades se sienten impulsadas, y a pesar suyo adelantan moralmente y son hoy menos crueles que lo fueron ayer.

El árbol de la ciencia, como dijo Castelar, sube más allá de las constelaciones del cielo y ahonda en las profundidades del Espíritu, y a su apacible sombra se entregan a contemplar el infinito, los libres pensadores del siglo de la luz.

Aún quedan fracciones en la humanidad, más refractarias al progreso, unas que otras; pero a pesar de todo, el mundo marcha.

No tenemos que registrar la historia, tenemos ante nosotros dos generaciones: los jóvenes de veinte a treinta años, y sus padres de cuarenta a sesenta, y vemos a los primeros aunque sean pobres, instruidos, descifrando problemas, resolviendo tesis, sentando hipótesis, haciendo trabajar a su razón, mientras sus padres los contemplan con sencilla admiración diciendo: ¡Lo que saben estos muchachos! ¡Hay que confesar que ahora las criaturas nacen sabiendo!

Y en parte no dicen más que la verdad, porque los espíritus que van encarnando en la Tierra son mucho más adelantados que los de nuestros abuelos.

Ayer la mujer pobre, particularmente en España, no aprendía a leer, ni a escribir, y hoy se ven multitudes de niñas que acuden a las escuelas gratuitas, y si no aprenden mucho, al menos aprenden algo. No somos de la escuela pesimista; antes de ser espiritistas sí lo éramos, y lamentábamos el lento desarrollo de la civilización; pero desde que tuvimos la inmensa fortuna de conocer el Espiritismo, comprendimos que no por mucho madrugar amanece más temprano, y que si la tierra no está bien arada, en el surco endurecido no germina el productivo grano.

Los terrenales somos espíritus rebeldes, indómitos, soberbios, orgullosos los unos, y degradados y envilecidos los otros, y con tan pobres elementos no se pueden llevar a cabo grandes empresas.

¿Qué importa que habiten en la Tierra algunos centenares de espíritus adelantados, si la mayoría nos hemos condenado por nuestros crímenes anteriores?

A nosotros si bien nos gusta mucho la lectura, no es en las bibliotecas donde más estudiamos; es en la sociedad, en ese gran libro inédito, es donde leemos con profundísima atención la historia palpitante de la humanidad; y vemos tanta miseria; ¡Tanta hipocresía! ¡Tanta corrupción!... que cuando la prensa deplora los crímenes que se cometen, murmuramos nosotros; lo que es extraño que no se cometan muchísimos más; pero no se efectúan por lo que dijimos anteriormente: porque la ley del progreso se cumple venciendo todas las pasiones del hombre; porque la verdad tiene a su disposición los primeros elementos para vencer en todos los planetas.

Una de las cosas que más ha retardado el perfeccionamiento de los terrenales (perfeccionamiento relativo se entiende), es el completo desconocimiento de su vida futura, pues si bien todos los pueblos han tenido intuición de un Más Allá, pero ha sido de una manera confusa, y las religiones han presentado la eternidad bajo distintas fases, y ninguna de ellas ha satisfecho verdaderamente los deseos del hombre, ni ha podido llenar ese inmenso vacío que ha quedado siempre en la mente del Espíritu pensador; y en la duda, el alma indecisa se ha inclinado casi siempre en lo peor. Los unos a la negación del todo, al aniquilamiento absoluto del cuerpo, y de la fuerza que lo sostiene; y los otros a una supervivencia del alma inadmisibles, a una vida eterna que es la anonadación del Espíritu. Se necesitaba que luciera en el oriente un nuevo sol, una nueva creencia, una fe y una esperanza que diera fuerzas vitales a la humanidad debilitada por sus desaciertos.

Afortunadamente la Escuela Espiritista levantó su blanca bandera, en la cual leyeron los pueblos: **“Sin caridad no hay salvación”** y sabido es de todos el rapidísimo desenvolvimiento que ha alcanzado el Espiritismo en todas las naciones, especialmente en América, donde se cuentan por millones los adeptos de esta escuela filosófica que tanto bien le ha hecho a la humanidad; porque el hombre sabe ahora positivamente que vivió ayer, que vive hoy, que vivirá

mañana, que su vida tuvo un principio, pero que nunca tendrá fin, que sus sucesivas encarnaciones están íntimamente relacionadas las unas con las otras, siendo simultáneamente causas y efectos, hechos consumados y consecuencias ineludibles; deudas contraídas y cuentas saldadas; y mirando la vida bajo su verdadero punto de vista, el hombre ya no es el ciego que camina a la ventura, ya no peca por ignorancia, ya sabe que su Espíritu es responsable de todos sus actos; y adquiriendo el convencimiento de esa verdad innegable, el hombre progresará con más rapidez, porque sabe que trabaja la tierra de su heredad. Eso dijimos ayer y lo decimos hoy; aconsejamos a la humanidad el estudio del Espiritismo, porque le es al hombre de suma utilidad saber de donde viene, porqué se encuentra aquí, y deducir de su presente lo que será su porvenir.

El Espiritismo no hace santos; pero induce al hombre a la observancia estricta de todos los deberes de la vida; y en este planeta (que muy bien podremos llamarle un presidio suelto), el conseguir que un hombre cumpla sus deberes en toda la acepción de la palabra, ya es obtener un gran progreso.

Dominar nuestras pasiones (que por regla general siempre queremos lo que más nos perjudica, y lo que más daño hace a los otros), frenar nuestros locos deseos, tomar parte en las penas de los demás, dejar de ser envidiosos y rencorosos, renacer en fin a la vida del trabajo, a la vida del orden, al método de la virtud, esta gran metamorfosis puede operarla en nosotros el Espiritismo; y bien merece ser estudiada una filosofía que con su estudio y su práctica sirve para la regeneración del hombre; por eso nosotros no hemos titubeado, (a pesar de nuestra insuficiencia) en publicar **LA LUZ DEL PORVENIR**, porque creemos necesario, muy necesario, que el Espiritismo sea conocido por todas las clases sociales. Hay sí, en abundancia periódicos científicos muy a propósito para los hombres sabios; pero hace falta que el pueblo se instruya, y que las mujeres lean escritos sencillos que recreen su imaginación y despierten su sentimiento, casi siempre inclinado al bien general.

Este es nuestro objeto: entablar un diálogo con la mujer, y con la mujer del pueblo especialmente, y hoy proseguimos nuestra tarea dispuestos a trabajar cuanto nos sea posible en la propaganda del racionalismo religioso, es decir, del cristianismo verdadero.

En esta época de grandes luces, una luz pequeña pasa desapercibida, pero esto no nos arredra. La obligación del hombre es trabajar cada cual en su adelanto.

Encienda el profundo sabio la brillante antorcha que ilumine al mundo, y las humildes inteligencias recojan una de las chispas luminosas que entrega al viento la esplendente antorcha de la ciencia; acerquen a ella pequeñas ramitas que le sirvan de combustible, y quedará formada con un poco de perseverancia una lucecita microscópica; de este modo hemos formado nosotros la pequeñita **LUZ DEL PORVENIR**.

CAPÍTULO V

EL ESPIRITISMO RACIONALISTA

No nos cansaremos nunca de repetirlo: creemos que el Espiritismo racionalista es la escuela más adelantada de nuestros días; pero como no hay rosas sin espinas, el fanatismo, el formulismo y malhadadas preocupaciones, convierten en algunas localidades, nuestra hermosa y racional doctrina en una farsa ridícula; y por lo mismo que amamos el progreso, por lo muchísimo que deseamos el adelanto y el engrandecimiento del Espiritismo, ponemos el dedo en la llaga: denunciarnos el hecho y reclamamos el correctivo.

Los pequeños grupos pueden ser muy útiles si están bien dirigidos, pero inútiles y lo peor es perjudiciales si no tienen una dirección acertada. En esas pequeñas reuniones se ocupan principalmente de hacer caridad a los espíritus extraviados. Pero esa caridad si no reúne a la buena intención la razonada práctica, es perder un tiempo precioso, y se aprovecharía mucho mejor leyendo y comentando un capítulo de las obras de **Allan Kardec**; en particular **El Cielo y el Infierno** y **El Libro de los Médiums**. Y no se nos diga que muchos de los asistentes carecen de instrucción, porque las obras de **Kardec** se hallan escritas de un modo que están al alcance de todas las inteligencias, por limitadas que algunas sean; y ¡Cuánto más provechoso sería que se leyera y se comentara una buena comunicación de las muchas que se encuentran en dichos libros, que no emplear un procedimiento que nunca dará satisfactorios resultados! Al menos si estas prácticas estuviesen bien dirigidas... pero obedeciendo a la rutina, a la costumbre, al formulismo, no es más que una ceremonia que no eleva al Espíritu.

En todo nos gusta la lógica, y encontramos imposible que un Espíritu pueda ver la luz con sólo rezar un padre nuestro. La idea de los grupos ya es buena, muy buena, no puede ser mejor, pero el resultado no puede corresponder a tan benéfica intención; porque en la Creación todo tiene sus leyes inmutables; y un Espíritu extraviado, perdido en la sombra, no puede en veinte segundos ver la luz con sólo rezar una oración que no corresponde.

No nos extrañamos de que viendo semejantes sesiones los incrédulos se sonrían, porque éstas no inspiran ningún respeto. A nuestro modo de ver, los espíritus ligeros hacen su agosto en las reuniones: mortifican a los médiums cuanto se les antoja, sostienen diálogos insustanciales y terminan mintiendo, diciendo que han rezado y que han visto la luz; y el Espiritismo es más grande que todo eso; y el progreso eterno de la vida, el mejoramiento del Espíritu merece más interés y más atención de los hombres entendidos y razonables. No se nos vengan diciendo: el pueblo es tan ignorante que no se le puede hacer comprender la verdad; pues los ignorantes son los que necesitan maestros; los enfermos son los que reclaman el auxilio de los médicos, y

LA LUZ DE LA VERDAD

médicos del alma deben ser todos los hombres que por sus especiales conocimientos puedan dirigir los pasos de la atrasada humanidad.

El Espiritismo tiene buenos apóstoles, pero dispersos; y es indispensable que se reúnan, que se organicen, que recuerden que la unión hace la fuerza, y la fuerza bien organizada es el motor eterno de la vida.

Fórmese un Centro sí, porque hay hombres que valen mucho y podrán dignamente dirigirlo; y existen los elementos necesarios, médiums videntes, parlantes, y con los estudios se desarrollan los escribientes; y hágase la caridad a los espíritus instruyéndoles con buenas lecturas, como son los libros de **Kardec**; trabájese, en fin, porque el trabajo es la vida; pero trabájese con orden, con método, con talento, con verdadero conocimiento de causa. ¿En qué cosa mayor pueden los espiritistas ocupar el tiempo, que en difundir la luz de la verdad?

¡Hermanos queridos! Trabajemos todos, lleve cada cual su grano de arena, levantemos la fábrica grandiosa de la regeneración universal.

¡Tengamos fe! Trabajemos con esperanza, no seamos impacientes, no queramos recoger el fruto sin cultivar la tierra; es necesario trabajar mucho, ¡Pero mucho!.

Contemplemos los niños, veamos cuanto tiempo emplean para aprender los primeros rudimentos de la instrucción; pues niños son también los hombres ignorantes, y debemos tener paciencia para enseñarlos: es nuestra obligación, es nuestro deber, es nuestro progreso.

Trabajemos, luchemos; difundamos la luz del Evangelio, porque la luz de la verdad, es la luz de la vida.

CAPÍTULO VI

¡LLORAR POR DEJAR LA TIERRA!

Querida Prudencia: hace algún tiempo supe que un ser ignorante te había vaticinado tu desaparición de la Tierra dentro de un breve plazo, y tú que al recibir tal noticia lloraste amargamente pensando que pronto ibas a dejar tu envoltura material.

Hay un refrán que dice: “Ojos que no ven, corazón que no llora” y es verdad, yo escuché el relato de la predicación que te hicieron y del llanto que ésta te costó, y me sonreí, porque hay cosas que de oídas, sólo causan risa. Después te vi, llorando acongojada recordando la profecía de tu muerte, y entonces no me reí, porque tu sufrimiento hirió mi alma, y te compadecí; últimamente te he visto llorar por el mismo motivo, y entonces mi Espíritu se enlazó al tuyo y he querido infiltrar en tu ser lo que en mi alma sentía; pero como soy tan poco entendida en la ley de los fluidos, ignoro si tendré influencia en ti, y apelo a la palabra escrita, para ver si puedo convencerte de que tu llanto es demasiado precioso para que lo viertas por una humanidad que tan poco merece.

¿Eres tan dichosa que no has tratado en este mundo más que con las almas buenas y por ello sientes dejar tan grata compañía? No lo creo, casi me atrevo a jurar que, a ti como a todos, te habrán perseguido los desengaños.

¿Es tan limitado tu pensamiento que, tras del hemisferio, no ves más que el vacío? Imposible; tú dices que eres espírita y debes creer en la pluralidad de mundos, y en la pluralidad de existencias del alma.

Creo que eres un ser inofensivo, que en tu vida presente no debes haber cometido ningún crimen, y por consiguiente, tu miedo es injustificado. Inteligencias superiores a la mía te han dicho repetidas veces que nadie sabe en este mundo la hora fija de cuando un ser va a dejar la Tierra, porque ni aún la ciencia, audaz exploradora del infinito, puede nunca afirmar cuando un hombre va a morir.

Los médicos más entendidos, y aún contando los últimos latidos de un moribundo, ¡Cuántas veces, y cuántas, han visto operarse en el enfermo un cambio rápido, y han dicho: he aquí un cambio de la naturaleza en la cual la ciencia no contaba! Por lo que si esto pasa cuando las dolencias nos abruman ¿Cuánto más error es asegurar la muerte de una persona que disfruta de una salud regular? Por esto no me detendré más hablándote de ese irrisorio y enojoso asunto, pero sí te diré: ven conmigo, hermana mía, ya que tanto te entristece dejar la Tierra, quiero que conozcas un poco a la humanidad.

No te llevaré a los campos de batalla donde por un palmo de terreno se matan los hombres como fieras, para satisfacer el capricho de dos monarcas que no saben como pasar el tiempo.

Dejaremos las cárceles donde los bandidos y los pilluelos estudian la carrera del hurto y del homicidio. No te conduciré a los

hospitales donde los criminales de la miseria sucumben atormentados por la indiferencia social, por el solo delito de ser pobres.

No entraremos en los lupanares donde mujeres hermosas venden su cuerpo y envenenan su Espíritu; cuadro tristísimo que hizo exclamar a un poeta al ver a una cortesana: el lujo de esa pobre me inspira lástima, para vestir su cuerpo desnuda al alma. No contemplaremos los grandes garitos donde los padres de familia juegan a una carta el porvenir de sus hijos. No nos perderemos en las inmundas tabernas donde muchos obreros pierden el jornal de una semana; no te haré ver ninguno de esos parajes, donde la humanidad se presenta sin careta; te llevaré por el camino llano, te conduciré a las casas honradas donde parece que todo sigue el orden regular de la vida, donde no se mata a nadie, donde la justicia no penetra, y sin embargo, en esa vida normal hay tanta infamia, se revelan tan bastardas intenciones e inclinaciones, tan sórdido egoísmo, que hay que llorar. Prudencia, hay que llorar; no por dejar la Tierra como lloras tú; hay que llorar de vergüenza, por pertenecer a esta raza miserable, donde para encontrar un átomo de sentimiento hay que derrumbar un mundo de codicia.

Mas ven conmigo: vamos a visitar algunos parajes. Entremos primero en una casa de humilde apariencia, donde habita una pobre familia que se gana con su trabajo el sustento del día, dedicándose a bordar para una gran tienda de ropa blanca. Julia y Luisa se puede decir que mantienen a su madre y a otra hermana pequeña con el producto de su labor.

Un día, cuando las dos jóvenes estaban bordando, con gran prisa vieron entrar a Celia, una amiga de la infancia, que les pidió hospitalidad para descansar de su fatiga, la pobre venía enferma del pecho, y Julia y Luisa, naturalmente dejaron su trabajo, rodearon de atenciones a su amiga, mucho más cuando vieron que aquella estaba próxima a morir, y tan cercana estaba su muerte, que en la noche de aquel día Celia murió en los brazos de sus compañeras de colegio; pues bien, cuando las jóvenes acongojadas velaban el último sueño de su amiga; cuando espantadas por aquella catástrofe repentina no se daban cuenta de nada, entró el dependiente de la tienda para la que ellas trabajaban y les pidió los últimos pañuelos que ellas estaban bordando; las pobres muchachas le mostraron a la difunta diciéndole: mírela usted ¡Pobrecita! Vino ayer a vernos, anoche murió, no hemos dormido, estamos rendidas, y no hemos concluido el trabajo, mañana estará.

El dependiente se fue, y a poco volvió con orden de su dueño para recoger los pañuelos a medio hacer, quitándoles el trabajo a aquellas infelices por el grave delito de tener corazón; porque los pobres, para cierta clase de gente no pueden tener ni aún sensibilidad. ¿Quién dirá que el rico comerciante es un alma perversa? Nadie; quizá cumple religiosamente con todos sus compromisos sociales, pero eso no le impide quitar el pan a una pobre y honrada familia, porque olvidó un momento la esclavitud del hambre para sentir y llorar dominada por el sentimiento.

Fíjate bien en este cuadro; es triste y solemne. La joven muerta parece que aún sonríe a las amigas de su niñez; éstas la contemplan sin recordar que son pobres, pero de pronto ven que les arrebatan su trabajo, y quizás entonces dirían mirando el cadáver, ¡Dichosa tú, ya no tienes que luchar con las miserias de la vida!...

¿No te parece hermana mía, que no vale la pena llorar por dejar un planeta, donde los pobres no tienen ni aún el derecho de ser buenos?

Pero sigamos andando, entremos en otra habitación donde hay dos camas separadas la una de la otra. Una anciana duerme en una de ellas, en la otra se acuesta una joven. Una mujer de edad mediana se pasea por la habitación, da vueltas sin concierto, se sienta, se levanta, llora, suspira con el más profundo desconsuelo, es la verdadera imagen del dolor.

¡Madre! ¿Qué tienes? Le pregunta la joven.

¡Qué he de tener! Que la abuela creo se muere esta noche, y se acerca a su lecho y se queda mirando a la anciana con profunda ansiedad.

¡Qué se ha de morir! Contesta la joven cubriéndose con la colcha, tú ves visiones; vaya, buenas noches, que tengo mucho sueño, y Laura se durmió tranquilamente.

La madre le miró con íntimo sentimiento y se sentó al lado de la anciana, que iba terminando su vivir poco a poco.

Contempla con atención este cuadro, Prudencia, que por cierto es muy edificante. ¿No es verdad que hace daño ver junto a un moribundo otro ser que duerme profundamente, sin dársele un bledo de que en aquellos instantes deja la Tierra una persona que la llevó en sus brazos, que veló su sueño, que la acarició toda su vida, con esa suprema ternura con que los abuelos saben querer a sus nietos? Y en esa hora terrible, en esa solemne despedida, en esos momentos tan críticos y tan angustiosos en que el Espíritu se desprende de la materia, rompiendo todas las fibras del organismo, en esa crisis decisiva. ¿No es verdad que es inhumano entregarse al sueño, teniendo a su lado dos seres que sufren en aquellos instantes, el dolor más grande que se sufre en la Tierra? Pues, sin embargo, aquella joven durmió con el sueño tan tranquilo y tan profundo, que cuando algunas horas después su pobre madre la llamó diciendo con angustioso llanto: ¡Laura, Laura! La abuela se muere, ¿Oyes? Despierta por Dios, se muere, ¿Me entiendes? Se muere; ¡Despierta Laura, despierta, hija mía!

Laura abrió los ojos se dio la vuelta, y volvió a dormirse, dejando a la madre aterrada entre los dos cadáveres, pues para ella tan muerta estaba su hija como su madre. Si un ser no nos responde en los momentos de agonía ¿Para qué sirve aquella vida?

Ya ves, Prudencia, que buena es la humanidad, y esto en el fondo del hogar doméstico, en la vida íntima que pasa desapercibida; historia secreta que no deja huellas visibles, pero que, sin embargo el crimen existe, la desunión de la familia no tiene un castigo señalado por las leyes humanas, y no obstante la indiferencia es el gusano roedor que mina la base de la sociedad.

Sigamos nuestro viaje, entremos en otro aposento donde veréis dos hombres y una mujer; uno de ellos está echado en su lecho; el otro íntimo amigo suyo, lo mira con pena porque comprende que va a morir. La mujer, hermana del moribundo, también habla al enfermo y lo acaricia con la mayor ternura, y éste muere tranquilo en los brazos del amigo y de su hermana; pero al convencerse ella de que su hermano había muerto, corrió desalentada al fondo del salón y pareció postrarse en tierra.

El amigo vio esta acción, creyó muy natural dejar el cadáver y atender a la pobre joven que parecía vencida por el dolor; se acercó con profundo interés a ella y no la encontró sin sentido como él esperaba, sino que la vio afanosa extrayendo de un cofrecito las mejores alhajas que pertenecían al difunto.

Siempre es repugnante el robo; pero ante el cadáver de una persona querida es aún más repugnante, mucho más criminal.

Bien dijo un Espíritu cuando denominó a este planeta “nido de víboras”, porque si bien hay honrosas y aún santas excepciones, la generalidad no tiene sentimientos.

¿Qué me dices, hermana mía? ¿No es verdad que esta vida tiene detalles deliciosos? ¿No es verdad que debemos sentir dejar tan amable compañía?

Siempre debemos resignarnos con lo que hemos merecido, pero si alguna vez lloras, llora, no por dejar la Tierra, llora, sí, llora a mares por pertenecer aún a esta miserable humanidad. Lee en el libro de la familia, Prudencia, estudia esa historia que no se escribe, y verás escenas que te dejarán helada.

Hace muchos años que hablando con un título de Castilla, le dije: ¡Qué lástima que no tenga Ud. hijos! Él me miró sonriendo amargamente y dijo con frialdad: no me hace falta porque así me evito dejar en el mundo unos cuantos ingratos. Entonces yo no comprendía a la humanidad como ahora la comprendo, y la réplica del noble me hizo mucho daño; mas hoy, hermana mía, recuerdo aquel aristócrata y veo que desgraciadamente decía una gran verdad.

Por eso al verte llorar me has hecho sentir, pensar, y escribir unas cuantas líneas para decirte:

¡No llores nunca por dejar la Tierra! ¿Por acaso lloran los soldados cuando les dan la licencia absoluta? ¿Lloran los penados cuando cumplen sus condenas? Creo que muy al contrario, ríen y cantan alegremente. Pues entonces los espiritistas ¿Qué debemos hacer cuando creemos que legalmente vamos a dejar la Tierra? Debemos bendecir a Dios con toda la efusión de nuestra alma agradecida, y si lloramos, que no sea dominados por la pena, sino reconocidos por la gratitud.

¿Comprendes hermana mía? No llores con angustia cuando creas que vas a morir: la humanidad no merece tus lágrimas. Compadécela, ruega por ella, pero bendice la hora en que debes dejarla, porque es la prueba evidente de que terminó tu expiación.

CAPÍTULO VII

EL BUEN ESPIRITISTA

El buen espiritista, no es el que visita los centros donde puede satisfacer mejor su curiosidad, sino el que se une a una agrupación para prestar toda suerte de servicios a la misma y contribuir a que progrese en todos los sentidos, tomando parte muy activa, según lo permitan sus fuerzas, tanto en la instrucción moral y material de sus asociados, como en practicar obras de virtud, sosteniendo al desvalido y enseñando al que no sabe o al que sabe menos. ¿Qué méritos puede tener el espiritista que espera al día de la sesión para pasar un rato de simple espectador, aplaudiendo o murmurando después, de las facultades buenas o malas de los médiums, estableciendo comparaciones y fomentando la rivalidad entre los centros? Vale mucho más dedicarse algunos días de la semana al estudio, que nos ha de llevar al conocimiento de lo que se debe hacer en las sesiones, para su mayor progreso, acostumbrándose a conocer ese mundo espiritual que nos rodea constantemente; poder salvar los escollos que tiene la práctica del mediumnismo y saber distinguir a los espíritus que vienen en misión de instruirnos, de los que sólo acuden afectando diferentes formas con refinada hipocresía y con el deliberado propósito de poner la discordia entre los hermanos de una misma creencia.

¿Qué es lo que pueden hacer los espíritus de esos hombres que mueren todos los días, llevándose todo el rencor y la ira que tuvieron hasta el último momento, contra el Espiritismo y contra los espiritistas? ¿No es para ellos un gran castigo continuar ciegos y sordos como lo fueron en la Tierra, hasta que por un esfuerzo de su voluntad arrojen sus preocupaciones, y su modo extraño de amar a Dios y al prójimo? En los centros que no hay verdadera armonía y fuerza moral para rechazar ciertas influencias, estos seres son los primeros en invadirlos, aprovechándose de los asistentes que tienen facultades y que pueden asimilárseles con facilidad.

¿Qué es, pues, lo primero que deben hacer los hermanos que se reúnen con la idea de hacer el bien y mejorarse? Preparar mucho su centro, desterrar de ellos toda idea que pueda viciar su atmósfera, moralmente hablando, y no permitir nunca en el círculo sagrado, donde deben reunirse los hermanos con santo recogimiento, actos o prácticas puramente materiales, que están reñidas con la pureza y elevación de las enseñanzas de los espíritus.

Tiene muchísima razón nuestra compañera en la prensa. Los espiritistas deben reunirse, no para entregarse a vanos formulismos, no para celebrar ceremonias absurdas, no para parodiar bautismo y purificaciones, haciendo uso del sistema hidropático. El Espiritismo es más grande que todos los procedimientos rutinarios de este mundo. No se purifican los espíritus por medio del agua; ésta podrá limpiar el cuerpo, pero no el alma.

El Espiritismo se engrandece por medio del progreso moral e intelectual, trabajando, estudiando, dominando el ímpetu de las pasiones, perdonando y amando a sus enemigos, vistiendo al huérfano, guiando al ciego, instruyendo al que no sabe, convirtiéndose el hombre en un verdadero agente de la providencia, siendo el consuelo, el alivio y la esperanza de cuantos se acerquen a contarles sus angustias. Éste es el único medio infalible para regenerar el Espíritu; y cuantos se llamen espiritistas, si no observan estrictamente las prescripciones del Evangelio de Cristo, si no se dirigen hacia Dios por el camino de la caridad y la ciencia, que no se llamen espiritistas porque no lo son; podrán ser afiliados a una secta religiosa más o menos adelantada, pero no al Espiritismo, que es el racionalismo religioso, es el deísmo filosófico, es el esencialismo de la vida, es la verdad, puramente la verdad; la manifestación, la demostración de la individualidad del Espíritu, la negación absoluta de la muerte, y la afirmación concluyente del progreso indefinido del alma, esto es el Espiritismo racional, la realización de todas nuestras esperanzas, la hermosa realidad de todos nuestros sueños.

¿Qué sueña el hombre? ¡Ser grande! ¡Ser amado! ¡Y ser inmortal! Y la comunicación ultraterrena nos convence sin el menor género de duda, que los sueños de ayer los hemos realizado hoy; y los de hoy los realizaremos mañana; pero los realizaremos trabajando en nuestro perfeccionamiento. Y desengañémonos, que no nos perfeccionamos por acudir a un mal llamado centro espiritista a entregarnos con fanático misticismo a prácticas verdaderamente absurdas; y si así lo hacemos nos podemos apropiarse el antiguo adagio de, ahí van los mismos perros, con distinto cencerro. Lo mismo es rezar rutinariamente en un lugar que en otro; y lo mismo es sujetarse a fórmulas y a privaciones de alimentos dentro de un credo religioso, que obedeciendo mandatos absurdos de visionarios reformadores, no hay más que una reforma en la Tierra, **la Caridad y la Ciencia.**

Respetemos profundamente las creencias, o mejor dicho, las prácticas de todos los círculos espiritistas (menos aquellas prácticas que son del todo inadmisibles porque degeneran en tristísimo abuso): pero en consonancia con nuestras ideas, están principalmente las agrupaciones que ven en el Espiritismo la religión del porvenir, no es una religión; las religiones son las que tienen sus oraciones marcadas, y aunque la Escuela Espiritista tiene su libro de oraciones porque éstas son necesarias para la generalidad, creemos que comprendido bien el Espiritismo, convencido el hombre que no sólo con rezos se progresa, se trabajará muchísimo más y se rezará muchísimo menos.

¡Nos gusta tanto la gimnasia de las inteligencias!

Comprendemos también que no en todos los parajes se pueda hacer esta reforma y que lo que es luz de verdad en un punto, puede no serlo tanto en otro, y los directores de los Centros Espiritistas, tienen muchas veces que sujetarse al grado de cultura de sus oyentes, pero como nuestro Espíritu se conoce que es muy viejo, y está muy pesaroso de haber perdido tantos siglos, ahora es lógico que esté impaciente, y quisiera adelantar por segundos el tiempo tan precioso que ha perdido,

por eso cuando vemos espíritus de progreso en todos los sentidos, nuestra alma sonríe gozosa.

Deseamos que se propague el Espiritismo sin fanatismo de ninguna especie; porque el día que la Escuela Espiritista cediera al fanatismo, sería una religión como las demás; y nosotros queremos que sea síntesis de la verdadera religión que no encuentra ningún templo digno de Dios más que la naturaleza, ni mejor culto que hacer el bien por el bien mismo.

CAPÍTULO VIII

EL ESPIRITISMO ES AUTENTICO CRISTIANISMO

El Espiritismo tomando su punto de partida en las mismas palabras de Cristo, como Cristo tomó el suyo en las de Moisés, es una consecuencia directa de su doctrina.

A la vaga idea de la vida futura, añade la revelación de la existencia del mundo invisible que nos rodea y puebla el espacio, y precisando así la creencia, le da un cuerpo, una consistencia, una realidad en el pensamiento. Él define los lazos que unen el alma al cuerpo, y levanta el velo que ocultaba a los hombres los misterios del nacimiento y de la muerte. Por el Espiritismo el hombre sabe de donde viene, a donde va, porqué está en la Tierra, porqué sufre en ella temporalmente, y ve en todas partes la justicia de Dios. Sabe que el alma progresa sin cesar a través de una serie de existencias sucesivas, hasta adquirir el grado de perfección que pueda aproximarle a Dios.

Con la reencarnación se destruyen las preocupaciones de razas y castas, puesto que el mismo Espíritu puede renacer rico o pobre, gran señor o proletariado, libre o esclavo, hombre o mujer. De todos los argumentos que se han invocado contra la justicia de la servidumbre y de la esclavitud y contra la sujeción de la mujer a la ley del más fuerte, no hay ninguno tan lógico como el hecho material de la reencarnación. Si, pues, la reencarnación funda sobre una ley de la naturaleza el principio de la fraternidad universal, funda también en la misma ley el de la igualdad de derechos sociales y por consiguiente el de la libertad.

Los hombres no nacen inferiores y subordinados sino por el cuerpo; por el Espíritu son iguales y libres. De aquí el deber de tratar a los inferiores con bondad, benevolencia y humildad, porque el que hoy es nuestro subordinado, puede haber sido igual o superior nuestro, o quizá un pariente o un amigo, como también nosotros a la vez podemos venir a ser subordinados de aquel que nosotros mandamos.

Quitad al hombre el Espíritu libre, independiente y sobreviviente al cuerpo, y haréis de él una máquina organizada, sin objeto, sin responsabilidad, sin otro freno que la ley civil, capaz de ser explotado, como un animal inteligente. No esperando nada después de la muerte; si sufre, no tiene en perspectiva más que la desesperación y la nada por refugio. Con la certeza del porvenir, con la de volver a encontrar a los que ha amado, con el temor de hallar otra vez a los que han ofendido, cambian completamente todas sus ideas. Si el Espiritismo no hubiese hecho otra cosa que sacar al hombre de la duda sobre la vida futura, ya habría hecho para su mejoramiento moral más que todas las leyes disciplinarias que le detienen algunas veces, pero que no le modifican o transforman.

Haciendo caso omiso de la preexistencia del alma, la doctrina del pecado original no solamente es irreconciliable con la justicia de Dios, que haría responsables a todos los hombres de la falta de uno

solo; sino que sería un contrasentido, y tanto menos justificable cuanto que el alma no existía en la época a que se pretende hacer remontar su responsabilidad. Con la preexistencia y la reencarnación, el hombre al renacer trae el germen de las pasadas imperfecciones y de los defectos que aún no ha corregido, los cuales se traducen por sus instintos nativos, y por sus propensiones para tal o cual vicio. Aquí está su verdadero pecado original, cuyas consecuencias sufre naturalmente, pero con la diferencia capital de que lleva la pena de sus propias faltas y no de la falta cometida por otro; además, otra diferencia hay a la vez consoladora, animadora y soberanamente equitativa, que consiste en que cada existencia le ofrece los medios para redimirse por la reparación, y de progresar ya sea despojándose de alguna imperfección, ya sea adquiriendo nuevos conocimientos, y esto hasta que estando suficientemente purificado no tenga ya necesidad de la vida corporal, pudiendo vivir exclusivamente de la vida espiritual, eterna y bienaventurada.

Por la misma razón el que ha progresado moralmente, trae al renacer, las cualidades nativas, del mismo modo el que ha progresado intelectualmente tras las ideas innatas de aquellos conocimientos; se identifica con el bien, lo practica sin esfuerzo, sin cálculo y por decirlo así sin pensarlo. El que está obligado a combatir sus malas tendencias, aún está en la lucha; el primero ha triunfado ya; el segundo está en camino de hacerlo. Hay pues virtudes originales, como hay saber original y pecado, o mejor, vicio original, es decir, inclinación, disposición, tendencia natural.

Creemos que estas consideraciones son dignas de ser estudiadas, y en nuestra humilde opinión, nos parece que los hombres deberían fijarse más en estudiar su presente, que no en averiguar quienes fueron sus antecesores.

Que venimos de Dios no cabe duda, ¿Si Dios no fuera Dios, quién sería? La clara prueba de que Dios existe; es que hay algunos hombres que lo niegan. En cuanto al sistema de las causas finales, estamos conformes hasta cierto punto nada más.

El hombre, podrá ser el rey de la Tierra, la causa final de las especies orgánicas de este planeta, pero no la última creación del Eterno.

Esos mundos que en la noche silenciosa contemplamos en el espacio inmenso, y que parece que nos hablan de Dios por medio de figuras cabalísticas, tienen necesariamente que estar habitados, y muchos de ellos por humanidades más adelantadas que la terrena, porque el hombre de la Tierra no puede ser la última palabra de Dios, es completamente imposible: somos un compuesto de necio orgullo, de ridícula vanidad, no sabemos definir a Dios y le damos nuestras pasiones; no nos conocemos a nosotros mismos, y queremos conocer la causa creadora; no en balde dice una antigua sentencia, que no hay nada tan atrevido como la ignorancia.

CAPÍTULO IX

LA CIENCIA Y EL ESPIRITISMO

Siendo Dios la causa primera de todas las cosas, el punto de partida de todo, el fundamento cardinal sobre el que descansa el edificio de la Creación, es también el asunto que debemos estudiar en primer lugar para entendernos.

Es un axioma elemental que se juzgue la causa por sus efectos, aun cuando la causa no sea visible. La ciencia va más allá todavía; calcula la potencia de la causa por la potencia del efecto y aún puede determinar la naturaleza de ella. Así es como la Astronomía, por ejemplo, en conocimiento de las leyes que rigen el Universo ha supuesto la existencia de planetas en ciertas regiones del espacio: se han buscado, se han encontrado los planetas indicados de ese modo, y se puede decir que se han descubierto en realidad antes de haber sido vistos. En otro orden de hechos más vulgares; quien se encuentra envuelto por una densa niebla, juzga que el Sol ha salido por la claridad difusa que la penetra. Si un ave que se mece en los aires es mortalmente herida, y por consecuencia cae como un cuerpo inerte, se supone que un hábil tirador a quien no se ha visto ni se ve, le ha acertado con su arma mortífera. No siempre es necesario haber visto una cosa para saber que existe, y en todo, por la observación de los efectos se llega al conocimiento de las causas.

Otro principio elemental como el anterior y que pasa por axioma a fuerza de ser evidente, es que todo efecto ordenado debe proceder de una causa inteligente.

Si se pregunta quien es el inventor de tal ingenioso mecanismo, el arquitecto de tal monumento, el escultor de tal estatua o el pintor de tal cuadro, ¿Qué se diría del que contestase que se había hecho solo? Cuando se ve una obra maestra de arte o de industria, se dice que debe ser producto de un hombre de genio, porque sólo una alta concepción puede haber precedido a su confección, se supone sin embargo, que un hombre lo ha hecho, porque se sabe que la cosa no es superior a la capacidad humana; pero a nadie se le ocurrirá el pensamiento de que puede ser producto de la cabeza de un idiota o de un ignorante, y aún menos, que sea el trabajo de un animal o el producto de la casualidad.

En todas partes se reconoce la presencia del hombre por sus obras. Si se llega a un país desconocido, aunque desierto, si se descubre el menor vestigio de obras humanas, se deduce que está o ha estado habitado por hombres. La existencia de los hombres antediluvianos no se probaría sólo por la presencia en los terrenos de aquella época de fósiles humanos; sino también, y no, con menor certidumbre, por la de objetos trabajados por los hombres. Un fragmento de vaso, una piedra tallada, un arma, un ladrillo, bastarían para atestiguar su existencia. Por lo grosero o acabado del trabajo, se reconocería el grado de inteligencia y adelantamiento de los que lo

habían hecho. Si, pues, se encontrase en un país, sólo habitado por salvajes, una estatua digna del cincel de Phidias, no se vacilaría en decir que, siendo incapaces los salvajes, en producir tal maravilla de arte, debía ser obra de una inteligencia superior a la de los salvajes.

Pues bien; mirando cada cual en torno sobre las obras de la naturaleza; al observar la previsión, la sabiduría, la armonía que presiden a todas, se reconoce que no hay ninguna que no sea superior al más alto alcance de la inteligencia humana, puesto que el mayor genio conocido en la Tierra sería incapaz de producir una sola hoja de la hierba más humilde. Y puesto que la inteligencia humana no puede producirlas, es forzoso que sea el producto de una inteligencia superior a la del hombre. Esta armonía y esta sabiduría que se extiende desde el grano de arena hasta los astros innumerables y de tamaño inconmensurable que circulan en el espacio, hay que deducir que esta inteligencia abraza lo infinito, a menos de admitir que hay efectos sin causa.

La existencia de Dios es por lo tanto un hecho demostrable, no sólo por la revelación, sino también por la evidencia material de los hechos. Los pueblos más salvajes no han tenido revelación, y sin embargo creen instintivamente en la existencia de un poder sobrehumano, porque los salvajes más rudos tienen los elementos del raciocinio que pueden sustraerse a las consecuencias de la lógica; ven cosas superiores a la capacidad de la inteligencia humana y deducen que proceden de un ser superior a la humanidad.

No es dado al hombre sondear la naturaleza íntima de Dios. Temerario empeño sería el de quien pretendiera levantar el velo que le oculta a nuestra vista: nos falta aún el sentido necesario para ello, el cual no se adquiere sino con la completa purificación del Espíritu. Pero si no puede penetrar su conciencia, dada su existencia con premisas, se puede por el raciocinio, llegar al conocimiento de sus atributos necesarios, porque viendo lo que no puede ser sin dejar de ser Dios, se deduce lo que debe ser.

Sin conocer los atributos de Dios sería imposible comprender la obra de la creación. Es el punto de partida de todas las creencias religiosas; y por no haberse referido a ellas como el faro que podía dirigirlas, es por lo que la mayor parte de las religiones han errado en sus dogmas. Las que no han atribuido a Dios la omnipotencia, han imaginado diferentes dioses; y las que no han atribuido la soberana bondad, han hecho de Él un Dios celoso, colérico, parcial, y vengativo.

Dios es la suprema y la soberana inteligencia. La inteligencia del hombre es limitada, puesto que no puede hacer ni comprender todo lo que existe. La de Dios que abraza el infinito, tiene que ser infinita. Si fuese limitada en un punto cualquiera, se podría concebir un ser aún más inteligente, capaz de hacer y comprender lo que el otro no hiciera, y así hasta lo infinito.

Dios es eterno; es decir, que no ha tenido principio ni tendrá fin. Si hubiera tenido principio, es que habría salido de la nada; pero esta nada, que es una pura abstracción del entendimiento, nada puede producir; o bien habría sido creado por otro ser anterior, y entonces

este otro ser sería Dios. Si se le supusiera un principio o fin, se podría concebir otro que hubiera existido antes que Él o que pudiese existir después de Él, y así siguiendo hasta lo infinito.

Dios es inmutable. Si estuviese sujeto a mudanzas, las leyes que gobiernan el Universo no tendrían estabilidad alguna.

Dios es inmaterial. Es decir, que su naturaleza es diferente de todo lo que nosotros llamamos materia: de otro modo no sería inmutable, porque estaría sujeto a las transformaciones o mudanzas de la materia.

Dios no tiene forma apreciable por nuestros sentidos, pues sin eso sería materia. Nosotros decimos: la mano de Dios, el ojo de Dios, la boca de Dios, porque el hombre que no conoce cosa superior a Él, se toma punto de comparación de todo lo que no comprende. Esas imágenes en que se representa a Dios bajo la figura de un anciano de larga barba y cubierto con un manto, son ridículas. Tiene el inconveniente de reducir al Ser Supremo a las mezquinas proporciones de la humanidad: desde lo cual, a prestarle las pasiones de la humanidad y hacer de Él un Dios colérico y vengativo, no hay más que un paso.

Dios es omnipotente. Si así no fuera, podría concebirse un ser más poderoso, y así siguiendo hasta que se encontrara al ser a quien no se pudiese exceder en potencia, y ése sería el verdadero Dios. No habría hecho las cosas, y las que Él no hubiera hecho serían producto de otro Dios.

Dios es soberanamente justo y bueno. La sabiduría de las leyes divinas se revela así en las cosas más pequeñas como en las más grandes, y esta sabiduría no permite dudar de su justicia ni de su bondad. Estas dos cualidades suponen todas las demás: si se las supusiera limitadas, aunque no fuese sino en un punto, se podría concebir un ser que las poseyera en alto grado, y que por tanto sería superior a Él.

Lo infinito de una cualidad excluye la posibilidad de la existencia de una cualidad contraria que la aminoraría o la anularía. Un ser infinitamente bueno, no puede tener la menor sombra de malignidad, ni ser infinitamente malo, del mismo modo que un objeto no puede ser de un negro absoluto con el viso de blanco, ni un blanco absoluto con el menor viso negro.

Dios no podría ser al mismo tiempo bueno y malo, porque no poseyendo una ni otra cualidad en grado absoluto, no sería Dios; todo estaría sujeto al capricho y no habría estabilidad en nada. No podría ser por tanto, sino infinitamente bueno o infinitamente malo: siendo infinitamente malo, no podría hacer nada bueno, y como sus obras dan testimonio de su sabiduría, de su bondad y de su pródigo amor, hay que deducir que no pudiendo ser a un mismo tiempo bueno y malo, sin dejar de ser Dios, debe ser infinitamente bueno.

La soberana bondad supone la soberana justicia; porque si se tratara injustamente o con parcialidad en una sola circunstancia, o respecto a una sola de sus criaturas, no sería soberanamente justo, y por consecuencia no sería soberanamente bueno.

Dios es infinitamente perfecto. Imposible es concebir a Dios sin lo infinito de las perfecciones; sin esto no sería Dios, porque se podría concebir un ser que poseyera lo que a Él le faltase; y así para que ninguno le supere, es preciso que sea infinito en todo. Siendo los atributos de Dios infinitos, no son susceptibles ni de aumento ni de disminución, pues sin eso serían finitos y Dios imperfecto. Suprímase por el pensamiento una partícula de uno solo de sus atributos y ya no sería Dios, puesto que podría concebirse un ser más perfecto.

Dios es único. La unidad de Dios es la consecuencia de lo infinito de sus perfecciones. No podría existir otro Dios sino a condición de ser igualmente infinito en todo; pues de haber entre ellos la más pequeña diferencia, el uno sería inferior estaría subordinado al superior, y éste solo sería Dios. Si hubiera entre ellos igualdad absoluta, sería desde toda la eternidad un mismo pensamiento, una misma voluntad, un mismo poder; y confundida así su identidad no sería en realidad sino un solo Dios. Si cada cual tuviese atributos especiales, el uno haría lo que el otro no hiciese; y no habría entre ellos igualdad perfecta puesto que ni uno ni el otro tendrían el soberano poder.

La ignorancia del principio de lo infinito de las perfecciones de Dios, es la que ha engendrado el politeísmo, culto de todos los pueblos primitivos, que atribuían a la divinidad todo poder que les parecía superior al de la humanidad. Más tarde, los progresos de la razón han conducido a confundir todos estos poderes en uno solo; y luego, a medida que los hombres han comprendido la esencia de los atributos divinos, han suprimido de sus símbolos las creencias que envolvían su negación.

En resumen, Dios no puede ser Dios, sino a condición de no ser aventajado en nada por ningún otro ser; porque el ser que fuera superior a Dios en cualquier cosa que fuese, aunque no montase el grueso de un cabello, ése sería el verdadero Dios, por eso es preciso que sea infinito en todo.

Así es como, comprobada la existencia de Dios por sus obras, se llega por simple inducción lógica a determinar los atributos que le caracterizan.

Dios es, pues la soberana y suprema inteligencia: único, eterno, inmutable, inmaterial, omnipotente, soberanamente justo y bueno, e infinito en todas sus perfecciones, y no puede ser otra cosa. Tal es el fundamento en que descansa el edificio universal, es el faro cuyos rayos se extienden por el Universo entero, y el único que puede guiar al hombre en la investigación de la verdad. Siguiéndole nunca se extravía, y tantas veces que se ha extraviado, es por no haber seguido el camino que le estaba indicado.

Este es también el criterio infalible de todas las doctrinas filosóficas y religiosas. El hombre tiene que juzgarlas con una medida rigurosamente exacta en los atributos de Dios; y puede decirse con certidumbre que toda teoría, todo principio, todo dogma, toda creencia, toda práctica que esté en contradicción con uno solo de estos atributos,

LA LUZ DE LA VERDAD

que tendiera no ya a anularlos, sino a disminuirlos, es un error, está fuera de la verdad.

En filosofía, en psicología, en moral, en religión, sólo es verdad lo que no se aparta un ápice de las cualidades esenciales de la divinidad. La religión perfecta sería aquella cuyos artículos de fe estuvieran de todo punto en consonancia con esas cualidades; cuyos dogmas pudieran sufrir las pruebas de esa confrontación sin menoscabo alguno.

La escuela que reconoce a Dios como causa primera, y admite el progreso indefinido del Espíritu, no pertenece a los sistemas impíos, ni a las científicas aberraciones. La ciencia está con todos los hombres de buena voluntad. No es la iglesia católica la privilegiada, no; porque para Dios no hay privilegiados. Todo hombre que le ame en Espíritu y en verdad, todo aquel que cumpla fielmente con su santa ley, y busque en la caridad y en la ciencia el progreso eterno de su alma, ése será siempre grato a los ojos de Dios, sea cual sea la religión que profese.

¡La ciencia es la herencia de Dios, y todos los hombres son sus herederos!

¡La ciencia no posee ni ésta ni aquélla religión, porque llegará a ser un día el patrimonio de la humanidad; y en la sublimidad de la ciencia, está la divinidad de la religión!

CAPÍTULO X

LA REVELACIÓN POR EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA

Es misión de los sacerdotes ilustrar a sus feligreses, haciéndoles conocer todas las evoluciones de la ciencia o sea el desarrollo y el desenvolvimiento de la inteligencia humana, despertando su sentimiento y su amor al estudio, convenciéndoles de que el hombre sin instrucción es como el ave sin alas, como fuente sin agua, que vive sin vivir porque vive sin comprender a Dios, y vivir sin saber porqué vivimos, es una pobre vida.

El hombre ha de saber de dónde viene, porqué está hoy en la Tierra, y adonde irá mañana; y los que se llaman los ungidos del Señor, tienen obligación sagrada de difundir la luz de la verdad; y como la verdad es la ciencia, y en las demostraciones científicas se encuentra Dios, por esto la misión de los sacerdotes no es rezar rutinariamente las oraciones contenidas en su breviario. Su oración debe ser el estudio, su más ferviente plegaria, el análisis.

Bajo el punto de vista corporal y puramente anatómico, el hombre pertenece a la clase de mamíferos, de los que no se diferencia sino por accidentes en la forma exterior. En lo demás, la misma composición química que todos los demás animales, los mismos órganos, las mismas funciones y los mismos modos de nutrirse, de respiración, de secreción y de reproducción: nace, vive, y muere en las mismas condiciones, y a su muerte se descompone su cuerpo como el de todo ser viviente. No hay en su sangre, en su carne y en sus huesos, un átomo de más ni de menos que en la sangre, carne y huesos de los animales; como éstos al morir, devuelven a la tierra el oxígeno, el hidrógeno, el azoe y el carbono que se habían combinado para formarles, y vuelven éstos para nuevas combinaciones, a constituir nuevos cuerpos minerales, vegetales o animales. La analogía es tan grande que se estudian sus funciones orgánicas en ciertos animales, cuando no pueden hacerse los experimentos en el mismo.

Cueste lo que cueste a su orgullo, el hombre debe resignarse a no ver en su cuerpo material sino el último anillo de la animalidad sobre la Tierra. El inexorable argumento de los hechos está ahí, contra el cual no hay protesta que valga.

Pero cuanto más el cuerpo disminuya en valor a sus ojos, tanto más aumenta en importancia su principio espiritual; si el primero lo pone al nivel del bruto, el segundo lo eleva a una altura inconmensurable. Vemos el círculo en que el animal se detiene; mas no podemos alcanzar, ni aún con la imaginación, el límite a que puede llegar el Espíritu del hombre.

De ahí puede inferir el materialismo con el Espiritismo, lejos de temer los descubrimientos de la ciencia y su positivismo, se anticipa a

ellos y los impulsa, porque está seguro de que el elemento espiritual que tiene su existencia propia, no puede recibir menoscabo alguno.

La existencia del principio espiritual es un hecho, que no tiene por decirlo así más necesidad de demostración que el principio material; es en cierto modo una verdad axiomática, que se afirma por sus efectos como la materia por los que le son propios.

Según la máxima, todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener causa inteligente; no hay quien no reconozca una diferencia entre el movimiento mecánico de una campana agitada destinado a dar una señal, o un aviso, revelador por lo mismo de un pensamiento, de una intención. Pero a nadie que tenga sano el entendimiento, se le puede ocurrir la idea de atribuir el pensamiento a la materia de la campana, se deduce que ésta es movida por una inteligencia a la que sirve de instrumento para manifestarse. Por la misma razón a nadie se le ocurre la idea de atribuir el pensamiento a un cadáver humano. Si el hombre vive y piensa, es porque hay en él algo que falta al cadáver. La diferencia que hay entre el hombre y la campana, es que la inteligencia que hace mover aquélla se halla fuera de ella, mientras que la que hace mover al hombre está en él mismo.

El principio espiritual es el corolario de Dios: sin este principio, no tendría Dios razón de ser, porque no se concebiría el soberano poder ni la infinita inteligencia, reinando eternamente sobre la materia bruta, del mismo modo que no se comprendería un soberano terrestre, ejerciendo su reinado sobre las piedras. Y como no se puede comprender a Dios sin los atributos esenciales de la Divinidad, entre los cuales son la justicia y la bondad, éstos carecerían de objeto si sólo hubieran de ejercitarse sobre la materia.

Por otra parte no podría concebirse un Dios justo y bueno en sumo grado, creando seres inteligentes y sensibles para reducirlos a la nada después de algunos instantes de sufrimiento sin compensación; recreando su vista en esta sucesión indefinida de seres que nacen sin haberlo solicitado, que piensan un instante para no conocer más que el dolor, y que se disipan para siempre después de una existencia efímera.

Sin la supervivencia del ser inteligente, los sufrimientos de la vida serían, de parte de Dios, una crueldad sin objeto. Por eso el materialismo y el ateísmo son corolarios recíprocos: negando la causa se niega el efecto, y negando el efecto no puede admitirse la causa. El materialismo es consecuente consigo mismo, ya que no lo es con la razón.

Según afirma Kardec, en el principio espiritual ven el corolario de la existencia de Dios. Como se ve no pueden estar más afines en el fondo los que tan distantes suelen estar en la forma.

Pues hablando, si en la Creación no hubiera más mundo habitado que la Tierra, podríamos decir juzgando por las apariencias, que Dios estuvo poco previsor en el plan de su obra; porque de la Tierra hay que decir lo que dicen que dijo un inglés al visitar la católica España: que le gustaba el suelo y el cielo, pero no el entresuelo; esto es, le encantaba su fecundo suelo, su sol de fuego, pero no sus hombres impresionables e irreflexivos; y esto mismo se puede decir de la Tierra.

La naturaleza ostenta su espléndida hermosura, en los rugientes mares, en la cordillera de las montañas, en los amenos valles, en los frondosos bosques, en el firmamento con sus múltiples velos atmosféricos, en las auroras boreales que cual sonrisas divinas alegran las regiones polares, en los torrentes que a prodigiosa altura lanzan sus hirvientes cataratas, en los fenómenos ópticos que producen los rayos solares sobre las nubes, que disueltas en menuda lluvia fertilizan la tierra, en este orden admirable por lo cual se armoniza, todo se enlaza, todo se eslabona en el trabajo incesante de la naturaleza; y sólo el hombre, es el Satán de la leyenda que se revela contra su Creador; en la Tierra todo habla de Dios, ¡Todo! Menos el hombre a pesar de llevar en su frente el distintivo de su genealogía Divina.

Le falta al hombre de este planeta la virtud que según Platón es el origen de las ciencias y de las artes: no sabe admirar, y como no sabe admirar, no ama a Dios, y no amándole no le comprende, y no comprendiéndole, es deísta; por esto las religiones han sido la parodia de la religión, y las primeras deben su origen a la escuela ateísta, nacida dentro de los abusos de la escuela deísta, siendo el ateísmo la consecuencia lógica, el resultado natural de los anacronismos religiosos. Y este mundo, donde la vida es un dolor sin tregua, donde los que se llaman los iluminados del Señor, martirizan y queman a sus hermanos inventando todas las torturas, y todos los suplicios más fuertes y más crueles, como sucedía con el tribunal de la santa inquisición; y no hay religión que no tenga su abolengo en las hogueras y en los campos de batalla, siendo la historia de todas las religiones, persecuciones, desmanes y abusos; y dejando aparte el elemento religioso, busquemos a los que se llaman sabios, y veamos en otro sentido que tampoco comprenden a Dios, prueba de ello es cuando dijo Laplace, que para hacer su tratado de cosmogonía, no había necesitado de la hipótesis Dios; y Virchow decía, que se pueda comprobar la generación espontánea para no admitir la existencia del Creador, para eludir la intervención de una inteligencia ordenadora en la organización de la materia. ¿Y este mundo donde los deístas apelan a la fuerza bruta, para convencer a los mal llamados sabios, niega la suprema sabiduría para hacer valer sus hipótesis, y huyen de la clara luz del Sol, y quieren ahuyentar la oscuridad en que viven, con la luz vacilante de absurdas teorías? ¿Y este mundo, repetimos, cuya humanidad es tan defectuosa, tan rebelde, tan antirracional, que o mata en nombre de Dios, o le niega en nombre de la ciencia: el hombre terrenal tal como es hoy, puede ser considerado como el Rey de la Creación? No; es completamente imposible; lo será en otros planetas, cuando tenga mejores condiciones, cuando adquiera lógica y raciocinio suficiente para comprender la gran misión que le toca cumplir; por esto encontramos pobre la creencia que afirma ser la Tierra la única morada del hombre, para en ella adorar a Dios.

Nace la luz en la comparación de la causa con los efectos: y la causa Dios, ¡Es inmensa! ¡Infinita! ¡Infinitísima!... y el efecto Tierra, ¡Es pequeño! ¡Microscópico! ¡Infinitesimal!... Por esto entre el hombre

terrenal y Dios, deben mediar innumerables razas, cuyo número fijo ningún matemático podrá sumar jamás.

Los terrenales somos muy pequeñitos todavía, porque nuestra civilización, no nos ha dado más que un necio orgullo, una presunción insoportable: revelándose en los unos con la creación de un Dios inadmisibles, y en los otros con la negación del principio de la vida; ni los religiosos, ni los semisabios han comprendido la omnipotencia del Ser Supremo.

Raudales de ciencia y raudales de amor hacen falta en la Tierra; y fijarse menos en las palabras y más en los hechos: siendo las religiones las encargadas de operar un cambio social.

Vencedores pueden ser todos los hombres que busquen la luz de la verdad; y la iglesia católica si se afilia al racionalismo moderno, podrá ser todavía una de las escuelas religiosas que tenga un buen número de adeptos: pero ha de seguir paso a paso la marcha de la civilización actual; ha de interpretar fielmente las enseñanzas de Cristo; ha de comprender en su valor inmenso su divina revelación. ¡Cuan bien la describe Kardec en su Génesis!

La parte más importante de la revelación de Cristo, en el sentido de que es el principal distintivo y la piedra angular de toda su doctrina, es el nuevo punto de vista bajo el cual hace considerar a la Divinidad. No es el Dios terrible, celoso y vengativo de Moisés; el Dios cruel implacable que riega la Tierra con sangre humana, y ordena la matanza y exterminio de los pueblos, sin exceptuar a las mujeres, niños y ancianos. No es el Dios injusto que castiga a todo un pueblo por el pecado de su Rey; que se venga del culpable en la persona del inocente, y que hiere a los hijos por las faltas de sus padres; sino un Dios clemente, soberanamente justo y bueno, lleno de mansedumbre y de misericordia, que perdona al pecador arrepentido y da a cada uno según sus merecimientos. No es el Dios de un solo pueblo privilegiado, el Dios de los ejércitos que preside los combates para sostener su propia casa contra el Dios de los otros pueblos; sino el Padre común del género humano que extiende su protección a todos sus hijos y los llama hacia Él. No es tampoco el Dios que recompensa con los bienes de la Tierra, y que hace consistir su gloria y la felicidad en la dominación y esclavitud de los pueblos rivales y en la multiplicidad de su progenie; sino que dice a los hombres: vuestra verdadera patria no está en este mundo, sino en el cielo; allí es donde los humildes de corazón serán ensalzados, y abatidos los soberbios. No es el Dios que hace una virtud de la venganza y manda dar ojo por ojo y diente por diente; sino el Dios de misericordia, que dice perdonad las injurias, si queréis que se os perdonen vuestros pecados: devolved bien por mal; no hagáis a otro lo que no queréis que hagan con vosotros. No es ya el Dios mezquino y meticuloso que impone bajo las más rigurosas penas la manera con que quiere ser adorado, y que se ofende por la inobservancia de una fórmula; sino el Dios grande que mira las intenciones y no se honra con las exterioridades. No es en fin, el Dios que quiere ser temido; sino el Dios que quiere ser amado.

Toda la doctrina de Cristo está fundada sobre el carácter que atribuye a la Divinidad. Con un Dios imparcial, soberanamente justo, bueno y misericordioso, ha podido hacer del amor de Dios y de la caridad para con el prójimo, la condición única de salvación, y decir: ésa es toda ley y los profetas, y no hay otra. Sobre esta creencia se ha podido basar la igualdad de los hombres ante Dios, y la fraternidad universal. Esta revelación de los verdaderos atributos de la Divinidad, unida a la de la inmortalidad del alma y de la vida futura, modifica profundamente las relaciones mutuas de los hombres; les imponía nuevas obligaciones; les hacía mirar la vida presente bajo otro aspecto, y debía por consecuencia, modificar profundamente las costumbres y relaciones sociales. Éste es incontestablemente por sus consecuencias el punto más capital de la revelación de Jesucristo, cuya importancia no se ha comprendido lo bastante. Sensible es decirlo, es el punto en que más se han apartado las creencias y que más se ha desconocido en la interpretación de sus enseñanzas.

Es verdad; y esas enseñanzas deben de ser estudiadas por todos los hombres de buena voluntad, vengan de donde vengan y sean quienes sean. La humanidad debe de trabajar unida porque la unión constituye la fuerza; y ya que tantos siglos hemos perdido sumidos en la ignorancia, justo es que despertemos de nuestro sueño, y todas las escuelas busquen a Dios en la ciencia. ¡Oh! Sí, en la Ciencia y la Caridad.

Toda la mitología pagana es en realidad un extenso estudio alegórico de las diversas fases buenas y malas de la humanidad. Para quien sabe desentrañar su Espíritu, es un curso completo de la más alta filosofía, como lo son por su estilo las fábulas modernas. Lo absurdo era tomar la forma por el fondo. Pero los sacerdotes paganos no enseñaban más que la forma, sea porque algunos no supiesen más, o porque tuviesen interés en mantener a los pueblos en creencias que favoreciendo su dominación, les eran más productivas que la filosofía. La veneración del pueblo a la forma, era una fuente inagotable de riquezas, por los donativos acumulados en los templos, las ofrendas y sacrificios hechos a los Dioses, en provecho de sus representantes o ministros. Un pueblo menos crédulo hubiera dado menos importancia a las imágenes, a las estatuas, a los emblemas y a los oráculos; y Sócrates fue condenado como impío a beber la cicuta, por haber querido secar esa fuente, poniendo la verdad en lugar del error.

Entonces no estaba aún en uso el quemar vivos a los herejes, pero quinientos años antes de Cristo fue condenado a la infamante muerte como impío, porque como Sócrates, quiso sustituir el espíritu de la letra y porque su doctrina esencialmente espiritual, destruía la supremacía de los escribas, fariseos y doctores de la ley.

Lo mismo sucede con la Génesis, en la cual hay grandes verdades morales bajo figuras materiales, que tomadas a la letra, serían tan absurdas como si en nuestras fábulas se tomaran al pie de la letra las escenas y los diálogos que se atribuyen a los animales.

Adán es la personificación de la humanidad; su falta individualiza la debilidad del hombre, en quien predominan los instintos materiales, a los que no sabe resistir.

El árbol, como árbol de la vida, es el emblema de la vida espiritual; como árbol de la ciencia, es el de la conciencia que el hombre adquiere del bien y del mal por el desarrollo de su inteligencia y del libre albedrío, en virtud del cual escoge entre ambos; indica el estado aquel en que el hombre, dejando de ser guiado sólo por el instinto, toma posesión de su libertad y contrae la responsabilidad de sus actos.

El fruto del árbol es el emblema del objetivo de los deseos materiales del hombre; es la alegoría de todo apetito desordenado; resume bajo una misma figura los motivos de inclinación al mal; y comer de él, es sucumbir a la tentación. Crece en medio del jardín de delicias, para dar a entender que la seducción está en el fondo mismo del placer, y recordar al mismo tiempo que si el hombre da la preferencia a los goces materiales, se apega a la tierra y se aparta del camino de su destino espiritual.

La muerte con que le amenaza si infringe la prohibición que se le hace, es un aviso de las consecuencias inevitables, tanto físicas como morales, que acarrea la violación de las leyes divinas gravadas en su conciencia. Es evidente que no se trata aquí de la muerte corporal, puesto que, después de su pecado, Adán vivió aún por mucho tiempo; sino de la muerte espiritual, es decir, de la pérdida de los bienes del adelantamiento moral, de cuya pérdida es imagen la inmediata expulsión del jardín de las delicias.

La serpiente está lejos de representar hoy el tipo de astucia. Es pues, en este pasaje con relación a su forma, más que a su carácter, una alusión a la perfidia de los malos consejos que se arrastran como la serpiente y de los cuales muchas veces, por esta razón, no se desconfía. Por otra parte, si la serpiente fue condenada a arrastrarse sobre su vientre, por haber engañado a la mujer, se deduciría que antes tendría piernas, en cuyo caso no sería serpiente. ¿A qué fin imponer a la credulidad sencilla de los niños como verdades, alegorías tan evidentes y que falseando su juicio, les hacen luego mirar los libros sagrados como un tejido de fábulas absurdas?

Si el pecado de Adán no fue otro que el de haber comido un fruto, no puede justificar por su índole casi pueril, el rigor con que fue castigado. Tampoco se puede racionalmente admitir que consistió en el hecho que generalmente se supone; porque considerándolo como crimen indigno de perdón, Dios habría condenado su propia obra, puesto que habría creado al hombre para su propagación. Si Adán hubiese entendido en este sentido la prohibición de tocar el fruto del árbol, y se hubiese conformado con ella, ¿Dónde estaría la humanidad, y qué habría sido de los designios del Creador? Dios habría creado el inmenso aparato del Universo para dos solos individuos y la humanidad habría venido contra su voluntad y sus previsiones.

Dios no creó a Adán y a Eva para estar solos en la Tierra, y la prueba la tenemos en las mismas palabras que le dirigió inmediatamente después de su formación cuando estaban aún en el

paraíso terrestre. “Y bendíjolos Dios, y dijo: creced y multiplicaos y henchid la Tierra y subyugadla”. Puesto que la multiplicación del hombre era una ley desde el paraíso terrestre, su expulsión no pudo tener por causa el hecho que se supone.

¿Cuál es entonces ese tan enorme pecado que ha podido dar lugar a la reprobación sempiterna de todos los descendientes del que la a cometido? Caín el fratricida, no fue tratado con tanta severidad. Ningún teólogo ha podido explicar ese punto lógico racionalmente, porque ateniéndose todos a la letra, han girado siempre en un círculo vicioso.

Al decir a Adán que sacara su alimento de la tierra con el sudor de su frente, simboliza Dios la obligación de trabajar, pero ¿Por qué hace del trabajo un castigo? ¿Qué sería de la inteligencia humana si no la desarrollara con el trabajo? ¿Y qué sería la tierra si no fuese fecundada, transformada y saneada por el trabajo inteligente del hombre?

¿Por qué dijo a la mujer que, a causa de su pecado, pariría con dolores? ¿Cómo los dolores del parto pueden ser un castigo, puesto que es una consecuencia del organismo, y que está probado fisiológicamente que el dolor es necesario? ¿Cómo una cosa que está conforme con las leyes de la naturaleza, puede ser un castigo? He aquí lo que los teólogos no han podido aún ni podrán explicar, hasta que salgan del punto de vista en que se han colocado; y sin embargo, estas palabras que parecen tan contradictorias, pueden justificarse y conciliarse fácilmente.

Observemos por de pronto, que si en el momento de la Creación de Adán y Eva, sus almas acabadas de salir de la nada, como se nos enseña, debían ser sencillas e inocentes en todo, y no podían saber lo que era morir, ya que estaban solos sobre la Tierra, mientras estuvieron en el paraíso terrestre, no vieron morir a nadie, ¿Cómo pues, podrían comprender en qué consistía la amenaza de muerte que Dios les hizo? ¿Cómo Eva habría podido comprender que parir con dolor era un castigo, puesto que acabando de nacer a la vida, nunca había tenido hijos y que era la única mujer del mundo?

Las palabras de Dios no debían tener para ellos sentido alguno, apenas salidos de la nada debían ignorar porqué y cómo habían salido; no podían comprender ni al Creador ni el objeto de la prohibición que les imponía. Sin experiencia alguna de las cosas de la vida, pecaron como niños que obran sin discernimiento; lo cual hace más incomprensible aún la terrible responsabilidad que Dios ha hecho caer sobre ellos, y sobre la humanidad entera.

Lo que es una dificultad insuperable para la teología, el Espiritismo lo explica sin dificultad alguna, y de un modo racional por la anterioridad del alma y la pluralidad de existencias; ley sin la cual todo es misterioso y anómalo en la vida del hombre. En efecto, concedamos que Adán y Eva habían vivido anteriormente, y todo quedaría justificado. Dios no les habla ya como niños, sino como a seres en estado de comprender y que le comprenden; lo cual sería una prueba evidente de que ya sabían de antemano muchas cosas.

Admitamos, además, que hayan vivido en un mundo más adelantado y menos material que el nuestro, donde el trabajo del Espíritu suplía el trabajo corporal; que por su rebeldía a la ley de Dios, figurada por la desobediencia, hayan sido expulsados de él y relegados por castigo a la Tierra, donde el hombre a consecuencia de la naturaleza del globo, está sujeto al trabajo corporal; Dios en estas circunstancias podría decirles con razón: en el mundo donde viviréis, en lo sucesivo, cultivaréis la tierra y sacaréis de ella vuestro alimento con el sudor de vuestra frente. Y a la mujer: parirás con dolores, porque tal es la condición de ese mundo. El paraíso terrestre, cuyos rastros se han buscado inútilmente en la Tierra, sería en este caso la figura del mundo feliz donde había vivido Adán, o más bien la raza de espíritus en él personificada. La expulsión del paraíso marca el momento en que estos espíritus han venido a encarnarse entre los habitantes de ese mundo, y el cambio de situación que ha sido la consecuencia. El ángel armado con una espada flamígera que prohíbe y defiende la entrada en el paraíso, simboliza la imposibilidad en que están los espíritus de los mundos inferiores de penetrar en los superiores antes de haberlo merecido por su purificación.

¡Cuánto más racional, cuánto más lógica es esta explicación que el paraíso de Moisés con el árbol y el fruto prohibido!

Las grandes verdades todas son demostrables axiomáticamente; y en la historia sagrada, todo es emblemático y parabólico; y en los tratados religiosos, debían estar sus conceptos al alcance de todas las inteligencias, para que no se tergiversara el significado de sus proposiciones: porque la letra mata, y el Espíritu vivifica. La sabiduría no consiste en hablar mucho, y afirmar poco; la verdadera sabiduría se manifiesta demostrando con hechos irrefutables la verdad de los principios que se sustentan.

Dice un gran pensador, que las escuelas pierden todo aquello que quieren perder, y es muy cierto. La escuela ultramontana ella sola se aparta del movimiento científico universal; pues si por una parte se reconcilia con la ciencia, por otra inspira a sus adeptos esa fe que demuestra la pequeñez del Espíritu y que detiene el vuelo de la inteligencia, haciéndole descender desde el espacio infinito a un círculo microscópico.

Nosotros creemos que las manchas del pecado se lavan con las aguas del progreso; y ese dios que destruye lo que crea, no es el Dios de los racionalistas. ¡Nuestro Dios es más grande! ¡Es más clemente! ¡Es más justo! Tiene el tiempo ante sí, y en esa eternidad sin límites se purifican todas las humanidades por medio del trabajo, por medio del estudio y de las investigaciones científicas. ¡Sí, sí, por la ciencia! ¡Océano inmenso donde navega el hombre, buscando un puerto que se llama Dios!

Los teólogos para darle más efecto a sus fábulas religiosas, suprimen o mejor dicho, confunden el diluvio universal, el que marcó el periodo diluviano, con el diluvio bíblico, es decir, el diluvio asiático. Kardec en su Génesis hace mención de ambos, y encontramos más lógico en sus aplicaciones sencillas y naturales que en las fábulas

religiosas, en las cuales hay pequeños detalles que hacen sonreír al hombre más grave. Siendo la ciencia la demostración de Dios, ¿Qué es la revelación sin la ciencia? Un cúmulo de errores, una serie de fábulas místicas que llenan el alma de confusión. La revelación sin la ciencia es una conspiración contra la verdad que han formado todas las religiones; y que sólo ha conseguido estacionar al hombre limitando sus aspiraciones, sujetando su Espíritu con las férreas cadenas del fanatismo.

¡La ciencia es la primogénita de Dios! ¡Es Dios mismo! Y nosotros decimos refiriéndonos a esa demostración divina, lo que decía Plinio hablando del mundo. Escuchemos al sabio filosófico; el mundo o lo que también llamamos cielo, que en su anchuroso seno abarca todos los seres, es un Dios eterno, inmenso, que no fue producido nunca ni perecerá jamás. Buscar alguna cosa fuera de Él, es trabajo inútil para el hombre y superior a sus fuerzas. Ese es el Ser verdaderamente sagrado, el Ser eterno, inmenso, que todo lo encierra y abarca; Él lo es todo y está en todo. Es obra de la naturaleza y la naturaleza misma.

Nosotros decimos: ¡Dios es la ciencia, y la ciencia es Él! Buscar la verdad fuera de la ciencia es trabajo inútil superior a las fuerzas del hombre. ¡Donde falta la ciencia sólo puede vivir el sofisma! La ciencia lo es todo; un sabio afirmaba que la ciencia y la caridad son la palabra de Dios.

CAPÍTULO XI

ABUSOS EN LOS MALOS CENTROS ESPÍRITAS

El gran atraso moral e intelectual en que aún se hallan los hombres de la Tierra, y el poco caso que han hecho de las enseñanzas espíritas, contenidas en las obras de **Allan Kardec**; cuya lectura es tan útil, y su estudio tan indispensable, que sin comprenderlas, sin fijarse detenidamente en ellas, sin analizar y comentar sus conceptos; el que hable de Espiritismo sin una sólida instrucción, adquirida en sus libros fundamentales, tendrá de esta escuela filosófica los mismos conocimientos que tendrá un ciego de nacimiento de la diversidad de colores, y un sordo de la diferencia de los sonidos, ni más ni menos.

Con el transcurso del tiempo vamos conociendo, a muchos que se dicen espiritistas; y cuando les preguntamos ¿Y como conoció Ud. el Espiritismo? Muchos nos contestan en estos parecidos términos: se murió mi padre, o mi hijo, o mi madre, etc. me habló un amigo del Espiritismo, me dijo que yo misma podía comunicarme con el ser querido al que lloraba y me enseñó la invocación que debía hacer, evocé, y escribí, y han dicho los espíritus que tengo que cumplir una gran misión en la Tierra, que he de escribir tanto y cuanto.

¿Y qué ha leído Ud. de obras espiritistas? Poco, muy poco, casi nada, tengo tanto que hacer...

¿Y por qué no emplea Ud. en leer, el tiempo que se ocupa en escribir? Bueno, como todo mi afán es ver si llego a ser un buen médium...

Y tras la dichosa y nunca bien ponderada mediumnidad, centenares de seres pierden horas y horas emborronando papel siendo la mayoría de las veces el juguete de los espíritus burlones que abusan de su ignorancia y su credulidad.

Nos dicen que digamos algo sobre las curaciones que se efectúan, o mejor dicho que se simulan en los malos Centros Espiritistas. Y a esto decimos nosotros: que si bien queremos denunciar el abuso, no queremos herir a ninguna agrupación, porque el escritor no debe singularizarse, debe hablar con todos, y con ninguno; debe decir los milagros, sin descubrir a los santos. Nosotros diremos únicamente que el lugar donde se abuse del Espiritismo no es un buen Centro Espiritista, y por consiguiente dicha sociedad debe disolverse aunque la formen personas que parezcan muy autorizadas, y esté protegida por los espíritus de nombres muy retumbantes.

Queremos dar por supuesto que en los malos Centros Espiritistas dominan en muchos de ellos, más la ignorancia, que la mala fe. Esta última crea los médiums interesados, las comunicaciones dudosas y todos los abusos anexos a la farsa, y a la explotación de una idea; y la ignorancia produce las innumerables obsesiones que dan tan fatales resultados. Los médiums que se obsesan, se conocen al vuelo.

Kardec explica en el libro de los Médiums, cómo se conoce la obsesión en los caracteres siguientes:

1º) Persistencia de un Espíritu en comunicarse contra la voluntad del médium, por la escritura, el oído, la tiptología, etc. oponiéndose a que otros espíritus puedan hacerlo.

2º) Ilusión que, no obstante la inteligencia del médium, le impide reconocer la falsedad y el ridículo de las comunicaciones que recibe.

3º) Creencia en la infalibilidad y en la identidad absoluta de los espíritus que se comunican y que, bajo nombres respetables y venerados, dicen cosas falsas o absurdas.

4º) Confianza del médium en los elogios que hacen de él los espíritus que se comunican.

5º) Propensión a separarse de las personas que puedan darles avisos útiles.

6º) Tomar a mal la crítica con respecto a las comunicaciones que reciben.

7º) Necesidad incesante e importuna de escribir.

8º) Sujeción física, dominando la voluntad de cualquiera y forzándole a obrar o hablar a pesar suyo.

El orgullo se traduce en los médiums por señales inequívocas sobre las cuales es tanto más necesario llamar la atención, cuanto que es una de las extravagancias que más desconfianza deben inspirar sobre la veracidad de sus comunicaciones.

En primer lugar tiene una confianza ciega en la superioridad de estas mismas comunicaciones y en la infalibilidad del Espíritu que se las da; de aquí dimana cierto desdén por todo lo que no viene de ellos porque se creen en posesión del privilegio de la verdad. El prestigio de los grandes hombres con los cuales se adornan los espíritus para justificar que les protegen, los ofusca; y como su amor propio sufriría confesando que son engañados, rechazan toda clase de consejos; aún los evitan alejándose de sus amigos y de cualquiera que pudiese abrirles los ojos; si son condescendientes en escucharles, no hacen caso de sus avisos, porque dudar de la superioridad de su Espíritu casi es una profanación. Se ofuscan por la menor contradicción, por una simple observación crítica, y algunas veces llegan hasta aborrecer a las mismas personas que les han hecho favores. Merced a este aislamiento provocado por los espíritus que no quieren tener contradictores, estos están satisfechos con entretenerles en sus ilusiones, de este modo les hacen aceptar a su gusto los más grandes absurdos por cosas sublimes. Así pues, confianza absoluta en la superioridad de lo que obtienen, desprecio de aquello que no viene de ellos, importancia irreflexiva dada a los grandes nombres, no admitir consejos, tomar a mal toda crítica, alejamiento de los que pueden darles avisos desinteresados, creencias en su habilidad a pesar de su falta de experiencia; tales son los caracteres de los médiums orgullosos.

Al lado de éste, presentemos a la vista el cuadro del médium verdaderamente bueno, de aquel en que se puede tener confianza. Supongámosle en primer lugar una facilidad de ejecución bastante

grande que permite a los espíritus comunicarse libremente y sin inconvenientes por ninguna dificultad material. Obtenido esto, lo que más importa tener en cuenta es la naturaleza de los espíritus que habitualmente le asisten, y para esto, no es el nombre al que se debe atender, sino al lenguaje. Jamás debe de perder de vista que las simpatías que se conciliará entre los espíritus buenos, estarán en razón de lo que hará para alejar a los malos. Persuadidos de que su facultad es un don que le ha sido concedido para el bien, no abuse de él ni se atribuya por ello ningún mérito. Acepta las comunicaciones buenas que se le den, como una gracia de la que es menester que se esfuerce en hacerse digno por su bondad, por su benevolencia y por su modestia. El primero se enorgullece por sus relaciones con los espíritus superiores; el segundo se humilla, porque nunca se cree merecedor de este favor.

Es muy cierto lo que dice **Kardec**, la pintura que hace de los médiums obsesados no puede ser más exacta, y la de los médiums orgullosos es inmejorable; por esto nosotros, cuando nos dicen, escriba Ud. sobre las obsesiones y sobre los abusos de las curaciones simuladas, decimos: Estúdiese las obras de **Kardec**, que en ellas se encuentran contestaciones razonadas para todas las preguntas, y aclaraciones para todas las dudas; y aunque se ha escrito mucho, y muy bueno, sobre el Espiritismo, pero ninguno de los libros publicados es tan útil para el estudio del Espiritismo como lo son las obras de **Kardec**; porque éste no se olvida de los más leves detalles, y en su minuciosidad, en su especialísimo cuidado de fijar toda su atención en las más insignificantes pequeñeces: en esto consiste principalmente, el indispensable mérito de estas obras.

Los demás libros espiritistas están escritos para los sabios exclusivamente, y los de **Kardec** sirven para los ignorantes y para los instruidos y los primeros son los que realmente necesitan los rudimentos de la enseñanza.

¿Qué es el ignorante? Un niño. ¿Y a los niños qué lectura se les ofrece? Narraciones sencillas, y sobretodo claras, sin silogismos ni figuras hiperbólicas: y los escritos de **Kardec** reúnen la sencillez del estilo y la inflexible lógica de la verdad.

Nunca nos cansaremos de decir lo mismo, los buenos médiums escasean, por esto en los grupos y Centros Espiritistas deben dedicarse con preferencia a la lectura y al estudio. Que la lectura les aburre a muchos, nos objetan algunos directores; pues los que se aburren que se vayan.

Si los espiritistas no tenemos empeño en adquirir prosélitos, si el Espiritismo no ha de valer por la cantidad de los espiritistas, sino la calidad de los mismos; dice un Espíritu, y dice muy bien: nunca os instaré bastante a que hagáis un Centro formal de vuestras reuniones. Que en otra parte se hagan demostraciones físicas, que allá se vea, que allá se oiga, que entre vosotros se comprenda y se ame.

Este es el quid de la dificultad. Espiritistas amaos, he aquí la primera enseñanza; instrueros, he aquí la segunda. Esto es lo que debe hacerse en los Centros; procurad ante todo reunir elementos afines; y caminar despacio, que no por mucho madrugar amanece más

temprano; y modérese ese afán desmedido que hay en algunas agrupaciones de curar por medio del consejo de los espíritus; que como dice muy bien **Kardec**: la salud es una condición necesaria para el trabajo que debe realizarse en la Tierra, por eso los espíritus se ocupan de la salud con gusto; pero como entre ellos hay ignorantes y sabios, tanto para estos como para los demás, no conviene dirigirse al primero que se presente.

Cierto que hay médiums curanderos, que ciertas personas poseen el don de curar con el simple tacto, con la mirada, y aún con un ademán sin el socorro de ningún medicamento; pero estos grandes médiums escasean, y por lo mismo que la salud es un tesoro inapreciable, debemos tener un especial cuidado en conservarla y no exponernos a ser víctimas de la ignorancia de los de allá, y de los de acá.

Nos es muy enojoso tratar del asunto de los malos Centros Espiritistas, porque nosotros quisiéramos que cada agrupación fuera un núcleo de unos cuantos hombres dignos, estudiosos, y pensadores, que se distinguieran por su caridad, por su resignación, por su templanza, por su sobriedad; y si bien algún que otro grupo reúne casi todas las condiciones apetecibles, los malos Centros con sus abusos y con sus extravagancias, eclipsan a los buenos, y pagan justos por pecadores.

Un hermano nuestro (verdadero espírita), cuando escribimos que hay espiritistas que ridiculizan el Espiritismo, él sufre, y quisiera que enmudeciéramos, porque le duele en el fondo de su alma que en el campo espírita se extienda la cizaña de la farsa y de la explotación; pero nosotros amantísimos de la verdad, deseando vivamente que el Espiritismo sea estudiado por todas las clases de la sociedad, decimos alto y muy claro que no son espiritistas racionalistas los que acuden a esos Centros donde unos cuantos médiums obsesados, ridiculizan a los más grandes, y lo más sublime: la comunicación ultraterrena de tan trascendentales resultados.

No son tampoco espiritistas cristianos los que acuden a un Centro para hacerle la guerra a ésta o aquella agrupación, o a la misma que frecuentan. Ayer nos decía un gran pensador: desengáñese Ud. Amalia, el Espiritismo es hoy como un niño que comienza a andar, y como tal se cae, y se levanta y comete ligerezas, y llega a lo sublime, y desciende hasta el ridículo, pero cuando llegue a su mayor edad, entonces todo irá bien, el sol puede más que las nubes.

Es muy cierto lo que dice nuestro amigo; pero también es verdad que los árboles que se tuercen, desde pequeñitos se comienzan a enderezar; y por esto debemos deslindar los campos, y decir lo que es el Espiritismo racionalista, lo que es el estudio formal de esa escuela filosófica, comparado con el charlatanismo, con las obsesiones, y con el ridículo fanatismo de algunos espíritas ignorantes que tanto daño ocasionan a la doctrina espírita.

El inolvidable Palet consagró las mejores horas de su vida a la observación de los falsos médiums, diciendo en sus penosas declaraciones:

LA LUZ DE LA VERDAD

¡Todo por la verdad! Y nosotros, queriendo seguir sus huellas, diremos siempre: el Espiritismo es la vida, y los abusos que en su nombre se cometan deben denunciarse, debe decirse donde está la luz, y donde está la sombra y si los que están en las tinieblas nos miran de reojo, nada nos importa; que habremos cumplido con nuestro deber, con hechos y con palabras demostramos que queremos ir hacia Dios por la Caridad y la Ciencia.

Verdad no hay más que una; así pues que nada nos arredre para decir con noble entusiasmo:

¡Todo! ¡Todo por la verdad!

CAPÍTULO XII

A UN MENDIGO DEL ALMA

Vivir dudando es vegetar muriendo; ¡La duda es el infierno de la vida! ¡Es el gusano que nos va royendo! ¡Es el Satán de la primera caída!

¡Dudar de Dios!... Cuando en nosotros arde la pura llama de su inmenso fuego... ¡Dudar de Dios al contemplar la tarde!...¡Para dudar de Dios se ha de estar ciego!

¡Desgraciado de aquel que cruza el mundo sin que su corazón sienta un latido! ¡Puede haber un tormento más profundo que decir: yo nací, mas no he vivido!...

Todo ama en la Creación, y yo tan solo me resisto al poder de lo creado; cual hoja seca voy de polo a polo; que el nido de familia no he formado.

¡Dudo de Dios, y dudo de mí mismo; la humanidad contemplo con tristeza: para mí la creación es un abismo! ¡Pues de Dios no comprendo la grandeza!

¿No la comprendes? Y las bellas flores te dicen con su aroma delicado, y con sus hermosísimos colores que el padre de la luz las ha creado.

¿No la comprendes...? ¿Y las tiernas aves a tu imaginación no dicen nada? Al escuchar sus cánticos suaves. ¿No elevas hasta el cielo tu mirada?

¿Cuándo miras al mar, no hay en tu mente un pensamiento que en tu pecho vibra? Ese algo inexplicable que se siente... que toca al corazón, fibra por fibra; ¡Que eleva nuestro ser, y lo transporta a bellas y magníficas regiones, y nuestra vida nos parece corta... al sentir tan inmensas sensaciones!

¿Todo esto para ti te fue negado? ¡Me inspiras compasión, amigo mío! Porque sin duda tu fatal pasado le dejó a tu presente ese vacío.

Todo tiene su causa en este mundo; no hay culpa que no tenga penitencia; en el reloj del tiempo, ni un segundo desliza sin dejar su consecuencia.

LA LUZ DE LA VERDAD

Sin duda ayer, familia numerosa te brindó con sus halagos y sus cariños; y una mujer, cual la ilusión hermosa, te hizo ser padre de inocentes niños.

Y todos los encantos de la vida a tu alrededor sin duda sonrieron; pero aquel que más goza, más olvida; y los tuyos quizás víctimas fueron.

De ese desdén y esa indiferencia del que goza y no sabe que hay abrojos; y por hoy por eso desliza tu existencia, sufriendo de la duda los enojos.

Por eso eres un ser desheredado; y más rico que tú, es el mendigo que dice en su pobreza: ¡Soy amado! ¡Tú llevas en tu duda, tu castigo!

Sigue pagando deudas atrasadas; duda de todo, pues que así es tu deseo; cuando todas tus cuentas sean saldadas, ya no será la duda tu verdugo.

Entonces amarás, tendrás tu nido, recobrarás la herencia de la vida; ¿Todos para querer hemos nacido? La duda es el tormento del deicida.

Pero éste cesará: nuevas auroras te brindarán sus nubes de colores; y las sombras del bien halagadoras, tu hermosa senda te cubrirán de flores.

Creerás en Dios, admirarás su gloria, verás en todo su sin par grandeza; sigue escribiendo tu eterna historia; ¡Que nunca acaba lo que Dios empieza!

Sigue escribiendo; vivirás mañana; tu duda es humo que se lleva el viento; la verdad eterna que de Dios emana, también a ti te prestará su aliento.

Si hoy por tu causa estás desheredado, si hoy eres un mendigo en la Tierra, si hoy no puedes creer que eres amado, porque la duda en su dolor te aterra.

Cuando dejes el mundo, y tu mirada contemple la Creación en su grandeza, exclamarás: ¡Señor la duda es nada!.. ¡Tú vives en la gran naturaleza!

CAPÍTULO XIII

UNA DE LAS GRANDES VERDADES

Destinado el hombre a escudriñar hasta el último rincón de la Tierra para investigar la verdad, no debe jamás encerrarse en la ignorancia e ir acrecentando la duda; porque ésta; es imagen de la pereza, dogal de la humanidad y claro indicio del atraso del Espíritu.

Cuando una nueva escuela abre sus puertas de par en par y les dice a los hermanos que vayan a beber en la fuente de su doctrina, porque ella es la regeneradora del Universo, no debe echarse en los brazos de la indolencia, ni mirarlo como cosa baladí, tampoco es conveniente aceptar lo que no se comprende, afirmando lo que otros dicen, porque sí, ni creer lo que no se ve, por más que quepa en lo posible; pero sí hay una gran necesidad de que, al presentarse una reforma, el hombre se dedique a una observación prudente y a un minucioso análisis, de todo cuanto encierre.

Todo el que funda una ley, lo hace con pleno conocimiento de que es lo mejor; pero esto no basta, porque así como puede ser una realidad, también pudiera no ser sino mera ilusión creada por la ofuscación del que la fundó.

Así es que para salir de la duda, es preciso apelar a todos los medios de que es capaz la inteligencia humana, para que al final de este trabajo, nos hallemos convencidos, ya sea de lo falso, ya de lo verdadero; advirtiéndole que, lo falso o lo ilusorio, es más difícil de aclarar que lo real y positivo; porque el primero, está artísticamente cubierto con los colores de la ficción, mientras que el segundo, ostentando un foco de luz divina, deja entrever cuantas verdades se quieran analizar.

La inteligencia, sujeta todo cuanto existe a la marcha del progreso y no puede a veces comprender hoy, lo que quizás mañana dilucidaría con suma sencillez; y, únicamente la continuidad en el estudio y en el transcurso del tiempo, podrán resolver todos los problemas.

El racionalismo, esencia de las filosofías antiguas y modernas, es una de las escuelas que se abren para dar paso a la humanidad diciéndole: yo soy tu estrella polar, sígueme; sal de la inercia, pobre esclava; tiende tu vuelo en pos del progreso; ten deseo de ver la luz; fija tu vista en el voluminoso libro de la Creación; estudia sus páginas, y allí comprenderás algo de la sabiduría infinita del Eterno; despierta a la voz del Espiritismo, que ella te anuncia un porvenir más risueño del que tu mente forjaba; yo te conduciré por el sendero del bien y te enseñaré los escollos de la vida; yo te revelaré la existencia de mundos ignorados y fortaleceré tu Espíritu con la calma de la resignación y la esperanza del perdón; yo haré más intenso tu amor para que seas dichosa, porque sin él no se puede vivir en la Tierra ni ser feliz en el espacio; yo abriré en tu corazón las fuentes del sentimiento y te

inculcaré la fe de la convicción, para que puedas luchar con valor, y escudarte con la razón y arrolla la mentira para que triunfe la verdad; yo soy en fin, el mensajero de Dios que viene a dar vida al cuerpo, libertad al alma y alas al pensamiento.

Esto es lo que dice la escuela racional a los habitantes de la Tierra, y esto mismo repetimos nosotros a los que dudan o viven sin fe ni creencia alguna.

El Espiritismo es ciencia para el sabio, luz para el ignorante y paz para el afligido.

Sin religión no se puede vivir, porque ella es el santuario del alma, su fe y su esperanza: el que vive sin creencia, es una planta exótica sin sol que la vivifique, sin mano que la cultive, sin auras que la acaricien ni aura que la sonría; mas si la religión es falsa y su base un conjunto de ideas erróneas, aunque por algún tiempo aliente el Espíritu, él es también el encargado de despejar la incógnita y poner de manifiesto cuantos errores existen, se apoya en la verdad, pues cuanto más se estudia, se analiza y se pone en práctica, más buen resultado se obtiene.

Todo ser pensador, va siempre tras la verdad y no se cansa jamás de buscar y rebuscar hasta que la encuentra.

Muchas veces hemos visto a personas bastante ilustradas, dudar de una cosa y cruzarse de brazos, sin dar un paso para averiguar si aquello encerraba una gran verdad o un gravísimo error. Esto demuestra el gran atraso que aún existe en nuestro planeta y los muchos siglos de existencia que necesita para el desarrollo moral e intelectual de sus habitantes.

Las humanidades primitivas, vivían en la ignorancia y se alimentaban del error, siendo su creencia predilecta, todo aquello que más carácter tenía de supersticioso; y sus escasas inteligencias ofuscadas por los vapores del vicio, no llegaba a comprender su estacionamiento ni las fatales consecuencias que podía reportarles aquel cúmulo de ideas ilusorias, hijas de su mismo atraso o creadas por el delirio.

Después, el hombre, algo más cauto, fue desechando multitud de absurdos; y hoy muchos son los que no dan cabida en su cerebro a los misterios, sino que piden luz a voz en grito y no se conforman con lo que los demás dicen, puesto que quieren tocar la realidad por sí mismos.

Esto indica que a pesar de la ignorancia y el fanatismo que aún existen y lo mucho que falta para la completa regeneración del planeta, el progreso avanza, aunque a paso lento; y cuando oye hablar de una nueva reforma, ya no son todos, los que cruzan los brazos a escuchar con indiferencia, sino que se opera una revolución moral en algunos, y estos acuden presurosos a investigar lo que hay de cierto o falso en la nueva escuela: de aquí resulta que, si ésta se basa en lo justo y lógico demostrando la verdad clara y sencilla, según van las inteligencias desarrollándose, irá fructificando la semilla del bien.

Muchas veces nos quejamos del poco adelanto, y sin embargo, si echásemos una ojeada a las humanidades de ayer y las comparásemos

con el presente ¡Cuán y cuán distintas son sus ideas tanto para el presente como para el futuro! Si abarcáramos con una mirada sus trabajos, ayer estaban en embrión, hoy ya son un boceto, y mañana serán una obra de arte completamente acabada; y así sucesivamente, todo cuanto data de aquellos remotos tiempos.

La escuela racional, nueva en apariencia, pero antigua en realidad, porque el Espiritismo ha existido siempre, en atención a que todo cuanto se ha atribuido a milagros o apariciones, no ha sido otra cosa que revelaciones de los espíritus obtenidas por distintos médiums, nos demuestra una de las grandes verdades ignoradas por la mayoría de los hombres; que hoy cuentan con millares de adeptos que resueltos a todo trance a encontrar una verdad positiva; viven a su bienhechora sombra resignados, porque allí han hallado la tranquilidad del alma y el porqué de sus dolores.

Si ávida la humanidad de luz, despertarse del sueño de la indolencia, las nubes del error huirían con pasmosa rapidez, y el purísimo Sol de la verdad penetrando en todas las inteligencias, haría comprender a los hombres la oscuridad en que han vivido y los múltiples desaciertos que han cometido por la falsa interpretación de las cosas.

¡Cuántas veces la ofuscación nos conduce al precipicio!

En el triste destierro en que vivimos y por mucho que nuestra mirada abarque, jamás vemos el peligro que nos cerca sino a medias; somos niños ante los innumerables escollos que se nos presentan, y necesitamos un puro racionalismo que nos enseña el modo de salvarlos; somos casi ciegos, y es preciso ir con tiento para no caer.

El Espíritu, maniatado por los lazos materiales, es un pobre preso que, aunque en más de una ocasión quisiera tender su vuelo, no tiene más remedio que sujetarse al pesado eslabón de su existencia y seguir paso a paso las distintas etapas de la vida; en ellas, se adquieren infinidad de errores, quien más, quien menos; pero que sin ellos, no se puede llegar a la verdad ni se la sabe apreciar en todo su valor.

Los que somos espiritistas racionales, deploramos la indolencia de muchos que, viven entre sombras o en completo escepticismo; pero ante el bien general, siempre nos convertiremos en profetas para decir a la humanidad que, una nueva aurora se ve brillar en lontananza, cuyo lema es el siguiente: tras la tempestad, la calma; tras las luchas, el descanso; tras el llanto una sonrisa; y tras el sufrimiento, la recompensa. El Espiritismo, es el ángel de la paz que viene a demostrarnos una de las verdades más positivas, para que al dejar la Tierra abriéndose paso por la inmensidad, entrevea un mundo de felicidades.

CAPÍTULO XIV

LA PEREZA

Dice muy bien el poeta: la pereza es el roín que nuestras almas mancilla. Antiguos refranes escritos por la experiencia, dicen que la ociosidad es la madre de todos los vicios, y que la pereza es la madre de la pobreza.

¡Cuán tristemente es cierto lo que dicen estos antiquísimos proverbios! Y lo más doloroso es que en la raza humana se ve siempre el instinto de la indolencia, desde la acción más grande a la más pequeña, y aunque hay honrosísimas excepciones, pues hay hombres que trabajan más de lo que permiten sus fuerzas, dicen que esparcir ideas sobre el mundo es deber de los hombres, como es deber de las nubes esparcir lluvias sobre las simientes; estas almas generosas componen únicamente una pequeña fracción de la humanidad, y nosotros hablamos de la totalidad de los hombres que viven rutinariamente entregados al torpe placer de no hacer nada.

Nosotros no llamamos trabajo precisamente a las tareas ordinarias de la vida, porque estas por necesidad se han de emprender. El pobre tiene que trabajar, porque si no trabaja no come; de manera que no es ningún sacrificio que cumpla con su obligación.

El industrial si no inventa, si no perfecciona los mecanismos y procedimientos conocidos, si no hace trabajar su imaginación, su capital será riqueza muerta; y por interés propio, por ese egoísmo natural, pone en juego toda la inventiva que se alberga en su cerebro y trabaja con ahínco contemplando en lontananza la prosperidad; y en todas las clases sociales cada cual se afana por sí mismo, cada hombre, a semejanza de la araña, teje la tela de su vida terrestre, pero tiene una gran pereza para comenzar la renovación de su vida espiritual, y sobre este vicio fatalísimo haremos algunas consideraciones.

Que los pobres no se ocupen de los grandes problemas de la vida del Espíritu, no es extraño, porque la generalidad viven como bestias de carga: trabajan, comen y duermen; y como los jornales son tan pequeños, y las necesidades tan grandes, tienen que aumentar las horas de trabajo y tienen que convertirse en máquinas, quedándoles apenas el tiempo indispensable para reconciliar el sueño por la noche; por consiguiente el obrero vive sin vivir, porque no conceptuamos vida su azarosa existencia; pero las clases acomodadas, las que tienen horas sobradas para matar el tiempo, como dicen los españoles, esas sí que son verdaderamente perezosas: siguen la rutina de la vida sin tomarse el trabajo de analizar los hechos en los cuales toman parte; y cuanta compasión nos inspiran esas almas que duermen en el enervamiento, que dicen con profundo fastidio cuando se les pregunta en qué pasan el tiempo:

¿En qué hemos de pasarlo? ¡En nada!

¡En nada, gran Dios!... ¡En nada!...¡ Cuando hay tanto en qué pensar, y tantas cosas que hacer!...

El hombre mismo es un problema, y un ser de mediana inteligencia tiene en sí mismo un volumen cuyas páginas nunca concluirá de leer. Somos un jeroglífico difícilísimo de adivinar, y los más grandes filósofos no han encontrado aún la solución al porqué de nuestros vicios y nuestras virtudes; porque cuanto han dicho las religiones, no puede llevar el convencimiento a ningún profundo pensador, y nuestro cerebro tiene que trabajar buscando la causa de tantas anomalías. ¡Y aún hay hombres que se aburren porque no tienen nada en qué pensar!

La pereza sin duda es la primera caída del hombre, es el pecado bíblico del cual nos hablan las escrituras en distinto sentido, pero racionalmente considerado, es en realidad la culpa primera, porque la humanidad siempre ha tenido pereza de pensar, y por esto su adelanto ha sido tan lento.

¡Cuánto odiamos la pereza y cuánto sufrimos cuando observamos las tendencias de la generalidad de los seres que se reducen a vivir al vuelo, a salir del día de hoy sin ocuparse del mañana! Porque si se ocupan del mañana material, sí tendrán una gran fortuna, sí podrán hacerse ricos de ésta o de otra manera. ¡Todo para aquí y nada para allá! Y para la vida del Espíritu es para lo que nosotros quisiéramos que se despertara el interés y la atención general. Que no hubiera pereza para ocuparse de la cuestión más trascendental de la vida.

¿Qué es una existencia? ¿Qué son los afanes de una encarnación? ¡Si en menos de un segundo todos los tesoros acumulados los deja el hombre junto a su corruptible envoltura! Y él, el ser que piensa, el alma que medita, el Espíritu que vive siempre, el que se salva del naufragio, del incendio, de los terremotos, de la peste, de las flechas; el que es más fuerte que todos los elementos, porque domina a todas las destrucciones; ese reo de los mundos, ese hijo de Dios, se encuentra en el espacio más pobre que el último mendigo del Universo; y esta pobreza es la que nosotros quisiéramos evitar, porque la mendicidad del alma es de fatalísimas consecuencias. ¡Ay de los espíritus que hacen bancarrota, cuando juegan en la bolsa de la eternidad!... Por nosotros mismos conocemos los resultados. ¡Cuán horrible es la ruina del Espíritu perezoso! Vuelve a la Tierra ¿Y a qué viene?...

¡A vivir muriendo!

¡A ver la felicidad en los brazos de los otros!

¡A desear verse querido, y de todos se ve desdeñado!

¡A querer formar el nido de la familia y a no encontrar un árbol que le preste sus ramas para hacerlo!

¡A buscar el calor de otra alma y sentir un frío glacial aunque habite en zona tórrida!

¡A vivir como las hojas secas, porque para los espíritus perezosos siempre es Otoño!

LA LUZ DE LA VERDAD

¿Hay vida más triste? No, y pensar que nosotros hemos ido levantando la fábrica de nuestro infortunio, con nuestra indiferencia, con nuestro abandono, ocupándonos del presente sin acordarnos del mañana, pensando únicamente en nuestro cuerpo sin dársenos un bledo del adelanto o estacionamiento del Espíritu. ¡Ah! Qué fatal resultado hemos obtenido.

¡Y cuesta tan poco trabajar en nuestro perfeccionamiento!

¡El ser bueno es tan sencillo! No se necesita tener talento, ni grandes estudios para hacerse sabio, ni enormes sacrificios de ninguna especie para elevar nuestro Espíritu a la contemplación de todo lo creado; y como consecuencia inmediata; despertar en nosotros el amor a Dios, y amando a Dios:

Se ama a los pequeñitos.

Se socorre a los necesitados.

Se compadece a los delincuentes.

Se aconseja a los atribulados.

Se consuela a los afligidos.

Se vive, en fin, tomando parte activa en las penas y en las alegrías de los demás, y el Espíritu adquiere dulzura, sentimiento, amor, amor purísimo que es su único patrimonio; y trabajando para todos, trabaja para sí mismo. Es más útil cultivar nuestra viña que arar en terreno baldío, como le sucede al perezoso, que no trabajando más que lo estrictamente necesario para su comodidad del momento, no atesora ni un denario para mañana, y se encuentra al dejar la Tierra sumergido en la indigencia más horrible.

¡Huyamos! ¡Huyamos de la pereza que es el padrón de infamia de la humanidad!

¡Ganemos los siglos perdidos que ya es tiempo que comencemos a progresar!

CAPÍTULO XV

ESPAÑA

Reflexionemos, sí; detengámonos un momento, y dirijamos una mirada al año 1880 que ha ido a perderse en ese abismo insondable llamado eternidad.

¿Qué ha hecho durante este periodo la raza humana? Lo de siempre, progresar, porque la humanidad siempre progresa; y aunque en pequeñas localidades parece que se estaciona, como para la vida de un planeta el estacionamiento de una nación es una cosa muy insignificante, nada importa que España se quede un poco rezagada, porque como en ella hace mucho tiempo que en sus dominios se puso el sol, y no está llamada a llevar la batuta en la orquesta política del mundo, su atraso no influirá ni poco ni mucho en la marcha ascendente de la humanidad.

Las cuestiones religiosas son sin duda alguna, el barómetro que marca el grado de la civilización de los pueblos, y España en ese sentido siempre ha estado en última línea, porque siempre ha preferido ante todo ser católica romana.

En todas partes hay clero, en todas partes los ministros de Dios pronuncian desde la cátedra del Espíritu Santo, elocuentes discursos; y sólo en España es donde los vicarios de Cristo se presentan más intolerantes, tratando siempre de restringir las modernas libertades; y para demostrar que lo que decimos es cierto, copiaremos algunas palabras del Padre Monsabré y del Padre Almonacid. El primero ha dicho en París, que la libertad religiosa es la salvaguardia y el coronamiento sagrado de todas las libertades; y el segundo ha dicho en Barcelona, que la gloria de España es la unidad católica y la intolerancia de la Iglesia.

El Padre Dibón dijo en París que el templo no debe pertenecer a ningún partido político; que es de todo el mundo y que cada cual puede arrodillarse en él libremente. Y un Obispo español el Señor Urquinaona dijo en Tarrasa, que los disidentes de la iglesia católica romana están excluidos de la felicidad eterna, no teniendo otra esperanza que las tinieblas y la condenación.

Ungidos del Señor son los de allá, y unguentos del Señor son los de aquí; pero se conoce que los españoles deberemos llevar el estacionamiento en la masa de la sangre como diría el vulgo; porque hasta nuestros hombres políticos, cuan distintos son de los de la vecina República. Hagamos comparación entre algunos párrafos de dos célebres discursos, pronunciados el uno por Castelar, y el otro por Víctor Hugo; dice el primero refiriéndose a la conciliación política religiosa a que aspira el pontificado del papa actual: pues bien; hay que atraerla para nosotros, hay que buscarla con perseverancia porque no conseguiremos poco, si consiguiéramos calmar ciertas inquietudes religiosas y traer la parte más ilustrada del clero, si no a la democracia

y a la libertad, a un desistimiento de toda tendencia política y a un espiritualismo capaz de levantar consoladores ideales, sobre las inclinaciones demasiado positivistas de nuestro siglo, que peca cual la civilización romana en sus últimos tiempos de economistas y utilitarios. De todas suertes el actual momento es el menos oportuno, para reñir con la Iglesia. El sentido que hoy domina en los asuntos religiosos de Francia, me asusta por su carácter Jacobino.

Nosotros no caímos del poder, como todos lo saben, por el nombramiento de Obispos, no renegaremos de nuestras gubernamentales tradiciones, ni desmentiremos las solemnes palabras dichas en nombre de nuestro partido allá en las Cortes, por el más joven y más elocuente de los demócratas históricos. Iremos a la separación de la Iglesia y del Estado; pero con medida y con seriedad. Conservaremos el patronato y el presupuesto eclesiástico, si volvemos al poder; y en nombre de la libertad religiosa, en nombre del derecho individual, en nombre del respeto al principio de asociación, dejaremos que los seres tristes, desengañados del mundo y poseídos del deseo de la muerte, se abracen, si quieren a la cruz del Salvador como la hiedra al árbol, y aguarden la hora del último juicio envueltos en el sayal del monacato y tendidos sobre las frías lozas del claustro hasta evaporar su vida como una nube de incienso en la inmensidad de los cielos.

Esto dice Castelar en su notable discurso de Alcira, y veamos lo que dice Víctor Hugo hablando sobre la enseñanza clerical:

¡Ah! ¡Ya os conocemos! Ya conocemos al partido clerical, partido veterano que ya tiene hojas de servicios. Él es el que monta la guardia en la puerta de la ortodoxia, el que ha encontrado para la verdad esos dos cables, la ignorancia y el error; el que ha prohibido al genio y a la ciencia, ir mas allá del misal, y el que quiere enclaustrar el pensamiento en el dogma.

Cuantos pasos ha dado la inteligencia europea, los ha dado a su pesar; su historia está escrita en la historia del progreso humano, pero escrita al revés; él se ha opuesto a todo.

Él es el que ha hecho azotar a Prineli, por haber dicho que no caerían las estrellas, el que ha aplicado siete veces el tormento a Campanella por haber afirmado que el número de los mundos era infinito, entreviendo el secreto de la Creación; el que ha perseguido a William Harvey por haber probado que circulaba la sangre. Con el testimonio de Josué prendió a Galileo, con el de San Pablo, aprisionó a Cristóbal Colón; descubrir la ley del cielo era una impiedad; encontrar un mundo una herejía. Él fue el que anatematizó a Pascal en nombre de la religión; a Montaigne en nombre de la moral y de la religión. ¡Oh! Sí, no hay que dudarlo cualesquiera que seáis ya os llaméis del partido católico, ya seáis del partido clerical, os conocemos, ya hace mucho tiempo que la conciencia humana se revela contra vosotros y os pregunta: ¿Qué queréis de mí? Ya hace mucho tiempo que procuráis poner una mordaza al Espíritu humano.

¡Y vosotros queréis haceros dueños de la enseñanza! Y no queréis aceptar ni a un solo poeta, ni a un escritor, ni a un filósofo, ni a un pensador, y rechazáis cuanto se ha escrito, descubierto, soñado,

deducido, iluminado, imaginado, inventado por los genios; el tesoro de la civilización, la herencia secular de las generaciones es patrimonio común de las inteligencias. Si el cerebro de la humanidad estuviese a vuestra disposición como las páginas de un libro, lo llenaríais de borrones; tenéis que convenir en esto.

En fin, hay un libro que desde la primera letra hasta la última es una emanación superior, un libro que es para el Universo lo que el Corán para el islamismo; lo que los Vedas para la India; un libro que contiene toda la sabiduría humana iluminada por toda la sabiduría Divina; un libro cual la veneración de los pueblos ha llamado la Biblia. Pues bien, vuestra censura ha llegado hasta este libro. ¡Cosa inaudita! ¡Los papas han proscrito la Biblia! ¡Cómo deben admirarse los sabios, cómo deben espantarse los corazones sencillos al ver el índice de Roma sobre el libro de Dios!

Y con todo, reclamáis la libertad de enseñanza. Seamos sinceros, entendámonos acerca del género de la libertad que queréis. Esta libertad es la de no enseñar.

¡Ah! ¡Queréis que os entreguen los pueblos para instruirlos! Está bien; pero veamos, veamos vuestros discípulos, veamos vuestros productos, ¿Qué habéis hecho de Italia? ¿Qué habéis hecho de España? Diez siglos que tenéis en vuestras manos, y en vuestras direcciones, en vuestras escuelas, bajo vuestra férula a esas dos grandes naciones, ilustres entre los ilustres; pues bien, ¿Qué habéis hecho de ellas?

Voy a deciroslo: gracias a vosotros, la Italia cuyo nombre nadie que piense puede pronunciar sin un inefable dolor filial. La Italia, esa madre de los ingenios y de las naciones, que ha esparcido por el Universo las más brillantes maravillas del arte y de la poesía; la Italia que ha enseñado a leer al género humano, hoy no sabe leer. Sí, la Italia es de entre todos los estados de Europa aquel en que existen menos naturales que sepan leer.

La España magníficamente dotada, la España que había recibido de los romanos su primera civilización, de los árabes su segunda y de la Providencia, a pesar de vosotros, un mundo, la América: la España ha perdido gracias a vosotros, gracias a vuestro yugo de embrutecimiento, que es también yugo que degrada y que aminora, la España, digo, ha perdido el secreto del poder que había tomado de los romanos, el genio de las artes que le inspiraban los árabes y el mundo que le había regalado Dios, recibiendo la inquisición de vuestras manos a trueque de todo aquello que le habéis hecho perder.

La inquisición, que ciertos hombres de partido procuran rehabilitar hoy con cierta timidez pública que yo les aplaudo. ¡La inquisición que ha quemado a cinco millones! Leed la historia: la inquisición exhumaba los muertos para quemarlos como a herejes, testigo de ello es Urgel, Arnauld y el Conde de Focalquier; la inquisición que declaraba a los hijos de los herejes hasta la segunda generación, infames e incapaces de honores públicos, exceptuando sólo aquellos, que hubieran denunciado a sus padres, la inquisición que en este momento mismo tiene aún sellados con el sello del índice en la

biblioteca papal los manuscritos de Galileo. ¡Pero con todo para consolar a la España de lo que le quitábais, le regalábais el sobrenombre de católica!

¿Queréis saberlo? Vosotros habéis arrancado a uno de sus más grandes hombres, ese doloroso grito que es vuestra mayor acusación: prefiero que sea la grande a que se llame la católica.

Aquí tenéis vuestras obras maestras: habéis apagado ese foco que se llama Italia; y habéis minado ese coloso que se llama España; ceniza es la una, y la otra escombros. Ved lo que habéis hecho de esos dos grandes pueblos. Ahora bien, ¿Qué es lo que queréis hacer de la Francia?

¡Que diferencia entre Castelar y Víctor Hurgo! Son quizás los dos hombres más grandes de nuestra época por su maravillosa elocuencia, por su genio sin rival, pero el tribuno español aún no quiere separarse de las sacristías, en tanto que el primer poeta de Francia lamenta la ruina de España y no quiere para su patria tan triste porvenir.

Como se ve los españoles no lo podemos remediar; somos un pueblo estacionado, y nuestros oradores políticos y religiosos no quieren salir del estrecho círculo de la ortodoxia.

Ciertamente se debe respetar la oración espontánea y a la verdadera piedad; pero la penitencia es indigna si es mentida, y es inútil y aunque buenamente se haga; porque el hombre que se entrega a la penitencia es un suicida, el Espíritu progresa en el movimiento de la vida, no en la inercia de la muerte; se debe respetar lo que es digno de respeto, y por triste experiencia sabemos los españoles lo que es la dominación de esos seres tristes, desengañados del mundo y poseídos del deseo de la muerte. Cierito que desean la muerte, pero es la muerte del progreso lo que ellos desean, y aunque deben respetarse todos los ideales, pero como es obra de misericordia, enseñar al que no sabe, creemos que los libres pensadores debemos decir cual es la verdadera religión, que es amar a Dios sobre todas las cosas, y a toda la humanidad sin distinción de razas ni colores, y para practicar esta religión no es necesario éxtasis ni penitencias; esta religión la describe muy bien Víctor Hugo diciendo: es la hermana de la Caridad a la cabecera del moribundo; es el hermano de la Merced rescatando al cautivo; es Vicente de Paul recogiendo al niño expósito; es el obispo de Marsella en medio de los apestados; es el arzobispo de París adelantándose con la sonrisa en los labios hasta el formidable arrabal de San Antonio, levantando su crucifijo por encima de la guerra civil, enfrentando la muerte para conseguir la paz. Esa es, la verdadera enseñanza religiosa real, profunda, eficaz y popular: la que felizmente para la religión y para la humanidad conquista para el cristianismo más corazones, que los que aleja de él la conducta de la generalidad de los iniciados en los misterios de la religión.

Nosotros que somos muy amantes del progreso lamentamos de veras el estacionamiento de España; porque esto impedirá por algún tiempo el natural desarrollo que debía tener en el suelo español, la escuela filosófica espiritista racionalista; mas si por un momento una

nube de tristeza envuelve nuestra mente, pronto se disipa, porque reflexionamos y decimos: ¿Qué es un grano de arena ante millares de mundos? ¿Qué es un punto negro ante millares de soles? ¿Qué es España con su fanatismo religioso ante el progreso universal? ¡Menos que el grano de arena ante los mundos! ¡Menos que el punto negro ante los soles! ¿Qué es una fracción de la humanidad alucinada durante algunos siglos? Si en la eterna supervivencia del Espíritu éste ha de progresar, si no de grado por fuerza. Porque si le falta iniciativa las circunstancias de su época le empujan y lo hacen entrar en nuevos senderos quiera o no quiera, y cuantas veces vemos a algunos hombres apegados a las rancias costumbres, y sin embargo obedeciendo a un algo superior a su voluntad, son apóstoles de una idea nueva, y durante cierto tiempo es suficiente para dejar sembrada la semilla del adelanto. A veces retroceden a su estacionamiento, pero como la luz difundida ya no la pueden oscurecer, el bien y el progreso que han proporcionado a los demás sirve de provecho a los que lo han recibido y aquel adelanto colectivo se refleja siempre sobre su individualidad; y a pesar suyo, los espíritus reacios, los que están adheridos a los terruños de la ignorancia oyen de vez en cuando la voz del Señor que les dice: ¡Despertad! Seguid el movimiento armónico de la Creación. Nada hay inamovible en la naturaleza, vosotros no podéis oponeros al cumplimiento de mis eternas leyes. Si libre albedrío os concedí dentro de la esfera de una vida lógica y racional, no lo tenéis para permanecer eternamente en el mal. ¡Libres sois para escalar los cielos! ¡Libres sois para pedir a la ciencia los secretos del infinito! Pero no sois libres para descender a los abismos de la ignorancia mil y mil veces. ¡Para el progreso no tenéis límites! ¡Mi creación es vuestra! Pero para el mal mis propias leyes detendrán vuestro paso. Así es, considerando el progreso como la ley inmutable de la naturaleza no nos apesadumbra el estacionamiento de algunos pueblos, mucho más, que nosotros no consideramos patria éste o aquel rincón de la Tierra, nuestra patria no es este Planeta, es más bien el Infinito.

Nuestro único deseo es buscar la luz de la razón. Encontramos a Dios en la caridad y en la vivencia, y tratamos de progresar porque verdad no hay más que una: Dios dando vida a la naturaleza por medio de su amor, y los hombres deben amarse porque la atracción es la ley universal.

El amor es la atracción de las almas y la atracción es el amor de los cuerpos o como dice Flammarion: el amor debe sentirse por todo lo creado, demostrándose por esa protección mutua que debe establecerse entre los hombres, que el fuerte sea la sombra del débil, y muchos débiles el sostén del fuerte.

Queremos la fraternidad universal porque sin ella la civilización es un mito; pero tenemos completa confianza en el porvenir; y mientras más reflexionamos más nos convencemos de que el mañana es espléndido. Las viejas sociedades heridas de muerte luchan en el estertor de la agonía, al fin exhalarán su último suspiro y en sus tumbas, las modernas sociedades dirán:

¡Dormid en paz, espectros de otros siglos!

LA LUZ DE LA VERDAD

¡Piérdanse en el olvido vuestro consejo y tradiciones! ¡Húndanse vuestros vetustos templos! ¡Que con las catedrales de la naturaleza tienen los hombres bastante para elevar a Dios sus plegarias!

Sí, sí; ¡El porvenir de la humanidad es una eterna sonrisa!

El hombre nunca es huérfano ni desheredado; ¡Dios es su padre! ¡El trabajo es su patrimonio! ¡El progreso su gloria! ¡La inmortalidad su vida! Con esos bienes imperecederos nadie puede llamarse desgraciado.

Reflexionemos dijimos al principio de nuestro artículo; y hemos reflexionado, y la nube de tristeza que envolvía nuestra mente se ha disipado como se disipan las nubes ante los rayos del sol.

¿Qué es el estacionamiento de un pueblo ante la eterna vida de los mundos?

¿Qué es el atraso de unos pocos ante el adelanto de muchos?

¡Progreso indefinido! ¡Redención por medio del trabajo! ¡Tú!...¡
Tú eres el porvenir de la humanidad!

CAPÍTULO XVI

LOS MALOS CENTROS ESPIRITISTAS

Hace mucho tiempo que un periodista, en son de mofa, dijo que en España habían 112 Centros Espiritistas y que esto era lo único que le faltaba a la pobre España. Nosotros entonces nos offendimos por aquellas palabras; pero en el transcurso de los años, más de una vez nos hemos acordado del festivo gacetillero, y hemos dicho con profunda pena: ¡Tenía razón! En cierto modo, sí; porque los malos Centros Espiritistas son los que más abundan, y estas reuniones son una verdadera calamidad.

Dice un antiguo refranero, que la ropa sucia se lava en casa; esto es, que no debemos sacar a relucir las faltas de éste o aquél y por consiguiente que una escuela debe cubrir con un velo las debilidades de sus adeptos; pero nosotros estamos muy conformes en que no se descubra ni se tilde a ninguna persona determinada; mas creemos prudente y hasta necesario decir alto muy alto, claro y muy claro, y en el sentido más terminante, que una cosa es el Espiritismo y otra los malos Centros Espiritistas, donde se ridiculiza lo más grande, lo más trascendental: la comunicación ultraterrena; y sobre esas reuniones irrisorias y harto perjudiciales, vamos a permitirnos algunas consideraciones.

Creemos que el hombre es libre en su libre albedrío, pero hasta cierto punto nada más; esto es, podrá estacionarse si le place, pero no se debe permitir que trate de estacionar a los demás. Muchos se quejan que hay pocos espiritistas, y nosotros decimos que en muchas localidades, de cien espiritistas, sobran noventa y nueve.

Habiendo recibido varias cartas de distintas ciudades, vemos que la cizaña espiritera se extiende por el mundo, y es preciso arrancarla de raíz, siendo preferible que se olvide por completo la Escuela Espiritista, a que el vulgo ignorante se apodere de ella.

Si preferible es; porque nada más hermoso y más sublime que el Espiritismo bien comprendido, y nada más repugnante que la parodia de sus profundas y evangélicas enseñanzas. Las comunicaciones de los espíritus abren ante nuestros ojos dilatadísimos horizontes, eleva el pensamiento, engrandece nuestras aspiraciones, nos impulsa al estudio y al trabajo, nos aparta de las preocupaciones religiosas y nos acerca a la verdadera religión, que es la práctica de todas las virtudes sin formalismo alguno. Pues bien, en esos Centros Espiritistas mal dirigidos y peor inspirados, sucede todo lo contrario de lo que el Espiritismo racional enseña. Por las comunicaciones de los espíritus tienen aquellos espiritistas sus santos preferidos, sus visiones de vírgenes, pidiendo las seráficas apariciones, que alguno de los concurrentes vista el hábito del Cristo de acá, o de la virgen de allá, para aliviarse o curarse de alguna dolencia, y para fin de fiesta, acuden los espíritus en sufrimiento que convierten a los médiums en juguetes

de sus lamentaciones y de sus espavientos, logrando algunas veces lastimarlos y hasta dejarlos sumidos en el idiotismo.

De estos espectáculos, el hombre más indocto, el más ignorante, puede comprender que dejan el ánimo fatigado, las ideas en completa confusión y la duda y el desencanto imperando como dueños absolutos en nuestro ser.

No hace muchos días que un libre pensador, habiendo leído con atención profunda algunos capítulos de la filosofía de Kardec, pidió a un amigo suyo que lo presentase en un Centro Espiritista; desgraciadamente lo llevaron a uno de esos Centros donde se hacen comidas entre los de allá y los de acá; y al salir de la sesión, dijo el libre a noche es una farsa repugnante, es un hermoso sueño y nada más. hay mil mundos de por medio, en juego la ignorancia de los unos y la malicia de los otros.

Lo hemos dicho muchas veces y nunca nos cansaremos de repetirlo; de doscientos Centros Espiritistas, cerraríamos ciento noventa y ocho, y abriríamos trescientas bibliotecas, donde se leyera, donde se estudiara, no en las obras científicas, porque la generalidad carecen de instrucción para comprenderlas, pero ya hay libros morales y recreativos, al mismo tiempo cuyas máximas y lecciones están al alcance de todas las inteligencias por sencillas y obtusas que sean.

Se nos objetará que muchos no saben leer; pero no nos negarán que en ninguna reunión deja de haber uno más instruido que los demás y éste puede convertirse en lector y en comentador de lo que lee, dándole explicaciones al auditorio que le rodea.

Que la lectura les aburre, dicen muchos, y contestamos nosotros. Si no les permitieran aquel juego de preguntas y respuestas, no se aficionarían a semejante entretenimiento, y prestarían atención a la lectura, y algunos algo aprenderían; pero desgraciadamente los que debían de servir de maestros, los que debían ser modelos por su actividad en el trabajo, son lo bastante egoístas, y bastante falsos de entendimiento, para creer que con saber ellos ya es suficiente; y dejan de asistir a las reuniones espíritas porque las encuentran monótonas y quedan multitud de espiritistas ignorantes como rebaño sin pastor, siguiendo cada cual el camino que se le antoja.

Muchos se dedican a las curaciones por medio del fluido, es decir, pases magnéticos; otros cogen a una mala sonámbula por su cuenta que da medicinas al por mayor; aquellos a las danzas de mesas y esos otros a diversos fenómenos, y tras de esto, mil y mil abusos que están tan lejos de la comunicación racional de los espíritus, como el odio del asesino está distante del amor que siente el niño por su madre; pero, los que no conocen el Espiritismo confunden el oro puro de la verdad con el falso oropel de la mentira; y si asisten a Centros Espiritistas donde falte una acertada dirección, se ríen del Espiritismo, y dicen con muchísima razón: los espiritistas o son unos imbéciles o son unos canallas; pero de todos modos les falta sentido común.

¿Y no es triste, no es doloroso, no es verdaderamente desconsolador que la primera escuela filosófica de nuestros días, la que demuestra que el Espíritu progresa eternamente, que la justicia del Ser

Supremo mantiene la balanza Divina fiel a la verdad, la que nos manifiesta lo que han venido a hacer los redentores, que todos ellos han dicho a los hombres que son dueños del patrimonio del tiempo; esta filosofía que nos dice que la vida no tiene fin, que el adelanto del Espíritu no tiene límites, porque es eterna su individualidad, y que siempre Dios creará mundos para la colonización universal?

¡Esta doctrina tan lógica y tan consoladora, esta creencia tan racional, tan verdaderamente grande, esta religión tan pura, tan despojada de vanos formalismos, y de absurdos ritos, nos causa pena porque las aberraciones de los unos, y el egoísmo de los otros y la indiferencia de los demás, la confunden con el progreso charlatanismo de los embaucadores o con la fe ciega de los estúpidos!

El hombre pensador tiene que llorar con el llanto del alma al contemplar semejantes abusos. Y no debe enmudecer, no debe tolerar que la ignorancia se apodere de la primera escuela del mundo tan antigua como el hombre; debe decir alto y muy alto, claro y muy claro, que el Espiritismo no es la farsa irrisoria de los malos Centros Espiritistas:

El Espiritismo es la ley del Evangelio.

Es el estudio y el análisis de todos los problemas de la vida.

Es la investigación y la comparación entre el pasado y el presente.

Es la deducción razonada del porvenir.

Es la práctica del bien por el bien mismo.

Es el olvido de las ofensas.

Es la tolerancia en todos los sentidos.

Es la unión de los pueblos.

Es la fraternidad de todas las razas.

Es la resignación de todos los dolores.

Es la esperanza de todas las amarguras.

Es la fe basada en la verdad.

Es la destrucción de la muerte y la realidad de la vida.

Esto es el Espiritismo; y en todos los lugares donde así no sea comprendido, no se profane la religión del porvenir con las necesidades de los ignorantes y el torpe lucro de los falsos médiums, y nos duele decir que de cien Centros Espiritistas deberían suprimirse noventa y nueve, que más vale un buen espiritista que un millón de espiriteros; porque un buen espiritista será capaz de hacer algo grande, algo sublime que sirve de útil ejemplo en sociedad, y un centenar de espiriteros, sólo sirven para promover el escándalo con escenas ridículas.

Creemos que el Espiritismo es la escuela racionalista deísta que ha de regenerar a las humanidades de la Tierra y por esto seremos inexorables con todos los que cometan abusos en su nombre.

Queremos menos Centros Espiritistas y más estudio.

Queremos menos espiritistas, y más apóstoles de la doctrina.

Queremos raudales de ciencia y mundos del amor; porque los hombres verdaderamente sabios, tendrán buen placer en instruir a las multitudes, y las almas buenas purificadas por la caridad, serán la

LA LUZ DE LA VERDAD

Providencia de los afligidos, serán el amparo del huérfano y el sostén del anciano...

¡Oh! Entonces no será un mito en la Tierra la fraternidad universal.

CAPÍTULO XVII

EN EL CAMPO

¡Qué bien me encuentro aquí! De mi existencia, de mi lucha tenaz cesa el estrago; y duerme mi cansada inteligencia sintiendo dulce y bienhechor halago.

¡Todo me encanta aquí! Purpúreas flores, verde follaje en la enramada umbría, y en el canto de los prados ruiseñores que no tiene rival su melodía.

¡Quién pudiera vivir con este sueño dulce, apacible, lánguido, tranquilo, sin la lucha tenaz y el rudo empeño por tener en la Tierra un pobre asilo!

¡Luchar por la existencia! ¡Dar la vida por la vida de afanes y de abrojos! Trabajar con angustia sin medida sembrando amor... y recogiendo enojos...

“¿Y crees que se progresa en dulce calma?” (esta pregunta resonó en mi oído)

“Hay que alcanzar la victoriosa palma después de combatir y haber vencido”

No niego del combate la victoria; ¡Pero, cuando es muy ruda la pelea, qué amargos son los lauros de la gloria!... ¡Qué sin sazón los frutos de la idea!...

“Pues hay que sazonarlos, es preciso” (me repite la voz con energía). “Hay que abrir el cerrado paraíso haciendo de la noche claro día”

“Da un adiós al paraje delicioso donde cantan los pardos ruiseñores, donde hallaste dulcísimo reposo mirando bellas y purpúreas flores”

“Y vuélvete al lugar donde te espera tu trabajo, tu lucha y tu progreso; tienes que conquistar mejor esfera luchando con el torpe retroceso.”

“Aún no es tiempo, no puedes por ahora reposar en el bosque entre las flores; ¡De nada sirve adelantar la hora huyendo de terribles sinsabores!”

LA LUZ DE LA VERDAD

“Si éstos te pertenecen, si son tuyos, tus huellas seguirán por donde vayas; y oirás rugidos en lugar de arrullos y a tu paso hallarás fuertes murallas.”

“¿Por qué te asusta el tiempo? No lo midas; si no tiene medida, ¡Si es eterno!... ¿Qué son las ascensiones? ¿Las caídas? ¿Qué es la gloria y las sombras del averno?”

“No cuentes no, las horas ni los días, ni los años de lucha sobrehumana; ¿Qué son las terrenales agonías ante el progreso eterno del mañana?”

“Vuelve a tu hogar tranquila, recordando el canto de los pardos ruiseñores, y a tu agitada mente contemplando bello plantel de purpúreas flores.”

“Ha sido ese momento de reposo el premio de tu afán y tu desvelo; es feliz quien merece ser dichoso: tú sola puedes conquistar un cielo.”

“Adiós Amalia; un ser que te ha querido es quien te da gozoso esos consejos; acuérdate de mí que no te olvido, y que velo por ti desde muy lejos”

¡Qué grato es para el alma dolorida, escuchar una frase de consuelo! ¡Hay alguien que me quiere y no me olvida!... yo lucharé por conquistar un cielo.

CAPÍTULO XVIII

A UNA ESPIRITISTA

Muchas veces te he oído decir que deseas irte de la Tierra, pensando que al dejar en la fosa, tu débil envoltura, te vas a ir por esos mundos de Dios, y vas a disfrutar de los goces purísimos que forman el patrimonio de los espíritus felices.

Yo, al oírte también me entusiasmaba y me contagiaba con tus quiméricas ilusiones, y ya me veía envuelta en nubes de color de rosa contemplando vergeles cuyas flores hermosísimas me brindaban su embriagador perfume, mas he aquí, que hablando un día con el Espíritu del Padre Germán, éste me dijo así:

¿Y en qué te fundas para creer que al dejar la Tierra te podrás presentar en otros mundos más adelantados que el que habitas y allí vivir y gozar del progreso alcanzado por sus moradores?

¿Qué méritos extraordinarios has hecho valer en esta existencia?

¿Qué descubrimiento, qué invenciones maravillosas has ofrecido para su desarrollo a los hombres de tu tiempo?

¿Qué obra evangélica, qué sacrificio, qué acto heroico has llevado a cabo en bien de la humanidad que te rodea?

¿Qué libro científico has escrito que haya causado una verdadera revolución en el mundo de los sabios?

¿Qué planetas has descubierto que hayan aumentado el número de las islas del cielo?

¿Qué pruebas asombrosas de amor sin límites, has dado a aquellos que te han rodeado?

¿Qué has hecho, en fin, que merezca en justicia el premio inapreciable de la felicidad?

Mírate bien a ti misma con verdadera imparcialidad, no te dejes llevar ni por una modestia mal entendida, ni por un amor propio exagerado; pesa tus actos sin inclinar la balanza ni a uno ni a otro lado, mide el alcance de tus hechos sin temor infundado ni esperanza ilusoria, dedícate a viajar dentro de ti misma por más que esto te parezca imposible realizarlo, pero los viajes del Espíritu dentro de su mundo, de su esfera de acción, de la órbita donde gira, son de tanto provecho para el Espíritu, son de tan profunda y racional enseñanza, que le valen tanto, o quizá más aún, que la exploración más arriesgada, más llena de peligros que pudiera hacer cruzando mares de hielo, o escalando montañas cuyos volcanes arrojaran incandescente lava formando ríos de fuego.

En vez de pensar en mundos de luz habitados por humanidades venturosas, estudia detenidamente las impresiones que recibes hablando con los seres que te rodean. Pregúntate a ti misma qué es lo que sientes cuando hablas con los desgraciados, con los felices, con los justos y los pecadores, con los sabios y los ignorantes, y allí donde te

encuentres más inspirada, donde tengas más facilidad para expresar tus pensamientos, allí está marcado el grado de tu adelanto, la medida exacta de tu altura moral y de tu alcance intelectual, allí no te verás más grande ni más pequeña de lo que eres, y allí conocerás si te ha llegado el momento de decirle a la Tierra: adiós, no volveré a pisar tu suelo, otros mundos reclaman mi presencia, mis conocimientos y mi actividad; o si aún durante muchos siglos tienes que pedirle hospitalidad a los terrenales, para ensayar tus fuerzas y tu inteligencia y adquirir lo que nadie te puede dar, grandeza y sentimiento, sabiduría y ternura, heroísmo para luchar y vencer, abnegación para llegar al sacrificio con la sonrisa beatífica del mártir y el amor purísimo del justo.

Tan sabios consejos se grabaron en mi memoria de un modo indeleble, y desde entonces hermana mía, emprendí mis viajes dentro de mí misma, y créeme, en lo que me queda de existencia, apenas tendré tiempo de haber observado muy a la ligera vagos indicios de lo que he sido, lo que soy y lo que quiero ser.

Comencé mis viajes alrededor de mí misma, recordando mis impresiones más profundas, aquellas que dejaron una huella indeleble en mi corazón, y en mi pensamiento, y me remonté nada menos que 48 años atrás, cuando en unión de mi madre y de una de sus mejores amigas, visité la cárcel de Sevilla para decirle adiós a un joven soldado (casi un niño), que víctima inocente de un pronunciamiento, iba sin la menor culpa, a pagar las culpas ajenas en el penal de Melilla. Yo quería mucho a aquel adolescente vestido de soldado, se llamaba Ángel y de ángel tenía la cara.

En un pequeño jardín iluminado por la luna llena le di el último adiós, y al cruzar la azoteilla, lugar donde se levantaba el cadalso, sentí tal horror, se apoderó de mí tal espanto, me pareció ver en torno mío tantas figuras amenazadoras, que si no me sacan pronto de la cárcel, creo que me quedo en ella, víctima de horribles convulsiones, sensación dolorosísima que se producía casi siempre que pasaba, al declinar la tarde, por delante de la prisión y oía cantar la salve a los presos. Canto monótono y melancólico, que me infundía profunda tristeza.

Muchos años después, visité la cárcel de Barcelona, hablé con un desgraciado que había matado a dos mujeres, miré con horror a un hombre que había violado a sus tres hijas, recorrí todas las dependencias, y cada vez que tras de mí se cerraban las puertas y rechinaban los cerrojos, sentía en todo mi ser un dolor tan intenso, miraba en torno mío con tanta pena y tanta angustia, que los que me acompañaban decían que no habían visto a nadie que se hubiese impresionado tanto en aquel triste lugar; y cuando salí de la cárcel y subí al coche que me esperaba, cuando me vi lejos de aquella mansión de horrores, sentí un placer tan extraordinario que lloraba y reía a un mismo tiempo y hablaba sin orden ni concierto, dando gracias a Dios de no merecer en esta existencia el cruel castigo de estar presa.

Después visité el presidio de Tarragona, entonces fui más dueña de mí misma, recorrí sus sombríos dormitorios, me detuve en un gran patio donde los presidiarios esperaban el rancho de la tarde, sentí por

aquellos seres una piedad inmensa, yo quería en aquellos breves momentos adivinar todos sus dolores, leer en su pensamiento, infundirles esperanza y resignación, pero todo al vuelo, porque allí dentro me faltaba aire para respirar, y cuando salí miré al cielo y al mar, y me pareció que había salido de un infierno y me hallaba en un paraíso; ¡Entonces sí que mi alma elevó una plegaria que debió resonar de mundo en mundo!

Recuerdo también que a poco de conocer el Espiritismo, me dieron en Madrid una credencial de segunda inspectora del penal de Alcalá de Henares. Para mí, que nada poseía en aquella época, que la miseria, la soledad, el abandono, y una dolencia incurable eran mi patrimonio, tener un destino el cual me proporcionaba casa, y un modesto sueldo, era adquirir una fortuna fabulosa, y parecía lo más natural que sintiera alegría al recibir la credencial, y sin embargo, fue todo lo contrario. Yo vivía entonces con una pobre familia y ocupaba un cuartito que tenía una gran ventana que daba al tejado y desde la cual se veía mucho cielo, las paredes blancas como la nieve, las iluminaba el sol desde la mitad del día, hasta que se escondía en Occidente. Nada más alegre y más risueño que aquel cuartito, se reía solo, como decía la buena mujer dueña de aquel humilde rincón; y al pensar que iba a dejarle, sentí una tristeza y un desaliento inexplicable; pero como siempre he creído que el hombre tiene obligación de ganarse la vida con el sudor de su frente, fui a Alcalá a tomar posesión de mi destino, mas al verme ante el presidio sentí tal horror y tal espanto, que estuve largo rato dudando, andaba veinte pasos, y retrocedía cuarenta, pensando en volverme a Madrid sin entrar en el penal, pero al fin dije: es preciso, aquí tendrás casa y pan, fuera de aquí a semejanza de una hoja seca, vas por el mundo a merced del viento; y entré en la oficina o despacho del jefe del penal.

Recuerdo que éste era un hombre anciano, alto, robusto, con blancos bigotes y traza de militar, al verme y al presentarle mi credencial me miró fijamente y en su semblante se dibujó una sonrisa medio burlona, medio compasiva diciéndome en voz muy queda:

-Esto no es para Ud., la matarán a disgustos, ni un mes podrá Ud. resistir a esas fieras, son peores que los hombres.

-Eso mismo me parece a mí, pero hay circunstancias tan apremiantes... hay épocas tan calamitosas que obligan a todo.

En esto se presentó la primera inspectora, que al saber quién yo era, se echó a reír alegremente diciéndome con amable jovialidad.

-No creo que sea Ud. muy a propósito para desempeñar este cargo pero en fin, yo le daré lecciones y todo se andará, creo que no reñiremos, recoja Ud. el título y cuanto antes la espero.

Mientras ella hablaba yo también hablaba conmigo misma, miraba fijamente a mi interlocutora que era alta, muy guapa, con una mirada dura, amenazadora y decía en mi mente: “¡Señor! ¡Aparta de mí este cáliz!... no tengo fuerzas para apurar su amargo contenido.” Y salí de aquel lugar sosteniendo una lucha terrible.

Miré los altos muros de la prisión, escuché palabras soeces, cantares obscenos de las reclusas que asomadas a las ventanas reían

estrepitosamente, y me alejé diciendo: ¡Señor! No puedo, es preferible el hambre a este pan que me ofreces, no puedo vivir entre criminales, los compadezco con toda mi alma, pero una fuerza invencible me separa de ellos; entre ellos y yo hay algo que no me explico, que no sé definir, yo quisiera salvarlos, redimirlos, santificarlos, pero al pensar que he de estar en contacto con seres que han caído en el abismo y están contentos en su desgracia; ¡Dios mío! No puedo dar un paso más, me estaciono, y se paraliza mi pensamiento.

Cuando esto me acontecía, no había escuchado aún las sabias advertencias del Padre Germán, mas después, recordando sus consejos, al comenzar mis viajes alrededor de mí misma y al hacer suposiciones de adonde iré mañana, he sacado en consecuencia que podré volver a la Tierra en la posición más humilde, pero que estaré lejos de esos antros, de esos lugares sombríos donde acaban de embrutecerse los criminales.

No, no es posible que mi Espíritu pueda vivir entre la degradación, porque en esta existencia ya ha preferido el hambre, el abandono más completo, la espantosa soledad de la miseria, a estar en contacto con seres abyectos. Podré vivir entre mendigos, pero no entre criminales, entre ellos y yo hay una distancia que no sé medir, pero que deberá ser inmensa, ¡Sin límites!... ¡Sin término!...

Siguiendo mis viajes, cuando he visitado los palacios de los Reyes como me sucedió en Sevilla y en Aranjuez, sus ricos muebles, sus pinturas, sus innumerables bellezas las he contemplado con la admiración que siempre se contempla las maravillas del arte, pero al salir de esas mansiones fastuosas he respirado mejor, me ahogo entre cortinajes de púrpura. Se conoce que estoy aún muy lejos de pertenecer a esas clases que han hecho superiores las necesidades de las civilizaciones, siempre he creído como decía Roque Barcia:

“Que los grandes nos parecían grandes, porque los mirábamos de rodillas”. Nada me une a esas clases al parecer privilegiadas, sus trenes, sus coches, sus deslumbrantes trajes, los miro como una decoración de teatro, creo que su reinado pasará y que las sociedades no necesitarán de esas figuras que despiertan los odios y los rencores de los descamisados.

Si me encuentro al lado de algunas familias que viven en dulce paz, teniendo lo bastante para vivir, disfrutando de esa tranquilidad que da un bienestar asegurado, personas bien vistas en la sociedad, atendidas, respetadas, que desde que nacieron disfrutaron de todas las comodidades, sin conocer en lo más leve los azares de la vida, que no han tenido que avergonzarse por el menor desliz, mujeres que de los brazos de sus padres pasaron a los de su marido, sin lucha, sin fatiga, sin contrariedades, que se ven rodeadas de sus hijos, y que todo les sonríe, al contemplar esos cuadros de la felicidad terrena, me parece que mi Espíritu si pudiera empequeñecerse, quedaría reducido a la millonésima parte de un átomo, tan pequeño se encuentra avergonzado cuando compara su existencia actual tan combatida, tan accidentada, sin familia, sin amparo, teniendo que hacer uso de un organismo que no ha tenido la fuerza suficiente para luchar y resistir los embates de la miseria, y más de una vez se ha declarado vencido porque la luz de sus

ojos se apaga, porque no ha tenido la inteligencia y el vigor necesario para ganarse la vida como se la ganan otras personas, pobres, que llegan a la ancianidad trabajando y siendo útiles a cuantos les rodean y a ellos mismos especialmente. Al considerar que para muchas cosas he sido verdaderamente inútil, una sensitiva, cuando necesitaba antes que sentir, pensar en la prosa de la vida ¡Cuán pequeña me encuentro! En particular ante las mujeres que han llenado su misión rodeadas de su familia, en el santuario de su hogar, sin luchas, sin azares, sin pasiones contrariadas. Sintieron, amaron, se despertaron, sonrieron, y un hombre les dijo: honra mi nombre y más tarde un querubín les entregó sus alas diciendo ¡Madre mía! Quiero ser cautivo de tu amor.

Como siempre estoy al lado de personas relativamente felices, me encuentro tan pequeña pareciéndome que entre ellas y yo hay una distancia tan inmensa, que ningún matemático podrá medir con exactitud, creo en consecuencia, atendiendo al estado especial de mi ánimo, que al dejar la Tierra no iré a ningún mundo donde sus moradas sean más buenas que los terrenales, porque si ante los felices de aquí, se encuentra tan avergonzado y tan humillado mi Espíritu, ¿Qué le pasaría en un mundo donde todos sus habitantes fueran justos en comparación de él? Vivir entre santos el que se reconoce pecador, ¿Dónde hay mayor martirio ni peor humillación? Los mundos felices no son por ahora moradas agradables para mí, y pensando razonablemente, pasarán millones de siglos antes que mi Espíritu regenerado contemple su pasado con melancolía, diciendo: caí muchas veces, pero al fin me levanté, he tardado en ocupar mi puesto en el banquete de la vida, pero para Dios nunca es tarde, en el día de la eternidad no hay ni aurora ni ocaso, el Sol siempre está en el Cenit iluminando y vigorizando las inteligencias.

Tengo pues, el íntimo convencimiento que ya no viviré entre criminales y la certidumbre absoluta que no puedo llamar durante muchos siglos a las puertas de los mundos felices. Ahora bien, ¿Qué siento cuando estoy entre los pobres, entre los desgraciados? Los ciegos por ejemplo; compadezco de todas maneras su infortunio, quisiera ser inmensamente rica para que no sufrieran los horrores de la miseria, y al lado de ellos me encuentro inspiradísima para escribir, les hablo en verso con la mayor facilidad, traslado al papel mis pensamientos sin el menor esfuerzo, y en prueba de ello, te copiaré las últimas poesías que le dediqué a un grupo de ciegos con los cuales me une un entrañable afecto; en ocasión de haberme venido a felicitar en la fiesta de mi nombre.

A MIS MEJORES AMIGOS

Amigos del alma mía, yo no sé cómo expresaros, lo inmenso de mi alegría, al veros y al escucharos.

¡Me queréis! ¡Me recordáis!, Y en la fiesta de mi nombre, vuestro afecto me mostráis; yo os admiro y no os asombre.

LA LUZ DE LA VERDAD

De mi inmensa gratitud, de mi cariño profundo, yo guardaré la virtud, para embalsamar un mundo.

Mucho os quiero decir, mucho os quiero expresar, pero ¡Ay!... sólo sé sentir... y en este momento... ¡Amar!

Queredme como yo os quiero, vuestro afecto me da vida; que un cariño verdadero, devuelve la fe perdida.

Porque la buena amistad, tan ejemplar consecuencia, escasea en la humanidad, donde reina la indiferencia.

¡Dicen que estáis ciegos! No; un mundo de luz lleváis, la prueba la tengo yo, ¡Bendito de Dios seáis!

¿Ciegos?...No; mundos de luz, soles lleváis en la mente, que de la sombra el capuz, rasga el alma cuando existe.

Pocos días después de la fiesta de mi nombre, encontré a otro grupo de ciegos en casa de una señora espiritista que todos los años los obsequia el día de su santo dándoles un buen almuerzo que ella misma les sirve. Al verlos experimenté la mayor alegría y trasladé al papel los siguientes pensamientos:

Otra vez nos encontramos, en esta casa bendita, donde una mujer habita, que tiene un gran corazón.

Otra vez aquí reunidos, una fiesta celebramos, y otra vez nos demostramos, nuestra sincera afección.

Quiera Dios que muchos años, podamos en este día, escuchar la melodía, que el arte os permita dar.

El arte, del ciego amigo es, vuestro sostén y amparo, es el puerto y es el faro, que no os deja naufragar.

Amigos del alma mía; que sin llorar desengaños, podamos años y años, gozar reunidos aquí.

Y cuando alguno se aleje, de este mísero planeta, que se acuerde de Enriqueta, y al mismo tiempo de mí.

Te he copiado las anteriores poesías no por el mérito que puedan tener, sino porque son débil prueba de lo mucho que yo siento hablando con los ciegos. Me parece que me une a ellos un lazo de familia, su vida aventurera me recuerda confusamente algo de mis existencias, me encuentro bien, muy bien al lado de ello, aquellos ojos sin luz y aquellas inteligencias luminosas (muchas de ellas), su lucha por la vida, su hogar lleno de sombras y de resplandores de cariño, (al mismo tiempo) que como decía Victor Hugo, ser ciego y ser amado, era vivir en el paraíso. No sé, algo no tiene explicación posible en el lenguaje humano, pero yo me explico, yo siento que se llena mi ser de inefable satisfacción y me hace pensar y decir. Si estos desgraciados tanto me atraen, cuando vuelva a la Tierra volveré a luchar con la sombra de mi inferioridad y la luz de mi gran deseo para engrandecerme y ser sabio, muy sabio, y bueno, muy bueno, porque la ciencia y la virtud son las fuerzas de la vida.

Mucho más te diría sobre los viajes que hago de continuo alrededor de mí misma, pero basta por hoy para dejarte demostrado, que queriendo mirar se ve claramente el lugar donde volveremos a luchar, cuando dejemos en la fosa este cuerpo inservible.

Nada de ilusiones engañosas hermana mía; nada de mundos con espíritus angélicos iluminados por varios soles; nuestro adelanto moral e intelectual no es para disfrutar de tantas bellezas y de goces tan inefables. Tenemos que trabajar mucho antes, tenemos que aprender a querer, porque ahora sabemos desear mucho, pero tenemos que progresar en todos los sentidos, y cuando nuestro campo esté limpio de zarzas espinosas, y broten a porfía flores bellísimas, entonces hermana mía, sí que podremos decir al irnos de la Tierra: ya nada tengo que sembrar en este mundo donde tantos siglos he vivido, voy a arrojar la semilla de mi amor en otras tierras preparadas por otras generaciones.

Adiós hermana mía; no vivas de engañosa ilusión sino de razonables realidades; hartos tiempos nos han cegado las religiones con sus cielos comprados y pagados con misas y responsos, hora es ya que el Espiritismo nos cure las cataratas de nuestra ignorancia, y veamos sin deslumbramiento el esplendente Sol de la verdad.

CAPÍTULO XIX

LA MISIÓN DEL ESPIRITISMO

No viene el Espiritismo a derribar templo alguno, ni a conquistar uno a uno fieles del catolicismo; que entonces haría lo mismo que las demás religiones, que se disputan santones y milagrosas leyendas; canonjías y prebendas; cuentos y tradiciones.

¡Ah! No; está muy lejos de eso; porque la Escuela Espiritista, es harto racionalista y no quiere el retroceso; sueña con el progreso, con la redención humana, cree que el ayer y el mañana y el presente, todo es uno; y que no hay hombre alguno que sea su aspiración vana.

Todos pueden ascender y hasta los cielos subir, siendo iguales el porvenir del hombre y de la mujer, creen que querer es poder, que una firme voluntad, yendo en pos de la verdad y abrigando un gran deseo, se hace gigante un pigmeo ansiando su libertad.

Esta es la noble misión que tiene el Espiritismo, decirle al hombre: tú mismo, has de hacer tu redención.

No hay ninguna religión que te pueda redimir; tú mismo tienes que ir cultivando tu terreno, y sólo siendo muy bueno, tendrás un buen porvenir.

Es inútil que tus bienes repartas entre santones, no alcanzan sus oraciones celestiales para bienes, ¿Quieres la gloria? Pues tienes que ir conquistando los cielos, prodigando tus consuelos a infelices afligidos, y dando a los desvalidos tus compasivos desvelos.

¿Quieres gastar tu riqueza en alzar un Santuario? ¡Ah!... pues es más necesario que veles por la pobreza.

El pueblo hambriento no reza, que sus ocios ejercita buscando en la dinamita los horrores del estrago; el que por la fuerza es vago, sólo en el crimen medita.

Protege la agricultura, levanta granjas modelo, y haz fecundo el duro suelo que el buen arado tritura, después, mirando a la altura tras telescopios potentes, pregúntate qué sientes allí, donde tu alma más se eleva, si dentro de una triste cueva o ante mundos esplendentes.

No repartas tus caudales, pero haz que sean productivos, y redimirás cautivos de las infamias sociales.

Os afligen grandes males, mas ninguna religión os dará la salvación ni tampoco el ateísmo; es sólo el Espiritismo el que dará la solución.

Al gran problema social, el descontento de todos; que unos y otros, cual beodos en impura bacanal, hacéis el mal por el mal, vivís... sin saber vivir, bajando... queréis subir, huyendo... queréis llegar; ¡Qué modo de delirar y qué modo de sufrir!...

Los ricos temen al pobre, creyendo que éste, algún día dirá con fiera ironía: no me deis, no, lo que os sobre, quiero vuestro oro y no vuestro cobre es lo que quiero en mi encono, que harto tiempo en abandono por mi mal me habéis tenido; si no me dais lo que os pido ¡Temblad!... porque no os perdono.

Y el pobre ¡Con qué tristeza ve pasar al potentado en su coche reclinado insultando su pobreza!... De este desnivel, empieza a surgir la tempestad, viviendo la humanidad entre engaños y perfidias, entre rencores y envidias en horrible oscuridad.

Para este mal (que es añejo), no hay medicina en la Tierra; suele atajarle la guerra, pero este remedio es viejo.

Más que armas, de buen consejo necesitáis los terrenales; saber porqué vuestros males os abruman con su peso, y de qué modo el progreso vence en las luchas sociales.

Pues, el Espiritismo os viene a revelar, el modo de progresar y redimirse uno mismo. Sin que ningún fanatismo venga a perturbar la mente, sin que la fe del creyente robe a la razón su imperio, sin milagroso misterio que a su buen sentido atente.

Un estudio razonado de sana filosofía, un examen día tras día del presente y del pasado. De todo hecho consumado la consecuencia esperar, y así podréis cosechar los frutos que deseéis, de los que crímenes sembréis, cuentas tendréis que saldar.

Los que en santa abnegación lleguéis hasta el sacrificio, y apartéis del precipicio la espantosa tentación, al que en la loca obcecación quiera por violencia hallar, lo que no puede encontrar, (porque nunca sembró el bien) sirviéndole de sostén, ¡Cuánto podréis progresar!

De tal siembra, tal cosecha, esto es la vida; no hay más; a tu paso encontrarás lo que hiciste en otra fecha.

¿Sospechaste? La sospecha irá tus huellas siguiendo, ¡Calumniaste? Pues sufriendo irás calumnias de otro; cada cuál se forma el potro en el que vive muriendo.

No es una sola existencia en la que el alma vacila, su organismo se aniquila, pero no su inteligencia, ésta, adquiriendo experiencia va tomando encarnaciones, y a las civilizaciones va su concurso prestando, y trabajando y luchando va venciendo sus pasiones.

LA LUZ DE LA VERDAD

Ésta sí, ésta es la verdad, ¡Redimirse uno a sí mismo! Éste es el Espiritismo ¡Puerto de la humanidad! Ésta es la hermosa igualdad en la cual todos soñaron; pero todos deliraron, porque en sus sueños no vieron, que jamás iguales fueron los que por vivir lucharon.

He aquí la noble misión que tiene el Espiritismo; decirle al hombre: tú mismo lograrás tu redención. ¡No hay ninguna religión ni ningún cambio social que te quite de tu mal ni un átomo de su peso; obra tuya es tu progreso, y el progreso universal!

CAPÍTULO XX

EN UN LECHO DE FLORES

Cada uno tiene su monomanía, y la mía indudablemente es la de las flores; todas me parecen bellas y encantadoras, causándome mayor ilusión los árboles frutales cuando están floridos, que cuando se inclinan sus ramas al peso del fruto.

Mis árboles favoritos son los almendros, que son los primeros en florecer, y siempre han cautivado de tal modo mi atención, que nunca olvidaré un centenar de almendros que vi en Tarrasa, cubiertas sus ramas de blancas florecillas. Al año siguiente volví al mismo lugar y al ver que todos los almendros habían desaparecido sentí un dolor tan agudo en el corazón, como si en aquel punto pensara hallar un ser querido y éste hubiera hecho un viaje a la eternidad; tuve que hacer un gran esfuerzo para no llorar amargamente. Todo el año había soñado con aquel oasis y al encontrar un desierto en vez de un bosque florido, ¡Qué pena tan grande experimenté!

Junto a mi casa hay un jardín que tiene muchos árboles frutales, y cuando están cubiertos de florecillas, paso ratos deliciosos contemplando aquel lecho de flores, pues mirando los árboles floridos desde cierta altura, parece completamente una red de flores sostenida en el aire por hilos invisibles.

Una tarde que miraba fijamente aquel paraíso en miniatura, vi sobre las ramas, cubiertas de florecillas, que se extendía una ligera bruma, ésta se fue condensando y se formó la figura esbelta, de una mujer blanca, vaporosa, ideal; cubierta con una ancha túnica transparente, que dejaba ver un cuerpo luminoso, era una mujer preciosa; su espléndida cabellera tan pronto parecía formada por hilos de plata, como por hilos de oro, era un manto encantador que flotaba, y al flotar aquellos abundantes rizos, parecía que una lluvia de brillantes se desprendía de aquellas hebras luminosas. Aquella aparición encantadora no se deshizo rápidamente, la vi el tiempo suficiente para que aquella bellísima figura se quedase fotografiada en mi mente, y la viese tanto de noche como de día.

La he visto en mi sueño lo mismo que despierta. ¡Qué preciosa es! ¡Su rostro es tan dulce! ¡Tan risueña! No puedo comprender de qué materia se compone su organismo, porque todo su ser se transparenta, lleva dentro de sí una luz suavísima, bajo su epidermis se ve una claridad que cambia de color, tan pronto las delicadas tintas de la rosa esparcen su color de aurora, como reflejos de un pálido celeste, aumentan la belleza de aquella encantadora aparición.

Una noche la vi en mis sueños y observé que llevaba en su diestra muchas cintas de diversos colores; las cintas, como si las cogieran manos invisibles, se entrelazaron y formaron unas letras que decían Rosablanca.

Me desperté, y una voz muy dulce murmuró: Rosablanca. Comprendí desde luego que aquel Espíritu quería comunicarse conmigo y esperé estar en condiciones de reposo para transmitir lo mejor posible su inspiración; así se lo hice presente, y el Espíritu de Rosablanca ha esperado sin manifestar impaciencia: es verdad que los ángeles no pueden impacientarse. ¡Cuánto siento no poder transmitir al papel lo que Rosablanca me inspira! ¡Ella es toda luz! ¡Y en mí, aún hay tanta sombra! Pero suplirá en parte mi buena voluntad.

Rosablanca se sonríe compasivamente, me mira con fijeza y habla; pero su voz es tan dulce y tan apagada, es un murmullo tan lejano, que apenas resuena vagamente en mis oídos.

Se apodera de mí una languidez especial, y la pluma la dejo correr sobre el papel, ¿Correr? No es la palabra. ¿Deslizar? Tampoco es la frase puesto que escribo con gran lentitud.

Amalia; cronista de los pobres, humilde trovador de los desventurados, todo no ha de ser relatar amarguras, también alguna flor ha de brotar entre tantas espinas. Yo seré esa flor, yo, que sólo vivo para amar. ¿Te gusta mi nombre? En mi última existencia me llamé Rosablanca, y era mi cuerpo tan delicado, como esa bella flor de vuestros jardines; fruto de unos amores que no podían legitimar vuestras absurdas leyes, por ser mi madre de regia estirpe y mi padre un pobre jardinero, este último, obedeciendo las órdenes de mi madre, me colocó en un precioso cesto de mimbre, me cubrió de flores y me dejó en los jardines del palacio de un magnate, cuya esposa era estéril de cuerpo y de alma; ¡Pobre Eloía! Para despertar su dormido sentimiento descendí yo a la Tierra. Las tintas de la aurora iluminaban el horizonte, cuando la mujer que debía ser mi madre adoptiva, después de una noche de insomnio, se levantó febril, calenturienta, y buscando reposo a su fatiga, recorrió los jardines que rodeaban su morada. En un bosque encantador donde las flores más delicadas, lo mismo tapizaban la tierra que se enlazaban a los troncos de los árboles floridos, formando una bóveda verdaderamente encantadora, rodeando el bosquecillo de un lago cuyos márgenes sombreaban árboles de eterno verdor, allí se refugió Eloía huyendo de sí misma, y al dejarse caer sobre una concha de nácar, sus ojos se fijaron en mi pequeña cuna, lanzó un grito y yo exhalé un gemido, y aquella mujer, hasta entonces desheredada de los goces más puros de la maternidad, que odiaba ferozmente a los niños por ser ella un árbol sin fruto, se inclinó sobre mi cuna, apartó con impaciencia las flores que me cubrían, y al ver mi cuerpecito, que parecía una burbuja, un copo de blanca espuma, sintió lo que nunca había sentido; al mirarme; le extendí los brazos, y con mi llanto y mis gemidos le dije: ¡Ámame! Ella, dominada por una emoción desconocida, me estrechó contra su seno, y sin saber lo que hacía, lanzó gritos de asombro, de alegría. Con alegría inmensa llamó a sus servidores, y pronto me vi rodeada de pajes y doncellas; no faltó quien registrara mi cuna, y en ella encontraron un pequeño pergamino en el cual había escrito mi madre, Rosablanca.

Rosablanca me pusieron en la fuente bautismal, y Eloía no vivió más que para mí; su esposo me miró con indiferencia, mas nunca se

opuso a las demostraciones de ternura de mi madre adoptiva. Aquella mujer, que había odiado a los niños, que jamás había fijado sus miradas en los mendigos, por complacerme, por verme sonreír y disfrutar de mis tiernas caricias, fundó un Asilo para los huérfanos y un Hospital para los ancianos, que aún existen y se sostienen con las rentas de los bienes que Eloía dejó para tan noble fin.

Eloía, en otras encarnaciones, había sido mi rival, me había hecho sufrir persecuciones horribles y habíamos sido lo que se llama enemigos implacables, por tener distintos ideales políticos y religiosos y pertenecer a familias que se odiaban, con ese odio de distintas razas que tantas víctimas ha causado en este planeta.

Yo, más afortunada que Eloía, trabajé con ardor en mi progreso, porque la llama del amor inflamó mi ser, y amando mucho, se progresa mucho, por eso al ver a mi antiguo enemigo con la envoltura de la mujer estéril, que en aquella época era una deshonra y motivo más que suficiente para ser arrojada del tálamo nupcial, al verla tan desgraciada, tan egoísta, tan inclinada al mal, dije ¡Dios mío!... quiero ir a la Tierra para comenzar una obra buena, para despertar el sentimiento en un ser que no ha sabido más que odiar; y el éxito más feliz coronó mis esfuerzos. Eloía me estrechaba en sus brazos; me colmaba de caricias, me miraba embelesada y al verme tan hermosa me consideraba como un ser sobrenatural, mucho más cuando durante la noche me enlazaba a su cuello y le decía: quiero que seas muy buena, quiero cuando me vaya de la Tierra, presentarme ante Dios y decirle: he redimido un alma, recíbeme en tu gloria: y yo decía esto dormida.

Llegué a cumplir quince años, mi hermosura era el asombro de cuantos me rodeaban. Eloía cada día que pasaba aumentaba su cariño hacia mí, el amor de la Tierra me ofreció sus homenajes, todos me decían que era muy hermosa, hermosísima, pero ningún hombre atrajo mi atención, porque yo amaba a un Espíritu, al que le debía mi progreso, y con él conversaba en el bosquecillo de flores donde dejaron mi cuna. Aquel era mi lugar favorito, allí veía al amado de mi corazón, con él hablaba, con él sonreía, con él formaba planes venturosos para el porvenir.

Una tarde me fui como de costumbre a mi lecho de flores mientras Eloía visitaba enfermos por mandato mío, me dominó el sueño precursor de la llegada de mi amado Espíritu, el que me dijo envolviéndome con su manto de luz:

-Se acabó tu destierro porque has redimido un alma que necesita perderte para purificarse por medio del dolor. ¡Ven, amada mía! Deja tu lecho de flores, que en mis brazos otro lecho mejor encontrarás, deja en el lugar donde te apareciste, tu hermosa envoltura, sobre ella llorará Eloía, y su llanto será el bautismo divino que la santificará. Ven, Rosablanca, deja tus pétalos en la Tierra y con tu esencia embalsamarás el infinito.

Al oír tan dulces palabras sentí un placer inmenso, pero un placer mezclado de dolor, porque el sufrimiento que mi separación iba a causar a Eloía turbaba mi dicha celestial, mas mi trabajo estaba terminado, ni un segundo más podía permanecer en la Tierra y sin

agonía, sin fatiga, sin sufrimiento alguno me separé de mi envoltura que la dejé en un lecho de flores. Mi cuerpo no tuvo la menor alteración, en mi rostro se dibujó la más dulce sonrisa, mis ojos abiertos esperaban los besos de Eloía para cerrarse con la presión de sus labios; ésta llegó gozosa para contarme lo bien que había empleado el tiempo, creyó al pronto que el sueño me había rendido al ver que no salía a su encuentro, me quiso despertar con sus caricias como de costumbre, y al convencerse de que mi sueño era eterno, su dolor no tuvo límites y hubiera buscado en la muerte el consuelo a su inmensa pena, si mi Espíritu no hubiese velado por ella, si durante la noche no le hubiese dado instrucciones y consejos para hacer menos dolorosa su triste existencia.

Una tumba monumental guardó mis restos, y durante muchos años, sobre el verde musgo que rodeaba mi sepultura, brotaban flores que formando letras decían al caminante: ¡Aquí están los restos de una Rosablanca!...

Eloía, sin hacer votos religiosos se convirtió en hermana de la Caridad, curó leprosos y apestados, y cuando las fuerzas le faltaban, visitaba mi tumba y allí escuchaba una voz que le decía “Encontrarás a Rosablanca en un lecho de flores, esas flores no quiere Rosablanca que se marchiten, riégalas con tu llanto, y cuando vuelvas a la Tierra, Rosablanca te elegirá por madre y serán tus brazos su lecho de flores...”

Le cumpliré la promesa, Eloía será mi madre cuando podamos unirnos con esos dulces lazos con que se unen en ese mundo los espíritus y formaremos un hogar bendito que en realidad será un lecho de flores.

No te apesadumbre tu impotencia, Amalia; tienes buena voluntad y con ella vas arrojando la productora semilla que a su tiempo te ofrecerá un lecho de flores.

La comunicación de Rosablanca es para mí de inmensa valía, tienes razón, buen Espíritu; entre tantas espinas ha brotado una flor; ¡Bendita seas Rosablanca! ¡Bendita sea tu inspiración!

CAPÍTULO XXI

A TRINIDAD

Hermana mía, a nadie mejor que a tí puedo contar las impresiones que recibí en mi última visita al hospital, puesto que tú me has dicho muchas veces. Amalia, tú que tanto te interesas por los desgraciados, visita con frecuencia a los pobres enfermos que gimen en los hospitales, fijate bien en la expresión de sus ojos, miran de distinto modo que las demás personas. Cuando uno los mira, parece que te llaman y te dicen: acércate, que quiero contarte las penas que sufro durante la noche, ven no te vayas, no pases de largo, que en ninguna parte haces tanta falta como aquí.

Yo, siguiendo tus buenísimos consejos, siempre que puedo voy al hospital, y el tiempo que permanezco al lado de una pobre enferma es el que creo mejor empleado.

Hace pocos días, salí una mañana huyendo de mí misma, porque hay horas en las cuales el Espíritu todo lo ve negro y sombrío, y el espiritista que sabe muy bien, que no hay efecto sin causa, que cuando las contrariedades se suceden y se enlazan unas a otras como las cerezas, que cuando a los desvíos siguen los desengaños y la más helada ingratitud en pago de cariñosos desvelos, que cuando se mira y no se encuentra un rostro amigo, que cuando se habla y no se obtiene contestación satisfactoria, sino uno de esos movimientos de impaciencia y de fastidio, o unas cuantas palabras de amargo reproche, que cuando todo se combina para hacernos sufrir; no se sufre por casualidad, sino que se va pagando una de las muchas deudas contraídas ayer; en aquellos momentos el espiritista, no sólo sufre por las agudas flechas que se clavan en su corazón, padece más aún, por lo que representa aquel sufrimiento (al menos así me sucede a mí).

Cuando un nuevo desengaño me pone de manifiesto que la soledad íntima es mi patrimonio, murmuro con tristeza: ¡Cuánto tiempo me queda todavía de ir por la Tierra como el judío errante! ¡Cuántas veces volveré a este mundo huérfano y abandonado pidiendo a los extraños una mirada compasiva, una frase de ternura!... El progreso del Espíritu es muy lento, en esta existencia no he realizado ningún acto por el cual pueda esperar una gloriosa recompensa, las espinas de hoy son tantas, que su misma abundancia me indica que aún quedan muchas más, porque en la vida eterna del Espíritu no hay transiciones bruscas, las transiciones de la sombra a la luz, las inventaron las religiones, esas son las que pusieron al lado del arrepentimiento instantáneo, la gloria eterna del justo; pero esa no es la realidad, la realidad es otra; es la ascensión del Espíritu trabajando, luchando por la existencia, cayendo donde hizo caer a otros, llorando donde ayer lloraron sus víctimas; y cuando el número de sus sacrificios y de sus actos heroicos es igual al de sus pasados desaciertos, entonces, ni rico ni pobre, ni justo ni pecador, comienza una nueva vida sin enemigos

que le persigan con su odio implacable, ni ángeles que le cubran con sus alas de luz. Experimentado en la desgracia, fuerte para dominar, sabiendo donde está el fruto del mal, y la flor preciosísima del bien, entonces el Espíritu es cuando asciende por la escala del progreso llevando en su diestra la balanza en la cual pesan por igual la ternura de su sentimiento y su profunda sabiduría; mas antes de llegar a ese estado tranquilo y sereno ¡Cuántos siglos de lucha!... ¡Cuántas caídas! ¡Cuántos esfuerzos para levantarse... y cuántas imprudencias para caer cien y cien veces en la degradación!... Confieso ingenuamente que la eterna lucha de la vida me asusta, me intimida, me espanta en particular cuando llega el vencimiento de algún pagaré, firmado en otro siglo; las espinas de los desengaños, de las murmuraciones, de esas contrariedades sin número que tanto molestan, que tanto hieren, que tanto humillan forman un estrecho círculo y al menor movimiento que uno hace, se siente herido en el alma y en el cuerpo; y en esos instantes ¡Cuánto se sufre! porque entonces, no se mide, no se pesa el dolor del momento, se miden y se pesan los dolores y las humillaciones que nos guarda el porvenir.

En esas crisis dolorosísimas, mi Espíritu se encuentra tan humillado, tan abatido, tan enfermo, mira con tan profundo desdén el tiempo invertido en esta existencia, que al no tener el íntimo convencimiento de que no se puede morir, ¡Con cuánto placer pondría punto final al capítulo de esta encarnación! mas como esto no es posible, como se vive y se progresa eternamente, cuando me miro a mí misma y no sé si despreciarme o compadecerme, entonces acudo a esos remedios eficaces de curar mi acerbo dolor con otro dolor terrible, entonces hago comparaciones entre la historia de un desventurado y la mía; y en uno de esos momentos amargos fui al hospital a ver a una pobre enferma que hace más de seis años que está postrada en el lecho del dolor.

Ante aquella mujer mi Espíritu siente lo que debe sentir el creyente ante sus imágenes predilectas; mi Espíritu se encuentra muy pequeño, pero tranquilo, como el niño que aprende a leer y va uniendo letra por letra, sílaba por sílaba hasta formar un vocablo, así voy anotando en mi mente cuanto ella me dice de sus tristes noches y de sus largos días.

¡Cuánto la admiro y cuánto aprendo hablando con ella! ¡Cuánta filosofía encierra sus pensamientos! ¡Qué criterio tan justo para juzgar a los unos y a los otros! Es al primer enfermo que le he oído hablar con imparcialidad de las enfermedades y de las hermanas de la caridad que dirigen el benéfico establecimiento.

Hablando con ella de lo que consolaban algunos libros, me dijo sonriéndose:

-Yo también tengo mi pequeña biblioteca.

-¿Sí, dónde está?

-Aquí; y me entregó algunos papeles; entre ellos había un periódico, (órgano del catolicismo romano) algunas estampitas con versos y oraciones, y unos pedazos de papel impreso mal recortados, en

los cuales encontré con asombro una de mis poesías diciéndome ella con dulcísimo acento:

-Esos versos me los sé de memoria; ¡Me han consolado tanto!... en ellos se encuentra la historia de una mujer cuya expiación es horrible. ¡Cuánto se sufre en la Tierra!

-¿Y mis palabras te han consolado?

-Más de lo que usted se puede imaginar; me han hecho reflexionar y meditar muchas horas; tanto es así, que esos pedazos de papel impreso son mi único tesoro, porque si bien la poesía la sé de memoria, me gusta mirarla escrita temiendo que mis dolencias perturben mi entendimiento y la llegue a olvidar.

Al oír las palabras de la enferma, no puedes imaginarte Trinidad querida, lo que yo sentí en aquellos instantes, mi alma oró elevando una plegaria tan ferviente que no creo haber orado en esta existencia con tanto fervor como en aquellos momentos oré.

La gratitud más inmensa se desbordó en mi pensamiento ¿Cómo no sentirla? Si mi paso por la Tierra no había sido estéril; una mujer que yo admiro porque sabe sufrir y sabe dar a cada uno lo que en realidad merece, una mujer que en medio de sufrimientos horribles, inexplicables e inaguantables, compadece a las enfermeras y se hace cargo de su penoso trabajo, y disculpa sus desvíos, sus desdenes, y hasta su crueldad, cuando se olvidan de las infelices tullidas y no atienden a sus peticiones, una mujer que sabe tolerar y complacer en la situación más aflictiva que se puede tener en este mundo, como es la de no poder moverse y estar presa en el lecho de un hospital, demuestra una gran elevación de sentimientos; y esa mujer que yo admiro y que tanto me enseña con sus palabras, ha encontrado en mis versos un gran consuelo y motivo sobrado para reflexionar profundamente, sobre el Más Allá y el progreso indefinido del Espíritu.

En la casa del dolor, en la mansión del sufrimiento, ha resonado mi voz profetizando días de paz, días de gloria a los que pagan sus deudas sin desesperarse; y no ha sido mi voz rumor que pasa, no ha sido eco que se ha extinguido, al contrario, resuena constantemente en la imaginación de una mujer, que haciendo abstracción de su cruelísimo padecimiento, sabe compadecer a las mujeres que viven entre enfermos.

Si de mis obras se hubiera hecho una edición monumental, no hubiera tenido la inmensa satisfacción que sintió mi alma al ver aquellos pedazos de papel mal recortados, escondidos entre las hojas de un periódico clerical; en aquellos instantes me convencí de que Dios da ciento por uno.

II

No lo sabes bien aún, (me dice un Espíritu) y no lo sabes porque la sombra de tu ayer te intercepta los rayos de la luz que con tu trabajo difundes. Los grandes pecadores de ayer son antorchas que dan la luz, dan calor y se consumen sin que su propia luz les ilumine y sin que su calor les vigorice; pero el que tiene que ver la luz, la ve, el que tiene que sentir el calor de una nueva vida, siente ese calor bendito que le hace

renacer; por eso tu voz que transmite la inspiración de los espíritus y tus confusos recuerdos del pasado, resuena en los parajes donde debe resonar, y curas a los otros por el mismo sistema que te curas tú; te diriges especialmente a los desgraciados y no les prometes cielos y bienaventuranzas imaginarias, les presentas por el contrario cuadros sombríos, expiaciones terribles diciéndoles: en el abismo del dolor nunca se llega al fondo, pero de ese abismo se puede salir si la resignación nos fortalece, y si somos útiles a los demás, aún en medio de la impotencia más horrible. Contenta puedes estar de tu trabajo, porque muchos desgraciados piensan en ti; la prueba que has visto últimamente en un hospital, se te ha dado para que te reanimaras y te convencieras de que, tu paso por la Tierra no ha sido estéril. ¡Si todas tus existencias hubieran sido tan útiles como tu encarnación actual, cuán distinta sería tu misión en la Tierra! ¡No preguntarías como preguntas hoy! ¿Dónde está mi hogar?... pregunta que repites centenares de veces, y no lo preguntarías porque tu morada sería un paraíso, tu familia se compondría de espíritus felices, la virtud y la ciencia reinarían en torno tuyo y darías cima a las empresas más grandes y más gloriosas. Procura pues ser útil a los desgraciados, no te entretengas preguntando a los espíritus ¿Dónde está mi hogar? Porque tu hogar se encuentra en todos los parajes donde tu voz consuela, reanima y fortalece a los débiles, a los enfermos, a los humillados, tus libros por esta vez no los cubrirá el polvo de las bibliotecas, no los guardarán los sabios, no servirán de consulta a los académicos, pero estarán manoseados, sucios y rotos, entre las prendas usadas y remendadas de las pobres obreras, que meciendo la cuna de sus hijos, en un momento de descanso abrirán un armario desvencijado y de él sacarán algunos números de tu LUZ, los cuales leerán con avidez; y en los presidios, más de un criminal arrepentido guardará cuidadoso las humildes hojas de tu LUZ y allí donde todo es sombra, repetirán tu nombre con cariño.

Arroja pues la fructífera semilla del Espiritismo. Tú que te precias de ser agradecida, agradece en lo que vale la inspiración que te dan los espíritus, porque ¡Hay tantos que desean expresar sus pensamientos y no pueden!... Si vieras cuántos que pasan por idiotas, son sabios profundos que tienen que enmudecer y sufrir las rechiflas de los unos, y las groseras burlas de los otros, su pensamiento es un volcán, y sus ideas cual lava abrasadora quemar su cerebro, sin que aquel fuego escondido de luz, no dé calor a nadie ¡Cuán dignos de compasión son esos desventurados! Tú al menos en lenguaje vulgar expresas lo que sientes, despiertas el sentimiento en los más pequeñitos, en los más humildes, siembras y ves florecer tu cosecha, tu campo no lo invaden orugas destructoras, brotan las espigas y la cizaña no les quita vigor y lozanía; labras la tierra y ésta cede fácilmente al empuje de tu voluntad.

Labrador humilde, sigue empleando tus horas en abrir el surco que ha de recibir la productora semilla del progreso, no te perturbes por las contrariedades que te rodeen, no mires al pasado ni al presente, mira al mañana, que si no retrocedes en tu camino, la impresión que

recibiste en tu visita al hospital, se reproducirá centenares de siglos, y el que ayer vivió en la sombra, mañana vivirá en la luz. Adiós.

III

Tú que tanto y tan bien me comprendes Trinidad querida, te harás cargo del consuelo que ha sentido mi alma con la comunicación del buen Espíritu que ha respondido a mi pensamiento, demostrándome perfectamente que Dios da ciento por uno.

Como en esta existencia mi deseo es dar a cada uno lo que en justicia le pertenece, por eso te he dedicado este artículo, porque la inmensa satisfacción que experimenté en el hospital a ti te la debo en gran parte; porque tú fuiste la que llevaste mi LUZ a aquel lugar de sombras, y tú eres la que me ha dicho muchas veces: Amalia, consagra tu tiempo a visitar enfermos, en ninguna parte haces tanta falta como junto al lecho de un desgraciado que muere poco a poco lejos de su familia ¡Cuánto te debo Trinidad querida!... ¡Cuánto aprendo hablando contigo!... cuando mañana dejemos la Tierra estoy bien convencida de que al verte en el espacio me deslumbrará la irradiación de tu Espíritu, pero te adivinaré en medio de aquel foco luminoso, veré tu figura despojada de su humilde traje, envuelta en cambio por blanquísimo ropaje y te diré: ¡Alma buena! aconséjame en el espacio como me aconsejabas en la Tierra, que a tus buenísimos consejos debo el vislumbrar de la dicha suprema.

¡Alma buena!... cuando estés en el espacio acuérdate de mí!

CAPÍTULO XXII

ESPIRITISMO

¡Dulce y radiante esplendor de un sol, que anhelante espero, alumbrará el mundo entero, con su universal amor!

De sus rayos el fulgor ya anuncia, el tiempo expresado; ya la verdad se ha demostrado, arrojando a un tiempo mismo, el error y el fanatismo, en la noche del pasado.

Cual la matutina aurora que luce en el nuevo día, él es, de paz y alegría santa enseñanza precursora; la luz suave y seductora de su radiante enseñanza, en el horizonte avanza consolando al desdichado, cual un iris proclamado de dulcísima esperanza.

Si; ¡Feliz el que creyó en tan gigante creencia y apoyándose en la ciencia en sus páginas leyó! ¡Feliz, quien la voz oyó del que es la suma verdad! Porque hoy, en la inmensidad del terror y el retroceso, es el Espiritismo, un beso de Dios a la humanidad.

Él, con su evangelio santo y su manantial profundo, nos anuncia un nuevo mundo sin pesares y sin llanto; por él cesará el quebranto del que abandonado implora la esencia consoladora, de su aliento bendecido que consuela al que ha sufrido, con su ciencia redentora.

Y cuando ya, bajo el peso de sus mágicas verdades proclamen las sociedades la verdad de su progreso, caerán por su propio peso, los ídolos que hoy se adoran y las joyas que atesoran fundidas en oro y cobre, serán el pan del pobre para sus hijos que lloran.

No habrá creencias infaustas, no habrá ricos ni tiranos y todos serán hermanos sin diferencia de castas, tierras fértiles y vastas sin guerras ni imposiciones; pues cuando en los corazones no existan vallas de uno a otro, no habrá tampoco murallas que dividan las naciones.

De la Tierra en la existencia, sólo una familia amada; por fe, la verdad mostrada; como aspiración, la ciencia; por ley la santa conciencia que es la que sabe juzgar; la virtud que enseña a amar sirviendo de hermoso ejemplo; el Universo por templo y en él a Dios adorar.

Tal es el sublime anhelo de la ciencia espiritista, que espera con su conquista, hacer de la Tierra un cielo. ¡Feliz el que en raudo vuelo sólo por ella ha vivido y de lo alto ha recibido la inspiración que ha buscado y si llora; es consolado, y si sufre, es remediado!

AMALIA DOMINGO SOLER

Hermanos, en nuestra idea por sepultar el retraso, prosigamos paso a paso, nuestra gloriosa tarea; que el mundo en nosotros vea, Apóstoles del amor y en el horrible temor de su constante pesar, él mismo vendrá a buscar un consuelo a su dolor.

Esperemos el soñado día, naciente y bendito, buscando en el infinito la redención de nuestro pasado.

No desandemos lo andado, practiquemos la moral devolviendo bien por mal para que, de una a otra esfera, ondee la hermosa bandera del amor universal.

CAPÍTULO XXIII

LA VIAJERA DE LOS SIGLOS

La hora del anochecer es indudablemente la más favorable a los recuerdos; cuando se apaga la luz del día, antes que la noche tienda sus negras alas bordadas de estrellas, reina durante algún tiempo, según las estaciones y la latitud que ocupamos en la Tierra, esa claridad vaga, indecisa, dudosa, que llamamos crepúsculo vespertino; se suspenden entonces generalmente, todos los trabajos domésticos; se reúne la familia diseminada; se habla de los ausentes en lejanas tierras, de los muertos sepultados en marmórea tumba o en humilde fosa; se forman planes para el día siguiente, que a veces suelen hacerse extensivos para el porvenir, etc.

De mí puedo decir que en esos breves momentos me halaga la soledad, en la cual preparo en mi mente el trabajo intelectual para el día venidero, o me entrego a los recuerdos del pasado, en cuyos capítulos conviene leer muy a menudo para apreciar en todo su valor la vida del presente.

Era esa hora en que las estrellas comienzan a fulgurar, cuando me senté, un día, junto al balcón de mi gabinete. A pesar de hallarme en perfecto estado de vigilia, desaparecieron de mi vista las casas que a regular distancia estaba contemplando distraídamente, viendo en lugar de ellas una inmensa llanura iluminada por los últimos rayos del Sol en su ocaso; en el suelo, cubierto de arena blanquecina, no brotaba ninguna florecilla silvestre, ni naciente hierbecilla interrumpía la monotonía de aquel extenso arenal. En el cielo no se dibujaba la copa de ningún árbol, ni la veleta de ninguna torre lejana. Mi Espíritu, sorprendido a causa de semejante mutación, miraba atentamente aquel desierto, preguntándose qué significado podría tener un cambio tan maravilloso. Y cuando con más atención miraba las rojizas nubecillas, que trazaban en el horizonte extrañas figuras, vi adelantarse hacia mí la figura de una matrona caminando con suma lentitud; iba envuelta en una especie de túnica cenicienta de lengua cola y mangas flotantes; su rostro era hermosísimo; de sus ojos brotaban abundantes lágrimas, que resbalaban por sus mejillas, sin que la aflicción contrajera sus facciones; en su boca se dibujaba la sonrisa Divina que ilumina el semblante de los mártires. Al llegar cerca de mí, se detuvo, y entonces vi que con su diestra oprimía un gran libro contra su pecho, mientras que en la otra mano llevaba un ramo de flores secas, cuyas hojas iban cayendo al suelo lentamente. Los últimos reflejos del Sol iluminaban su blanca frente, y sus rubios cabellos, que la cubrían como un manto de oro con sus dorados rizos, flotaban suavemente al leve soplo de la brisa. Nada más bello que aquella melancólica aparición, a la vez tan triste y tan hermosa.

Miraba con asombro aquella figura simbólica, que parecía querer hablarme. No era ilusión de mis sentidos, porque yo estaba

perfectamente despierta. ¿Qué me quería decir? Interrogué con la mirada y con el pensamiento preguntándole quién era. La aparición permaneció muda, pero sobre su cabeza aparecieron cuatro letras luminosas: ¡La Fe!, que muy pronto desaparecieron para ser reemplazadas por estas otras. ¡Adiós!

La hermosa matrona se alejó lentamente, y mientras se alejaba, vi dibujarse en el horizonte las altas cúpulas de gigantescas catedrales, por entre cuyas torres se levantaban columnas de humo y montañas de fuego. Al desaparecer La Fe, hundiéronse las basílicas, se apagó el incendio, y volví a ver las humildes casas de la plaza del Sol y brillar en el cielo un sinnúmero de estrellas.

La Fe religiosa, la primera de las tres virtudes llamadas teologales, que consiste en creer todo lo que la Iglesia establece como revelado por Dios, se había desvanecido, dejando en pos de sí las cenizas de un culto que sólo ella podía perpetuar sobre la Tierra. Es la viajera de los siglos que huye cuando la razón fija en ella su investigadora mirada. Es el fuego fatuo que brilla en la noche de la ignorancia y se apaga a los primeros albos de la ciencia. Porque de la ciencia, la humanidad terrestre no ha vislumbrado aún sino los primeros resplandores, y no obstante, ha bastado para que la Fe se hundiese en los abismos.

Dos o tres días después de lo que acabo de referir, vino a verme una señora acompañada de una elegante joven que, sin saber porqué, me pareció una oveja descarriada del redil del catolicismo. Pronto comprendí que no me había equivocado. Por su conversación conocí que no había leído más libros que el de misa y el año cristiano, y que, sin embargo, sus creencias se bamboleaban, próximas a desplomarse a los embates de la reflexión y de la duda. Aquel Espíritu levantaba por primera vez su vuelo.

No sé como, en el curso de la conversación, vinimos a hablar de los fusilamientos por delitos políticos y de sus terribles consecuencias para las pobres familias de los rebeldes. Al tocar este punto, dijo la joven con voz apasionada y vibrante: ¡Ah! Eso es horrible, ¡Es necesario verlo para comprenderlo! Yo lo comprendo, porque he visto lo que se sufre. Mi padre tuvo una vez que mandar el cuadro que había de fusilar a unos oficiales sublevados, y nunca, nunca olvidaré aquel día.

Estaba mi padre enfermo, muy enfermo; pero no podía excusarse de mandar la fuerza, por no hacerse sospechoso en un tiempo de odios y rencores encarnizados. Yo le vi llorar como un niño. Salió de casa diciéndonos a mi madre y a mis hermanos: “Iros a la iglesia, y pedidle a la Virgen del Carmen, que es tan milagrosa, que haga un milagro, consiguiendo el indulto de esos infelices”.

Entonces le manifesté que varias hijas de María estaban haciendo una novena a aquella Virgen para conseguir su intersección a favor de aquellos desdichados, y dominada por la más profunda convicción, abrigando la más dulce y consoladora esperanza me fui con mi familia a la iglesia, donde encontré a mis compañeras. Todas nos arrodillamos delante de la imagen y comenzamos a rezar el rosario con la mayor devoción. Ya llevábamos rezadas dos partes, cuando hizo

temblar el templo la primera descarga de la fuerza que mi padre mandaba. Yo no sé lo que sentí: miré a la Virgen, que siempre me había parecido preciosísima, y la encontré sin expresión, ¡Sin vida!... Me levanté maquinalmente y me fui a una capilla; necesitaba estar sola para llorar. ¿Querrá usted creer que quise seguir rezando, y no pude decir ni un padre nuestro? Y no lloraba solamente por los pobres fusilados y sus atribuladas familias; lloraba también por el desengaño que mi fe acababa de recibir. Se apoderó de mí un miedo tan grande, que me tuve que ir junto a mi madre y decirle al oído: vámonos a casa, me parece que la iglesia se va a caer sobre nosotras, aquí dentro siento pavor; los santos de los altares me inspiran una repulsión invencible. Esa Virgen, antes tan milagrosa, me parece que se mofa de mi desconsuelo; vámonos, que aquí me encuentro muy mal. Mi madre me miró como asustada, y me siguió, quedándose mis hermanas en la iglesia. Desde aquel día no he vuelto a pedir nada ni a la Virgen ni a los santos; y crea usted que siento en gran manera la pérdida de la Fe, porque creyendo se vive muy bien. Aunque mi confesor hace lo que puede por devolvérmela, todo es en vano; y para evitar cuestiones, hago el papel de convencida. Me es imposible olvidar aquella mañana en que vinieron a interrumpir mi fervorosa plegaria las descargas que borran del libro de la vida a tres infelices sublevados. No creo en nada, absolutamente en nada. ¡Cómo he de creer en un Dios que se hace el sordo a las súplicas y a los sollozos de los que creen en su bondad y en su poder!

Mientras hablaba la joven, yo recordaba mi visión. Los espíritus de los terrenales comienzan a despertar de su profundo sueño, ya no doblan la cabeza ante los divinos decretos; piden, y cuando no se les concede lo que han pedido, se atreven a mirar de hito en hito a las imágenes preguntándoles porqué no escuchan el ruego fervoroso de los creyentes. Y como la Fe no quiere ser interrogada ni argüida, abandona el campo a su antagonista la Razón, que busca en la discusión el triunfo de la verdad.

A los pocos días en mi gabinete, una mujer, al parecer del pueblo, con un semblante que nada expresaba, parecía un libro en blanco. Iba enlutada; le pregunté qué quería de mí y me contestó en voz apenas perceptible: ¡Consuelo! Y dejándose caer en una silla, su rostro impasible adquirió súbitamente expresión, sus ojos se llenaron de lágrimas y murmuró con voz entrecortada por los sollozos: “Me han dicho que usted podía consolarme ¡He perdido a mi hija!... Hice decir más de ciento cincuenta misas ante el Cristo de Lepanto, para que le devolviera la salud, y de nada me han valido. Muerta mi hija, he ido a la capilla y he dicho al Cristo: ya no creo en tu poder; estoy desengañada de todo, porque de nada me han servido las misas, ni las ofrendas ni los martirios que he dado a mi cuerpo por salvar la vida de mi hija, mi hija que era la única alegría en este mundo, que ha dejado tres niños huérfanos y un marido inconsolable. Estoy loca de desesperación, viendo que tantos ruegos no han sido escuchados. ¡Parece mentira que Dios no escuche el ruego de una pobre madre! ¡Oh! Esto no es creíble. Y

si hay Dios, ¿Cómo es insensible a mi dolor?... ¡Si será verdad lo que me dice mi yerno!...

-¿Qué os dice vuestro yerno?

-Que los santos, los cristos y las vírgenes son figuras de madera, sordas como la madera de que son hechas. ¿Y los milagros que han obrado? Porque yo he visto muchas ofrendas que los atestiguaban. Recuerdo, una vez que estuve en Sevilla por Semana Santa que en la capilla del Señor de los Desamparados no se podía entrar; tanto eran los cuadros, piernas y manos de cera, y mortajas de niños que demostraban la gratitud de los fieles, favorecidos por el poder milagroso de la sagrada imagen. ¡Y no favorecerme a mí que tanto he pedido y tantos sacrificios he hecho, viéndome además obligada a sostener una lucha terrible con mi yerno, que no quería de ninguna manera que hiciera misas ni celebrara novenas! Pidame usted dinero para darlo a los pobres, (me decía) pero no para emplearlo en ceremonias religiosas que de nada han de servir a la enferma. Yo me indignaba; le llamaba ateo, hereje, renegado, qué sé yo lo que le llamaba... pero al ver que mi hija ha muerto... ha caído la venda de mis ojos, y nada creo. ¡Un Dios que no escucha el ruego de una madre desesperada!...¿Que podrá esperarse de él?.

Entraron otras visitas, y la pobre mujer se fue diciéndome que volvería a verme para hablarme de la muerte de su hija y de la ruina de sus creencias religiosas.

La religión de aquella pobre mujer me recordó de nuevo mi misión. ¡Oh Fe religiosa! ¡Oh viajera de los siglos! Los días de tu reinado expiran: los seres más sencillos, los más ignorantes te rechazan en sus horas de dolor! Ya no inclinan la cabeza ante los mandatos Divinos; ya no dicen; “Dios lo quiere”: antes al contrario, la exasperación se apodera de los que sufren, y el excepticismo derrumba sus místicas creencias de otros tiempos. Tu poder ha terminado en las naciones civilizadas. Los observatorios astronómicos valen más, mucho más que las gigantescas catedrales; los laboratorios de los sabios valen inmensamente más que todos los santuarios. Cuando la ciencia avanza, tú tienes que desaparecer.

¡Adiós con tu libro de la tradición y tus flores secas!, las flores de las religiones positivas terminó en los países cultos, cuando los creyentes, exasperados por el dolor, preguntan a Dios porqué no escucha sus ruegos, ¿Es que la venda de la Fe se ha caído de sus ojos?. Devoto que pregunta y pide cuenta a Dios de sus dolores censurando sus actos, es un racionalista que ensaya el vuelo de su pensamiento. Una parte de la humanidad tiende ya sus alas libremente.

CAPÍTULO XXIV

¡TERESA!

Hace algún tiempo que hablo con el Espíritu del Padre Germán, que nos decía lo siguiente: estás en un error al creer que cuando dejes tu envoltura material mirarás la Tierra con horror. Como aún tardarás en dejar ese planeta, y sé que aprovecharás el tiempo en tu progreso, como adquirirás una buena dosis de reflexión, ten por seguro que mirarás ese mundo (donde tanto has sufrido) con verdadero cariño, y hasta recorrerás en Espíritu todos los parajes donde caíste abrumada bajo el peso de tu cruz y sentirás que el ornato público haya destruido las humildes moradas donde tú viviste saciando tu sed con tus lágrimas.

Han transcurrido algunos años y nos hemos convencido de que el Padre Germán tenía razón, porque cada día que pasa recordamos con menos amarguras nuestro pasado, y en determinados días nos complacemos en recordar ciertos parajes, y hasta evocamos el Espíritu de algunos de los seres que tratamos más íntimamente en horas bien amargas de nuestra vida.

Esto nos aconteció hace pocos días; nos asomamos al balcón de nuestro gabinete que da a una plaza anchurosa, en ella los domingos se colocan innumerables vendedores de trastos viejos, y al ver aquel cuadro tan animado, retrocedió nuestro pensamiento al año 1.863 y nos encontramos en Madrid, en la Ribera de Curtidores, en una casa humilde y alegre; entramos en una sala grande con alcoba amueblada pobremente, pero todo estaba colocado en su sitio, todo limpio y aseado. Nos dirigimos al balcón y lo abrimos con febril ansiedad; una turba abigarrada de vendedores llenaba toda la calle en su gran extensión pregonando sus típicas mercancías, desde el traje de raso ajado y descolorido que un día engalanara a una mujer de historia, hasta el último retazo de un vestido de percal; desde el cuadro de grandes dimensiones hasta el pedazo de hierro viejo; todo estaba allí confundido y mezclado lo mismo que la compacta muchedumbre de compradores y curiosos, donde se veían representadas la mayor parte de las clases sociales, desde la señora de un alto empleado, hasta el infeliz cesante viviendo del acaso; desde el niño elegante y bien vestido hasta el granujilla medio desnudo.

En el balcón no estábamos solos; una mujer anciana de cuerpo mediano, de rostro alegre y expresivo nos miraba con cierta seguridad no exenta de respeto y nosotros hablábamos con ella con bastante familiaridad.

No sabemos cuanto tiempo estuvimos mirando a nuestro pasado, sólo podemos asegurar que al despertar de aquella especie de sueño, murmuramos con melancolía: ¡Pobre Teresa! Compañera de nuestras horas de infortunio. ¿Por qué reapareces en nuestra memoria? ¡Cuán bien decía el Padre Germán!...

Si nos fuera posible iríamos a Madrid, buscaríamos la humilde casa de la Ribera de Curtidores, entraríamos en el aposento que ocupamos en compañía de Teresa, y nos parece que gozaríamos viendo aquellos muebles tan pobres, tan limpios, y tan bien colocados.

La imagen de Teresa ha ido tomando vida en nuestra imaginación, y dudando que fuese alucinación de nuestros sentidos, hemos preguntado al guía de nuestros trabajos, si efectivamente era el Espíritu de Teresa el que deseaba comunicarse, y nos ha contestado nuestro amigo lo siguiente: “Escribe sin temor, has tenido un buen recuerdo y a él te corresponde uno de los espíritus que durante algún tiempo estuvo cerca de ti en ese planeta”.

Dominados por una dulce tristeza tomamos la pluma, y evocando a Teresa, ésta acude a nuestro llamamiento inspirándonos lo que iremos escribiendo.

Cuánto tiempo que te rodeo, Amalia, fuiste de los primeros seres que visité desde el espacio después que me di cuenta que había dejado ese mundo. Te quise mucho, aunque no supe demostrártelo, te quise desde el primer momento que te vi, tú no reparaste entonces en mí, no era posible; nos separaba la diversidad de educación, tú, aunque pobre, eras escritora, eras persona bien educada, yo en cambio era una anciana fosforera sin la menor instrucción.

Recuerdo que la primera vez que te vi salías del templo de San Sebastián, yo estaba sentadita enfrente de la iglesia con mi mercancía en el portal de aquella casa grande ¿Te acuerdas? Tú te detuviste maquinalmente delante de mí, yo te miré y te vi alejarte con tristeza diciéndome con pena:

¡Pobre joven! Se conoce que no es de aquí; será sin duda de los muchos que vienen a probar fortuna, ¡Cuántas penas tendrá que pasar! A los pocos días te vi entrar en mi humilde casita de la Ribera de Curtidores, el tiempo que permaneciste en ella, yo estaba tan contenta, que parecía que a mi lado no tendrías tantas penas; cuando te fuiste ¡Cuánto te lloré! Viviste siempre en mi pensamiento y hasta momentos antes de dejar la Tierra pensé en ti: mi afecto tenía su historia.

En una existencia no muy lejana cuando aún no habías empezado tu redención, cuando el traje del hombre te daba esa superioridad del derecho de la fuerza, una noche, yendo por las afueras de la Puerta de Toledo, oíste gemidos de mujer pidiendo auxilio; te dirigiste al lugar de donde salían los lamentos, y te encontraste dos hombres que forcejeaban a una débil mujer, con el único propósito de robarla primero y deshonorarla después; aquella desgraciada mujer era yo; tú echaste mano a la espada y tras breve lucha me librate de aquellos miserables que quedaron heridos a tus pies. Me preguntaste entonces:

¿Dónde vives? Quiero dejarte en tu casa. Yo habitaba entonces junto a la iglesia de la Virgen de la Paloma, y escoltada por ti llegué a mi hogar donde mis pequeños hijos y mi anciana madre me aguardaban. Te despediste de mí aconsejándome prudencia, pues tratarían de vengarse aquellos miserables, y yo me quedé tan impresionada que nunca te olvidé en mis oraciones.

Dos años después al salir una mañana muy temprano encontré a la puerta de mi casa un hombre al parecer muerto. No sé porqué pensé en el caballero que me había salvado de los malhechores, tenía la cabeza cubierta con la capa, me apresuré a descubrirlo y reconocí a mi libertador; grité pidiendo auxilio, acudió gente y llegaste a abrir los ojos, yo me di a conocer y tú me dijiste: ya veo que tienes buena memoria, ciérrame los ojos y encomienda mi alma a Dios.

Allí exhalaste tu último suspiro, no queriendo decir quién te había herido. Yo cerré tus ojos y rogué a Dios por tu alma todo el tiempo que permanecí en la Tierra. Mi afecto hacia ti en mi última existencia tenía su razón de ser, no hay efecto sin causa, y una buena acción deja huellas que nunca se borran.

También tiene su explicación el que a pesar de haber vivido bajo un mismo techo muy poco tiempo, nunca mi recuerdo se haya borrado de tu mente y siempre que pasabas por delante del punto donde yo me colocaba, con mi humilde mercancía, murmurabas con sentimiento: ¡Pobre Teresa! Entonces ignorabas que yo era una página luminosa en la eterna historia de tu vida. ¡Quién te dijera que aquella pobre anciana, sin instrucción ninguna, sin haberte merecido nunca una prueba de confianza, era para ti una flor de suavísimo aroma!

Por eso me has recordado siempre, porque yo fui la causa que hicieras una acción generosa y el Espíritu cuando se decide a progresar es muy cuidadoso de su hacienda; por eso ahora que estás en una época en que tu Espíritu hace arqueo de sus fondos, me recordaste con tanta insistencia mirando un cuadro que se asemeja, al que miraste desde mi morada hace muchos años: no recordabas precisamente a la pobre Teresa, a la anciana fosforera, tu Espíritu miraba más lejos, mucho más lejos; buscaba entre los abrojos de sus innumerables desaciertos alguna flor que le enviara su penetrante aroma, y esa flor soy yo, ¡Teresa! Así me llamaba también cuando me salvaste la vida y la honra. No te cuento mi historia porque no hay en ella ningún episodio interesante, el más dramático ya lo conoces, y mi última existencia la consagré a pagar pequeñas deudas y a ejercitar la paciencia en brazos de la escasez y de la miseria; no adquirí responsabilidades, hice el bien que pude en mi humilde esfera y dejé ese mundo sin dolor ni alegría, poco tiempo me duró la turbación; me sorprendí bastante al encontrarme llena de vida, los recuerdos fluyeron en mi mente y me alegré con toda mi alma de estar unida a ti por los lazos sagrados de la gratitud; desde entonces me complazco en seguirte y siento tus tristezas y gozo en tus alegrías. Ahora sufres mucho porque tu Espíritu hace un recuento de cuanto posee en obras buenas, lo mismo que en atropellos y locuras. Mirar de frente la vida del pasado es muy doloroso para el Espíritu que sin haber sido nunca criminal de oficio, ha vivido sin embargo descuidadamente, que ha perdido siglos y siglos sin aprovechar la lucidez de su inteligencia, empleándola en todo aquello que no podía serle útil y atrofiándola para que resultara nula, en los casos que necesitaba reflexión para adquirir familia y consideración social, ha vivido sin aprovechamiento. Has tenido épocas en que tu inteligencia ha dado pasos de gigante, pero con la misma rapidez que

has ascendido a la cumbre de la gloria, has descendido al abismo de la degradación; ahora eres un rico arruinado que mira con profunda tristeza todo cuanto has perdido; contemplas el camino que tienes que recorrer y murmuras con desaliento, ¡Qué jornada tan larga!... de aquí que llegue al fin... ¡Cuántos siglos tienen que pasar!... sin considerar que el fin no existe, que cuando hayas recorrido ese trayecto que ahora contemplas, te encontrarás ante nuevos caminos más anchurosos, más extensos, más llenos de vegetación por los cuales necesariamente tendrás que pasar para adquirir los bienes que tu progreso te concederá.

El ajustar cuentas es siempre muy penoso, es un trabajo que fatiga la inteligencia; la tuya actualmente se encuentra fatigadísima, durante el sueño de tu cuerpo, tu Espíritu cuenta, divide, multiplica, resta y suma y no queda satisfecho de su operación, y éste es un trabajo que no tiene más remedio que hacerlo. En el erial de tu vida pasada brotan algunas flores, entre éstas exhalará siempre suave perfume la gratitud que por ti siente el Espíritu de Teresa.

Mucho agradecemos al buen Espíritu, su cariñosa comunicación nos sirve de gran enseñanza, porque cuanto nos dice es cierto con respecto al dulce recuerdo que siempre hemos conservado de ella a pesar de no haber tenido intimidad alguna; pues si bien hemos dormido bajo un mismo techo había gran diferencia de edad y de educación, ella nos miraba con profundo respeto a pesar de nuestra pobreza y cuando nos veía escribir llegaba... a la veneración.

¡Teresa! Flor que creces lozana en el erial de nuestro pasado, recuerdo de una acción generosa, gota de rocío que vienes a calmar nuestra sed, Espíritu agradecido que ves nuestro sufrimiento, acompáñanos siempre, vierte en nuestra alma el consuelo y la esperanza: qué esperanza y consuelo necesita quien se encuentra frente a frente con el erial de su pasado y sólo a inmensas distancias halla flores que le brinden su aroma. Vive lozana, la gratitud de un alma, y así podremos decir en medio de nuestro infortunio. ¡No estamos solos!... nos envía sus fluidos el Espíritu de Teresa.

CAPÍTULO XXV

¡JULIA!

Hace algunos días que hicimos un pequeño viaje, y durante nuestra breve ausencia vino a vernos un antiguo amigo, dejando muy recomendado que fuéramos a verle pues le interesaba muchísimo hacernos un encargo.

Como el amigo de que tratamos es un señor octogenario, cuando supimos su empeño en vernos, nos decidimos a complacerle lo más pronto posible, temiendo que dejara la Tierra sin haberle visto, pues nosotros ordinariamente hacemos pocas visitas, y éstas muy de tarde en tarde.

Con una actividad que nos sorprendió, fuimos a casa de nuestro anciano amigo, al que no veíamos hacía al menos tres años.

Nos recibió con el mayor cariño, y después de hablar con su esposa y sus hijos, nos dijo Álvaro alegremente:

-Ahora pasaremos a mi despacho que tengo que confesarme con usted; voy a cumplir ochenta inviernos, y no quiero irme al otro mundo con cargos de conciencia.

La familia celebró las bromas del anciano y entramos en su gabinete; cuando estuvimos solos, el rostro de nuestro amigo cambió de expresión; a su alegría sucedió la tristeza, a su expansión el recogimiento; se sentó a nuestro lado en un ancho sofá, nos miró fijamente, guardó silencio algunos momentos, como si coordinara sus recuerdos, y dio comienzo a su relato en voz apenas perceptible, la que fue acentuando hasta llegar a hablar con el arrebató de la pasión.

¡Qué cierto es que sólo el cuerpo envejece! El Espíritu siempre es joven, para él no transcurre el tiempo, las ilusiones le sonríen, ama y espera, mucho más si conoce a fondo el Espiritismo.

Álvaro es espiritista, así, que no es extraño que confíe en la vida del infinito; por eso sonriendo melancólicamente nos dijo lo siguiente:

-Amiga mía, hace mucho tiempo que deseaba verla por razón natural, yo dejaré muy pronto la Tierra, y tengo una verdadera necesidad de saber en qué estado se encuentra un ángel, que antes la abandonó.

Déjeme Ud. retroceder algunos años, ¿Qué digo, algunos? Muchos. Contemplamos el periodo de mi adolescencia; yo estaba en un colegio y pasaba las vacaciones en el castillo de mis mayores, allá, en la tierra de los antiguos galos; mi casa señorial estaba rodeada de altas montañas, y a sus plantas se extendían fecundos valles cruzados por limpios arroyuelos. Una prima mía de mi misma edad, casta como la pudorosa sensitiva, buena como la virtud y amorosa como la caridad, pasaba las vacaciones en mi compañía, que ella también estaba de pensionista e un convento. El tiempo que pasábamos juntos nos parecía tan rápido, que para nosotros los días eran más breves que un segundo; salíamos los dos solos, por la mañana muy temprano, yo llevaba las

provisiones necesarias para comer en el bosque, o en el fondo del valle junto a un fresco manantial, o en lo alto de un monte, donde el cansancio nos rendía y el apetito nos avisaba que las horas habían transcurrido ¡Qué dichosos éramos entonces!...

-Os amaríais indudablemente.

-Ya lo creo que nos amábamos, pero nuestro amor no era de la Tierra, nuestro amor era del cielo, pues aunque Julia era hermosísima y yo estaba apasionadísimo, jamás mis labios al besar su frente lo hicieron con el fuego de la pasión; yo la miraba como a una santa, la veneraba como a la virgen que tenía mi madre en el altar de su oratorio, y ella tranquila y sonriente colocaba muchas veces mi cabeza sobre sus rodillas, diciéndome con maternal ternura:

-Reposa un momento, Álvaro, el sudor baña tu frente, si tu madre te ve así nos va a reñir; ¡Descansa tranquilo, duerme si quieres, nos hemos levantado tan temprano!... y dándome ella el ejemplo dejaba caer la cabeza sobre un ribazo y se quedaba dormida apoyando su diestra sobre mi frente.

Otras veces, cuando la luna se reflejaba en los arroyos, los dos sentados en el margen de un riachuelo, mirábamos al cielo y yo decía verdaderamente inspirado: ¡Julia!... ¡Julia mía! Qué bien estaremos, cuando en vez de habitar en la Tierra donde el frío entumece nuestros miembros y el calor enerva nuestras fuerzas, vivamos allá en aquella estrella tan brillante... seguro que la humanidad de ese mundo será más buena que la de aquí; allí todos serán tan buenos como tú, mi amada Julia.

-No digas disparates, decía ella sonriendo; cuando hablas de otros mundos y de otras vidas, no sé, miras de un modo más extraño... que hasta das miedo. ¡Si te oyera el capellán de mi convento!

-Le diría lo mismo que te digo a ti; replicaba yo con exaltación, esas estrellas son mundos habitados como la Tierra, ¿Qué digo, como la Tierra? Mucho más perfectos; hay regiones donde es eterna la primavera, donde sus habitantes todos tienen tu espléndida hermosura, porque eres muy hermosa ¡Julia mía!

-Hablemos de otra cosa, Álvaro, decía ella con cierto temor, deja las estrellas en su lugar; deja que ahuyenten las tinieblas que para eso Dios las esparció en el cielo, y hablemos de nuestros estudios y de nuestros distintos destinos. Tú vas a curar muchos cuerpos, porque serás un gran médico, y yo salvaré muchas almas, tú vivirás en medio de los hombres, yo en la soledad de mi convento; allí rogaré por ti, allí pediré a Dios constantemente que te libre de abrigar un mal pensamiento, yo quiero que seas muy bueno porque sólo los justos entran en el reino de los cielos.

¡Qué diálogos tan dulces, amiga mía! Qué adolescencia tan dichosa. Cuando nos separábamos en el otoño nos repetíamos cien y cien veces, “hasta el año que viene”; pero el último año que estuvimos juntos, al despedirnos, me dijo Julia con acento solemne; ¡Hasta la eternidad! Tú vas a curar los cuerpos, yo voy a salvar las almas.

-¿Y no la volvió Ud. a ver?

-No, señora, ella profesó en el convento donde se había educado y yo me entregué de lleno a mis estudios. Dicen que ella fue una santa, murió en la edad madura, yo casi tengo la certidumbre de que su Espíritu no me abandona; pero quisiera tener la completa certeza, y como yo no soy médium he pensado en Ud. a ver si le era posible evocar el Espíritu de Julia, porque al irme de la Tierra quisiera estar más orientado de lo que estoy, quisiera saber si encontraré su angélica sonrisa, al penetrar en el mundo de los espíritus.

Esta idea me persigue tenazmente; turba mi sueño e inquieta mis vigias; en Ud. confío amiga mía, con Ud. se comunican muchos espíritus, yo le ruego que evoque a Julia, ¡Era una santa, era un ser impecable! ¡Era una aparición celestial! Y estoy plenamente convencido de que no desatenderá ni vuestra evocación ni mis fervientes ruegos.

-Por mi parte podéis estar seguro que haré cuanto pueda por complaceros y creed que soy opuestísima a evocar espíritus determinados, porque evito cuanto me es posible las ocasiones de ser mistificada, y como la identidad de los espíritus, hoy por hoy, es casi imposible obtenerla y pueden engañarnos los seres de ultratumba muy fácilmente, tengo la buena costumbre de no llamar ni a éste, ni a aquél; pido inspiración y venga el que venga, y si el nombre que me dan es muy célebre, no lo pongo, porque siempre temo que la comunicación que yo obtenga, sea inferior a la sabiduría del Espíritu que ha firmado; huyo del ridículo cuanto me es posible, porque estoy convencidísima de que aún no conocemos del Espiritismo ni el A. B. C. Pero hablaré con el Espíritu que me guía en mis trabajos y veré todo lo que puedo conseguir para complaceros.

Nos despedimos de Álvaro, y fuimos a ver a una amiga nuestra que es médium escritora, durante el camino pensamos de continuo en el relato del anciano y nos explicamos entonces nuestra insistencia y decisión en visitar al sucesor de Galeno; comprendimos que influencias de ultratumba nos habían dominado, y cuando llegamos a casa de nuestra amiga pedimos a nuestros amigos invisibles que nos explicaran algo de lo ocurrido, y si era Julia, la que efectivamente murmuraba en nuestro oído palabras que se relacionaban con la narración de Álvaro.

Nuestra buena amiga obtuvo la siguiente comunicación:

“Buena y querida hermana, yo soy la misma que te inspiró la idea y el deseo que sientes de obtener una comunicación sobre mi triste y solitaria vida del convento y mucha será mi complacencia cuando te encuentres dispuesta para recibirla”.

Preguntamos al Espíritu si ella y Álvaro se habían amado y nos contestó así: santa no lo soy, ni lo he sido nunca, hermana mía. Sobre ese amigo del que me hablas, sé que efectivamente nos amábamos, pero lo que no se ha de cumplir, encuentra siempre dificultades que impiden su ejecución ¡Ay! ¡Hermana mía! Cuan felices son las que no han conocido las punzantes heridas que causa el amor en el corazón leal e inocente de una pobre y desgraciada joven, y más aún si se ve luego encerrada en esa cárcel titulada convento.

¡Hermana mía! Ya tendré tiempo de darte mis recuerdos por medio de la inspiración. Adiós.

Esta comunicación no nos dejó completamente satisfechos, encontrábamos demasiada felicidad, así, que al día siguiente hablamos por conducto de un médium parlante con el guía de nuestros trabajos, y le pedimos francas explicaciones sobre todo lo ocurrido, y entonces nos dijo así: te impulsaron para que visitaras a ese anciano, seres invisibles, y ayer contestó a tu pregunta no la misma Julia, pero sí un Espíritu que te transmitía fielmente su pensamiento, y de la misma manera recibirás la comunicación que deseas. Julia es un Espíritu bastante elevado, su adelanto la separa de nosotros, tiene sin embargo en la Tierra un ser por quien velar, mas no siéndole conveniente en manera alguna ponerse en relación directa con su protegido, le envía sus destellos luminosos, pero a gran distancia, porque en medio de su elevación, Julia es un Espíritu tan excesivamente sensible, que no puede sentir muy de cerca las miserias terrenales, se abatiría extraordinariamente viendo que su inmenso amor no había conseguido extraerle del fondo del abismo al que había caído, utilizando su libre albedrío, encenegándose en el fango de la tierra.

Entre Julia y Álvaro hay muchísima distancia, ella es luz, él sombra; mas por su comunicación comprenderás que es cierto lo que te digo, evócala cuando puedas consagrarle tu atención, que ella aunque a gran distancia y por transmisión de otro Espíritu te dirá algo de su última existencia.

Nos quedamos más tranquilos con esta explicación, porque somos muy recelosos y tememos muchísimo ser mistificados, deseando complacer a nuestro amigo, evocamos a Julia, y su intérprete nos dice así: “En las ondas sonoras de las brisas terrenales llegaron hasta mí dulces murmullos que me recordaron mi última encarnación en un planeta donde la turbación es permanente, donde la religión no se conoce, donde el egoísmo impera, siendo sus víctimas los oprimidos y los opresores.

¡Qué mal se vive en la Tierra! Yo fui a ese globo, porque un desgraciado, porque un Espíritu muy enfermo reclamaba mis caricias y mis cuidados, fui sólo por él; mas la educación que recibí fue muy perjudicial para los dos, porque en la clausura de mi convento (que era verdaderamente una casa de oración), donde unas cuantas mujeres dulces y sencillas, que creían que con sus plegarias salvaban a la humanidad, inculcaron en mi mente las erróneas ideas que ellas abrigaban y no pasaba noche que yo no permaneciese dos horas postrada en tierra rogando por el ser que aún me recuerda.

Educada con tan exagerado misticismo, las temporadas que pasaba a su lado, todo me escandalizaba, todo me parecía gravísimo pecado, en todo veía faltas imperdonables; pero reservada por naturaleza, temerosa por costumbre, nunca me atreví a decirle que consideraba en él a un pecador impenitente, me contentaba con rezar en nombre suyo y aunque me encontraba muy bien a su lado, como al volver a mi convento decía a mi confesor y a las buenas madres todo cuanto habíamos hablado sin olvidar el detalle más insignificante, él y ellas me decían, que el alma de mi vida era un hereje, que su condenación era segura, si yo no me ofrecía como víctima expiatoria de

su herejía. La idea de salvarle de la condenación eterna fue tan grata a mi mente, que me pareció la mejor prueba de amor que yo podía darle, inmolando mi juventud y mi hermosura en la soledad de un claustro, atormentando mi cuerpo con aquellos cilicios, debilitando mi organismo con repetidos ayunos, robando horas al descanso para pasarlas con los brazos en cruz, rogando por el pecador a quien yo tenía la debilidad de amar, y llegué a realizar mi sacrificio sin decirle al amado de mi alma que sólo por él me sacrificaba.

Mi familia me llamaba la santa, y no lo era, no, no tenía más santidad que amar místicamente. Fanatizada por completo di al objeto de mi amor el culto de mis errores, le dejé solo en el mundo, pensando que mis ruegos serían suficientes para salvarle de todos los peligros, y cuando yo le decía: tú vas a curar los cuerpos... yo voy a salvar las almas entonces mentía, yo no pensaba en salvar más que un alma, la suya... para mí no había en la Tierra más que un pecador que me interesara, ¡Él! Aquel joven tan hermoso para mis ojos. ¡Oh, sí! Qué hermosísimo me parecía, a su lado encontraba más encantos en la naturaleza, en las flores más perfumes, en los astros más destellos luminosos, en los bosques más follaje, todo lo embellecía él.

Cuántas veces al retirarme a mi aposento me decía a mí misma: Julia, ahora vives, ahora sientes correr por tus venas el agua roja de la vida; vivir siempre así, sería estar en el paraíso; pero ¡Dios mío! ¡Si él es un hereje! Si él dice que hay otras vidas... que hay otros seres allá lejos... muy lejos... viviendo con él nuestra condenación sería inevitable, y si yo me sacrifico en aras de mi amor, al penetrar en el paraíso podré pedir clemencia para él y los dos nos salvaremos. ¡Oh sí! ¡Huyamos del abismo, que la celeste Sión nos aguarda por una eternidad! Y dominada por mi ciego fanatismo, di un adiós a la felicidad y me enterré en vida, creyendo que así salvaba a los dos.

Cuando llegó el estío con sus días de fuego y sus noches templadas y no pude correr al encuentro de mi amado, experimenté una turbación horrible, me abrazaba al crucifijo que tenía en mi celda y decía. ¡Dios mío! Qué sensaciones desconocidas agitan todo mi ser. ¿Por qué contemplo siempre ante mis ojos aquellas praderas que recorría con él, aquellos bosques donde dormíamos la siesta, aquellas montañas en cuyas cumbres rezábamos la oración de la tarde? ¿Por qué mi pensamiento vuela allá, y no se detiene aquí? ¿Por qué no puedo rezar? ¡Dios mío! ¿Estaré condenada? Y redoblaba mis cilicios y aumentaba mis ayunos, pero todo era en vano, ¡Todo! ¡Él vivía en mi mente y era el dueño de mi vida!

Por primera vez oculté a mi confesor, lo que sentía, pero llegué a tener miedo, mucho miedo y al fin le conté a él y a toda la comunidad mis horribles pecados. Afortunadamente estaba rodeada de espíritus sencillos y buenos y no me atormentaron; se hicieron rogativas generales para obtener de la gracia del Altísimo que apartara de mi Espíritu la tentación maléfica; pero todo fue inútil, la calentura me fue consumiendo lentamente, mis ojos perdieron brillo, mi talle se doblegó de tal modo, que a los treinta años parecía que tenía ochenta. El remordimiento me devoraba, porque siempre la sombra de un hombre

se interponía entre las sagradas imágenes y yo; llegué a convencerme de mi imperfección y nada más triste que el íntimo convencimiento de nuestra propia flaqueza, pedí a la superiora que me dejase hacer los trabajos más pesados y me convertí en enfermera, así es, que como la comunidad era muy numerosa siempre tenía alguna enferma a mi cuidado. Había tres religiosas con úlceras en diversas partes de su cuerpo, y diariamente yo las curaba y lavaba todos sus vendajes, y mientras más penosa y repugnante era mi ocupación, más contenta estaba de hacerla; y tanto llegué a humillarme, que se acostumbraron mis compañeras a mirarme con desprecio y hasta me reconvenían agriamente si alguna vez el cansancio me rendía, diciéndome que demasiadas consideraciones me guardaban cuando debían haberme denunciado como a una endemoniada contumaz.

Así llegué a la edad madura con el cuerpo envejecido y el alma poseída de una inmensa pasión por el compañero de mi niñez y de mi adolescencia. Y cuando menos lo esperaba, después de haber pasado una noche en vela al lado de una moribunda, me retiré a mi celda, me puse en oración y vi que la figura del Cristo que yo adoraba tomaba movimiento, le vi separarse de la cruz y envolverse en una túnica de blanco lino; su rostro cadavérico recobró vida, se inclinó hacia mí y se sonrió dulcemente, ancianos venerables y niños hermosísimos me rodearon, sentí un bienestar indefinible, se me quitó aquel horrible peso que abrumaba mi conciencia, lancé una exclamación de inmenso júbilo y vi como mi cuerpo caía desplomado ante el altar, mientras mi Espíritu rodeado de figuras angélicas ascendió suavemente siguiendo la huella luminosa de Jesús, un resplandor vivísimo me cegó, y mi alma fatigada se entregó al dulce reposo que tanta falta le hacía.

¡Sueño bendito!... ¡Sueño de amor! En él se recuperan las fuerzas perdidas, en él se equilibran todas las sensaciones; el despertar de ese sueño no tenía explicación posible, ninguno de los grandes escritores de la Tierra podrían describir lo que siente el Espíritu cuando se despierta de ese sueño reparador, sin el cual su entrada en el espacio sería tormento indescriptible, pero Dios en su sabiduría infinita, todo lo ha previsto, todo lo ha calculado, así es que el hombre tiene su sufrimiento medido y ajustado a la cantidad de fuerzas que posee, y cuando éstas se gastan se verifica la separación del cuerpo y del alma; mas como ésta última está tan íntimamente relacionada con su organismo, necesariamente todos los sufrimientos de aquél, la han emocionado, la han atormentado y ha sufrido sensitivamente todos los dolores de su envoltura, disgregadas las moléculas de aquélla, cesa la vibración dolorosa, pero queda el cansancio de tan penosa jornada, por eso el Espíritu entra en reposo y duerme todo el tiempo que le es necesario para entrar de nuevo en la vida recordando todos sus hechos, apreciándolos, juzgándolos y tomando resoluciones más o menos enérgicas según su modo de ser.

Mi sueño fue muy largo; había sufrido mucho; pero mi despertar fue encantador. Renuncio a describírtelo porque ni tú ni nadie en la Tierra, comprendería aproximadamente la dulcísima sorpresa que se experimenta al ver los inmensos raudales de vida, que en inmensa

catarata se precipitan impetuosamente en todas direcciones, y se ven las existencias como pequeños átomos: te voy a poner un ejemplo para que lo comprendas perfectamente.

Cuando en un aposento oscuro penetra un rayo de sol, ¿No es verdad que en la faja luminosa se ven innumerables partículas de eso que llamáis polvo? Pues así ve el Espíritu sus encarnaciones en los rayos luminosos del sol de la verdad.

Así se contempla, sí; así vi yo mis existencias en las que he pecado siempre de credulidad, he carecido de iniciativa para indagar por mí misma el porqué de las cosas, y esa falta de actividad, esa pereza de mi razón, ese quietismo de mi inteligencia, me ha hecho sufrir las lógicas consecuencias de mi indolencia fanática. Hasta ahora se puede decir que no he comenzado el nobilísimo trabajo de pensar, siempre me he contentado con la opinión de los otros, sólo para una cosa he tenido iniciativa: para querer al que aún me recuerda; muchos siglos hace que voy en su seguimiento; le amo, le envuelvo con mis fluidos, lamento y deploro sus desaciertos, que toda la actividad que me falta a mí, le ha sobrado a él, pero que no siempre la ha empleado con cordura.

Mi amor para él no tendrá fin; este amor será el motor que al fin moverá mi inteligencia. Hoy comprendo perfectamente lo improductiva que fue mi última existencia para él, por más que yo creí en mi ignorancia que salvaba su alma de las llamas eternas. Éstas no existen, pero sí, otros tormentos de los cuales no he podido salvarle con mis ayunos y mis cilicios, algo más útil le hubiera sido si, hubiese unido mi suerte a la suya, y acompañándole en sus vigias le hubiese aconsejado que huyera de tribulaciones, de azares y de cometer imprudencias que mucho le han hecho y le harán sufrir.

Ejercité mi paciencia y mi humanidad, pero de una manera tan pobre y tan mezquina; estuve tan lejos de conocer la dignidad que siempre debe conservar el Espíritu, hice tan completa abstracción de mi inteligencia, que fui una máquina que funcionó al impulso de cien voluntades. ¡Qué degeneración tan humillante! ¡Qué abdicación tan estúpida!

Ahora lo comprendo todo, ahora veo el importantísimo papel que representa la madre de familia, ahora me persuado de que las religiones han tiranizado a la mujer.

Yo le prometo al único ser que he amado, aprovechar mejor el tiempo en lo sucesivo. ¿Descenderé yo hasta él? ¿Ascenderá él hasta mí? Prohibido nos está a los espíritus hacer revelaciones proféticas, porque ellas coartarían el libre albedrío de los terrenales, por eso nada te digo, aunque me ha sido muy grata tu evocación, puesto que me evocaste en nombre de él, que vive envuelto con mi fluido y que confío y espero en la unión de nuestros destinos. ¿Cuándo?... ¿Dónde? Que importa la fecha ni el lugar de la acción. La medida del tiempo no es igual en todos los planetas, únense las almas cuando merezcan realzar su sueño y no contemos días, años o siglos, que son menos que segundos en el reloj de la eternidad.

Cesa por hoy nuestra entrevista espiritual y en ocasión más oportuna y quizás en mejores condiciones recibirás las inspiraciones de Julia”.

La comunicación que hemos transcrito nos demuestra una vez más, que el fanatismo religioso ha causado innumerables víctimas, mientras que el racionalismo filosófico guía a los espíritus por la senda del progreso y les impulsa a cumplir grandes misiones en bien de la humanidad.

¡Cuántas mujeres habrán sufrido y sufrirán durante algún tiempo el martirio que sufrió Julia, enterradas en vida, trucando las leyes de la naturaleza, convirtiéndose en higueras secas las que estaban llamadas a ser árboles fecundos.

Dígase, repítase de continuo que las mujeres en los conventos son homicidas, porque dejan de dar su contingente a las leyes naturales, esterilizando lo que fue creado para dar abundante fruto.

En esas grandiosas tumbas se petrifica la inteligencia y se convierte en autómata el ser más activo, el que está destinado a ejercer la soberanía de su voluntad en un pequeño reino llamado hogar, donde un esposo querido, unos padres amorosos y unos hijos exigentes giran en torno de un pequeño astro denominado ¡Madre de familia!

Utilísima enseñanza encierra la comunicación que hemos obtenido. Estúdiese detenidamente, que o mucho nos engañamos, o hay en ella bastante que estudiar.

CAPÍTULO XXVI

NO SABEMOS MIRAR

La humanidad que hoy puebla la Tierra, es innegable que vive muy mal, porque no tiene fe en ninguna creencia, se ríe de las religiones del pasado, duda de las filosofías del presente, y no quiere ocuparse del análisis del porvenir; sin comprender que las tres épocas en que los hombres dividimos el tiempo están íntimamente enlazadas entre sí; son los tres capítulos de nuestra vida; el pasado es la infancia del mundo, el presente la juventud, el porvenir la edad madura, y para vivir con conocimiento de causa, necesitamos buscar el porqué de todas las cosas.

De las religiones muchos han perdido la ilusión, porque han visto que sus grandes sacerdotes eran hombres falibles como los demás, y lo mismo acontece con las modernas filosofías sin exceptuar el Espiritismo.

A muchos les hemos oído decir: yo estudiaría el Espiritismo, pero francamente, cuando veo que los espiritistas tienen los mismos vicios que los demás, digo: ¡Bah! ¡Bah! No merece la pena que yo me ocupe de una escuela que no hace a los hombres mejores.

Error gravísimo de funestísima consecuencia, no hay ideal que engrandezca al hombre si este no quiere engrandecerse, no son los espíritus los que nos han de dar virtudes, somos nosotros los que las hemos de adquirir; ellos lo único que pueden hacer es aconsejarnos, señalarnos la buena senda dejándonos en completa libertad de acción.

Muchos dicen: ¡Parece increíble! Fulano es espiritista, oye comunicaciones buenísimas, y sin embargo, tiene hoy los mismos vicios que ayer. ¿Y por qué lo encontráis extraño? ¿Qué es una encarnación para mejorar al hombre? O mejor dicho un número de días más o menos crecido, por término medio quince o veinte años; porque la mayoría de los espiritistas han conocido el Espiritismo en el promedio de su existencia, cuando han llegado al desarrollo de todas sus pasiones, ¿Cómo queremos en brevísimos segundos cambiar el modo de ser de un individuo? Es completamente imposible. Y como prueba de esto, hemos visto médiums admirables, puestos en relación directa con espíritus elevadísimos, que han escrito comunicaciones verdaderamente evangélicas, y después de concluida la sesión, se han ido a un garito, a un lupanar, a una taberna, y han hecho uso de su voluntad empleando el tiempo en lo que para ellos, es más grato. ¿Y deja por esto de ser verdad la comunicación de los espíritus? No; ¿Pierde por esto el Espiritismo? De ninguna manera; la comunicación de ultratumba sigue siendo la clave de todos los misterios de nuestra vida y en nada le afecta la pequeñez de los instrumentos que tienen que utilizar los espíritus, y lo que decimos de los médiums, también lo decimos de los espiritistas en general, que sus impugnadores siempre dicen: Mengano es espiritista, era avaro y sigue siéndolo, fulano es espiritista, era

derrochador y sigue malgastando la herencia de sus hijos. Zutano es espiritista, cumplía mal con su familia y sigue del mismo modo; pues para ser más bueno me quedo como estoy.

¿Y qué tienen que ver las personalidades siempre mezquinas en parangón con los ideales que siempre son grandes? ¿Qué lazo de unión existe entre los sacerdotes y las religiones? Ninguno, porque todas las religiones son buenas en principio, consideradas en abstracto todas pueden hacer la felicidad de los pueblos, y puestas en práctica el abuso que de ellas han hecho los hombres las han convertido en tiranos, ¿Y quién es responsable, el credo santo que nos aconseja amar y perdonar, o el hombre fanático que convierte su religión en tea incendiaria?

El Espíritu que tenga verdadera sed de progreso no debe contentarse con seguir la marcha de moros o cristianos, nada hay que hacer con los hombres de las religiones ni de las filosofías, sino con los ideales, con los credos, con las síntesis.

No hay religión ni filosofía que no tenga sus libros fundamentales, estúdiense éstos, y si en ellos se encuentra un buen método para mejorar nuestras costumbres, sigámosle, sin entretenernos a observar si nuestro vecino se cae o se levanta, porque a nosotros ni nos ha de salvar su salvación, ni nos ha de condenar su culpa, cada cual ha de responder de sus actos; en este supuesto perdemos el tiempo miserablemente espionando las acciones de nuestros compañeros de cautiverio.

Triste es la vida de la Tierra, para algunos seres es verdaderamente insoportable, pero aumentamos nuestro sufrimiento porque no sabemos mirar; así como se dice que no hay libro malo que no tenga una hoja buena, de igual modo no hay hombre que en medio de sus vicios deje de estar dotado de una cualidad recomendable, y este punto luminoso es al que debemos mirar, y es al que justamente no miramos, no hacemos mención de tal o cual virtud, pero sí de todos los vicios que afectan a nuestro vecino, así es, que mirada la humanidad por su lado malo se vive tan mal que nuestra estancia en la Tierra es una agonía prolongada.

El estudio del Espiritismo proporciona un gran lenitivo, si sabemos mirar, esto es, si no nos fijamos en la mayoría de los espiritistas, sino en las comunicaciones razonadas de los espíritus, en la vida infinita que se desarrolla ante nosotros, en la certidumbre de nuestro adelanto indefinido, que indudablemente nos puede prestar un consuelo y una esperanza que se asemeja sino a la felicidad al menos al descanso, al reposo; podemos adquirir la convicción de ser dichosos en un día más o menos lejano, que es a todo lo que puede aspirar el hombre en la Tierra; pero si fijamos nuestros ojos en tal o cual personalidad y le escogemos como modelo de nuestras acciones, y al ver que cae, decimos: el credo de este hombre no puede ser bueno porque él ha caído a pesar de blasonar que comprendía el Espiritismo, desde hoy abominamos tal doctrina. Este proceder que hemos visto en muchos, lo encontramos completamente absurdo y falto de sentido común, siendo sin duda alguna la herencia de los fanáticos religiosos que santificaron

a ciertos y determinados hombres y encerraron la religión dentro de círculos microscópicos.

Y ahora preguntamos nosotros: ¿Y de qué nos sirve nuestra razón? ¿No tenemos como los demás seres de la Tierra, memoria, entendimiento y voluntad? Somos tan torpes, tan obtusos, que necesitamos que nos pongan andadores para comenzar a andar ¿Por qué hemos de seguir las infecundas huellas de los fieles afiliados a tal o cual religión, que fijan su mirada en su vicario, en su santón, en su pastor, y si éste no anda, su grey permanece sin dar un paso?; Y decimos esto, porque sabemos que muchos espiritistas miran a las figuras más caracterizadas del Espiritismo, y si éstas flaquean, desfallecen ellos también perdiendo la fe en una doctrina que es luz y verdad.

Si el Espiritismo no tiene santones, si no se consolida en un número de entidades, si los hombres no han de darle valor a su credo, porque éste lo tiene en sí mismo, no negaremos que es más importante para convencer, y para propagar cualquier doctrina, un hombre de buenas costumbres, que no un individuo lleno de vicios, lo bueno siempre es bueno; pero nada pierde un ideal filosófico porque uno de sus mantenedores resbale y caiga ¿Qué es un hombre ante una idea? Menos que un átomo ante el conjunto de la creación.

¿No es la libertad de los pueblos la que ha creado tantas asociaciones, tantos partidos políticos, y a la sombra de ese nombre, no se han consumado apostasías sin cuento, crímenes horribles, y por eso no ha perdido la libertad ni una sola flor de su bellísima corona?

La libertad que es la eterna desposada del progreso, conserva su blanca diadema de azahar, es la virgen que inspira siempre sublimes amores, es la diosa del adelanto y no se podrá negar que invocándola se han cometido grandes perjuicios.

¿Y qué diremos de la religión cristiana? Toda clase de abusos se han llevado a cabo pronunciando el nombre de Cristo; los hombres se han empequeñecido, pero ha quedado el ideal de Jesús, y todos los sistemas humanitarios, todas las sociedades morales, todas las reformas filosóficas, tiene por base los mandamientos de la ley de Dios resumidos por Cristo en uno solo, ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo.

Pues igual suerte le cabe al Espiritismo, tiene vida propia, no necesita de las virtudes de los hombres para engrandecerse; él será siempre grande, porque sus manifestaciones son la síntesis de la verdad. La comunicación de los espíritus dio ayer, da hoy y dará mañana perfecta explicación de lo que es la vida, y los médiums encargados de difundir la luz de la buena nueva no son seres privilegiados ni agraciados con un don especial, la mediumnidad es patrimonio de todos; médium puede ser la inocente niña, el pobre presidiario, el escéptico materialista, el fervoroso creyente, así es, que no debemos decir con tono declamatorio y tristeza hipócrita; ¡Ay! El Espiritismo se pierde porque fulano se hunde en el abismo o mengano descubre nuevos vicios, ¿A quién seguiremos ahora? ¿A quién habéis de seguir? Al estudio, que es el gran sacerdote que nunca nos desampara,

los libros de Kardec son siempre los mismos, de las innumerables obras espiritistas que se han escrito, de sus saludables enseñanzas, no se han borrado sus líneas ni se han esparcido sus hojas; amigas y discretas, esperan que las interroguen para dar generosamente leales consejos.

Nos hemos convencido de que los espiritistas no sabemos mirar, porque simulando un profundo sentimiento, lo que hacemos es sacar a relucir las faltas de nuestro prójimo diciendo: ¡Qué lástima! ¡Cuánto se podía haber adelantado! Si fulano hubiera sido más consecuente con sus ideas, si mengano no hubiera preferido las vanidades del mundo a la enseñanza del Espiritismo; no nos encontraríamos perdidos. Perdidos porque queréis, la verdad no tiene más que un camino, el que quiere seguir firmemente no encuentra obstáculos que se opongan a su paso; para amar no necesitamos instrucciones, el corazón amante lleva en sí la ciencia infusa, el alma ávida del progreso lee en la naturaleza la historia de la creación, el Espíritu pensador encuentra a Dios irradiando en el mar, en el cielo, en el monte y en el llano.

Bueno muy bueno es que los hombres de saber se dediquen a instruir a los pequeñitos, pero no debemos juzgar desgracia irreparable cuando un maestro abandona a sus discípulos, porque todos podemos seguir nuestro aprendizaje si queremos aprender.

Lo que nos falta a los espiritistas no son preceptores, sino una buena dosis de voluntad firme, inquebrantable, perdemos miserablemente el tiempo mirando los defectos de los demás sin reparar en los nuestros, que si los examináramos no nos sobraría ni un segundo para ocuparnos de nadie, pero como no sabemos mirar, perdemos día tras día y año tras año diciendo: si no me regenero es porque no tengo un buen modelo que imitar; y al decir esto, mentimos miserablemente, porque nunca falta un ser virtuoso que nos sirva de ejemplo, lo que nos falta a la mayoría de los espiritistas es afán de progreso, adonde quiera que dirijamos la mirada encontraremos algo bueno que aprender, algo bueno que estudiar, los pesimistas son unos pobres locos, la virtud no es una utopía, ¿Pensáis que si no existieran los reflejos de los buenos sentimientos se podría habitar en la Tierra? Si hay muchos seres dominados por la soberbia, en cambio los hay que son modelos de humildad; si hay almas avaras, hay también espíritus generosos, si hay hombres entregados al desenfrenado sensualismo, no puede negarse que también existe la pureza y la castidad, si hay personas iracundas, ¡Quién no ha conocido almas pacientes! La paciencia es una virtud puesta en practica mucho más de lo que se cree, si la gula embrutece a muchos hombres, la templanza y hasta la abstinencia ha santificado a muchos otros, si la envidia corroe el corazón humano, también la caridad lo ennoblece; si la pereza hunde a la humanidad en la ignorancia, la diligencia y la actividad la conduce al progreso, y sucesivamente no hay vicio que no tenga su antídoto, lo que nos hace falta para ser relativamente dichosos es saber vivir, porque los terrenales tenemos un gravísimo defecto:

¿Sabéis cual es? Que no sabemos mirar.

CAPÍTULO XXVII

¡AMOR!

Hace algunos días que me visitó un espiritista de allende de los mares, y me dijo lo siguiente: hermana mía, uno de los motivos más poderosos que me han traído a Barcelona es el afán vivísimo que tenía de conocerla a usted, ya que con sus escritos sencillos y conmovedores, tanto consuelo me ha prestado, porque yo también soy uno de los afortunados que cruzan la Tierra cargado con la cruz de mi pasado.

En las penitenciarías no hay más que penados. Ciertamente, y no soy yo de los que llevan más larga la cadena, porque tengo lo suficiente para vivir; me casé con una mujer muy buena, que es un ángel de la caridad, mis hijos me quieren y me respetan; pero hace cuatro años que he perdido a una hija que contaba veinte primaveras, hermosísima, inteligente, sus ojos hablaban, pero ¡ay! Su boca no.

¿Era sordomuda?

-No, muda únicamente, después de sufrir todas las enfermedades que diezman a la infancia y de sufrir en todos sus miembros una especie de descoyuntamiento, creció, se hizo una mujer, se comprendía que lo oía todo, pero hablar... sólo decía: Mimí, señalando a su madre, y cuando me miraba a mí, decía: On Luí, a su madre la adoraba, cuando la veía enferma, no quería que nadie estuviera a su lado sólo ella, en cambio, a mí, jamás me dio un beso, cuando yo me sentaba a su lado, ella se levantaba inmediatamente y me miraba de un modo que me hacía temblar. Y yo me preguntaba muchas veces: ¿Qué le habré yo hecho a este ser en otra encarnación? Porque a su madre la adora, a sus hermanos los quiere, sólo se esquivo conmigo, ni aún muriéndose quiso mis caricias, me rechazó siempre, en cambio, a su madre, era delirio el que tenía por ella, y murió bendiciéndola con sus amorosísimas miradas. Era buena, sufrida, paciente; sufrió sin exhalar un gemido, una operación dolorísima: la extirpación de un tumor en el estómago, y al morir, ¡Cuánto dijeron sus ojos! La madre se quedó inconsolable, y acudí al Espiritismo y tuve noticias muy satisfactorias, estaba muy bien, sin turbación alguna, rodeada de luminosos resplandores, pero esto no es bastante para mí; yo quisiera saber porqué mi hija no me quería, siendo tan buena para todo el mundo, menos para mí. No me guía la curiosidad, se lo juro por la memoria de mi hija; me guía el afán de estudiar en mi misma historia.

¡Es tan triste verse odiado por un hijo!... Yo que me desvivía por ella, y ella, nunca, nunca tuvo para mí una mirada de cariño. Pregunte, Amalia, pregunte.

Y al hablar así Luis me miraba, brotando de sus ojos un mar de lágrimas.

Me conmoví profundamente y le prometí aprovechar la primera ocasión que se presentara para complacerle. Así lo hice, y obtuve la comunicación siguiente:

“Acudo a tu llamamiento, ya que me llamas, para consolar a uno de los muchos penados que cumplen su condena en la Tierra. La madre y la hija de hoy, enlazadas por los más estrechos vínculos a ese padre desolado, en su encarnación pasada, la madre de hoy era una joven perteneciente a una noble familia. Aurea era una niña enfermiza, delicada, una flor de estufa, cuyos padres no sabían dónde colocarla para que estuviera mejor, entre la servidumbre que rodeaba a Aurea, figuraba en primera línea, una mujer muy buena que recibió a la niña en sus brazos en el momento de nacer y que le disputaba el cariño a su madre diciéndole siempre:

“Usted la llevó en su seno nueve meses, pero yo la llevo en mis brazos desde que nació”, se podría decir que la niña tenía dos madres, siendo la madre adoptiva tan extremosa, que Aurea la quería más que a su verdadera madre. Así iban las cosas, Aurea fue empeorando de su misteriosa dolencia, y los médicos dijeron que la llevaran a una aldea escondida entre montañas a ver si de este modo su naturaleza recobraba las fuerzas perdidas, inmediatamente los padres de Aurea, acompañados de varios criados y de la inseparable Domitila, la segunda madre de Aurea, se trasladaron, a una aldea cuyas aguas tenían fama de resucitar a los muertos, el pueblo en masa salió al camino a recibir a los ilustres huéspedes, figurando en primera línea el cura, hombre que tenía fama de santo por sus excepcionales virtudes, era joven y muy simpático, muy instruido, muy amante de la niñez, rico por su casta, era el consuelo de los afligidos, era la imagen de la Providencia, se llamaba Ángel, y un ángel era por su amor a los desvalidos. Como era natural, los padres de Aurea intimaron mucho con Ángel, y Aurea tenía tanta confianza con el joven cura, que le miraba como si fuera su hermano mayor, y acompañada de él y de Domitila daba largos paseos por los bosques, y en poco tiempo se colorearon sus pálidas mejillas, se enrojecieron sus labios, se abillantaron sus ojos y Aurea se puso hermosísima; la risa más franca se dibujaba en su pequeña boca, y sus padres estaban encantados de aquella maravillosa metamorfosis. Pasaron los meses y el padre de Aurea tuvo que regresar a la Corte por el alto cargo que ocupaba cerca del rey; su esposa, dama de la reina, tenía precisión de acudir al llamamiento cariñoso de su soberana, pero Aurea declaró resueltamente que ella no quería salir de la aldea, ya que allí había comenzado a vivir, disfrutando de la más perfecta salud, que le dejaran a Domitila, que ya volvería a la Corte cuando no tuviera miedo de perder lo ganado, y como una palabra de Aurea era sagrada para sus padres, no opusieron la menor resistencia, y encargaron su custodia a Domitila y al joven cura. Ni los padres ni Domitila se habían fijado en el afecto creciente de Ángel y Aurea porque eran muy religiosos y no podían creer que un cura fuera un hombre como los demás, en particular Domitila, que era una creyente fanática que no podía pensar ni remotamente que Ángel amase a Aurea, cuando en realidad los dos se querían con el amor primero. Ella no se había fijado en ningún hombre, ni él en ninguna mujer, se esperaban el uno al otro, al verse se dijeron con los ojos: ¡Cuánto has tardado! Y no hablaron de amor, porque cuando se siente mucho se habla muy poco; pero Aurea renació

no con el aire oxigenado de las montañas, sino con las miradas y las dulces palabras de Ángel, que no le decía: ¡Te amo!... pero que ella comprendía perfectamente que él la amaba, porque los dos se buscaban de continuo, se miraban el uno al otro y a veces exclamaban los dos a la vez:

“¡Qué bueno es Dios! ¡Qué bueno es!...” Ángel y Aurea daban largos paseos; muchas veces iban solos, porque Domitila se cansaba pronto de andar, y los esperaba en algún recodo del camino, y ellos, jóvenes y felices, trepaban por las montañas, y cuando llegaban a la cumbre se miraban dulcemente y repetían al unísono:

“¡Qué bueno es Dios! ¡Qué bueno es!...”

“Una tarde se fueron lejos, muy lejos, y Domitila, viendo que tardaban, se asustó y acompañada de varias mujeres y de algunos hombres corrieron en busca de los paseantes. Domitila iba delante y al fin los encontró sentados al pie de un árbol, y por primera vez Ángel tenía a Aurea aprisionada entre sus brazos, diciéndole con los ojos lo que nunca le había dicho con los labios. Domitila, al verlos, lanzó un grito espantoso, creyó que su niña estaba deshonrada y como una leona herida se arrojó sobre Ángel, diciéndole: “¡Miserable! ¿Y tú eres un ministro de Dios?” A sus gritos acudieron cuantos la acompañaban, y Aurea quiso hablar, quiso defender a su amado, pero no pudo, se le formó un nudo en la garganta y enmudeció para siempre, retorciéndose su cuerpo con horribles convulsiones. Ángel le dirigió a Domitila sensatas reconvenciones por el escándalo que había producido, pero aquella mujer fanática no le escuchó, ni creyó que la niña conservara su pureza y acto seguido mandó un aviso a la Corte, pidiéndole al padre de Aurea que viniera inmediatamente, y el escándalo fue creciendo de tal modo que Ángel tuvo que huir de la aldea, llorando como un niño, y Aurea, muda, espantada, sufriendo continuamente horribles convulsiones, murió al poco tiempo en brazos de Domitila, cuyo fanatismo religioso labró la infelicidad de Aurea. Ángel también murió al poco tiempo, castigado injustamente, porque el padre de Aurea trabajó en su ruina cuanto pudo para vengarse del seductor de su hija, que en verdad no hubo tal seducción, se esperaban, se encontraron y dieron gracias a Dios al verse, ni más ni menos, su amor fue tan puro que los ángeles envidiaban sus castos amores”.

“Al encontrarse en el espacio Aurea y Ángel hicieron el propósito de volver juntos a la Tierra unidos por el más puro de los amores, por los amores maternal y filial. Aurea fue la madre y Ángel su hija, que vino con el firme propósito de enmudecer para sufrir lo que había sufrido su amada siendo él la causa de su espanto por el primer abrazo que le dio, y Domitila, unida a ellos, es el padre del que fue ayer su víctima, el joven cura y el esposo de la niña que tanto amó y perjudicó con su fanatismo religioso. Ángel, el que ayer fue cura y hoy una niña muda, adoraba a su madre, porque era la amada de su corazón desde muchos siglos, pero su padre de hoy le había hecho tan desgraciado en su encarnación anterior, que no pudo destruir, no precisamente el odio, porque los espíritus buenos no saben odiar, pero sí sentía una inexplicable repulsión, le inspiraba espanto, sentía a su lado un

malestar profundo. Leal y franco en sus manifestaciones no podía besar a un ser que le había ultrajado y le había calumniado de un modo tan escandaloso, cuando él estaba muy por encima de las flaquezas humanas.

No todos los ensayos de borrar odios tienen un éxito completamente satisfactorio, cuesta mucho olvidar y perdonar a aquellos que han labrado nuestra ruina, se comienza por no quererles hacer ningún mal, pero de esto a sentir por ellos amorosa atracción hay mil mundos de por medio.

Dile a ese padre dolorido que esté tranquilo, que él ha cumplido con su deber paternal, y si ayer pecó fue por exceso de cariño a su niña querida, hoy su fiel compañera. Que siga viviendo como ha vivido, y al volver al espacio estará contento de sí mismo. Adiós”.

Mucho agradezco la comunicación que he obtenido para consolar a un padre atribulado, porque en verdad es muy triste amar a un hijo y verse rechazado por él.

¡Cuánta enseñanza dan las comunicaciones razonadas de los espíritus! ¡Cuántos velos descorren! ¡Cuántos caminos nos ofrecen para nuestro mejoramiento! ¡Benditas sean las comunicaciones de los espíritus! ¡Benditas sean, cuando nos dicen la verdad de nuestro ayer, cuando nos demuestran que no somos víctimas de la arbitrariedad de unos o de otros, sino que somos nosotros y solamente nosotros los autores de nuestras desdichas y que sólo nosotros alcanzaremos nuestra redención por nuestros sacrificios y nuestra abnegación en bien de nuestros semejantes!.

CAPÍTULO XXVIII

EN LA SOMBRA... LUZ

Parece increíble que a últimos del siglo XIX, existan en las naciones civilizadas centenares de seres abandonados a sus miserias, a sus vicios, a su egoísmo, y a la explotación, en fin, de infelices criaturas cuyos defectos físicos, reales o fingidos, sirvan para implorar la caridad pública, despertando el sentimiento de la compasión en los indiferentes y en los más endurecidos de corazón.

En los días de grandes fiestas, cuando la muchedumbre sale al campo en romería, cuando innumerables familias van en busca de honesto solaz, llevándose las viandas necesarias para satisfacer su apetito en medio del bosque, o en torno de la fresca fuente, se ven por los caminos más frecuentados, paralíticos colocados dentro de un sucio carretón, más allá cojos y mancos, por otro lado leprosos repugnantes, un poco más lejos, niños cadavéricos mal envueltos en una manta harapienta y una mendiga escuálida y famélica que dice ser madre de aquellas criaturas raquíticas, y al ver tanta miseria y tanto abandono, se pregunta el Espíritu pensador: ¿Qué harán los salvajes con sus enfermos y con sus lisiados? Si los dejan con vida no les darán peor trato que les damos nosotros a esos desheredados; puesto que todo se lo negamos menos la libertad de vivir muriendo por calles y plazas; y huyendo de ver cuadros tan dolorosos y tan repugnantes, hemos dejado muchas veces de ir a las populares romerías, para no ponernos en contacto con esas grandes miserias que no nos era posible remediar.

En Barcelona, de vez en cuando aparecen algunos de esos infelices encerrados en un carretoncillo o colocados sobre un jumento exánime, acompañados de uno o más pordioseros que con voz plañidera piden para los pobres tullidos o mudos, y hace pocos días hemos visto un cuadro que nos impresionó tan profundamente, que durante algunos momentos quedamos como petrificados, y cuando dimos algunos pasos tuvimos necesidad de retroceder, porque una fuerza extraña, nos obligaba a mirar de nuevo al ser que nos hizo sentir miedo y compasión a la vez. Parado en una esquina, recibiendo los rayos benéficos del Sol (cuyo calor es tan grato en el invierno), estaba un hombre de edad madura vestido pobremente, en cuyo rostro no se reflejaba ningún sentimiento bueno, al contrario, sus ojos pequeños y legañosos delataban la existencia de un alma ruin, codiciosa y miserable, su boca entreabierta por la más hipócrita sonrisa parecía que siempre balbuceaba una súplica y su diestra extendida señalaba un pequeño carretón, donde entre trapos viejos y podrido esparto se encontraba un ser cuyo sexo no era fácil adivinar, si él no hubiera dicho:

“¿Quién me da un cuarteto para la pobrecita muda falta de entendimiento? La voz gangosa de aquel hombre resonó en nuestros oídos causándonos tal impresión que sentimos instantáneamente en las

sienes un dolor inexplicable, nos acercamos a la pobre niña y la miramos fijamente para ver qué leíamos en sus ojos, pero éstos parecían de cristal: fijos, inmóviles, sus pupilas nada decían, con las manos a la altura de su frente, se entretenía en cruzar y descruzar los dedos sin que su rostro se contrajese en lo más mínimo.

¡Pobre criatura! (murmuramos con doloroso asombro) ¿Y por qué la lleva Ud. en ese carretón tan pequeño?

-¡Ah! Porque está bien así ¡No ve Ud. que no quiere moverse!

-¿No anda?

-No señora, la pobrecita no anda, ni habla, ni tiene nada de aquí, y el hombre se llevó la mano a la frente haciendo una mueca que nos hizo daño. Cuando él hizo aquel movimiento el semblante de la niña se contrajo con una sonrisa imperceptible, sus ojos adquirieron expresión, y comprendimos enseguida que aquella infeliz criatura era víctima de la infamia y de la codicia de algunos vagabundos.

¿Es hija suya esta desgraciada? Sí, sí señora, tartamudeó el hombre, pero se conocía que mentía porque al hablar rehuía mirarnos y comprendimos que nuestra presencia le molestaba, se puede decir que mutuamente nos molestábamos, pero aquella niña que contaba al parecer ocho años nos atraía poderosamente y no podíamos separarnos de ella, al fin la dejamos y andando muy despacio fuimos filosofeando del modo siguiente: ¿Estaremos ya libres de semejante expiación? ¿Tendremos aún que volver a la Tierra en idénticas o semejantes condiciones? ¡Qué horror si así fuera! Nosotros que nos conceptuamos profundamente desgraciados, que nos humillan las contrariedades y nos conceptuamos uno de los muchos parias que cruzan el Universo y pensamos, sentimos y queremos, y tenemos agilidad en nuestros miembros para movernos, y poseemos la inteligencia suficiente para juzgar y conocer la diferencia que existe entre el bien y el mal, si nos viéramos en las condiciones de esa infeliz... ¡Qué horror Dios mío!. Y apresurábamos el paso como si huyéramos de un peligro cierto.

Los días y los meses han transcurrido pero el recuerdo de la pobre niña, no se ha borrado de nuestra mente ni se ha calmado nuestra inexplicable ansiedad, y en este estado verdaderamente excepcional hemos preguntado al guía de nuestros trabajos literarios, qué historia tiene el Espíritu de la niña que tanto nos impresionó.

Por el efecto puedes adivinar la causa, (nos dice nuestro amigo invisible) es un Espíritu de larga historia que ha pecado mucho, sin que por esto haya dejado de tener alguna virtud sobresaliente, que no hay desheredados en el reino de Dios, y el reino de Dios es el Universo. Por miserable que sea un ser siempre tiene una fibra sensible en su corazón: si así no fuera, el fuego de su iniquidad le aniquilaría y nada puede perecer, porque no se nace para morir. Mas, ¿Ves ese ser que te inspira tanta compasión y que le obligan a no moverse y no le dejan hablar para que inspire más lastima, y añaden que es idiota? Pues ese Espíritu, ¡Quién lo dijera! Es más filósofo, mucho más filósofo que tú, ha sufrido lo bastante y ha gozado lo suficiente para sobreponerse a las miserias humanas y es menos desgraciado de lo que tú te crees, sufre la tiranía de su familia convencido de que merece su mal tratamiento en

justa recompensa de sus pasados desaciertos, en medio de tanta sombra en la inteligencia de ese Espíritu hay un esplendente rayo de luz, rayo de luz que le falta muchas veces a los que llamáis sabios en la Tierra; luz que consiste en el perfecto conocimiento de la justicia suprema, en la firme e inquebrantable creencia de que existe una causa superior a todo, que sabiamente rige cuanto alienta, y que da a cada uno según sus obras. Cuando el Espíritu llega a adquirir esa certidumbre y esa fe racional, es cuando sufre con paciencia evangélica todas las consecuencias de su ayer, espíritus de ese temple son los que las religiones han llamado santos, consistiendo toda su santidad en saber sufrir sin desesperarse, en dar tiempo al tiempo, en poseer ese don inestimable que tan pocos poseen en la Tierra, la verdadera paciencia, que es saber esperar en el propio sacrificio y en el recurso regular de los acontecimientos. ¡Ah!.. si fuerais más pacientes ¡Cuántos dolores os evitaríais! Porque no os apresuraríais a pedir cariño donde por ley natural no encontraríais más que justa indiferencia ¿Y cómo no encontrarla? Si no existe la menor relación entre aquel Espíritu y el vuestro ¡Ah! No, no os dejaríais engañar ni seducir por las vanas fórmulas sociales, por esos cumplimientos y palabras huecas que nada son aunque prometan mucho. ¡Pobres terrenales! Tenéis tanta sed de cariño que acercáis vuestros labios a la primera fuente que encontráis sin tomaros la molestia de mirar, qué manantial la enriquece, humedecéis vuestros labios con el agua de la falsa cortesía, del vulgar halago, y éste, en vez de calmar vuestra ardiente sed, la aviva, pedís más agua y entonces encontráis las fuentes secas, el manantial que la enriquecía no venía de la cumbre de la montaña, era el desagüe de un sucio pantano y el agua que en mal hora... bebisteis era nociva.

¡Pobres terrenales!... ¿Por qué sois tan impacientes? De vuestra impaciencia nace vuestro estacionamiento, porque siempre pedís lo que en realidad no merecéis, y como no veis satisfechos vuestros deseos os desesperáis y a veces cometéis imprudencias, con las que adquirís responsabilidades, que aumentan considerablemente vuestro patrimonio de desaciertos y vais acumulando existencias improductivas, porque empleáis el tiempo en exigir imposibles como el querer ser amado cuando aún se tiene que aprender a saber amar, pues bien, el Espíritu de la niña que tanto te impresionó, tiene lo que tú no tienes, paciencia, paciencia para esperar; ha vivido al pie de los tronos de los Césares, ha gozado de las riquezas y las glorias terrenales, y tuvo una época fatal; una especie de monotonía que le hizo amar la corrupción de la niñez, y a más de una niña cándida y buena arrebató de su hogar para desviarla del buen sendero, no precisamente él, sino sus compañeros de orgía, y gozaba en la depravación de la especie humana, escéptico entonces, negando en absoluto la existencia de una inteligencia Suprema; quería él mismo demostrar con hechos innegables, (para convencer a los otros y arraigar más su convencimiento) que en el ser humano no había nada superior ni digno de respeto, y que la mujer no era más que un juguete para distraer al hombre en sus horas de profundo hastío.

La perversión de este Espíritu duró mucho tiempo, hasta que en una existencia, por temeridad, por imprudencia excesiva, jugando con fuego se abrasó los ojos y al quedar ciego enmudeció de espanto, pero conservó el oído para comenzar a progresar.

Una de sus víctimas, niña hermosísima que después de sucumbir a sus promesas de amor, buscó en la muerte el fin de su agonía, se apiadó del infeliz ciego, del pobre mudo, del infortunado Mario, y se convirtió en su ángel tutelar, murmurando en su oído palabras de esperanza y de perdón.

El pobre ciego, el infeliz Mario, creyó al principio que su imaginación estaba enferma, pero al fin se convenció de que algo que estaba fuera de su inteligencia se relacionaba con él, y ¡Quién dijera al verle sentado en el parque de su castillo, acompañado de su anciana madre, que aquel hombre sin ver y sin hablar estaba comenzando su redención!... Sus deudos y amigos le compadecían, ¡No ver la luz! ¡No poder hablar! Y sin embargo, aquel ciego principiaba a ver y aquel mudo oraba como nunca habíaorado.

Clotilde, la niña de las trenzas de oro, la de la frente alabastrina, la virgen inocente que él arrebató del pie de los altares, la que sucumbió de vergüenza y de dolor, resucitaba para él, y consagrada a su cuidado sin dejarle un solo momento, fue infiltrando en su mente la creencia en Dios, en un Dios misericordioso, y la certidumbre de un progreso indefinido para el Espíritu. ¡Cuarenta años duró el trabajo de Clotilde! Cuarenta años permaneció Mario en la Tierra mudo y ciego, la familia que le rodeaba, en la cual había altas dignidades eclesiásticas, al verle tan tranquilo, con el semblante tan risueño, acariciando a sus nietos sin demostrar enojos ni impaciencia, comenzaron a decir que aquello era un milagro, que Dios sin duda le había tocado en el corazón, y llegó a convertirse en un lugar de peregrinación, el castillo donde Mario acompañado del Espíritu de Clotilde, llegó a contar setenta inviernos, sosegado y tranquilo.

El rostro del ciego respiraba dulzura, sus brazos siempre estaban abiertos para los niños, y murió dulcemente en una noche de invierno rodeado de su numerosísima familia, que irrumpió en gritos de admiración al ver el lecho de Mario (que era un lecho monumental), envuelto en una nube blanca que parecía tener una lluvia de oro copiosísima. ¡Milagro!.. gritaron los unos, ¡Era un santo!... exclamaron los otros, y la fantasía popular se apoderó de aquel hecho para mentir, aumentar y creer buenamente que mintiendo decían la verdad, convirtiéndose su tumba en lugar de peregrinación como antes lo había sido su castillo, fundándose en éste, un convento de penitentes que al entrar hacían votos de silencio en memoria de su imaginario fundador, no faltando fanáticos que se hicieron sacar los ojos para imitar mejor a Mario, cuyos parientes que eran en su mayoría servidores de la Iglesia, mintieron a su placer, diciendo que Mario había hablado dejando una orden de fundar un monasterio para los mudos del Señor, y como en realidad eran muchos los que habían visto su lecho mortuario, envuelto en aquella misteriosa nube cargada de partículas luminosas, se creyó cuanto se dijo, y se explotó a la humanidad con la fingida santidad de

Mario, si bien en aquella mentira, había un principio de verdad respecto a hechos extraordinarios, pero éstos eran desconocidos de todos menos de Mario. La voz de Clotilde sólo resonaba en sus oídos, la que conociendo el oscurantismo de aquella época, le prohibió terminantemente que a nadie revelara la comunicación que recibía de los cielos, pues él se hacía entender de sus deudos por medio de signos convencionales, puesto que oía cuanto le decían aquellos y él moviendo la cabeza, cerrando y abriendo su diestra, y extendiendo los brazos, se hacía entender para hacer conocer su voluntad.

No faltó entre sus parientes eclesiásticos, quien le sorprendiera más de una vez sentado en su lecho, sonriendo dulcemente como si escuchara la voz de un ángel, y sabiendo muy bien el sacerdote que los muertos hablaban, le hizo repetidas preguntas a Mario siempre que lo encontró en aquella especie de éxtasis, pero Mario negaba con energía de que oyese nada, sin que su pariente se convenciera, y éste fue el que propagó después de su muerte, que Mario recobraba la voz en determinadas ocasiones para hablar con los ángeles.

La mentira religiosa fue tomando colosales proporciones y Mario fue con el transcurso de los años venerado como un santo, siendo su castillo casa de oración, hasta que las iras populares demolieron siglos después aquel baluarte de la ignorancia y de la tiranía, que no otra cosa eran los castillos feudales.

Mario entre tanto, guiado y protegido por Clotilde, (Espíritu amorosísimo) ha seguido pagando sus innumerables deudas con tan buena voluntad y tan buen deseo, que lleva muchas existencias parecidas a la que tiene ahora, y en todas ellas ha sufrido con admirable resignación las penalidades que para su adelanto ha pedido, se ha gozado en la perdición de inocentes criaturas y necesariamente recibe las mismas heridas que él infirió.

Todo daño causado con premeditación, gozando anticipadamente en sus funestas consecuencias, tiene que ser castigado sufriendo el causante del daño, el efecto de la causa que él mismo creó. De esta verdad innegable se ha convencido el Espíritu de Mario, y profundamente filósofo, sin quejarse inútilmente de su ceguedad, conociendo que con lamentaciones nada conseguirá más que estacionarse, comprendiendo que el que mucho debe, mientras no paga se ve asediado por los acreedores, procura ante todo pagar, quedar libre, y entonces tender el vuelo y buscar todas las delicias que ofrecen las encarnaciones libres, esas existencias honrosas en las cuales el libro de la vida tiene las hojas más blancas que la nieve, orladas de preciosas flores, ese Espíritu ahora no pide amor, ni consideración, sino al contrario, cuando su familia le atormenta negándole a veces el alimento, porque no han recogido aquel día la cantidad estipulada en su codicia, cuando su cuerpo duerme, se sonríe satisfecho diciendo: así, así, ojo por ojo y diente por diente, no necesito yo ahora de amorosas contemplaciones, sino de trabajadores del mal que me ayuden en mi obra, no es tiempo aún de pedir amor, sino de procurar el sufrimiento de mí mismo, caí al fondo del abismo del pecado, mas si tiempo tuve para caer, tiempo tendré para levantarme, y con verdadero heroísmo

sigue su marcha por un camino lleno de espinas, sin pensar que éstas se convierten en flores.

La filosofía de ese Espíritu te hace falta a ti Amalia, si la tuvieras ¡Cuántos sinsabores y contrariedades te evitarías!... pero cada Espíritu tiene su temple, y el tuyo nunca progresará por medio de la humillación, pagas tus deudas con inmensa amargura, cada desengaño te hiere, te humilla y te desespera, aunque estás convencida que es justo cuanto se sufre en las encarnaciones de expiación.

¡Pobres terrenales! Cuánto os pesa a alguno de vosotros la mole de vuestro pasado... a pesar de que miráis entre la bruma, el valle florido de vuestro porvenir.

Todo llega a su tiempo, toda cadena tiene su fin, la niña que tanto te impresionó, también dejará su cárcel y su filosófica resignación, tendrá el premio que en sí lleva la constancia y la fuerza de voluntad.

Adiós Amalia, sigue impresionándote con los que sufren, que las horas que piensas en los infortunados y en las desgracias ajenas comparándolas con las tuyas, son los únicos momentos que tu Espíritu está en estado más razonable, y mejor recibe las inspiraciones de los seres de ultratumba. Adiós.

Tiene muchísima razón el Espíritu que ha tenido la bondad de comunicarse, sólo en contacto con los grandes dolores, es cuando nuestro Espíritu sufre más resignado su expiación, que no por ser justa deja de hacernos sentir su enorme peso.

Dichosos los espíritus que, como la niña que tanto nos impresionó, en medio de su sombra... tienen luz...

CAPÍTULO XXIX

EXTRACTO DE UNA COMUNICACIÓN

En uso del libre albedrío que tiene cada individuo, nosotros hemos aceptado del Espiritismo todas las manifestaciones y procedimientos de muy buen grado, menos ***el hacer caridad a los espíritus***. Sin poderlo remediar, cada vez que vemos a un médium hacer visajes y contorsiones, lanzando maldiciones espeluznantes, dominado por un Espíritu en sufrimiento, se apodera de nosotros tal contrariedad que huimos de presenciar tales escenas, de escuchar los diálogos que se entablan entre el presidente del grupo o del centro que se dedica a hacer caridad a los espíritus. Mas siempre que hemos tocado este punto, haya sido de palabra o por escrito, hemos sido reconvenidos por cuantos nos han escuchado, pero recriminados duramente, diciéndonos que difundir la luz entre los ciegos era una obra de misericordia y ciego era el criminal empedernido que en sucesivas existencias, hacía el mal por el solo placer de ser hostil y feroz para con sus semejantes; a lo que siempre hemos contestado: y antes de ser conocido y practicado el Espiritismo en la Tierra, ¿Cómo abrían los ojos a la luz, los ciegos de entendimiento? Cuando no había médiums a quien molestar y entretener, (porque éstos no habían adquirido el menor desarrollo) ¿Qué hacía Dios con aquellos desventurados? ¿Los dejaba sumergidos en las tinieblas? Esto no parece posible; porque las leyes Divinas son de toda eternidad, y a Él no se le ocurrirá hoy, lo que no pensó ayer, por consiguiente, los espíritus en el espacio siempre habrán tenido guías y protectores que les habrán enseñado el camino del arrepentimiento y los medios más oportunos para salir del caos del dolor; y además, ¿Qué papel representa en el Universo la humanidad terrena? ¿Qué virtudes atesoran los habitantes del planeta Tierra? ¿Qué grados de progreso les hace marcar en la historia de los siglos, los hechos más culminantes de su vida? Triste y vergonzoso es confesarlo, pero en todos los tiempos se ha sostenido una lucha titánica y fratricida, el fuerte dominando al débil, y éste empleando la astucia y todas las malas artes para vengarse de su opresor; no ha habido redentor en la Tierra que no haya sido crucificado, no ha habido sabio que no haya sido objeto de ludibrio para sus semejantes en el cuerpo, mas no en la inteligencia.

Todos los grandes inventos han sido bautizados con las amargas lágrimas de su inventor. Toda religión, todo principio de moral ha sido maleado y explotado por la ambición insaciable del hombre. Todos los imperios más poderosos han levantado su solio sobre montañas de cadáveres. Los políticos eminentes, los que sostienen en sus tronos a los Césares, no son otra cosa que mercaderes de coronas. En la Tierra hasta el amor es un cambio de egoísmo. Y estos espíritus que viven en continua turbación, en uno de los mundos de peores condiciones que pueblan los espacios, son los encargados, son los elegidos para dar luz

a los que ya no tienen la camisa de fuerza de nuestra grosera envoltura. ¿Hemos de instruir a los que están más libres que nosotros?

El Espiritismo indudablemente tiene aún muchos puntos oscuros, y uno de ellos ha sido y es para nosotros **el hacer caridad a los espíritus**, pero como siempre que hemos tratado semejante cuestión, hemos adquirido enemigos y hemos sido objeto de agrias censuras, hemos concluido por decir: ruede la bola, estudiemos y algún día se sabrá la verdad.

Así las cosas, hemos seguido asistiendo a las sesiones espiritistas del Círculo de Buena Nueva, en el cual, en doce años que venimos estudiando las comunicaciones que da un buen médium parlante, nunca afortunadamente, éste ha servido de instrumento o de intermediario a espíritus en sufrimiento. Sus comunicaciones sencillas y dulces las unas, filosóficas y profundas las otras, han sido un curso de moral racionalista, digno de ser estudiado y archivado en la biblioteca del hombre más sabio; pero careciendo de taquígrafos nada ha quedado de tan buenas lecciones, más que alguna que otra historia que hemos recogido en fragmentos, o el extracto de alguna comunicación cuyo asunto nos pareciera digno de ser estudiado y comentado detenidamente; y a este género de comunicaciones, pertenece la que oímos el 22 de julio último; la que hubiéramos querido que la hubiesen escuchado todos los espiritistas de la Tierra; porque el Espíritu que se comunicó dijo grandes y profundas verdades, y tanto nos impresionaron sus palabras, que le pedimos que nos inspirara para trasladar al papel algunos de sus conceptos; y aunque muy imperfectamente haremos el extracto de un discurso, quizá el más notable y de mayor trascendencia que hemos oído sobre Espiritismo. Dijo así el Espíritu:

“Hermanos míos, voy a tocar un tema que ha sido muy discutido, que ha levantado gran polvareda entre los espiritistas, y éste se reduce a hacer una pregunta sencillísima. ¿Es útil, es conveniente hacer caridad a los espíritus?”

“¿Qué son los espíritus para los terrenales? Seres invisibles que se comunican con determinadas personas, las cuales tienen condiciones medianímicas apropiadas, para recibir de distintas maneras el pensamiento y la voluntad de los que un día habitaron en la Tierra. ¿Podéis responder de su identidad? No; podéis deducir, conjeturar y hasta creer que será éste, o aquél, unas veces porque le ven los médiums videntes, otras porque dicen lo que sólo uno de sus deudos sabe, pero la completa y absoluta seguridad de que el que se comunica es Juan, Manuel o Pedro, esa no la podéis tener, la identidad sin duda es completamente imposible; luego al hablar con los espíritus, habláis con seres enmascarados que pueden reírse de vosotros a mandíbula batiente (si la tuvieran), como se ríen vuestras máscaras en las fiestas del carnaval, de aquellos que se empeñan en adivinar, quién será el bullanguero encapuchado sabedor de secretos y deslices. Y a estos seres que no conocéis, que ignoráis por completo cómo vivieron y cuales fueron sus aspiraciones en la Tierra, si se os presentan gimoteando y destrozando al médium, decís con acento compasivo:

¡Pobrecito! ¡Cuánto sufre! ¡Qué turbación tan horrorosa! Es preciso no dejarle en la oscuridad. Escucha buen Espíritu, ¿Tú no sabes que hay Dios?...A esta pregunta el pobre médium suele ser arrojado al suelo y maltratado por el Espíritu que reniega y maldice hasta su sombra; y los inocentes espiritistas sin cuidarse de lo que sufre el médium, principian a exhortar al Espíritu en turbación y a decirle: mira, atiende, escucha, ¿Tú no sabes rezar? ¡Ah! Tú no sabes el consuelo que se encuentra en la oración, ora, buen Espíritu, ¡Elévate! ¡Elévate! Y encontrarás a Dios”

“¡Infelices! (que no merecen otro nombre los que se asocian a los comediantes del espacio) ¿Pensáis que un Espíritu empedernido en el crimen se eleva en el breve plazo de algunos segundos? No; necesita siglos para engrandecerse y aspirar el perfume divino de la oración. ¿Por qué sois tan torpes? ¿Por qué no estudiáis en vuestra propia vida? En vuestra misma familia no faltará un ser más descreído que vosotros, que se ría de vuestras creencias y al que predicáis continuamente para que entre en el redil, y cuántas veces, después de escucharos os dice con la mayor indiferencia: bueno, allá veremos; y a su vez aprovecha la ocasión que cree más propicia para ridiculizaros y atraeros a su escepticismo, sin que vuestro trabajo obtenga más fruto que el que alcanzar pudiera un misionero, predicando en un desierto día tras día.”

“Vosotros mismos, si os miráis sin usar el antejojo del amor propio, reconoceréis que de cien defectos, sólo os habéis despojado por completo de **uno**, después de estudiar años y años el aforismo de la moral eterna: **no hagas a otro, lo que no quieras para ti**. Ahora bien, ¿Cómo queréis, ¡Pobres ciegos de entendimiento! Que los criminales se rediman en un segundo, si vosotros sin serlo, tardaréis muchos siglos en redimirlos?”

“¡Redimir!... he aquí la eterna monomanía de la humanidad; pero siempre queréis redimir a los que están más lejos, olvidándose de vosotros mismos, y luego de aquellos que llamáis salvajes y que habitan en regiones, en las cuales aún no habéis puesto vuestra planta. ¡Tanto como tenéis que hacer aún en ese planeta, tanto como tenéis que colonizar, tanto como tenéis que aprender para enseñar e instruir, a las masas embrutecidas por la barbarie de la ignorancia!... y perdéis un tiempo precioso ridiculizando al Espiritismo, convirtiendo un estudio serio y profundo en irrisible pantomima, en comedia que por vuestra torpeza puede muy bien convertirse en tragedia”.

“¿Queréis hacer caridad a los espíritus? Comenzar por vosotros mismos, moralizando vuestras costumbres y dulcificando vuestros sentimientos; engrandeciendo vuestros ideales y sublimando todas vuestras aspiraciones, siendo modelos acabados de mansedumbre y de templanza, esa es la mejor **caridad** que podéis hacer a los que os necesitan. No levantéis un nuevo monumento a la superstición, no hagáis del Espiritismo una farsa indigna entre los miserables de arriba y los imbéciles de abajo, aprovechad mejor el tiempo estudiando, que nada sabéis todavía del mundo de los espíritus, pues sólo sabéis que el alma no muere, pero ignoráis en las condiciones que se encuentra, pues

en vuestras afirmaciones todo es hipotético, os pondré un ejemplo sencillo:

¿Saben los hombres honrados lo que pasa dentro de los presidios? No; acuden a ver a los confinados, les aconsejan, les exhortan y sus palabras resuenan en los oídos de los penados como una música más o menos armoniosa, que al cesar la cadencia cesa la impresión, y su género de vida no sufre alteración alguna, porque siempre se inclina el Espíritu del lado de la rutina y de la costumbre, pues de igual manera, los espíritus criminales no se convierten por los consejos de aquéllos a quienes toman en su malicia y perversidad como juguete y entretenimiento, complaciéndose en atormentarlos y en obsesarlos sin compasión”.

¡Cuánto tiempo malgastáis! ¡Cuántas horas perdéis en inútiles predicaciones, conversando con los de arriba mientras abandonáis a los de abajo!...

“¿Creéis que os faltan en vuestro planeta espíritus en turbación? Miraos a vosotros y veréis que ocupáis el primer lugar entre los seres ofuscados”.

“Estoy leyendo en vuestro pensamiento que se hace la siguiente pregunta. ¿Todos los espíritus en sufrimiento que se comunican, son unos impostores? ¿Todos engañan? No todos precisamente; pero tened entendido que el Espíritu que de buena fe llega a vosotros para contaros sus penas, respetará al médium y no le hará sufrir, ni tampoco dirá con fingido alborozo ¡Qué bien me encuentro! ¡Ya veo la luz! ¡Cuán feliz soy! No, nada de eso; porque tenedlo bien entendido, no sois los terrenales los encargados de dar luz a los habitantes del espacio, porque aún vivís en completas tinieblas, porque sois unos infelices cargados de penalidades y no sabéis siquiera la mayoría de vosotros, de qué se compone el aire que respiráis. No tratéis de redimir a nadie, que harto trabajo os costará redimirlos en el transcurso de los siglos”.

“Aprovechad mejor el tiempo, estudiad, analizad, comparad y haréis la mejor obra de caridad porque veréis nuevos horizontes y dejaréis de representar farsas ridículas, queriendo convertir muchas veces a quien sabe más que vosotros, en todos los sentidos”.

“Los espíritus no necesitan caridad, en el Espiritismo no hay ánimas del purgatorio que esperen misas y responsos, las leyes eternas se cumplen sin intervención de nadie; los espíritus se estacionan o adelantan según sus grados de progreso ¡Y cuántas comedias se han representado hasta ahora en los Centros Espiritistas! Porque no ha habido tal conversión y sí sólo la burla de los de arriba y la supina ignorancia de los de abajo”.

“Repetid mis palabras y no temáis al estamparlas en el papel, que ellas den lugar a protestas, decid siempre la verdad, que la verdad os hará libres. De verdades está sedienta la humanidad, tenedlo bien entendido, haced que la razón sea el manantial inagotable que calme la ardiente sed de las generaciones del porvenir. Adiós”.

Ésta fue la síntesis de la comunicación, su lenguaje fue correcto y elocuente, y hartos sentimos no haber podido copiar fielmente sus

menores palabras, pero en la ruda lucha de la vida no siempre se dispone del tiempo necesario, no siempre se pueden emplear todas las horas en trabajos intelectuales; mas aunque muy imperfectamente, no hemos querido dejar de transcribir algunos fragmentos de tan valiosa comunicación, que ha venido a corroborar nuestra opinión de que los espíritus no necesitan caridad; al menos en la forma que hasta ahora se ha venido haciendo, y creemos que el mayor bien que les podremos hacer es convertir la Tierra en un mundo de paz y de amor; paz y amor que hasta el presente desconocemos, pues los terrenales no se quieren, no se aman, únicamente se toleran, la tolerancia es lo que hoy simula el amor en el seno de la familia; que los espíritus perversos cuando se acerquen a la Tierra no vean más que familias felices, y la contemplación de nuestras virtudes, será para ellos la mejor obra de caridad.

CAPÍTULO XXX

HACER CARIDAD A LOS ESPÍRITUS

En el numero 20 de La Luz Del Porvenir publicamos un artículo titulado, “**Extracto de una comunicación**” y en él nos ocupábamos de si era, o no, conveniente hacer caridad a los espíritus. Expusimos francamente nuestra humilde opinión y aquí fue Troya: de Valencia, de Veracruz, de Alicante, de Buenos Aires y de otros puntos, recibimos cartas y artículos impresos protestando de nuestro modo de pensar, y sea porque no expusimos bien nuestros pensamientos, o porque no nos han entendido, lo cierto es que hemos encendido la tea de la discordia (metafóricamente hablando) entre algunos espiritistas.

En este supuesto, nada más justo que escribamos uno o dos artículos más sobre este asunto, que aunque no pretendemos convencer a nadie, sí queremos dar más explicaciones sobre este particular, que tan interesante es a nuestro parecer y de tanta importancia para la vida racional del Espiritismo.

Nosotros respetamos y admiramos los trabajos verificados en la sociedad “Constancia” (de Buenos Aires), donde bajo una entendida dirección, personas competentes hacen profundos estudios. Sabido es que donde hay entendimiento claro, todo el trabajo que se emprende es útil; y para estos hombres entendidos no hablamos nosotros, que cada cual progresa según sus aptitudes especiales, según sus aspiraciones y sus conocimientos anteriores. En un Centro bien organizado como el que dirigía Kardec en París, Fernández en Barcelona, Ausó en Alicante, Torres Solanot en Madrid, Bassols en Zaragoza, etc... que en estas reuniones se hicieran toda clase de estudios sobre Espiritismo, nada más justo ni más conveniente, porque había una inteligencia superior para juzgar y apreciar (no diremos con un criterio infalible), porque en la Tierra no hay ningún hombre que lo sea, al menos razonablemente. Nosotros no combatimos a las personas sensatas que emplean su tiempo en convencer de sus errores a los habitantes del espacio, porque todo es un estudio de más o menos aprovechamiento, pero estudio e investigación al fin. Lo que nosotros hemos combatido, combatimos y combatiremos siempre, es que personas completamente ignorantes hagan caridad a los espíritus porque esta clase de comunicaciones y de intimidades con los seres de ultratumba, es más peligrosa que el manejo de armas de fuego, por niños que desconocen el mecanismo de las pistolas o escopetas que en mala hora cogieron.

Hacer caridad a los espíritus, es un estudio, es un trabajo, es una investigación que debe revestir tal seriedad y examen tan minucioso, que sólo personas competentes deben dedicarse a ella, pero no las personas ignorantes, no los seres viciosos de conducta reprehensible que por pasatiempo, por curiosidad y hasta por interés propio, se dedican a perder algunas horas pronunciando pláticas insulsas y dando consejos vulgares o haciendo preguntas impertinentes

que dan por resultado relaciones terroríficas de los espíritus en sufrimiento, gemidos, sollozos y al fin un grito de alegría, porque han visto la luz, ¿Y la luz dada por quién? Por alguna mujer murmuradora que antes y después de la sesión, saca a relucir las faltas de cuantos conoce, o por algún hombre que vive escandalosamente fuera de su hogar.

Antes que espiritistas somos racionalistas, la razón es nuestro escudo, nos dirán que hay médiums admirables, (nosotros los hemos conocido) cuya conducta dejaba mucho que desear y que sin embargo sus comunicaciones eran un código de perfecta moral. Esto es muy distinto, el médium es un instrumento nada más, y tanto es así, que a médiums hemos conocido, que se reían de los fenómenos espiritistas y decían que no los creían, en cambio los directores de los grupos familiares (que es donde hay monomanía de hacer caridad a los espíritus), éstos trabajan por su voluntad, éstos hablan, preguntan y amonestan y son los actores que desempeñan su papel mejor o peor aprendido, siendo su trabajo completamente distinto del que ejecutan los médiums.

Nos preguntan de Veracruz si no es útil orar por los espíritus en sufrimiento, y a esto contestamos: que la oración es una expansión del alma que se ha prostituido por el abuso que de ella han hecho las religiones. Rezar, se reza a todas horas, es una lección aprendida en la infancia que se repite como una canción popular, pero orar... se ora.... muy pocas veces en la vida con ese fervor, con ese íntimo deseo de que Dios escuche nuestro ruego.

Ora la huérfana, ante el cadáver de su madre.

Ora el anciano, ante la cuna vacía de su nieto más querido.

Ora la madre, ante la tumba de su única hija.

Ora la mujer enamorada pensando en su esposo ausente.

Ora el padre de familia cuando ve que la miseria invade su hogar y él no tiene fuerzas para rechazarla.

Ora la mujer abandonada recordando su niñez.

Se ora en fin, siempre que se siente mucho, y para sentir es necesario que se agite nuestro ser por los grandes dolores que envenenan la vida, y esa oración suprema no se pronuncia pensando en los seres que sufren en el espacio, podrá pedirse por ellos en el momento que nos impresionen sus quejas, pero luego... se rezará a su memoria, se repetirán palabras, pero no se orará con ese íntimo sentimiento, que es el que tiene poder suficiente para conmover hasta el duro granito.

Creemos que a muchos espiritistas les pasa lo que a la novia del cuento, que compró la cuna antes que el lecho nupcial. Si aún no sabemos complacernos mutuamente, si aún nos dejamos abandonados los unos a los otros ¿Para qué rezar por los de arriba sin antes proteger a los de abajo?

¡Hacer caridad a los espíritus! ¡Y mientras, se dejan a muchas familias espiritistas que se mueran de inanición! Estudien en buena hora los hombres de talento, investiguen, analicen, busquen los secretos y los arcanos de la vida espiritual en los seres de ultratumba,

pero no profanemos los santuarios de la ciencia, los que no tenemos más que ligeras nociones de la supervivencia del alma, no queramos coger el fruto sin antes haber sembrado la semilla. Si en esta existencia no podemos hacer más que mejorar nuestras costumbres, no nos demos por descontentos, ya volveremos mejor preparados y entonces podremos relacionarnos más íntimamente con los espíritus, como vimos que se relacionaron Kardec, Fernández, Palet, y otros muchos sin tocar consecuencias funestas ni perder el tiempo lastimosamente.

En la Tierra tenemos mucho que hacer los espiritistas, sin entremeternos en libros de caballería, los que no tenemos instrucción, los que tenemos que ganarnos el sustento trabajando todo el día.

¿Acaso es preciso en las sesiones familiares ocuparse en rescatar cautivos? Lo primero de todo es leer y comprender lo que se lee, con estudiar cuanto han escrito Kardec, Pezzani, Flammarion, Manuel González, Torres Solanot, Amigó y Pellicer, Navarro Murillo, William Crookes y centenares de obras espiritistas que hay al alcance de todas las inteligencias, es la mejor caridad que a sí mismos se pueden hacer todos los que carecen de instrucción, que el no saber no es ningún delito, y si nos hacemos la caridad de estudiar, entonces es muy santo y muy bueno que nos dediquemos a convertir infieles del espacio, si tal es nuestro deseo, pero hoy por hoy, exceptuando los Centros formales donde hombres sensatos estudian las fases de la vida espiritual, en los grupos familiares por regla general, si no se contentan con las sencillas comunicaciones de deudos y amigos, se corre el riesgo de ser engañados por las máscaras del espacio que se cambian de antifaz y modulan la voz a su capricho y a su placer.

Antes que espiritistas somos racionalistas, y encontramos que la mejor caridad es conocer nuestra ignorancia y nuestra pequeñez que no nos permite dar luz a nadie, cuando de ella carecemos una gran parte de los espiritistas.

2ª PARTE

HACER CARIDAD A LOS ESPÍRITUS

Por tercera y última vez, nos ocuparemos de una cuestión que ha levantado una gran marejada entre los espiritistas, los unos nos recriminan duramente llamándonos materialistas, los otros nos llaman desertores de la escuela de Allan Kardec, y los menos nos dicen ¡Adelante! Ha puesto Ud. el dedo en la llaga, ¡Todo por la verdad! Como decía el inolvidable Palet.

No nos gustan las polémicas inútiles, porque no lograremos llevar el convencimiento a la mente de aquellos que buenamente encariñados con dar luz a los ciegos, les parece una verdadera profanación lo que nosotros decimos. Nunca creímos convencer al que está completamente opuesto a nuestro modo de pensar, lo único que nos ha movido a decir algo sobre este particular es la consideración siguiente:

¿Dijo Allan Kardec la última palabra en las obras fundamentales del Espiritismo? No, porque esto sería detener la marcha majestuosa del progreso. Él habló sencillamente para que las multitudes le entendieran, él formuló muchas y variadas oraciones, porque comprendió que las almas acostumbradas a tener templos para rezar, no podía dejárselas sin el consuelo de una plegaria repetida en diversos tonos. Él habló a todas las inteligencias humildes, porque son las primeras que aceptan todas las predicaciones que les ofrecen un porvenir de redención. Él hizo un trabajo cuya importancia no comprendemos aún, porque sólo el tiempo agiganta a los reveladores de nuevas verdades.

Él despertó en la generalidad el sentimiento de la compasión, porque éste es el primer paso que da el Espíritu para dulcificar su rudeza, y esta compasión la extendió hacia los seres desencarnados, despertando el interés por las comunicaciones de los espíritus, diciendo alguno de los buenos creyentes con el mayor entusiasmo:

-Yo tengo una gran habilidad para convertir a los ciegos del espacio; ya tengo aprisionados en un saco fluídico a tantos o a cuantos espíritus. Ayer tuve un día feliz, les di la libertad a cien espíritus que gemían en la obscuridad, y este procedimiento para nosotros, es lo mismo que la fe y la esperanza que tienen los católicos romanos en tal Virgen, más milagrosa que ninguna, o tal Cristo que suda sangre y llora los desaciertos de la humanidad.

El hacer la caridad a los espíritus sin tener la más leve noción del Espiritismo, sin conocer qué es el fluido, sin comprender en lo más sencillo la vida de ultratumba, ¿Cómo puede asegurarse que uno no es víctima de un engaño, de una superchería? Si desconoce por completo las malas artes de los espíritus, si no puede distinguir la mentira de la verdad. Si la identidad es poco menos que imposible con

los seres desencarnados. ¿No se pierde un tiempo precioso exhortando a quien no se conoce?

Habrán espiritistas tan convencidos como nosotros, de la verdad innegable de la comunicación ultraterrena, pero más que nosotros no, porque le hemos debido al conocimiento del Espiritismo las horas más hermosas de nuestra vida. Nosotros no abjuramos de creencias cimentadas en el estudio y en la manifestación de los espíritus, únicamente disentimos en algunas prácticas porque las consideramos muy peligrosas y no queremos catástrofes como las que ya hemos presenciado.

Recordamos a una médium (muy bella por cierto) que se quedaba en éxtasis, cuando el Espíritu de la Virgen María (según aseguraba una vidente) se apoderaba de ella; en aquellos momentos solemnes la médium decía que tenía poder para convertir a los espíritus en sufrimiento, y una noche si no se la desnuda violentamente queda asfixiada aquella infeliz, dominada por fuerzas superiores y desconocidas, y por hacer caridad a los espíritus, ¡Qué consecuencias tan fatales para todos los que estaban en la reunión, si aquella pobre mujer pierde la vida!

Dicen que nosotros queremos establecer privilegios, no y mil veces no, pero ¿Cómo nos ha de inspirar la misma confianza para tratar con los espíritus, una persona completamente ignorante en la ciencia espírita, y un hombre que haya perdido la lozanía de su juventud, arrancando secretos a la comunicación de ultratumba? Este último ¿No parece más indicado para levantar una punta de ese velo que cubre lo desconocido?

Nadie como el verdadero espiritista comprende que no hay más privilegio que el trabajo individual y el afán que tiene cada uno de progresar dentro de su esfera.

Si todas las ciencias necesitan tan profundos estudios, para conocer una mínima parte de sus propiedades y manifestaciones, el Espiritismo que es la ciencia de las ciencias, ¿No necesitará investigaciones analíticas? ¿No será necesario un detenido examen de las comunicaciones de los espíritus? ¿No será indispensable poseer una buena parte de sentido común, para saber apreciar los consejos e instrucciones de ultratumba?. Creemos que sí, creemos que ante todo debe uno tratar de adquirir los conocimientos rudimentarios, para comprender algo de ese gran todo llamado Espiritismo.

No sabemos si por suerte o por desgracia, hemos tocado muy de cerca las consecuencias tristísimas de la impremeditación de algunos espiritistas, tan creyentes y tan bondadosos como ignorantes en la cuestión de tratar con los espíritus, para lo cual se necesita no sólo un estudio profundo de cuanto concierne a la vida de ultratumba, sino también conocimientos adquiridos en otras existencias, que se manifiestan por una doble vista sorprendente y una penetración maravillosa, condiciones indispensables para emprender la difícil tarea de **hacer caridad a los espíritus** y saber distinguir entre el alma apenada y afligida y el ser que se divierte haciendo padecer a los médiums, estorbando las sesiones con su obstinada permanencia en

ellas, entreteniéndolo horas y horas al auditorio con monosílabos entrecortados, arranques violentos y una carcajada burlona por punto final.

Será muy bueno y muy santo hacer caridad, pero ha de hacerse con conocimiento de causa, es preciso saber a quien se hace la caridad. Dice un antiguo refrán: haz bien y no mires a quien, y ese aforismo lo rechazamos, porque dar sin saber qué clase de persona lo recibe, es exponerse a fomentar el vicio quitándole al verdadero necesitado un consuelo y un alivio en su dolor. Pues esto mismo sucede con los seres desencarnados, hay espíritus que verdaderamente escuchan con atención profunda, los consejos y explicaciones de los directores de los Centros Espiritistas y lentamente aquel alma adormecida va saliendo de su letargo, y estos mismos consejos le son perjudiciales al Espíritu hipócrita y burlón que se divierte abusando de la credulidad y de la buena fe de algunos espiritistas (confiados en demasía), porque se le da ocasión propicia para engañar, entretener y hacer perder el tiempo inútilmente.

No todos sirven para esa clase de trabajo, nosotros por ejemplo, que llevamos más de quince años trabajando continuamente, en la propaganda del Espiritismo, con verdadero entusiasmo, con íntima y profunda convicción de que la comunicación de ultratumba es la manifestación de la vida del infinito, si nos viéramos precisados a dirigir un Centro Espiritista, confesaríamos ingenuamente que no tenemos condiciones para ello, porque no sabemos distinguir el oro del oropel. Nos sucede a veces que no nos satisfacen algunas comunicaciones, que dudamos cuando los espíritus dan nombres de eminentes sabios, en silencio rechazamos cuanto nos parezca que está reñido con el sentido común, pero no sabemos discutir con los espíritus y conociendo nuestra insuficiencia enmudecemos, en cambio, hemos visto muchas veces a hombres del pueblo dirigiendo perfectísimamente una sesión por borrascosa que haya sido, manteniendo a raya a los espíritus perturbadores.

No nos han comprendido al lanzar sobre nosotros, el anatema de que **ya no somos espiritistas** porque no nos gusta **hacer caridad a los espíritus**.

Por mirar en el estudio razonado del Espiritismo, la regeneración social, por creer que sin esa creencia eminentemente racional y profundamente lógica, se hace imposible el progreso en la humanidad, por considerar que la comunicación de los espíritus es la verdad innegable de todos los tiempos, por encontrar en la vida de ultratumba el complemento de la vida terrena, por hallar en los seres invisibles amor inmenso, consejos evangélicos y todo cuanto puede dar aliento al desheredado de la Tierra, por eso no queremos que las sombras del error y de la superchería tiendan su negro manto sobre la luz esplendente del Espiritismo, por eso queremos estudio, porque sin saber no se va a ninguna parte. No basta la buena voluntad, nuestra voluntad es inmensa y sin embargo, cuántas veces nos dicen los espíritus:

“Te daríamos comunicaciones científicas, pero... no sirves para recibirlas, por esta vez el templo de la ciencia está cerrado para ti”.

Cuando leemos ciertas descripciones de lo que acontece en los Centros dedicados a hacer caridad a los espíritus, decimos con profunda tristeza ¡Cuánta ignorancia!

En Santiago de Cuba hay un Centro, donde sólo se dedican a enseñanzas morales, se reciben instrucciones dignas de ser grabadas con letras de oro en mármoles y bronces, tal es la sana moral de sus sencillas palabras y evangélicos consejos.

Para demostrar la verdad de lo que decimos, copiamos a continuación **los Diez Mandamientos de la Ley del Amor:**

1º) Ama al Creador con toda la fuerza de las tres potencias de tu Espíritu y ama a todas las criaturas del Creador en Él, porque son sus hijos, pues el Creador, está en todas sus criaturas, como sus criaturas están en Él.

2º) No jures por el Creador, porque la criatura no es quién para poner al Padre Celestial por testigo de sus palabras u obras, evita la maledicencia, la murmuración, la injuria etc., porque se resiente la ley del amor, y son juicios que proceden del mal, propios de espíritus imperfectos.

3º) No te olvides nunca de recurrir con la oración a tu Padre Celestial, y santifica en todos los tiempos su nombre, con tus buenas obras.

4º) Honra a tu padre y a tu madre con tus virtudes, pero sobre todo honra a tu Padre Celestial con tu amor y tu progreso moral.

5º) No mates, porque al quebrantar la ley del amor, pronuncias tu sentencia de muerte, ante la justicia infalible, en sucesivas existencias. Este crimen es propio de espíritus impuros.

6º) No te entregues a la prostitución, porque buscando el deleite encontrarás el dolor, engendrando después hijos de tu materia, que no serán más que camisas de fuerza para espíritus en sufrimiento, en esto se resiente la ley del amor y es propio de espíritus descreídos.

7º) No hurtes, porque quebrantas la ley del amor, pues los intereses que se adquieren por este medio, son los mismos que el agua que se hecha en vasija rota y hay que devolverlos a su dueño, después de sensibles expiaciones, en existencias sucesivas, por la ley de la justicia infalible. El apropiarse de los bienes ajenos, es propio de los espíritus inferiores.

8º) No levantes falsos testimonios ni mientas; porque se resiente la ley del amor, no podemos mintiendo ser hijos del Padre

Celestial en verdad, porque Él es el infinito de las perfecciones y la mentira es propia de espíritus pequeños.

9º) No desees a la mujer de tu prójimo, porque quebrantas la ley del amor, en razón de que cometes un sacrilegio en el hogar, templo del amor, de la familia, y es propio de espíritus impuros. Tampoco desees otra mujer, más que la propia, a la que debes amar y con la que debes vivir y sentir lo mismo, porque el matrimonio es el árbol del bien, que por el ejemplo, la educación y la moral evangélica, ha de producir en los vástagos el fruto, y en el mundo por el trabajo, la ciencia y el progreso, en futuras generaciones.

10º) No desees los bienes ajenos porque se resiente la ley del amor. Confórmate con lo que tengas, porque cuantos más intereses en el mundo adquieras, más grande será la liquidación ante la justicia infalible y la deuda que te resulte pasará a una cuenta nueva en sucesivas existencias, siendo desgraciado y pobre, hasta que pagues el último céntimo. El desear los bienes de los demás, es propio de espíritus envidiosos.

Estos diez mandamientos se encierran todos en uno, que es, amar al Creador, y a sus criaturas en Él.

Hasta que el amor de madre en toda su pureza no domine en general a la humanidad de este mundo, no conoceremos la felicidad, y los espíritus invisibles y encarnados de la Tierra, seremos más o menos desgraciados, porque desconocemos a Dios que es el amor infinito.

Los consejos que hemos copiado respiran sencillez y bondad, en cambio en ese mismo Centro que se dedican a hacer caridad a los espíritus, presentan el siguiente ejemplo de una escena de conversión:

En la noche del siete del pasado mes de Diciembre se presentaron al vidente, hallándose reunida la sesión, cinco espíritus que dijeron haber sido cardenales, y que venían de Portugal.

Pregunta - ¿Decidme buenos espíritus, por qué razón venís desde Portugal a Cuba y os presentáis a nosotros?

Respuesta - Venimos a buscar la conversión, porque donde estábamos no se conoce la Oración ni la Caridad, para los pobres espíritus que nos hallamos en sufrimiento, y espíritus buenos del espacio, misioneros que están conquistando lo mismo que en la Tierra, para buscar el bien y salvarnos del mal, nos han dicho id a Cuba a buscar la conversión.

Pregunta - Buenos espíritus escribid vuestros nombres.

Respuesta - El médium toma el lápiz y escribe, cardenales: Joaquín Huertas, Manuel López, Serafín Vicen, Ignacio Miyares, Modesto Moncada.

Pregunta - ¿Dónde fue vuestra caída?

Respuesta - En Madrid el año quince de este siglo, contestó por sí, el que estaba escribiendo, y al concluir se presentó otro Espíritu que

dijo haber caído el año treinta en Madrid y llamarse Pascasio Ruiz y que venía agregado a los cardenales, a buscar la conversión.

Convirtiendo a estos espíritus se presentó al vidente un Espíritu a la puerta de la casa en traje de gran etiqueta.

Pregunta - ¿Qué se ofrece buen Espíritu?

Respuesta - Vengo de Guanajay con cincuenta espíritus más, que son los que están en la calle detenidos, a buscar la caridad y la conversión, porque si Ud. no nos la hace ¿Quién nos la va a hacer? Porque estamos como los ciegos de nacimiento y deseamos ver la luz espiritual.

Ante la sana lógica, ante la razón, ante el sentido común ¿Qué habla más al alma? ¿La evangélica comunicación de los mandamientos de la Ley del amor, o los cincuenta espíritus detenidos en medio de la calle, esperando que les ilumine porque están como los ciegos de nacimiento?

Por nuestra parte diremos para concluir que por lo mucho que nos interesa la propaganda del Espiritismo, porque rendimos ferviente culto a las comunicaciones de los espíritus, queremos que los espiritistas se hagan la caridad de conocerse a sí mismos, y cada cual trabaje en el terreno que le pertenezca. Los más sabios no son por privilegio, sino porque han trabajado miles de existencias, esos que se dediquen a investigar y analizar los efectos desconocidos de las leyes naturales, y pregunten a los espíritus qué misterios encierra la vida de ultratumba, y los obreros de última hora, los que sólo tenemos buena voluntad contentémonos con ir quitando piedras del camino sin meternos en honduras de hacer caridad a los espíritus, porque es muy fácil, que si los ciegos guían a otros ciegos, todos resbalen y caigan en el abismo.

El estudio del Espiritismo, reclama ante todo que no se resuciten nuevos fanatismos, la comunicación de los espíritus es luz y verdad, no arrojemos sobre ella la sombra del error.

CAPÍTULO XXXI

LAS PLAGAS DEL ESPIRITISMO

Dice Castelar, (muy oportunamente) que no hay ningún hombre a la altura de su idea. Es muy cierto, ciertísimo, por eso sin duda alguna, muchos espiritistas tienen sobra de buena fe, y falta de sentido común, siendo su mayor desgracia la de ser médiums.

La mediumnidad en ciertos seres es una verdadera calamidad, porque les convierte en el hazme reír de los desocupados, de los maliciosos y de todos aquéllos que se complacen en evidenciar las debilidades ajenas, viendo como suele decirse, la paja en el ojo ajeno, sin ver la viga que llevan en el suyo.

Entre las plagas del Espiritismo, figuran en primera línea los médiums ignorantes, aquellos que con una fe inmensa, creyendo que cada Espíritu es semejante a Cristo, escuchan con el mayor recogimiento las palabras que les dictan los seres de ultratumba, copiándolas con verdadera veneración, aunque sea un escrito, como se dice vulgarmente, sin pies ni cabeza.

En esta clase de comunicaciones, abundan los anuncios proféticos de mejores días, y a veces, por el contrario, predicen calamidades y castigos para las gentes de poca fe. Pero todo esto, dicho con más desatinos que palabras: lo que a nosotros nos causa profunda pena, pues vemos que la ignorancia es perjudicial en todas las escuelas y muy perjudicial también en el Espiritismo Filosófico; porque lo más sublime, lo más grande, lo que más hace pensar y discurrir a los profundos sabios, queda reducido en poder de los ignorantes a una serie de comunicaciones insulsas que hacen reír a los indiferentes, y hacen llorar a los que verdaderamente conocen y estudian las verdades fundamentales del Espiritismo.

Hay una especial monomanía en crear Centros Espiritistas y desarrollar médiums, sin escoger con prudencia un presidente o director que sea medianamente entendido, que sepa distinguir fácilmente el oro del oropel, y no se deje engañar por los espíritus, que tomando nombres retumbantes (que nunca les han pertenecido), dicen las mayores simplezas y majaderías, que son aceptadas como artículos de fe.

En estos centros se dedican con preferencia, a las curaciones, y nada más cómico que una de esas sesiones en que unos cuantos infelices (no infelices por su humilde posición social, sino por su falta de entendimiento), le van explicando al médium sus dolencias y padecimientos, y éste, magnetizado por los espíritus, va recetando las medicinas más vulgares que ya dieron al olvido nuestros abuelos, por haber dado la ciencia médica pasos de gigante con el sistema homeopático el dosimétrico, el hidroterápico y otras muchas aplicaciones que hoy tiene la medicina y que emplean admirablemente el Dr. Pasteur, el Dr. Ferrán y otros sabios dedicados al bien de la

humanidad, a su mejoramiento físico que tan necesario es para su engrandecimiento intelectual.

Hoy que las leyes higiénicas están al alcance de todos, que hay gimnasios para el desarrollo de los seres enfermizos y anémicos, la medicina dada por los espíritus, compuestas de aceites antihistéricos, infusiones de distintas hierbas, unturas con bálsamos y bayetas amarillas para conservar el calor en la parte lesionada; este sistema de curación (verdaderamente primitivo), excita la risa entre los curiosos y causa honda pena entre los que conceptúan las comunicaciones de los espíritus, como uno de los bienes más inmensos que Dios ha concedido a la humanidad.

Las comunicaciones de ultratumba, que bien comprendidas, dan tanta luz sobre el pasado de las humanidades, sobre el presente de los pueblos y el porvenir de todas las razas... las comunicaciones de espíritus formales y sensatos, que dan tanta resignación a los desgraciados, haciéndoles comprender el porqué de su infortunio, las comunicaciones, que levantan el velo de lo desconocido y presentan nuevos y dilatados horizontes, las comunicaciones que nos hablan de la verdadera historia universal, mostrándonos las cunas de las religiones y los ídolos de los tiempos prehistóricos, las comunicaciones, que nos han revelado la existencia de innumerables humanidades, que habitan los mundos que ruedan en el Universo; las comunicaciones que son ciencia, vida y amor, cuando se las estudia con cordura cuando no se deja uno seducir por nombres de relumbrón; las comunicaciones que hacen más comprensible la grandeza de Dios; en poder de seres ignorantes, ¡Cuánto daño hacen a la humanidad!

En algunos Centros Espiritistas, ¡Cuánto sufrimos algunas veces! Diciendo con amarga tristeza: como bien dicen; de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.

Nada mejor que un buen Centro Espiritista, si en él se celebran distintas sesiones; para desarrollo de médiums, para estudios filosóficos, conferencias públicas y controversia entre dos escuelas, presidiendo en todas las reuniones, la seriedad, el buen deseo, y un recto criterio; y nada peor a la vez que un Centro Espiritista donde el presidente y los concurrentes, sean unos benditos de Dios que hayan dejado los santos de barro para postrarse humildemente y recibir las comunicaciones de Santa Teresa, (que es una santa que siempre la traen a retortero en los malos centros espiritistas) lo mismo que de Magdalena, San Juan, San Pedro y otros varios santos de la corte celestial, que siempre están conversando con los espiritistas sobrados de buena fe y faltos de sentido común; porque se necesitan muy buenas tragaderas, para aceptar comunicaciones cuyo lenguaje ramplón, está muy lejos de asemejarse, al que usaban estos espíritus cuando estaban en la Tierra.

Si durante su vida fueron modelos de buen decir, y no se supo qué admirar más en sus escritos, si la forma, o el fondo. ¿Cómo han de haber retrocedido para hablar tantas simplezas y recetar medicinas, que sólo los más incultos campesinos hacen uso de ellas?

No basta para ser espiritista, decir:

“Yo creo que los espíritus se comunican, yo creo que sus consejos son luz y verdad, y que en sus cálculos son infalibles. Yo abduco mi entendimiento y mi voluntad y me someto humildemente a las prescripciones de los espíritus”.

Este modo de creer hace fanáticos, hace de seres racionales instrumentos inconscientes de voluntades de ultratumba, que no se sabe a punto fijo con el rumbo que navegan, pues mal se pueden conocer las intenciones de seres invisibles, cuando muchas veces desconocemos las de aquellos que se llaman nuestros más íntimos amigos.

En el espacio, lo mismo que en la Tierra, cada ser trabaja para engrandecer su ideal favorito, y hay espíritus que aconsejan a sus oyentes, que rindan culto a tal o cual creencia; por esto, lo de menos es recibir comunicaciones de los espíritus, lo que más interesa es estudiar y analizar los dictados de ultratumba, para no ser engañados y servir de juguete a los desocupados del espacio.

Hay que desconfiar mucho de los médiums que en una sesión sirven de intérprete a cuatro y cinco espíritus, pues por regla general, suele ser un solo espíritu que se comunica bajo diversos nombres, cual de todos, más notable en los fastos de la historia.

Un Espíritu de buena intención, no menciona generalmente su nombre, ¡Se han tenido tantos!... Que es completamente indiferente presentarse con uno o con otro, y si usa algún nombre cuando se familiariza, es indudablemente uno que no tiene importancia histórica de ninguna especie.

La verdadera comunicación, la que da un Espíritu deseoso de ser útil a los terrenales, se distingue por la sencillez y naturalidad del lenguaje, por sus justas y atinadas observaciones, sin llegar nunca al consejo imperativo que se convierte en mandato, sino que muy al contrario, deja completa libertad de acción a los que moran en la Tierra, pues sin el uso de su libre albedrío, dejaría de ser el hombre, responsable de sus actos.

Se conoce la buena influencia del Espíritu cuando el médium no se envanece de las comunicaciones que recibe, y escucha sin lastimarse su amor propio, las observaciones y censuras de que suelen ser objeto sus comunicaciones.

Los buenos médiums, son instrumentos puramente pasivos, que se prestan dócilmente siempre, que los espíritus no molestan en lo más leve su organismo; mas desconfíese de todo médium que se enoje porque se le diga que recibe malas comunicaciones, pues tan imperfecto es el Espíritu comunicante, como el transmisor de sus pensamientos.

Hay también otra plaga en el Espiritismo: **los apóstoles**; éstos son seres ignorantes la mayor parte de ellos, algunos de muy buena intención, que se creen los continuadores de la obra de Cristo, y otros, (que son la mayoría) no son más que unos pacíficos vividores, que prefieren la vida del azar y de la holganza a la sujeción del trabajo y al cumplimiento del deber; porque hay entre ellos hombres casados que han abandonado a su familia, para irse a curar enfermos por esos mundos de Dios.

Nada más grande que la mediumnidad curativa, nada más maravilloso en algunas ocasiones, pero nada tampoco más ridículo ni más perjudicial que las prácticas de algunos apóstoles queriendo alejar de los pacientes a los espíritus (que según ellos les atormentan), confundiendo las dolencias puramente físicas, con las obsesiones o malas influencias de enemigos invisibles.

Nada más admirable que el Espiritismo Filosófico, nada tan trascendental como las buenas comunicaciones de los espíritus, y nada tampoco más irrisorio que los malos Centros Espiritistas donde se escriben ***colecciones de anuncios espirituales y filosóficos***.

El Espiritismo no necesita de mansos corderos y humildes ovejas, no; lo que le hace falta, son hombres inteligentes y mujeres de buen sentido que sepan pensar por sí mismas, sin necesitar del confesor para ser buenas esposas, madres modelo y verdaderas hermanas de la caridad, consolando a los afligidos y velando por los enfermos.

Mucho hay que escribir sobre las plagas del Espiritismo, que muchas han caído sobre él, como sobre todos los grandes ideales; y aunque el Espiritismo, es semejante al Sol, no se oscurece su brillo porque el negro humo de la ignorancia levante sus densas nubes; es necesario deslindar los campos y decir: éste es el trigo y aquélla la cizaña.

El estudio razonado del Espiritismo es la vida.

La ciega credulidad en los mandatos de los espíritus, es la muerte de la razón y de la dignidad humana.

No confundamos la luz con la sombra.

No hagamos uso de la ciencia universal, para darle forma al fantasma del oscurantismo.

¡Espiritistas racionalistas! Rechazad con energía las plagas del Espiritismo.

CAPÍTULO XXXII

¡ LA GRAN LEY !

¿En qué consiste ésta? En la justicia de Dios, en dar a cada uno según sus obras, pero el premio merecido y el castigo justificado, no pueden apreciarse ni comprenderse, sin el profundo estudio del Espiritismo, porque al parecer, en la Tierra, los bribones, los malvados, y los entes más miserables suelen vivir nadando en la abundancia sin penalidades, sin enfermedades, sin nada que amargue sus horas, y en cambio las almas buenas, los seres inofensivos, sufren hambre, sienten sed, tienen frío y cruzan la superficie de este planeta, sin encontrar en su larga calle de la amargura, un Simón Cirineo que les ayude a sostener, el enorme peso de su cruz.

Antes de conocer la filosofía espiritista, nos llamaba mucho la atención el desequilibrio social, y llegó el día que concluimos por negar la existencia de Dios, pues no podíamos creer que viviera la injusticia amparada por su amor.

Siempre nos han horrorizado los males físicos, y aunque dijo Campoamor que:

Ante la horrible tempestad del alma
¡Las tempestades de la mar qué son!

Aunque es muy cierto, que la enfermedad del Espíritu es superior a todos los dolores, sin embargo, las dolencias físicas nos han producido siempre inexplicable espanto.

Esos enfermos prisioneros en un sillón o sepultados en el lecho, años y años, nos ha causado tanta angustia su contemplación, se han grabado en nuestra mente con tal fijeza sus doloridas imágenes, que las hemos visto en nuestro sueño y en nuestra vigilia, quitándonos la alegría de nuestras horas de solaz, pues al disfrutar en el campo de esa calma que adquiere el Espíritu contemplando las bellezas de la naturaleza, hemos recordado a los esclavos del dolor y hemos dicho:

¡Pobrecitos! ¿Por qué vivieron encadenados?

Entre los muchos enfermos que hemos tratado, nos causó penosísima impresión una buena y reducida familia que conocimos en Madrid, compuesta de dos hermanos Felipe Ruiz y su hermana Jaima, vivían en la más modesta medianía, se puede decir que con la escasez de la miseria.

Su pequeño cuarto, no contenía más que los muebles indispensables para no dormir en el suelo, no comer como los presidiarios y no sentarse a la usanza oriental. Él tendría treinta años, cuando después de haber sufrido mil penalidades en la guerra, le dieron la efectividad de capitán: sueño acariciado durante muchos años, y cuando le estaban haciendo el uniforme, cuando su hermana Jaima ya le veía en su mente, tan apuesto y tan elegante luciendo sus tres estrellas; después de haber comido el rancho desde temprana edad,

cuando ya se veía en la opulencia en comparación con la horrible miseria que les había atormentado toda su vida, cuando ya Felipe había sentado la cabeza; porque había sido un hombre de poco juicio, siempre en el garito, sin acordarse de su infeliz hermana que se moría de hambre poco a poco, cuando el arrepentimiento más espontáneo y más sincero había operado un cambio absoluto en el atolondrado Felipe, que quería a su hermana como si fuese su hija, pero a pesar de su cariño le había hecho verter mares de llanto, cuando en aquel hogar siempre triste y solitario se escuchaba de continuo la sonora voz de Felipe, hablando con sus compañeros durante la velada, mientras Jaima cosía tranquilamente mirando a su hermano con inmensa gratitud, por haber vuelto como el hijo pródigo diciendo: hermana mía, perdóname mis extravíos, mucho te he hecho sufrir, lo confieso, pero de hoy en adelante tendrás en mí un verdadero padre, que bien merece tu abnegación y tus sacrificios la recompensa de mi conversión.

Efectivamente, Jaima había sido un modelo de paciencia y de resignación, porque había sentido los horrores del hambre y por no descubrir las locuras de Felipe, a nadie acudió en demanda de auxilio, su hermano llegó una noche y se la encontró exánime, porque durante dos días no había tomado alimento. Ante aquella mujer heroica, Felipe se sintió humillado y cogiendo sus manos heladas, murmuró con inmensa amargura:

-¡Soy un miserable! Pero...yo sabré ser grande como tú, y desde aquella noche, aunque siguió imperando la miseria, por el atraso y las deudas contraídas, reinó entonces la más dulce tranquilidad, porque Felipe se dio palabra a sí mismo de no pisar más garitos, y lo cumplió; y cuando a fuerza de heroicas privaciones habían pagado las mayores deudas, cuando Jaima sonreía dichosa pensando en la transformación de su hermano, cuando habían recibido la más cordial enhorabuena por haber ascendido Felipe a capitán, éste llegó a su casa una noche diciendo:

-No sé qué tengo, me habrá cogido algún aire, todo el cuerpo me duele, me acostaré y tomaré un sudorífico, que mañana tengo que estar bueno porque entro de guardia.

Jaima, que para hermana de la caridad no habría tenido precio, se apresuró a abrigar a su hermano y pasó la noche intranquila, presintiendo su Espíritu la horrible tormenta que se iba a desencadenar sobre su hogar.

Al día siguiente Felipe se quiso levantar, se vistió con sumo trabajo y al ir a echar sus piernas, éstas flaquearon y tuvo que sentarse porque no podía sostenerse en pie. Vino el médico, éste pidió junta y después de sacrificios inmensos y de pasar meses y meses pidiendo a la ciencia médica un eficaz remedio, los doctores más renombrados declararon que la enfermedad de Felipe era incurable, padecía reblandecimiento de la médula espinal, y aquel hombre activo, apuesto y gallardo, vivió dieciocho años sentado en una silla, después de comer se paseaba por su aposento apoyándose en un bastón y en sillas que ponía Jaima formando una estrecha senda, y si alguna vez se aventuraba a salir con algún amigo, pagaba caro su salida del

cautiverio, pues casi siempre se caía sufriendo el golpe de la caída y la vergüenza de rodar por el suelo.

Diez años llevaría de enfermedad cuando le conocimos ¡Qué impresión tan dolorosa nos causó, la primera vez que le vimos! En su pequeño cuarto donde, como hemos dicho antes, faltaba casi lo más necesario; la compasión más inmensa nos hizo llorar contemplando aquel infortunio.

Era un hombre joven, con una posición honrosa, con un porvenir glorioso, porque tenía fama de valiente y en la carrera de las armas el arrojo es el mejor patrimonio, con una figura agradable, con mediana instrucción, con muy buen criterio, con grandes aspiraciones, con nobleza de sentimiento, y todas estas buenas condiciones, ¡De nada le habían servido!... dominado por fatal dolencia, sufriendo dolores inaguantables en sus débiles piernas, sentado en una pobre silla; años y años sin ver más que las paredes de su pequeño aposento, su vieja mesa cubierta con una bayeta verde y unos cuantos libros, periódicos y otros papelotes, allí moría lentamente un hombre que por la calle no había sabido ir nunca despacio, y que las horas que estaba en su casa, tenía que hacer algo para estar siempre en movimiento. Un hombre que había vivido en los campos de batalla y en ellos había soñado con ser generalísimo del ejército español, que jamás había temblado ante el enemigo, que amaba el peligro por temperamento y verse reducido a la impotencia sintiendo vértigos cuando quería dar un paso, pues su vista o su imaginación agrandaba de tal modo su reducido aposento que para él era una plaza inmensa y Jaima había de formarle un estrecho camino con sillas.

¡Pobre Felipe y pobre Jaima! Qué vida tan monótona pasaban; para ellos todos los días eran iguales, vivían muy pobremente, pues en medicinas gastaban más de la mitad de la paga, porque siempre Felipe aparte de su dolencia crónica tenía algún que otro achaque, así que no podían permitirse la menor distracción, siempre la misma comida. Ya podían venir fiestas que para ellos todos los días eran iguales, y aceptaban su martirio con tan heroica resignación, que siempre su casa estaba llena de infortunados que iban a pedirles consejo en sus aflicciones, y amparo en sus miserias y a pesar de que ellos carecían hasta de lo necesario, más de una vez vimos sentados a su mesa, niños huérfanos y ancianos desvalidos.

Cuando conocimos a esta desgraciada familia, aún no deletreábamos el A B C del Espiritismo, y al verlos tan buenos y tan desgraciados, decíamos con amargura: si es que Dios existe, ¿Cómo permite tanta injusticia? Algún beato ignorante dice; que Felipe sufre el castigo de sus locuras pasadas, pero la pobre Jaima que toda su vida ha sido una mártir ¿Por qué ha de pagar ahora culpas que no ha cometido? ¿No parecía más justo que disfrutara de tranquilidad y de alegría al lado de su hermano redimido? ¿No sería este hombre más útil a la sociedad habiendo podido crear una familia, llegando a ser un día por su valor un héroe que diera honra a su patria?

Pues, si a Dios (según los católicos), le basta un segundo de arrepentimiento para que el criminal empedernido, entre como el hijo

pródigo en el reino de los cielos, ¿Cómo a éste que tan manifiestamente se arrepintió, le niega la entrada y el sitio en el banquete de la gloria eterna?

¿Por qué esta pobre familia, que en medio de su miseria atiende a otros necesitados, no encuentra gracia ante la clemencia de Dios?

Si el que peca y se arrepiente, limpio queda de pecado, ¿Por qué Felipe es un mártir después de confesar y lamentar su falta? Y Jaima que no ha pecado, ¿Por qué ha de sufrir las consecuencias de ajenos desaciertos? ¿Por qué sus grandes y hermosos ojos han sido siempre copioso manantial de lágrimas abrasadoras? ¿Por qué se agotó su juventud sin haber aspirado el dulce aroma de las ilusiones? ¿Por qué tan amargas realidades para una mujer tan buena? ¿Por qué tanta miseria, y tanta estrechez para seres tan generosos, que se quitan el pan de su boca para dárselo al niño hambriento?

Éstas eran nuestras reflexiones, siempre que pasábamos algunas horas en compañía de aquellos dos seres tan buenos, tan dignos y tan sufridos; hasta que conocimos y estudiamos el Espiritismo, entonces otras fueron nuestras consideraciones; los contemplábamos y decíamos:

¿Qué habrán hecho ayer? ¿Qué páginas habrán escrito en la historia universal? ¿Qué tiranía habrán ejercido, para vivir hoy tan esclavizados?

Dieciocho años duró el martirio de Felipe y Jaima, hasta que al fin después de horribles sufrimientos, dejó su envoltura, quedando la pobre Jaima abrumada por una de esas penas que no tienen explicación posible, hay dolores que ni el que los sufre llega a comprender su intensidad, cuando se está en el período álgido de la prueba, no se sabe medir la profundidad del abismo en que uno se encuentra; se mide después, cuando desde el borde se mira al fondo, entonces es cuando se dice: parece imposible que haya tenido fuerzas para sufrir tanto. Por algo que no nos hemos podido explicar, a pesar de lo mucho que deseábamos saber sobre la vida pasada de Felipe, dejamos transcurrir bastante tiempo, nos parecía que no debíamos escudriñar la historia de su ayer, y sólo de vez en cuando nos atrevíamos a preguntar el estado de su Espíritu, hasta que últimamente el guía de nuestros trabajos literarios nos dijo así:

“Leo perfectamente en tu pensamiento y debo decirte, que no reprimas tus preguntas, sobre el pasado del Espíritu que tanto sufrió en su última existencia; puesto que el móvil de ellas no es la pueril curiosidad, ni es para hacer hipócrita y excesiva demostración de asombro, diciendo:

¡Qué malo fue! No; tú preguntas para enseñar, preguntas para hacer un sencillo y fiel relato, que sirva de útil ejemplo a aquellos que padecen y acusan a Dios, porque no tiene clemencia de sus dolores; tú quieres demostrar que la **gran ley** nos obliga a pagar ojo por ojo y diente por diente; tú quieres repetir en voz muy alta que no hay desheredados ni elegidos, que no hay más que **sembrar y recoger**. Si la semilla que se arroja en el surco de las existencias, consiste en buenas obras, la cosecha es amor y bienaventuranza; si por el contrario son los

granos podridos de los crímenes, la recolección es abundante en sufrimientos, sin tener derecho a ser dichoso quien no ha procurado atesorar virtudes, y siempre que veas esos enfermos incurables, siempre que contemples esos cuadros horribles de miseria, de aislamiento, de soledad, de dolor sin tregua, murmura con tristeza:

¡En Dios todo es justicia, acatemos resignados el cumplimiento de su **gran ley!**”.

“El Espíritu que en esta encarnación has conocido postrado por terrible enfermedad, no ha tenido más que una virtud en sus anteriores existencias; responder él mismo de todos sus actos, sobre nadie ha descargado el enojoso trabajo de castigar, ni a nadie ha comprometido haciéndole aparecer como culpable; siendo él, el delincuente, siempre ha sido el primero en confesar su traición; ésta ha sido su única virtud, demostrar sus odios, sus antipatías, sus ambiciones, sus crueldades, sin atenuar en lo más leve la enormidad de sus delitos, no ha sido hombre vulgar, siempre ha emprendido grandes empresas. Espíritu de conquista ha combatido con arrojo por someter a su duro dominio pueblos indefensos, valiente hasta la temeridad, ha vivido siempre en lucha encarnizada con los moros fronterizos, y con los vencidos ha sido tan implacable y tan cruel, les ha hecho sentir de tal modo su condición de esclavos, les ha sometido a tratamientos tan humillantes y tan dolorosos, que necesariamente, él que se ha complacido en triturar a sus semejantes, no le queda más camino que el del sufrimiento, por eso esta vez ha sufrido dolores tan irresistibles que no lo habéis comprendido en todo su horror, porque él ha sabido sufrir heroicamente sin exhalar apenas una queja, pero ha sido un mártir porque ha vivido entre los tormentos de la inquisición”.

“No podía ser de otra manera, entre sus crueldades figura el cautiverio de un caudillo de Mahoma; que lo tuvo prisionero en una mazmorra gran número de años, sujeto con tres argollas de hierro una en el cuello, otra en la cintura y otra le abarcaba las piernas, los pies bañados de continuo en agua cenagosa, se le pudrieron al infeliz, y su dueño se complacía en visitarle de vez en cuando para insultarle, para escupirle al rostro y repetirle que lo odiaba con todo su corazón, y que no le había matado para gozarse en su agonía”.

“Estos atropellos, estos crímenes ¿Qué han de producir? ¿Qué fruto pueden dar? Existencias como la que has visto, y todavía su crueldad merece mucho más, pero el Espíritu paga principalmente, no la cantidad de los desaciertos, que obedecen en gran parte a la ignorancia del que los comete y a la barbarie de determinadas épocas; lo que se paga ojo por ojo y diente por diente es el ensañamiento, la premeditación del delito, el cálculo empleado en atormentar, la satisfacción impía del que goza viendo padecer y Felipe ha pagado en esta existencia, sus visitas al cautivo en la mazmorra; su expiación ha sido justa, no lo dudes, y premiada al mismo tiempo su única virtud, teniendo a su lado a un ser que le ama desde hace muchos siglos, habiendo sido su madre y su hermana repetidas veces, y en esta existencia que tanto había de sufrir, ella pidió el lazo fraternal para convertirse en su ángel bueno, ya que de madre no podía servirle;

porque la expiación de Felipe, no le permitía tener una madre tan buena, tan apasionada y tan heroica como Jaima lo hubiera sido. Tenía que verse despreciado y maltratado, y escogió lo que realmente le pertenecía; que el padre y la madre son dos figuras de tal importancia en la vida humana, que cuando se tiene un padre miserable o una madre prostituta o despegada del hogar doméstico, no te quede la menor duda de que el hijo o los hijos de aquellos seres, no merecen la protección de un padre ni la abnegación maternal; nacen de una mujer unida a un hombre porque la especie humana así se reproduce, no porque merezcan gozar de las dulzuras y del amor de la familia; y el que se ha condenado a pagar una deuda terrible, si tiene un buen padre lo pierde en edad temprana, o sucumbe su madre al darle a luz, o contrae nuevas nupcias apenas su hijo comienza a pronunciar su nombre, para que no le quede más que vago recuerdo de ese amor divino superior a todos los amores”.

“Crecer sin la tierna solicitud de una madre ni la previsora protección de un padre, es la señal inequívoca, es la marca infamante que trae el Espíritu de su degradación anterior; esto es en términos generales, que no os faltan criminales en la Tierra, que tienen padres honradísimos que se desviven por sus hijos, aunque es muy distinto venir a expiar o a seguir la senda del crimen; para lo primero todo ha de ser sombra, para lo segundo a veces el Espíritu escoge buenos padres, porque éstos tienen que expiar, y los crímenes de su hijo constituyen su horrible expiación”.

“La base de una existencia es la madre que nos acaricia y el padre que nos bendice, los que crecen sin ese refugio del hogar paterno, ¡Cuán dignos son de compasión! Porque indudablemente quebrantaron las leyes Divinas y humanas”.

“Deseas saber como sigue Felipe, se encuentra relativamente bien, con esa melancólica tranquilidad, que se experimenta cuando se ha pagado una deuda terrible y aunque muchas le quedan, como valor no le falta, mira a su pasado, sondea su porvenir, suma las cantidades pagadas y las que aún tiene que pagar, y no se abate ni se amilana, confía en su fuerza de voluntad, espera en la ley del progreso y no duda que para todos los espíritus hay un rayo de sol en el infinito”.

“Para los grandes opresores de los pasados siglos, no hay en el espacio seráficas alegrías, los que mucho han pagado en la Tierra no pueden batir palmas hasta que no se dan cuenta de su transformación; ante la realidad de la vida, tarda mucho el Espíritu en sonreír, lo que hace es recobrar aliento, medir el terreno que ha recorrido y el que le queda por recorrer, se encuentra mejor naturalmente sin su cuerpo enfermo y dolorido, sin las exigencias y penalidades inherentes a la vida terrena, hay un goce relativo, pero no absoluto, porque no puede gozar el que deja seres queridos en la Tierra, a los cuales prestaba sombra y daba aliento”.

“Felipe deja en ese mundo seres muy amados, su mirada no se separará de ellos, por consiguiente en su goce habrá durante mucho tiempo profunda melancolía, que cuando el Espíritu deja de ser egoísta, no puede gozar mientras seres amados lloran por él”.

LA LUZ DE LA VERDAD

“Sigue cumpliendo tu misión de enseñar a los seres humildes; a aquellos que aún saben menos que tú, prodiga el consuelo con tus sencillos y vulgares escritos, que los pobres no entienden el buen lenguaje académico; y los desgraciados necesitan la ingenuidad del sentimiento antes que la erudición y la elocuencia, tú no escribes para alcanzar la gloria, ésta para ti, en la actual existencia no ha sembrado sus laureles para coronar tu sien; tú escribes para redimirte, y la gloria no redime a nadie, lo que hace es enorgullecer al Espíritu, y tu orgullo de ayer te obliga hoy a vivir humillada, trabaja sin pensar en la recompensa terrena, porque ésta no la obtendrás ni te conviene tenerla. Adiós”.

Agradecemos profundamente al Espíritu todo cuanto nos ha dicho, comprendemos perfectamente la justicia de Dios, y nos convencemos de que es del todo imposible que deje de cumplirse su ***gran ley***.

CAPÍTULO XXXIII

QUIEN NO SIEMBRA NO RECOGE

El pobre por regla general carece de educación, así es que manifiesta todos los defectos de su carácter y de sus inclinaciones, porque como no está educado no sabe reprimir los ímpetus de su genio, y cuando una enfermedad le molesta y le hace sufrir, entonces da rienda suelta a sus arrebatos, a sus exigencias, se presenta el Espíritu con toda su rudeza, y en muchas ocasiones con toda su malignidad, pues sabido es que, el que mucho paga muchísimo debe, y vivir cincuenta y cuatro años entre tantas miserias físicas y morales como vivió el Padre Olallo Valdés, se necesita haber progresado tanto, tantísimo... que estamos plenamente convencidos que si lográramos ver al virtuoso sacerdote, creeríamos que su envoltura fluidica, su resplandeciente periespíritu era uno de los muchos soles que giran en el espacio, ¡Tanta luz deberá irradiar su Espíritu!

Cuando se considera la grandeza de algunos seres y la miserable ruindad de otros individuos, es cuando se aprecia en su inmenso valor el estudio del Espiritismo y el progreso indefinido del Espíritu, porque la enorme, e imponderable distancia que nos separa a unos de otros, es la prueba innegable del trabajo realizado por unos y de la inercia y estacionamiento de otros, y estos últimos (que estamos en mayoría) ¿Seguiremos tan desventurados que no tendremos voluntad, más que para cometer desaciertos y nuestra iniciativa sólo la utilizaremos para vegetar sin producir? Nuestra inteligencia (diamante preciosísimo), ¿No encontraría nunca el lapidero del progreso, que le diera las deslumbrantes facetas de innumerables conocimientos científicos y la práctica evangélica de diversas virtudes?

Nacer y vivir condenados a producir disturbios, engendrar odios y formar asesinos... ¡Oh! Eso sería horrible, mientras viéramos que otros eran varones justos y mujeres impecables. ¿Por qué para ellos toda la luz y para nosotros toda la sombra? Si de igual manera venimos a este mundo ¿Por qué tan diversos destinos? Y nos dicen los espíritus en sus comunicaciones: porque los hombres disponen a su antojo de su tiempo que es ilimitado, y mientras los unos se consagran al estudio de la ciencia en una o en varias de sus encarnaciones, los otros se cruzan de brazos y se contentan con que los santones de las diversas religiones piensen por ellos. Mientras los unos gozan practicando la virtud en sus múltiples manifestaciones, los otros se complacen en obtener por el engaño, por el fraude, o la violencia, los bienes de los que supieron acumular riquezas desoyendo el gemido de los necesitados.

La Tierra es uno de los laboratorios de la Creación, y en ella trabajan los justos y los pecadores, cada uno en la fábrica o en el taller que él solo se ha formado. En la vida infinita no hay primeros ni últimos, porque los más buenos, los que en la Tierra llamáis redentores, mañana irán a otro mundo muchísimo más adelantado que el vuestro, y

allí serán vulgares medianías, que aprenderán a ser grandes, imitando a otros espíritus muy superiores a ellos en talento y en virtudes, por consiguiente, como la condenación del réprobo no existe porque no hay Espíritu que no progrese, todos podéis ascender por la interminable escala del perfeccionamiento, no hay elegidos ni predestinados, no hay llamados ni preferidos, no hay más que el estricto cumplimiento de la más sabia de todas las leyes: **sembrar y recoger, trabajar y obtener el fruto del trabajo, esa es la ley eterna del progreso.**

Esto y mucho más nos dicen los espíritus que responden perfectamente, al lógico razonamiento que hemos hecho repetidas veces, cuando como ahora, rendimos un tributo de admiración a los verdaderos santos de la humanidad.

Siempre hemos creído que querer es poder, no en el sentido material que se suele dar a este aforismo, no es el querer dar dinero a un necesitado, porque el que no tiene para sí mismo mal le puede dar a otro lo que él materialmente no posee, pero sí puede pedir y decir al rico: mira, en tal punto hay un ser que llora ¿Quieres enjugar sus lágrimas? ¿Quieres hacer tú lo que yo no puedo hacer?

El **querer es poder**, lo aplicamos nosotros al progreso del Espíritu cuando el hombre dice: quiero ser grande, llegar a la cúspide del saber y de la virtud, cúspide que se eleva según van pasando los siglos; este adelanto no se verifica ni en una ni en cien encarnaciones, pero llega el engrandecimiento del alma, esto es innegable. Los trabajadores de muchos siglos, son los que de vez en cuando llegan a la Tierra dispuestos a consolar a sus semejantes y a enseñarnos a deletrear en el abecedario del amor Divino, que es el amor universal.

¡Lectores de La Luz Del Porvenir! Leamos en **el gran libro de la caridad**, y seremos en otras edades ¡Redentores de los pueblos oprimidos, seremos sacerdotes del progreso, mensajeros de las verdades eternas comprendidas en dos palabras. Caridad y Ciencia!

CAPÍTULO XXXIV

¡CUÁNTAS LÁGRIMAS!

De Cayey (Puerto Rico), me enviaron el suelto que copio a continuación, acompañado de fervorosas súplicas para que preguntara a mis espíritus protectores sobre el pasado de esas dos inocentes criaturas que han llenado de sombra el hogar de sus padres.

El relato no puede ser más conmovedor. Leamos:

DOBLE DESGRACIA EN CAGUAS.

Dos niños cayeron en un profundo charco del “Cagüitas” y perecieron de asfixia. Escenas conmovedoras en casa de los padres.

Junio 22. Escribo bajo la dolorosa impresión que me causó, la triste desgracia ocurrida a las infortunadas criaturas Andrés y Enrique Velázquez, de diez y doce años de edad respectivamente, los que perecieron ahogados en el día de hoy en el charco de las “Mambúas”, del río Cagüitas de este término municipal.

Serían las doce del día próximamente, cuando estos infelices muchachos comunicaron a su mamá que iban a ver a su padre, José Velázquez, conocido por el “Niño”, quien estaba trabajando en la panadería del comercio, sita en la calle Betances.

La madre, sin pensar siquiera que pudiera ser engañada por aquellos pedazos de su alma, accedió a ello, recomendándoles que no tardaran mucho; pero los infelices, guiados por la ignorancia propia de su edad, tomaron el camino del río, no creyendo seguramente que iban a encontrar un fin tan triste para sus infantiles existencias, allí, en aquellas aguas, en las que pensaban pasar un rato agradable mitigando el calor reinante.

Llegaron al río, y el menor de ellos se dedicó a coger camarones, con tan mala suerte, que sin sospechar que se hallaba en el borde de un charco de alguna profundidad, fue persiguiendo uno de aquellos animalitos, hasta que sin darse cuenta cayó al mencionado charco, para desgracia de él y de su hermanito, quien al presenciar los titánicos esfuerzos de éste para salir del peligro en que se veía, se lanzó también con objeto de ayudarlo a vencer el peligro que corría.

Mas lo hizo con tan mala fortuna, que al extenderle una pierna para que se agarrara de ella con la idea de salvarlo, el desventurado Andrés, en medio de su desesperación, cogió, según suposiciones, el pie de su hermano, como única tabla de salvación, pero quedaron ambos en medio del charco luchando denodadamente por el afán de vida, hasta que fueron al fondo, donde fueron hallados los dos cadáveres minutos después.

Al pronto se creyó que uno de ellos todavía vivía, pues alguien aseguraba que el corazón latía, siendo por tal motivo precipitadamente

conducidos al hospital municipal, donde los médicos certificaron que ambos habían muerto por asfixia, siendo entonces trasladados a la casa de sus padres donde hubo la gran confusión.

Por un lado la pobre madre lanzaba desgarradores ayes, por otra parte la cuñada y hermanita lamentábanse con lastimeros quejidos y llanto, y por último el pueblo en masa, que al enterarse de los sucesos, corría presuroso a prestar a la infortunada familia todo género de servicios.

A la hora en que estuvimos allí, aún no había llegado el padre a aquella casa, donde se contemplaba una de las escenas más conmovedoras de la vida real. En un catre en mitad de la salita, yacían los dos cadáveres, y una hermanita de los fallecidos poco mayor que ellos, con la mayor tranquilidad y sangre fría, se entretenía en peinar a uno de ellos.

En el cuarto vecino, la madre con un fuerte ataque gritaba desesperadamente, lamentando la desgracia que de algún tiempo a esta parte persigue a su familia, pues no hace mucho tiempo que el hijo mayor de ella, que ya contaba con 20 años de edad, puso fin a su existencia, levantándose de un tiro la tapa de los sesos.

Las autoridades, todas estuvieron en el lugar de los tristes acontecimientos, cumpliendo con sus respectivos deberes.

¡Cuántas lágrimas, Dios mío! ¡Cuántas lágrimas! Razón tienen los espiritistas puertorriqueños en querer saber el porqué de tan trágico suceso; pregunté al guía de mis trabajos, no con pueril curiosidad, sino con el doble deseo de saber para enseñar, y obtuve la siguiente comunicación:

“Os quejáis al parecer con razón, lamentando los tristes sucesos, que se desarrollan ante vosotros, y sin embargo, los que veis sucumbir por medio de una desgracia, no pagan **ciento por uno, pagan uno por ciento**”.

Esos dos niños que han desaparecido en las aguas de un río, si bien han desgarrado el corazón de sus padres, no han causado con su muerte tanto trastorno como causaron ellos en su encarnación anterior, asesinando a una mujer honrada que tenía sus padres amantísimos y dos niñas gemelas que eran el encanto de su madre.

Esos dos niños de hoy, eran en su existencia anterior amo y criado, como decís vulgarmente, es decir, señor opulento y escudero inseparable de su dueño; hermanos de lactancia, ya que una misma mujer los había amamantado, queriéndose los dos entrañablemente y como el señor tenía todos los vicios conocidos, el escudero tomaba ejemplo y como quería tanto a su dueño, le ayudaba en todas sus felonías.

El noble señor se enamoró ciegamente de una hermosa viuda que vivía muy recatada, con los padres de su difunto esposo y sus dos niñas gemelas; los padres de ella, al quedar viuda, se reunieron con su hija, y las dos madres y los dos padres adoraban a la joven viuda envuelta en sus negras tocas, que no salía de su casa para ir a ningún

paseo, y sí únicamente para oír la misa de alba en la iglesia de un convento cercano a su casa.

Una mañana la vio el rico señor y se quedó prendado de su elegante figura, adivinando que debía ser muy hermosa, porque a través de su velo se veía brillar sus grandes ojos. La requirió de amores, se situaba todas las mañanas al pie de la pila del agua bendita, y ella, viendo su insistencia, dejó de ir a misa no saliendo de su casa si no iba acompañada de una de sus madres; él no se desalentó por eso, porque estaba acostumbrado a ver y vencer, y creyó que la joven viuda al fin caería en sus brazos, pero pronto se convenció de que era una mujer honradísima, que vivía consagrada a sus recuerdos amorosos, y al ver el imposible se avivaron sus deseos, su capricho se convirtió en pasión avasalladora y tomando una resolución se presentó en casa de ella y pidió formalmente su mano a los guardianes de la joven; éstos, con breves palabras y suma sequedad, le dijeron que su hija no dejaría sus tocas de viuda, y mucho menos para unirse con un hombre que si bien era de ilustre cuna y poseía las riquezas de Creso, tenía fama de galanteador y se sabía que donde quiera que entraba dejaba la deshonra y el dolor. Él suplicó, rogó, pero fue en vano, llegando a la exasperación, cuando ella le miró con el mayor desprecio, diciéndole con sus ojos mucho más de lo que le habían dicho sus padres.

Él se irritó extraordinariamente, porque era la primera vez que una mujer le rechazaba, y juró vengarse de sus desdenes; se borró su pasión, pero aumentó su odio y dijo a su fiel escudero: esa mujer no quiere ser mía, yo tampoco la quiero, me inspira repulsión su espléndida hermosura; pero no vivirá más tiempo que aquel que yo no la vea dispuesta a unirse con otro hombre, la vigilaremos y obraremos en consecuencia.

La joven viuda siguió viviendo consagrada a sus hijas; vino después un hermano de su difunto esposo y acompañada de él y de sus niñas, salía algunas tardes a pasear al campo. Pronto se divulgó por la ciudad que la hermosa joven iba a contraer segundas nupcias con su cuñado y esto fue su sentencia de muerte. Como con el dinero todo se consigue, el desairado galán compró a una familia menesterosa y al sacristán de la iglesia, donde ella iba diariamente, y entre el sacristán y una pordiosera, consiguieron engañarla diciéndole que una pobre madre la llamaba para entregarle a sus dos hijas y morir tranquila; ella se dejó conducir una tarde al anochecer y fuera de la ciudad, la obligaron a subir a un coche, donde la aguardaban el señor y su escudero, el primero reiteró su petición de casarse con ella, y la joven le despreció nuevamente y al llegar a un punto donde las aguas de un río caudaloso formaban un violento remolino, porque chocaban contra un montón de piedras, la cogieron los dos y la arrojaron al río, donde la desdichada joven, encontró la muerte instantáneamente. El dolor de su familia fue inmenso, la desesperación del hermano recién llegado no tuvo límites, porque ya estaba convencido de proteger a la joven viuda casándose con ella, sirviéndole de padre a las inocentes niñas y en un momento se disiparon todos los sueños; la madre de ella no pudo resistir el golpe y murió de pena, en tanto que el señor y su escudero

LA LUZ DE LA VERDAD

huyeron a lejanas tierras y nadie les importunó, ¡Era tan rico el asesino!... que pudo morir tranquilamente lejos de su patria; pero al reconocer su estado en el espacio, se horrorizó de su obra, lo mismo que su fiel escudero, espíritus tan afines que no se separaron y juntos volvieron a la Tierra escogiendo los mismos padres, dándose palabra el uno al otro de sufrir la misma muerte que hicieron sufrir a la joven viuda; y como no trajeron otro objetivo al encarnar, que el de pagar una de sus muchas deudas, por eso buscaron su tumba en las aguas de un río, que cuando un Espíritu firma su sentencia de muerte, no necesita del verdugo para llevar a cabo la ejecución, cada uno es verdugo de sí mismo. Adiós

Dice muy bien el Espíritu; para recibir el castigo merecido, cada ser se basta a sí mismo para juzgarse y condenarse; ¡Qué malo es ser malo!...

CAPÍTULO XXXV

REFLEXIONES

¡Cómo acaban los años y las penas! ¡La falta de salud, cuánto estaciona! ¡Cómo aumentan su peso las cadenas si a un dolor, otra angustia se eslabona!

¡Qué miedo se apodera del cuitado, que término no encuentra a su agonía!...

El ánimo más noble y esforzado, pierde todo su arrojo y su energía.

¡Qué insoportable encuentra la existencia, todo aquél que el dolor le martiriza!...

Y si no tiene plácida creencia, murmura con desdén; ¡Humo y ceniza son los afanes que la vida tiene!...

¡Ilusiones mentidas, engañosas! Se aleja un desengaño y otro viene y las dudas se acercan cautelosas.

¡Dudar!... ¡Negar! ¡Qué noche tan sombría! Vive sin luz el que lo niega todo.

¡Desdichado de aquél que en su agonía, en vez de buscar flores, busca lodo!...

Me dice un alma que con voz suave a mí se acerca compasiva y buena:

“La negación es un delito grave, pero tras de la culpa va la pena.

¿Te atreves a dudar? ¡Duda insensata! Si vives en la luz, ¿Por qué la niegas? Porque el dolor tus fuerzas te arrebatan, secas el ancho mar donde navegas.

¿Es posible, mujer, que olvidadiza te hayan vuelto los años y las penas? ¿Has sucumbido en la terrena liza sin recordar tus horas inserenas?.

¿No te acuerdas? Tus ojos entreabiertos querían hallar la luz y no la hallaban; tus pasos eran débiles, inciertos, y tus labios gemidos exhalaban.

Para ti, no había un rayo de esperanza, para ti, no había luz en este mundo; para ti, no había un puerto de bonanza, porque era tu dolor grande y profundo.

¡Todo te faltó a un tiempo!... ¡Todo!... ¡Todo!... faltándote la fe, fuiste vencida, no hallando tu razón, medio ni modo para encontrar el puente de la vida.

Sólo una idea germinó en tu mente; buscar en el suicidio triste calma; preciso era morir, porque impotente en el combate se quedó tu alma.

¿Qué eras entonces? Di, marchita hoja desprendida de un árbol medio muerto; justo era tu

dolor y tu congoja: tu expiación te negaba hallar un puerto.

Con verdadero afán buscaste ansiosa en varias religiones un consuelo. Mas ¡Ay! ¡Qué decepción tan dolorosa! ¡Tú no podías entrar en ningún cielo!.

Te faltaba la fe, tú no creías en absoluto en viejas tradiciones; que la sed de infinito que sentías no la podían saciar las religiones.

Aumentaba tu sed, cuando un escrito un hombre te entregó, diciendo: mira, aquí hallarás la luz del infinito, si todo lo que dicen no es mentira.

No era mentira, no; tú leíste ansiosa y exclamaste con íntima alegría: aquí está la verdad pura y grandiosa en la más bella y racional teoría.

No hay parias en la Tierra; no hay vencidos que no puedan luchar si luchar quieren, pueden levantarse los caídos, porque los hombres caen, mas no mueren.

Y en el Espiritismo, con anhelo, con insaciable afán buscaste ansiosa la esperanza, la vida y el consuelo, y tus ensueños de color de rosa.

Trabajaste con fe, con ardimiento, pediste inspiración de noche y día; consagrando tu fe y tu sentimiento a la más grande y racional teoría.

Y como Dios nos da ciento por uno, cada palabra tuya de consuelo, hizo latir el corazón de alguno, y consolando terminó tu duelo.

Y encontraste familia numerosa que su afecto te dio con alegría; y llegaste a ser casi dichosa, pues todo en torno tuyo sonreía.

Ya no eras la mujer sola y doliente, ¡Sin luz! ¡Sin esperanza!... ¡Sin amparo!... eras foco de luz resplandeciente; en el mar de la vida, tú eras un faro.

Tus escritos cruzaron anchos mares, los hombres con deleite los leyeron, y encontraron consuelo a sus pesares los que tus enseñanzas comprendieron.

Y hasta los criminales sin entrañas que en los presidios sin vivir vivían, sensaciones tan nuevas como extrañas, sentían a su pesar, cuando leían tus escritos tan llenos de consuelo, tus ejemplos de amor, y sacrificios, les abrían las puertas de los cielos a los que se apartaban de los vicios.

Reflexiona, mujer, la diferencia que existe entre tu ayer y tu presente; ayer eras un paria en tu indigencia, hoy tus cantos resuenan dulcemente.

¿Y por qué una dolencia te impresiona, olvidas el progreso realizado y al desaliento tu alma se abandona? Despiértate y recuerda tu pasado.

¡Despiértate mujer! Que aún de tu mente brotarán pensamientos luminosos; aún tu sol no ha llegado a su occidente y elevarás tus himnos melodiosos.

No seas ingrata nunca; considera que el ingrato es un ser pequeñito, y que padecer no debe esa ceguera, quien ha visto la luz del infinito.

Tu buen consejo seguiré fielmente, y aun cuando en mi camino encuentre abrojos, no olvidaré que el Ser Omnipotente, ha dado luz a mi alma y a mis ojos.

No quiero ser ingrata; engrandecerme es lo que en mi existencia necesito; ¡Quiero subir, subir y sostenerme, en las olas de luz del infinito!.

CAPÍTULO XXXVI

QUIEN MUCHO DEBE... MUCHO PAGA

Una buena mujer espiritista, me escribió hace algunos días, diciéndome lo siguiente: entre los muchos crímenes cometidos en Casablanca, figura, en primera línea, el martirio que sufrió un hombre, al que los moros arrojaron a un horno, que ya estaba caldeado para colocar en él la hornada de los panes, preparados por la infeliz víctima, que era maestro de pala, y fue sorprendido en el preciso momento en que iba a terminar su trabajo; el pobre panadero era muy querido de cuantos le hablaban, por sus generosos sentimientos, y hasta los moros le querían y le respetaban, porque ya llevaba tiempo en Casablanca, y nunca la maledicencia se había cebado en él.

Desde niño quedó huérfano y pobre, muy pobre; yo le recogí en mi casa, y en ella creció, haciéndose un hombre de provecho; le enseñamos el oficio de panadero. Por sus buenísimas cualidades, todos en casa le queríamos entrañablemente; y cuando se separó de nosotros tuvimos un verdadero sentimiento, porque era un hombre de bien a carta cabal. Ahora bien; ¿Cómo siendo tan bueno ha tenido que sufrir una muerte tan horrible, como será la de morir quemado? No es la curiosidad la que me guía, créame usted, es el afán de estudiar en nuestra misma historia, porque no existiendo la casualidad, ¿Cómo ha tenido tan triste fin quien siempre se interesó por sus semejantes? Pregunte usted, Amalia, pregunte usted y dé una lección más de la justicia Divina. Se lo repito, no me guía la curiosidad.

Ya se comprende cuando se pregunta por mero pasatiempo o cuando hay afán de saber y de estudiar; así es que he preguntado al guía de mis trabajos y he obtenido la comunicación siguiente: **quien mucho debe... mucho paga**, y mucho debe ese humilde hijo del pueblo, que ha muerto quemado, el cual, en anteriores existencias, más de una vez se ha sentado en dorada poltrona, revestido con lujosas vestiduras sacerdotales, luciendo en su diestra el simbólico anillo, que besaban fervorosamente los fieles cristianos; era un hombre fanático por el triunfo de su religión y nunca estaba más contento que presenciando los autos de fe, en los cuales sucumbían los herejes, los judíos; a los que perseguía con incansable encono. No gozaba haciendo el mal por el mal mismo, pero se regocijaba su Espíritu destruyendo los cuerpos de los endemoniados; creía firmemente que cumplía la ley de Dios. Un Espíritu bueno, una mujer piadosa que más de una vez le sirvió de madre, es la que consiguió en el espacio despertar su inteligencia y hacerle ver cuál era la verdadera religión. Mucho tiempo tuvo que emplear para convencer de su error al prelado, que sólo gozaba en la matanza de los impíos; pero como cuando se ama se trabaja con tanta fe y con tanto ardimiento, consiguió al fin dar la luz a un ciego, y como era un Espíritu obcecado por el fervor religioso, pero no porque gozara con la crueldad, y no era tampoco ignorante; cuando

su madre le hizo ver los crímenes que había cometido, martirizando a tantos inocentes que no habían cometido otro crimen, que adorar a Dios en otros altares y rezar distintas oraciones que las que él rezaba, se espantó ante la enormidad de sus desaciertos; pero su madre le hizo comprender que para Dios nunca es tarde, y que sobre todas las sombras de las locuras religiosas, está el sol de la verdad y de la eterna razón, y que para los arrepentidos es el reino de los cielos; y siendo el porvenir de las humanidades el progreso indefinido de los espíritus, tenía ante sí un camino largo, muy largo, ancho, muy ancho, para maniobrar en su regeneración; y el inquisidor de ayer se dio palabra a sí mismo de buscar en el fuego el tormento que en su ceguera había hecho sufrir a tantos inocentes, y ya ha muerto repetidas veces rodeado de llamas, siendo un modelo de honradez y de humildad; él es el que pide morir entre llamas, porque quiere saldar sus muchas cuentas, plenamente convencido de que, ***el que mucho debe... mucho paga***. Es ya un Espíritu valiente, decidido, dispuesto al sacrificio en todas sus fases; y como ya es muy bueno, naturalmente sorprende que sus virtudes no tengan otro premio que morir en una hoguera, pero cada vez que él sucumbe así, cuando entra en el espacio su madre le dice:

¡Hijo mío!... el fuego y el dolor te purifica y te esperan días de luz en el día del porvenir, en ese día sin aurora ni ocaso, porque la luz eterna no palidece jamás, y lo que en la Tierra parece más horrible, se asemeja al espanto que producen las operaciones quirúrgicas, que cuando se corta un miembro a un individuo, no se piensa que aquella amputación puede dejar el cuerpo libre de gangrena, se cree que en la operación dejará de existir el enfermo, y luego, cuando el paciente recobra sus fuerzas, se bendice la hora en que la ciencia quitó de su cuerpo un miembro inútil, de igual manera, cuando el Espíritu vuelve al espacio victorioso, después de haber luchado con la miseria o con los atractivos que brindan las riquezas y con otros muchos vicios y en todas las pruebas ha sabido luchar y vencer, entonces bendice sus luchas, sus horas sin sol y sus noches sin sueño y se apresta de nuevo al combate de otra existencia borrascosa. Ya sabéis porqué un hombre tan bueno ha tenido una muerte tan dolorosa, pero, ¿Qué son algunos momentos de agonía, ante la inmensa satisfacción del deber cumplido? El humilde panadero de la Tierra ya se encuentra en brazos de su tierna madre, y ésta le ofrece el pan divino de su eterno amor. Adiós.

¡Dichoso el Espíritu que no le teme al dolor para recobrar su libertad! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

CAPÍTULO XXXVII

EL CRIMEN TRAE EL CRIMEN

Carmen Ayala y Ayala. La niña de diez a doce años que asesina a su tullida hermanita Teresa.

Carmen Ayala y Ayala. La huérfana abandonada, con su hermana menor Teresa, asesina a ésta, tal vez creyendo aminorar sus sufrimientos.

(Causa del Juzgado de Maricao, año 1.901)

Antecedentes

Carmen y su hermana menor Teresa, tullida, se encontraron huérfanas de madre y padre en una solitaria choza en los desiertos de Maricao, en los días nebulosos de 1.901, “días más nebulosos que los actuales”.

Carmen buscó amparo en la casa de un tío suyo, Pablo, hombre sin conciencia, de mal temperamento, quien maltrató a estos pobres seres, y Carmen se vio obligada a acudir a otros vecinos: a la casa de la señora de Denizar, quien las acogió, pero, a falta de recursos tuvo Carmen que abandonar la choza y dirigirse a otro hogar: a la casa de Alejo García, cuya caritativa esposa les dio acogida maternal.

Hechos

Declaración de Carmen Ayala y Ayala.

Dice que: “Después de la muerte de sus padres, fue recogida por sus caritativos vecinos Alejo García y su esposa, y en casa de éstos se dedicaba a los pequeños quehaceres de la casa, y la mayor parte del día a cuidar de la hermanita pequeña. Que ayer por la mañana salieron para el río los esposos García, quedando ella sola en la casa con su hermana, y la noble señora le encargó que se entretuviese en recoger unos granos de café del suelo y que atendiera a la niñita hasta que ellos regresaran al obscurecer. Habiéndose marchado aquellos, fue la dicente a los cafetales, y allí le asaltó la mala idea de asesinar a Teresa (idea que hacía tres días la impulsaba, resistiéndola), y tal fuerza tuvo la sugestión que ese día corrió hasta la casa donde aquélla estaba y al llegar, la declarante se echó a llorar arrepentida. Volvió al cafetal y la idea de matar a su hermanita volvió a perturbar su cerebro, hasta el extremo de impulsarla a cogerla y tirarla dentro del estanque de agua, cercano a la casa.

“Mientras tanto, corrió a hacer el hoyo para enterrarla, tan pronto se ahogara. Hecha la excavación, vino a buscar el cadáver lo llevó y lo enterró en el hoyo hecho por ella. Valiéndose de una horqueta

sacó el cuerpecito del estanque, provista de un machete del señor Ayala para hacer la fosa. Después de matar a su hermana, no estaba en sus sentidos, y se fue huyendo de aquellos lugares hasta llegar a la casa de Segunda, mujer de un tal Justino, donde la halló Alejo García, que fue a eso de la una de la tarde; la niña ya había confesado el crimen que había cometido, declarando que no tenía odio ni aborrecía a su hermana (que antes sentía amor tierno y solícito); no obstante tener que cuidarla y atenderla siempre día y noche y tener que llevarla al hombro, pues era tullida, y es cuanto podía decir”.

La Corte de esta ciudad, nos dice nuestro reportero al conocer el caso, ha hecho un trabajo que le honra en alto grado. Trató por cuantos medios hábiles pudo de colocar a la infeliz niñita en el Asilo de Beneficencia, ya que no hay en la isla establecimientos apropiados para estos casos. No pudo conseguirlo, y confió el pequeño ser a las hermanas del Asilo de Pobres de esta ciudad, donde falleció Carmen el día 2 de febrero último.

Nuestro reportero desea confiar el caso a los pensadores, en particular a los espiritistas, para que den una explicación al público hambriento de luz.

* * *

Una escritora espiritista de Ponce (Puerto Rico) me envió el suelto que antecede a estas líneas, suplicándome encarecidamente si me era posible preguntar si la desgraciada Carmen Ayala fue víctima de una sugestión espiritual o fue ella la única autora de tan horrendo crimen, y yo siguiendo mi afán de servir de algo a la Humanidad, pregunté al Padre Germán la causa de tan desastrosos efectos, y he aquí su contestación:

“Ya te he dicho repetidas veces que cuando un Espíritu no quiere dejarse dominar, rechaza toda influencia, porque si no tuviera libre albedrío para rechazarla, nacería ya con el estigma del siervo, con la marca infamante del esclavo, con la pasividad humillante del paria, y los espíritus no tienen por patrimonio ni la ciega mansedumbre, ni la estúpida obediencia. Todos son libres para ejercitar los deseos de su voluntad. Lo que sucede es que muchos espíritus están conformes y satisfechos con seguir instrucciones de otro Espíritu, son perezosos para pensar. Si otro piensa por ellos y les dice “ya tienes el camino trazado”, siguen la ruta que le indican sin mirar a donde van, y aunque estos infelices obedecen a su sugestión, obedecen porque quieren obedecer, porque no se toman el trabajo de pensar. Son esclavos porque ellos mismos forjan sus cadenas y levantan los muros de su prisión, no porque exista un poder superior para esclavizarles, porque si existiera, Dios sería injusto, y en Dios no cabe la injusticia, porque Él simboliza la igualdad”.

“La niña que mató a su hermana, cometió el crimen por su voluntad y no por la de otro ser invisible. Teresa y Carmen fueron rivales en otro tiempo, se odiaron con verdadera crueldad. La niña

tullida, cuando en otro tiempo disponía de un organismo fuerte y robusto, empleó sus fuerzas hercúleas en herir sin compasión, matando más de una vez a su terrible enemigo, que ha sido últimamente su matador. Pendenciero por oficio, traidor por rutina, tuvo muchos enemigos creados por su mal proceder, enemigos que lo han perseguido sin compasión, siendo uno de ellos el ser invisible que levantó el brazo de Carmen para matar a la niña tullida. Pero Carmen estuvo satisfecha de su obra, porque odiaba a su hermana, sin ella explicarse el porqué. Cuando vino sabía que su rival vendría a sufrir el tormento de no poder disponer de su cuerpo, y se dijo a sí misma lo siguiente: daré comienzo a mi regeneración cuidando materialmente a mi enemigo. La ocasión no puede ser más propicia. El ensayo me puede dar excelentes resultados, manos a la obra”.

“Pero una cosa es la teoría y otra la práctica, y como el odio es la planta que más arraiga en el corazón humano, y Carmen había sido víctima de su hermana muchas veces, el ensayo de amar a su encarnizado enemigo le ofrecía muchas dificultades, y éstas se aumentaban con los pérfidos consejos del ser invisible, que odiaba a las dos hermanas, siendo su oficio justificado, porque de las dos había recibido grandísimas ofensas, y aprovechaba la perplejidad de Carmen para vengarse de las dos, matando a una y convirtiendo en asesina a la otra. Así es que Carmen no fue ella la sola autora del crimen, pero si su Espíritu hubiera estado más inclinado al bien, hubiera rechazado los consejos del ser invisible que la empujaba al abismo y hubiera triunfado de sus malas intenciones. Su nueva caída le ha causado mucho daño, puesto que al volver al espacio ha visto que sus propios propósitos de enmienda han sido aplastados y pulverizados por su nuevo crimen, y está decidida a emprender distinto rumbo. Se ha convencido de que el crimen trae el crimen, y la satisfacción que da la venganza se asemeja a un veneno de sabor dulce, pero que luego abrasa las entrañas. Destruir un cuerpo es poner en nuestro camino un bloque enorme de granito que obstruye el paso, y no sabe cómo levantarlo ni destruirlo.

¡Ay de los espíritus que al volver al espacio encuentran cadáveres en su camino! Las mazmorras de nuestras prisiones son deliciosos jardines en comparación con la sombra que rodea a los asesinos”.

“En cambio, cuando se ha perdonado una ofensa, cuando uno se ha convertido en ángel tutelar del ser que más se ha odiado, ¡Qué placer se experimenta al ver borradas las huellas de sangre y fuego que otro día dejamos en nuestro camino! ¡Crear amores! ¡Despertar sentimientos! ¡Suavizar esperanzas! ¡Acortar inmensas distancias! ¡Hacer el bien por el bien mismo!...¡Qué trabajo tan productivo es éste para el Espíritu! Por grande que sea su expiación, por larga que sea su cuenta, en medio de sus sufrimientos tendrá horas de reposo. Si tiene que sentir los horrores del hambre, encontrará pan en medio del más árido desierto. Si la sed ardiente tiene que atormentarle, de la roca más dura, brotará un hilillo de agua para él. En sus horas de mayor desconsuelo oirá una voz armoniosa que le dirá con ternura:

¡Ama y espera!...Adiós”.

* * *

Gracias, buen Espíritu, por ti amo y por ti espero. ¡Bendito seas! ¡Cuántos consuelos te debo! ¡Cuánta luz has difundido en torno mío! Yo era menos que un átomo y hoy tengo una gran familia. Yo no tenía lugar en la Tierra y por ti sé que tengo heredades en el espacio. Yo no poseía un céntimo y por ti tengo mi caja de ahorros en los que son más pobres que yo. ¡Bendito, bendito seas!

CAPÍTULO XXXVIII

¡DÓNDE!

Hace pocos días, encontrándome en mi gabinete muy atareada arreglando papeles, me entregaron una tarjeta de “Inés de Leiva”, en la que con letra microscópica, vi escrito lo siguiente: “Le ruego me conceda algunos momentos de atención, ¡Sufro tanto!...”

Son muchos los seres afligidos que vienen a mí en busca de consuelo; así es que aquella petición no me sorprendió, pero sí me conmovió a pesar de estar tan acostumbrada a súplicas semejantes.

Me levanté con presteza y salí al encuentro de Inés, encontrándome con una de esas mujeres, que pueden mentir descaradamente ocultando el número de sus años: tal es la flexibilidad de su talle, la frescura de sus labios, el delicado matiz de sus aterciopeladas mejillas, la tersura de su frente, la abundancia exuberante de sus cabellos y el brillo de sus ojos.

Ver a Inés y sentir por ella inmensa simpatía fue obra de un segundo, estreché su diestra entre mis manos y rodeando después con mi brazo su esbelta cintura, la hice entrar en mi aposento y sentarse en un sillón con el tierno cuidado con que se trata a los niños enfermos. Inés me miró dulcemente exclamando conmovida:

-No me han engañado al decirme que era usted muy cariñosa.

-Sí, con los que sufren, porque los considero de mi propia parentela; mas, aunque todos somos hijos de Dios y pertenecemos a la gran familia humana, confieso ingenuamente que a los poderosos y a los felices los conceptúo parientes tan lejanos... que no siento nada por ellos, hablan un idioma que no entiendo. En cambio, a los desheredados, a los oprimidos, a los que calman su sed con su llanto, me basta verlos para quererlos; me interesa vivamente su infortunio y trato de averiguar porqué sufren, conceptuando que su historia es la mía y su esclavitud es mi esclavitud.

Me dice usted en su tarjeta, que sufre mucho: conozco perfectamente que no ha exagerado y espero la relación de sus desgracias, no con la curiosidad y el interés, hasta cierto punto egoísta, del escritor que busca un buen asunto para una novela histórica, no, sus penas me conmovieron y tomaré parte de ellas. ¿Por qué? No lo sé. ¿Nos habremos conocido antes en esa eterna vida del Espíritu? ¿Comenzará hoy un afecto nacido quizá de la semejanza de nuestro destino? Inútil es por ahora pretender averiguar las causas de nuestra mutua simpatía, y digo mutua, porque sus ojos me dicen, que yo le inspiro el mismo atractivo sentimiento que usted acaba de inspirarme.

Es cierto, muy cierto: tenía de usted las mejores noticias, que al verla se han confirmado, y yo necesito un ser amigo a quien comunicar mis penas. Le referiré pues, algunos accidentes de mi vida. Dos veces he contraído nupcias: la primera, la bendición del sacerdote fue para mí una maldición, porque no fui la esposa, sino la sierva de mi marido; en

cambio, la segunda, me uní a un ángel con figura de hombre; he sido tan amada de él como puede serlo una mujer en la Tierra: éramos demasiado felices, y la muerte me lo arrebató. Desde que él ha muerto no sé que pasa por mí: primero creí que le seguiría, porque yo no podía comprender que se pudiera vivir sin el ser adorado; sin embargo, no he muerto, y al ver que lentamente la fuente de mis ojos se ha secado, que transcurren los días y los meses sin que mi cuerpo se doble, como se doblan los lirios azotados por el viento de la tempestad, me pregunto con horror, como es que vivo, como no me avergüenzo de sobrevivir al amado de mi corazón. Visito su sepultura, la adorno con ramos de perfumadas flores, y me pongo enferma cuando salgo del cementerio; pero al día siguiente me levanto consolada y vuelvo a la lucha de la vida. Mi cabeza es un volcán; multitud de ideas bullen en mi cerebro. No sé si por fortuna o por desgracia llegan a mis oídos palabras amorosas de otro ser que conocí en mi infancia y que siempre me ha querido en silencio. Yo quiero ser fiel a la memoria de mi malogrado esposo; hasta he pensado retirarme a un convento; pero la clausura me inspira miedo y una invencible repugnancia. Moviada por los consejos de algunos amigos librepensadores, he leído algunos libros racionalistas, buscando incesantemente algo que me consuele y llene el inmenso vacío de mi alma.

Mas como lo que se aprende en la infancia difícilmente se olvida, y a mí me educaron en el seno de la Iglesia católica, seguía postrándome ante mis imágenes predilectas y haciendo a mi confesor depositario de los secretos de mi alma, creyendo firmemente que era un padre espiritual y que, como padre, velaría afanoso por la orfandad de mi Espíritu.

-¿Y confiesa usted, muy a menudo? No; mi propio confesor, hombre de talento, elocuente, orador, de agradable figura y mediana edad, me ha dicho más de una vez:

-Inés, eres ingenua y cándida como una niña en su primera confesión, aquí cambiamos los papeles, porque en vez de darte mi bendición, yo debía recibirla de ti: no te fatigues en venir, que tus pecados caben todos en el capullo de una rosa. Así es que voy a confesar de tarde en tarde. Pero como cada día me encuentro más aturdida, como no sé qué camino seguir para mi tranquilidad y me creo culpable viviendo después de muerto el amado de mi corazón, y por otra parte, me han llenado de confusión mis últimas lecturas, haciéndome dudar de todo, he vuelto con cariño mis ojos a las imágenes que adoraba en mi niñez; persuadida que sólo en la religión de mis mayores podría encontrar la calma y la paz que tanto necesito. En esta situación de ánimo, ¿A quién podía dirigirme en busca de consejo sino al ministro de Dios, al confesor prudente e ilustrado en quien había depositado mi confianza? Me fui a encontrarle a la iglesia y le manifesté que tenía necesidad de hablar con él; que me conceptuaba una oveja descarriada; que leía libros heréticos, acaso con la esperanza de encontrar en ellos la verdad que no hallaba en parte alguna; que desde la muerte de mi esposo recorría el camino de la vida, tan sola... tan desorientada, como en medio de un espantoso desierto; y concluí suplicándole que me

hablase de la grandeza de nuestra religión, pues yo no podía vivir sin amar mucho, y quería amar a la Iglesia, que me había tendido sus brazos al nacer.

Mi confesor me miró dulcemente, y me dijo: “Ahora no tengo tiempo disponible; en cuanto pueda, iré a tu casa, hablaremos, y entonces sabrás donde está la verdad”.

No sé porqué, me pareció que su voz tenía una inflexión distinta de las otras veces. Volví a mi casa preocupada, con el anuncio inesperado de aquella visita, que en vez de alegrarme, me hizo sentir algo así como una angustia indefinible.

Pasaron los días. Una tarde, me estremecí oyendo el ruido de un coche que se había parado a la puerta de mi casa, y segundos después entraba mi confesor en el salón. Se sentó en el sofá, me hizo sentar a su lado, y mirándome fijamente, me dijo con la mayor dulzura: Inés, niña querida de mi corazón (pues para mí siempre serás niña por tu ingenuidad y candor), buscas la verdad; quieres averiguar el secreto de la vida, te encuentras sin sombra desde que perdiste la de tu esposo; tu hogar está vacío y quieres llenarlo con nuevas creencias, a cuyo efecto lees libros racionalista que te embrollan y confunden. Es natural, ¡Que has de entender tú de las transformaciones de la materia y de las evoluciones del Espíritu! Piensas en el claustro, y tiembles, ¡No has de temblar, si tu alma de fuego no ha nacido para vivir en la soledad helada de una celda! Te crees oveja descarriada porque no has muerto de dolor al perder a tu marido y porque insensiblemente te apartas de su tumba y sientes que tu ser se reanima con las emanaciones de la primavera: ¿Cómo quieres oponerte a las leyes de Dios? ¿Tienes acaso tú la culpa de que tu organismo esté animado por la savia de la juventud y de la vida? Inés tú deliras, tú vives fuera de la órbita en que estás acostumbrada a vivir, y como viajero perdido en populosa ciudad, no sabes a donde dirigirte para encontrar cómodo alojamiento. Miras al pasado, en él tu imaginación descubre la torre de la iglesia donde recibiste el agua del bautismo, y recordando el altar de la virgen que en el mes de Mayo adornabas de flores; quieres retroceder y postrarte ante la imagen que adorabas en tu infancia. ¡Inútil afán, hija mía!... No se siente lo mismo en la edad madura que en la niñez. Me pides que te hable de la grandeza de la religión para amar a la Iglesia en cuyo seno naciste, vano es tu empeño, todas las religiones, no lo dudes, son los juguetes que entretienen la infancia de las humanidades: cuando éstas llegan a mayor edad, dejan los santos de barro, los templos de piedra, levantan estatuas a la libertad iluminando al mundo, hacen observatorios astronómicos, ensanchan la esfera de su actividad, y sienten por las religiones lo que el hombre por los soldados de plomo o los teatros de cartón que le encantaron cuando niño.

-Padre, ¿Qué está usted diciendo?

-La verdad, hija mía, la verdad. Tú no necesitas para vivir tranquila ni credos religiosos, ni nuevas filosofías: lo que a ti te hace falta es encontrar un hombre que te quiera y te comprenda como yo te quiero, y te comprendo; que te ame como yo te amo hace mucho tiempo, con todo mi corazón.

-¿Qué está usted diciendo, padre? Habla usted de una manera que me asusta. No sé si entiendo mal; pero a su lado no me encuentro tan tranquila como otras veces; su mirada no es la del padre que vela por el reposo de su hija.

-¡Ay, Inés!... harto tiempo te he ocultado mis sentimientos. Respeté tu dolor cuando me dijiste que tu marido estaba en peligro de muerte; enmudecí cuando volviste a decirme que te habías quedado sola en el mundo; te miré, y al verte con tu manto de luto, con tus ojos enrojecidos por el llanto, con tus mejillas pálidas como el marfil, me pareciste más hermosa y más conmovedora que nunca; tu dolor humano hablaba a mi Espíritu con el lenguaje del más puro sentimiento: desde entonces te llevo fotografiada en mi cerebro, cuando miro las imágenes de las dolorosas, por más que aquellas representan un dolor divino, no logran conmoverme como tu dolor y tu inmenso desconsuelo. Yo te amo, Inés; yo te amo porque me has dejado leer en tu alma sin ocultarme un solo pensamiento. ¡Eres tan buena, tan casta y tan pura!... En ti hay tesoros todavía desconocidos; pues de los dos hombres con quienes te unió la Iglesia, el uno fue un miserable, el otro un ser sencillo, y ninguno de los dos llegó a comprender la grandeza de tu alma y la delicadeza, de tus sentimientos. Yo sí, Inés, yo te comprendo. Poseo los secretos más recónditos de muchísimas mujeres que pasan por honradas madres y fieles esposas, y sé que han prostituido su cuerpo al deleite y su alma a la vanidad, y al comparar su hipocresía y las debilidades generales de tu sexo, con tu ingénua sencillez y tu castidad inmaculada, te juzgo, Inés, si no por perfecta, al menos la más pura y la mejor de las mujeres que conozco, por esto amo tu alma y anhelo la posesión de tu cuerpo; que, en la Tierra, la posesión es la realización legítima del amor. Ámame, Inés. El mundo me cree sabio; algo sé en realidad, y juro emplear mi sabiduría en hacer de ti la más dichosa de las mujeres de la Tierra.

Mi confesor calló, y ya era tiempo, porque me sentía ahogar de confusión y de vergüenza. Le había mirado siempre con el respeto con que se mira a un padre; había escuchado sus sermones con verdadero recogimiento entreviendo en sus palabras los resplandores del paraíso; le conceptuaba superior a los demás hombres, no viendo nunca en él más que el siervo de Dios, humilde, prudente, contrito, la frente orlada de luminosa aureola y la negra vestidura resplandeciente como la túnica de un santo. ¡Qué cruelísima decepción! El sabio sacerdote se convertía en un seductor vulgar, y su palabra evangélica en declaración amorosa. Al perder para siempre aquel padre espiritual y encontrarme con un hombre apasionado que me hablaba de la posesión de mi cuerpo, sentí tanta repugnancia, inspirándome tal aversión el amor mundano del ungido del Señor, que ocultando mi rostro entre las manos por no verle, exclamé con dolorido acento; ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Quién había de imaginarlo! ¿Dónde me refugiaré?...

-En mis brazos, Inés, en mis brazos; replicó: no te asustes de pagar tu tributo a las leyes naturales. Eva y Adán lo pagaron en el paraíso y si ellos, con haber salido directamente de las manos de Dios, fueron débiles y cayeron; si todas las generaciones humanas que se han

sucedido en la Tierra han caído como la primera pareja; ¿Cómo has de pretender que tú y yo nos sustraigamos a nuestra naturaleza humana?.

-Buscaba en usted un puerto, (le dije) y he encontrado un naufragio. Es usted un infame; salga inmediatamente de mi casa.

Comprendió perfectamente la indignación de que me hallaba poseída, y como hombre, al fin, de talento, no insistió; se levantó dirigiéndome una mirada de despecho, y salió del salón pausadamente. El ruido del carruaje que se lo llevaba me pareció el del coche fúnebre llevándose el cadáver de un miembro de mi familia. Mi confesor había muerto para mí. Ya no existía el hombre tolerante y cariñoso, depositario de las confidencias de mi alma. Acababa de perder al que yo creyera mi más desinteresado y fiel amigo, mi más sabio y prudente consejero, el único que podría salvarme del naufragio en el oleaje de la vida.

-¿Dónde reclinaré mi cabeza? Me preguntaba en la orfandad de mi Espíritu. Y esta misma pregunta le dirijo a usted: ¿Dónde reclinaré mi cabeza? ¿Dónde?

-En usted misma, Inés.

-¿En mí misma?... No lo entiendo.

-Pues es muy sencillo; en su propia razón, a mi juicio, su confesor le ha hecho un bien inmenso.

-¡Un bien, cuando me ha arrancado toda la fe que yo tenía, en la religión de mis mayores!.

-La fe es el más indigesto de los manjares del alma. La fe es incompatible con la ciencia, como que la primera esclaviza y la segunda redime; ésta muere cuando el Espíritu piensa. Las religiones son el látigo con que la tiranía azota la conciencia humana, y el hierro con que fabrica las cadenas de la esclavitud de los pueblos. No recline usted la cabeza en la religión, porque es reclinarla en la esclavitud. Ya ha visto usted que los sacerdotes son hombres como los demás, generalmente peores que los demás, porque condenados a no sentir los goces de la familia, que son los más dulces y los más santos, sus sentimientos se truecan en volcánicos apetitos, en desbordamientos contranaturales que los convierten en monstruos. Felizmente, desde hoy ya no será usted católica, porque ha conocido el catolicismo por boca de uno de sus más sabios y virtuosos sacerdotes. ¡Ojalá lo conocieran todas las mujeres, que son, por su ignorancia, el sostén del catolicismo y del clero! Y puesto que su padre espiritual ha muerto, busque usted otro consejero más sabio, más desinteresado y más noble.

-¿Dónde hallaré este consejero?

-En el estudio, que es el consejero que la naturaleza ofrece a la criatura racional. Él nos enseña que hay otros mundos además del planeta que habitamos, y otras humanidades que los pueblan, hermanas de la humanidad a que pertenecemos nosotros. Mundos y humanidades, somos los viajeros eternos del espacio. El estudio le dirá, que Dios no puede haber creado cielos para los predestinados e infiernos para los réprobos, porque todos somos hijos suyos, y no hay réprobos ni predestinados. El estudio le abrirá nuevos y dilatados horizontes, caminos anchurosos, vías espléndidas sin término. ¿Dónde

reclinaré la cabeza, pregunta usted, dónde hallará mi alma la verdad?
Levante usted su mirada a los astros que surcan los océanos del éter, y
ellos le revelarán lo que ninguna religión ha revelado: que la verdad
comienza en la libertad y termina en. el Infinito.

CAPITULO XXXIX

¡AMPARO!

Hablando hace algún tiempo con el Espíritu que más me guía en mis trabajos, refiriéndose a las oraciones fúnebres, a las sesiones necrológicas, me dijo, entre otras cosas, lo siguiente: no deis a los que se van virtudes que no tuvieron; hablad únicamente de las buenas cualidades que poseían, sin aumentar su número ni disminuir la suma de aquellas. Hablad sobre terreno firme, con conocimiento de causa, sobre una sola virtud si más no poseía el ausente, pero no saquéis a pública subasta sus debilidades y sus defectos, ¿Para qué? ¿Os hace falta acaso, el acíbar de los crímenes o de los desaciertos? No; desgraciadamente los terrenales sois condenados (con raras excepciones), a trabajos forzados; lleváis el grillete de la imperfección y la cadena del crimen os enlaza los unos a los otros como los penados de vuestros presidios; con la sola diferencia de que a aquellos les veis la pesada cadena de hierro y vuestra cadena no se ve, pero quizá sea más fuerte y más difícil de romper.

No se hace el plan de un crimen, sin encontrar inmediatamente quien lo apoye, quien lo secunde, quien lo patrocine, quien emplee toda su astucia para orillar dificultades y dejar expedito el camino que han de seguir los asesinos o los estafadores; en cambio, para hacer una buena obra, para facilitar la divulgación de un invento, que ha de reportar bienes sin cuento a un pueblo o una nación, ¡Desdichado del inventor!... ¡Cuántas dificultades! ¡Cuántos obstáculos! ¡Cuántas barreras encuentra en su escabroso camino! ¡Todos se ríen de él! ¡Todos le creen loco!... y hasta sus más íntimos amigos, su propia familia, es la primera que arroja leña a la hoguera del ridículo, en el cual se quiere hundir a un hombre superior a la generalidad: y el sabio o el filántropo que ama a sus semejantes, con un amor que está a mayor altura de los conocimientos y de la sensibilidad de la masa común, es crucificado moralmente, si la barbarie de sus contemporáneos no consigue destruir su cuerpo para solaz y satisfacción de la humana ingratitud.

Os sobran todavía los asesinos, los envidiosos, los hipócritas, los acaparadores de riquezas, los usureros sin corazón, los que sólo piensan en sí mismos. ¿Para qué aumentar el catálogo de las viciosidades humanas, con la relación de los vicios que tuvieron los que ya dejaron la Tierra? Si los que un día compartieron con vosotros los azares de la vida, tuvieron en medio de sus liviandades un pensamiento delicado, si se conmovieron ante la desnudez de un niño o de un anciano, si temblaron ante la mujer desesperada, que vendió su cuerpo para dar pan o sepultura a uno de sus deudos más queridos: agarraos como se agarra el náufrago a una pequeña tabla, agarraos vosotros a aquella virtud en capullo y haced que se abra su corola para que su embriagador perfume embalsame el ambiente y aquella delicada esencia sirva para enseñanza de los terrenales y para consuelo del Espíritu, que

en medio de sus muchos vicios tuvo una virtud; porque verá que el único sentimiento que le ennobleció, es un astro cuya pálida luz ilumina suavemente, el obscuro sendero de su eterna vida.

No os canséis, no de dar a los cuatro vientos la fausta nueva de una virtud, que quizá para muchos pasó completamente desapercibida, por eso en vuestras sesiones necrológicas no empleéis nunca la hipócrita alabanza para el que no fue digno de ser alabado, pero abrid el libro de su existencia, examinad todas sus hojas y como indudablemente encontraréis una hoja orlada de flores, sobre ella haced vuestros comentarios y no leáis en ninguna otra página; ¿Para qué? De sobra tenéis volúmenes que sólo cuentan historias terroríficas. Los espiritistas no os convirtáis jamás en historiadores de crímenes, de este penoso y repugnante trabajo, ya se han ocupado gran número de sabios; vosotros debéis hacer otra clase de trabajo, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Dad al silencio y al olvido los desaciertos de vuestros compañeros de cautiverio y no temáis porque no sean castigados por el mal que hicieron. ¡Ay! del que enciende la hoguera para en ella arrojar a su hermano, que si nadie la enciende para arrojarle a él, él mismo buscará las llamas, él mismo producirá el incendio y perecerá carbonizado.

Si el ser a quien consagrais vuestros recuerdos tuvo una sola virtud, hablad sobre ella sencillamente, el bien se recomienda por sí mismo, sed vosotros los historiadores de las buenas obras, ya que os sobran historias de crueles tiranos y de pueblos brutalmente oprimidos.

Siguiendo los buenísimos consejos del Espíritu del Padre Germán, voy a consagrar unas cuantas líneas, a una mujer que yo he admirado en silencio hace muchos años; pasé en su agradable compañía cuatro meses y nunca he podido olvidar a mi hermana en creencias, porque Amparo se hacía querer y admirar de todos.

Pertenecía a la clase media, se casó por amor, cuando la vistieron de largo dejó las muñecas para ceñir a su frente la simbólica corona de azahar y envolverse con su mente de virgen. Amparo era casi niña cuando su primer hijo se abrazó a su cuello y le dijo: ¡Madre mía!

Yo la conocí veinte años después de su casamiento y nunca he visto en ninguna mujer, el perfecto equilibrio que guardaban en Amparo, su maternal ternura y su amor conyugal.

Por regla general, en el corazón de la mujer casada, no ocupan el mismo lugar el amor inmenso que da a sus hijos y el amor apasionado que prodiga a su marido; y las mujeres que quieren ser francas suelen decir en el seno de la más íntima confianza: ¡Mis hijos ante todo! (dice una); ¡Mi marido es mi vida!... (dice otra); sin él, poco me importa morirme... ¿Pero y tus hijos? Le preguntan: ya están criados, Dios no abandona a nadie; sólo en Amparo he visto equilibrados los dos amores, el conyugal y el maternal.

Su Pepe, como ella le decía, siempre estaba fuera de su hogar, era comisionista y la mayor parte del año viajaba y había que verla los días que esperaba carta de su marido; lloviera o venteara, esperaba al cartero en el balcón, como la niña enamorada que espera la primera carta de amor.

¡Qué angustias! ¡Qué inquietudes!... ¡Qué zozobras! Si el cartero se retardaba o no venía. ¡Qué horribles presentimientos asaltaban la mente calenturienta de Amparo! Ya en su imaginación enferma veía a su Pepe rodando por los despeñaderos, no quedando de su cuerpo ni un miembro sano, bien envuelto en torbellinos de nieve o asesinado en medio de las montañas y lloraba silenciosamente con el mayor desconsuelo la imaginaria muerte de su marido, y en medio de aquella angustia llegaban sus hijos del colegio, preguntando: ¿Que dice papá? Y Amparo contestaba, demostrando la mayor tranquilidad: no ha venido el cartero, es que yo equivoqué la fecha, hasta mañana o pasado no habrá carta y así ahuyentaba de la mente de sus hijos todo temor y recelo, y lo mismo cuando era dichosa, que cuando temblaba ante sus horribles visiones, siempre que se iban sus hijos al colegio, salía al balcón y los despedía con sus amorosas miradas, hasta que los niños daban la vuelta a una lejana esquina. No podía pedirse más ternura para sus hijos, más tiernos cuidados, más solícitos desvelos, ni más amor para su marido; no se podía pedir más a una mujer de la Tierra. Hablando con ella aprendí mucho y viendo su plan de vida mucho más; en nadie he visto equilibradas tan admirablemente la economía y la prodigalidad. Amparo economizaba en gastos superfluos para acostumar a sus hijos a ser generosos ya que miraban en los pobres a sus hermanos menores, iban varios pordioseros a recoger limosna, y en particular niños, y Amparo les decía a sus hijos: no os contentéis con darles la mitad de vuestra merienda y algún juguete roto, invítadles a jugar con vosotros, ¡Pobrecitos! ¿No veis que cara ponen tan contentos cuando los tratáis con cariño?

Recuerdo una tarde, que yendo de paseo encontramos a un pequeñuelo que diariamente venía a casa de Amparo, el chicuelo, acostumbrado a jugar con el niño más pequeño, se acercó familiarmente a su compañero de juegos y le dio un golpecito en el hombro, el otro, que iba con su traje nuevo le miró desdeñosamente: Amparo lo notó y no dijo nada entonces, pero al volver a casa, al desnudar a su hijo le dijo sencillamente, Pepe, no te pondrás más ese traje.

¿Por qué? Preguntó el niño con enojo.

Porque te hace ser malo, ya he visto con el desprecio que has mirado al pobre chicuelo con quien juegas todos los días cuando estás en casa, luego, tú no eres el malo, es el traje el que te hace orgulloso y yo no quiero que mis hijos desprecien a los pobres.

De esta manera educaba Amparo a sus hijos, sin enojosos sermones, sin riñas violentas, al contrario, era la compañera inseparable de sus hijos, con ellos salía diariamente para que estos disfrutaran de un rato de asueto, hacía agradable la vida de cuantos la rodeaban, porque hay personas muy buenas que sólo son buenas para su familia, pero Amparo lo era para todo el mundo: tenía una gracia especial para consolar a los desgraciados, y era tan modesta, tan sencilla y tan enemiga de llamar la atención en ninguna parte, que hacía el bien por el bien mismo; cuando me separé de ella sentí un dolor sin nombre, sentí frío en el alma, mucho frío, mi Espíritu

presentía que no volvería a encontrar en la Tierra otra mujer como Amparo; y en realidad mis presentimientos fueron fundados... ¿Y como no habían de serlo? Este mundo no es un lugar de seres perfectos, y no podía yo, pobre penado de este planeta, estar en relación con seres como Amparo: la conocí como gracia especial, quizá porque en aquella época necesitaba mi Espíritu estar muy cerca de la Luz... ¡Tanta sombra me envolvía!... ¡Tantas penas me atormentaban!... ¡Tan sola me encontraba en la Tierra! Amparo, hizo cuanto pudo por retenerme a su lado, tuvo para mí las dulzuras de la madre, la benevolencia de la hermana, la dulcísima compasión de la verdadera amistad, pero yo me alejé de ella convencida de que mi Espíritu, aún no era digno de vivir al lado de Amparo.

Han pasado muchos años, siempre he procurado saber qué hacía Amparo, y hace algún tiempo que supe con profunda pena que era inmensamente desgraciada.

Su Pepe, aquel hombre que ella tanto había amado, que después de veinte años de casada esperaba su carta con el delirio de la mujer enamorada, el compañero de sus sueños, de sus ilusiones, al que ella rendía en su mente verdadera adoración, y hacía que sus hijos vieran en su padre el hombre más perfecto de la Tierra, pues bien, aquel hombre tan amado, despreciando el inmenso amor de su esposa, se entregó a fáciles amores, y mató moralmente a la madre de sus hijos.

¡Pobre Amparo! ¡Cuánto habrá sufrido!... ¡Cuán inmenso habrá sido su desconsuelo!... ¡Qué deuda tan terrible habrá tenido que pagar en esta existencia! Quizá su Espíritu esperó a tener grandes virtudes para resistir heroicamente prueba tan horrible, porque del modo en que Amparo quería a su marido, al convencerse de su infidelidad, habrá necesitado de una fuerza moral, desconocida en este mundo, para no matar al infiel o morir violentamente; porque la muerte era sin duda preferible al abandono de aquel hombre tan amado... ¡Qué energías habrá tenido que desplegar para no morir de pena!... Al fin ha muerto en brazos de sus hijos; si Amparo pidió en esta existencia el saldo de una cuenta terrible, ¡Qué contenta estará de sí misma! ¡Qué bien ha cumplido con todos sus deberes! Es la mujer en la cual he visto reunidas más virtudes. Si no hubiera más que una existencia, habría que volverse loco al ver tanta injusticia en los premios y castigos de este mundo, pero no, el mismo desnivel que se observa en los acontecimientos humanos, demuestra que una existencia es una hoja desprendida del libro de la vida, en la cual no hay ni el prólogo ni el epílogo de la historia del Espíritu, es un capítulo nada más, donde se desarrollan unas cuantas acciones más o menos interesantes.

¡Amparo! No por curiosidad, no por deseo pueril de saber algo de tu historia, te pido que cuando te sea posible me inspires o inspires a otro Espíritu para que éste me diga la deuda que has pagado en tu última existencia. Merecen saberse y estudiarse esos grandes dolores, esas cuentas pendientes desde la noche de los siglos.

Merecías por tus virtudes ser amada de todos, porque eras muy buena, y buena dentro de tu hogar luchando con mil penalidades, y buena para tus amigos, y generosa para los desventurados, tú leías en

el alma de los que sufrían y dabas la medicina de tu cariño, con tacto, con esmero, con un cuidado verdaderamente maternal, y tú... ¡Has tenido que sufrir el dolor que más podía herirte!... tantas heridas como has cicatrizado con tu ternura, y tuviste que recibir el dardo emponzoñado del desprecio, del abandono de aquél que fue para ti, ¡Tu Dios! ¡Tu religión!

¡Oh, Amparo! ¡Habla! Sí, habla, sé tan útil desde el espacio como lo fuiste en la Tierra. Es preciso hacer comprender porqué se llora cuando menos se espera, y cuando al parecer menos se merece el infortunio.

Han pasado muchos años, y no te he olvidado, demuéstreme que mi recuerdo tampoco se ha borrado de tu mente.

Reanudemos nuestras amistades de ayer, estoy muy lejos de ser tan buena como tú, pero mi Espíritu ávido de progreso, está hoy más valiente que ayer, y te pide tu concurso para su trabajo.

Sí, Amparo; acércate a mí, te necesito, si en la Tierra me querías, debes quererme más en el espacio, yo así lo creo y confío que al despertar me dirás: Amalia, escucha; yo prestaré atento oído y una nueva historia haré saber a las mujeres que sufren y lloran en este mundo. Amparo, te espero, ¡Despierta! ¡Despierta y habla, hace tanto tiempo que no hablo contigo!...

CAPÍTULO XL

¡CELSO!

Ojeando un periódico leímos este suelto:

“Una de estas últimas noches, al revisar los coches de tercera del tren correo de Tarragona, los empleados de la misma, encontraron debajo de un banco un niño de siete años, que furtivamente se había metido en el tren. El muchacho, a pesar de sus pocos años, explicó con la mayor desenvoltura que venía de Valencia, que su madre pedía limosna en dicha ciudad, que el autor de sus días, sufría condena en aquel penal, y que sólo el deseo de ver a su padre le había inducido a esconderse en el tren; pero que tenía diez reales que le había dado un pasajero, que con esta cantidad pagaría el billete, se compraría unas alpargatas, y lo restante lo entregaría a su padre. Los empleados de la estación no pudieron menos de extrañarse de la verbosidad y desenvoltura intelectual del niño, el que con las mayores consideraciones, fue puesto a disposición del gobernador de dicha provincia para que lo entregase a su familia.”

¡Pobre niño! ¡Tan pequeñito, y ya comienza a sufrir y a pensar! ¡Qué afán de progreso tienen esos espíritus, cuando desde la infancia revelan tanto sentimiento y fuerza de voluntad!

Este episodio, nos recuerda la conversación que tuvimos hace algún tiempo con un amigo nuestro, juez de profesión, hombre de bellísimos sentimientos, pero profundamente incrédulo, que se ríe de todas las creencias, siendo el Espiritismo una de las que más excitaban su epigramática sonrisa.

Una noche fuimos a su casa a ver a su esposa, que estaba enferma, y al llegar allí nos salió al encuentro nuestro amigo, diciéndonos cariñosamente:

- Vendrá usted a ver a Magdalena.

- Ciertamente.

- Pues bien, por ahora, conténtese usted con hablar conmigo, pues mi esposa duerme, después de haber pasado un día fatal; y crea usted que yo, no sé si de verla sufrir, también estoy enfermo, y más que todo preocupado, muy preocupado.

- ¿Tan mala está Magdalena? ¿Qué dice el médico?

- No es precisamente por la gravedad del mal, es que me sucede una cosa muy particular, y me alegro que haya usted venido para hacerle varias preguntas, o mejor, para contarle lo que me pasa. Entremos a mi despacho y hablaremos.

Seguímosle a la habitación indicada, nos sentamos el uno frente al otro, al lado de su mesa, y dijo tratando de sonreírse:

- Ya sabe usted que yo me río de todas las religiones, con sus aparecidos y sus fábulas, y que muchas veces he dicho era una lástima que usted se dedicase a escribir ese cuento de niños llamado

Espiritismo, pues bien, amiga mía; ahora le toca a usted reírse a mandíbula batiente, porque creo que los muertos se aparecen.

- ¡Al fin! Exclamé

- No lo diga usted muy alto, porque no sé aún si me volveré atrás de lo que digo, pero en fin, lo que es hoy, aseguro que lo creo.

Al decir esto, le vimos palidecer y levantarse azorado.

- ¿Qué tiene usted, amigo mío? Le preguntamos con ansiedad dejando también nuestro asiento.

- Nada, nada (replicó volviéndose a sentar), es que he visto otra vez a Celso.

- ¿Quién es Celso?

- Un muerto, un Espíritu, como usted dice, un alma en pena, como dicen los católicos, pero lo cierto es que yo lo veo. Ahora se sienta donde él acostumbraba sentarse. ¿Pero qué es esto? No lo sé: yo le contaré y usted juzgará. Hace siete años mataron y robaron a una pobre mujer en una villa cercana, y enseguida se logró capturar a los presuntos agresores, que eran tres hombres. Uno de ellos de buena familia, viudo, con un niño de nueve años, según él mismo me manifestó. A los pocos días de estar los tres criminales en la cárcel, una tarde, al salir yo de la Audiencia, se me acercó un niño de porte decente, de mirada triste y de amarga sonrisa, el cual me dijo con voz resuelta:

- ¿Es usted don Justo Escobar?

- Yo soy, ¿Qué quieres?

- ¡Señor...! Tengo que hablar con usted.

- ¡Tú...! Le dije sonriéndome, ¿Y qué tienes que decirme?

- Muchas cosas, señor, pero no aquí, quiero hablar con usted en su casa.

No sé porqué, aquel niño me llamó la atención, me impuso respeto su tono imperativo, y al mismo tiempo, con la dulzura de sus ojos, imploraba algo inexplicable para mí. Así fue que le dije:

- Bien, hombre, iremos a mi casa y me contarás todo lo que quieras.

Seguimos juntos hasta mi casa, mas al entrar en este mismo aposento, el niño palideció y cayó sin sentido.

Le presté los auxilios necesarios y un amargo presentimiento me hizo pensar si aquel infeliz estaría desfallecido por hambre. Al volver en sí, le pregunté si hacía mucho tiempo que no había comido, y me contestó con voz balbuciente, que dos días.

- ¡Pobrecito!

- Sí, ya lo puede usted decir; hice que le dieran caldo con malvasía, y pronto recobró aliento, diciéndome al fin:

- Yo soy hijo de Don Celso Rodríguez, acusado injustamente de homicidio, y me llamo como mi padre, el cual es inocente del crimen que le imputan. Crea usted, señor, que mi padre no ha matado en este mundo ni una mosca, porque mi padre es muy bueno.

- ¿Y cómo se encontraba entonces con los asesinos, en el momento crítico de cometerse el crimen?

- Lo ignoro (replicó el niño); mi padre me tenía puesto en el colegio, donde estaba todo el día a media pensión, por la noche venía a buscarme, y cenábamos juntos en la fonda, y luego me llevaba a casa de unos amigos suyos, donde cuidaban de nosotros. Él y yo dormíamos en un mismo cuarto. Mi padre es de carácter bondadoso, nunca me ha pegado ni reñido, y los días de fiesta, si tenía dinero, comíamos en el campo o me llevaba al teatro, lo dejaba a mi elección.

El día que le prendieron no pudo venir por mí, pero como otras veces había sucedido lo mismo, no me asusté. Viendo que no venía, fui a buscarlo a la fonda, y después a casa. Al fin supe que estaba preso. Quise verle al día siguiente, pero no me dejaron. Estuve yendo con los amigos de mi padre todos los días sin conseguir mi objeto, hasta que supimos que lo habían traído aquí. Entonces, sin decir nada en casa, me vine a pie. Cuando llegué, entré en un mesón, y con los cuartos que me quedaban pedí de comer. Pregunté dónde estaba la cárcel, y buscándola me sorprendió la noche, viéndome en la necesidad de pasarla escondido entre unos carros. Ultimamente di con la cárcel, mas tampoco he logrado ver a mi buen padre. Por fortuna una mujer que había allí me escuchó con mucha atención, y me dijo: “Yo te acompañaré a la Audiencia, donde van muchos jueces, y entre ellos uno que se llama D. Justo Escobar, que es muy bueno, pregunta por él y te escuchará.” Me acompañó, preguntamos por usted al portero, y éste nos dijo a la hora que usted salía. La buena mujer se fue, y yo me quedé esperándole a usted para decirle que me lleve a ver a mi padre, que tendrá mucha pena de estar separado de mí.

No puede usted figurarse lo que me impresionó la relación de aquel niño, aquella fuerza de voluntad, aquel amor inmenso que tenía a su padre, aquella fe profunda con que él exclamaba: ¡Mi padre es inocente!

Aquella confianza me llegaba al alma, porque precisamente aquel mismo día había tomado declaración al padre de Celso, y me había confesado que él no dio el primer golpe, pero que había ayudado a terminar el asesinato. ¡Pobre niño! Decidí no desampararle y hacer cuanto pudiera por él y por su padre.

Enteré a Magdalena, y usted que ya sabe lo que ella es, acarició a Celso, le dio alimento, y decidió quedarse con el niño hasta ver en qué paraba la causa de su padre.

Todo el afán de Celso era preguntarme si le llevaría a ver a su padre, y no estuvo tranquilo hasta que le prometí que al día siguiente le llevaría conmigo.

Cumplí lo ofrecido, y cuando el pobre Rodríguez vio a su hijo, se quedó tan turbado, se puso tan conmovido, que no pudo pronunciar ni una sola palabra. El niño rayó en lo sublime, preguntándole a su padre con voz vibrante:

- ¿Verdad que eres inocente, padre mío? ¿Verdad que tú no puedes haber matado a nadie, siendo tan bueno? Yo me quiero quedar contigo, yo te defenderé.

En fin, Amalia, esto sería muy largo de contar, pero puedo asegurarle que Celso era la admiración de cuantos le escuchaban y que

me tenía dominado por el inmenso amor que a su padre profesaba. Todos los días le dejaba ir a verle, y él, para mostrarme su agradecimiento, no puede usted figurarse lo cariñoso que era con Magdalena y conmigo. Tenía una inteligencia tan clara aquella criatura, un discernimiento tan admirable, que me encantaba, y estábamos decididos a encargarnos de su educación, porque sabíamos que su padre, si bien no era un hombre avezado al crimen, había sido criminal. De los tres autores del delito, uno fue condenado a muerte, y Rodríguez y su compañero a veinte años de condena. Cuando Celso se enteró de que su padre debía ir al presidio de Tarragona a cumplir su condena, quedó como petrificado.

La víspera de marchar Rodríguez, dejé a Celso con su padre más de dos horas por complacer al niño. Por la tarde salió Celso sin apercibirse Magdalena, y al volver yo y notar su falta, mandé buscarlo, aunque inútilmente. Yo mismo corrí en distintas direcciones, pero en vano, y ya de noche y fatigado me retiraba a mi casa, cuando me dieron aviso de un conato de evasión de varios sentenciados a presidio, entre ellos Rodríguez, el cual con otro había logrado escapar saltando por una ventana, pero con tan mala suerte que se fracturó ambas piernas.

Su hijo le esperaba al pie de la ventana. Los centinelas hicieron fuego e hirieron gravemente al compañero de Rodríguez y mataron a Celso, que hacía desesperados esfuerzos por llevarse a su lastimado padre. El pobre niño murió víctima de su amor filial. Cuando vi el cadáver de aquel hijo modelo, lloré como un niño y no sabía separarme de él.

Lo acompañé hasta el cementerio, y crea usted que el cariño que me inspiró aquella criatura no lo he sentido por nadie. Estuve mucho tiempo preocupado con aquel tristísimo suceso, se puede decir que no lo olvidé, hasta que recibí un gran disgusto con la muerte de un hermano mío.

En aquellas horas de angustia me pareció ver a Celso que me miraba sonriendo. Traté de desechar aquella alucinación, pero a pesar mío, vi a Celso durante muchos días constantemente al lado mío. Un año después murió mi hija, y volví a ver al hijo de Rodríguez, y hoy, cuando el médico me indicaba sus temores respecto al estado de mi esposa, le he visto otra vez, primero aquí, y luego en el cuarto de la enferma, sentado junto a su cama mirándola tiernamente.

- ¿Y va vestido como, cuando usted le conocía?

- Las otras veces, sí, hoy no, hoy lo he visto con una túnica blanca de una tela transparente y luminosa, parece como si lo envolviera una nube, pero su cara es la misma, con sus ojos tristes. Parecía como si magnetizara a Magdalena, porque ésta se ha quedado dormida dulcemente. Si es que los muertos viven, ¿Por qué no vienen mi hermano y mi hija y los veo como a Celso?

- Porque no sabemos en qué estado se hallarán esos dos espíritus. Celso, sin duda, siente por usted una inmensa simpatía y gratitud sin límites, pues usted, como hombre, no pudo ser mejor para él, y es de presumir que cuando le ve padecer, él viene a prestarle

consuelo y a alentarle. Amó mucho en la Tierra, y continúa amando en el espacio.

¡Y tanto que supo amar! Por su padre era adoración lo que sentía. Él nunca pudo creer que su padre fuese criminal. ¡Con cuánto entusiasmo me contaba los menores detalles de la vida del autor de sus días! Y en verdad que no comprendo cómo aquel hombre, que era bueno en el fondo de su corazón, se convirtió en asesino.

- ¿Y vive aún?

- Sí, en Tarragona está el desgraciado.

Algún tiempo después de esta conversación, Escobar asistió a varias sesiones espiritistas con la idea de ver si se comunicaría Celso, obteniéndose, por último, esta concisa comunicación:

“El niño que murió por salvar a su padre es un Espíritu cuyo activo trabajo le aparta de los lugares que en su vida terrena frecuentó, y sólo vuelve a ellos cuando dos seres queridos que dejó entre nosotros sucumben al peso de su prueba, su padre, que ignora en absoluto dónde está su hijo, al que siempre recuerda, y tú, que más feliz que el pobre presidiario, has podido verle cuando él viene a tu lado para tranquilizarte y decirte: el que amparo presta, protección recibe. El niño de ayer, al que viste desfallecer de hambre, es el Espíritu fuerte de hoy. No lo dudes; los muertos viven. Celso está contigo siempre que necesitas de él, te ama, y será de los primeros que te darán la bienvenida en los mundos de la luz.”

Esta comunicación dejó satisfecho a nuestro amigo, que leyó las obras de Kardec, las estudió profundamente, y hoy es un buen espiritista, siendo su mejor consejero en los lances más arduos de su vida, el Espíritu de Celso.

¡Quién diría al juez de la Tierra, cuando recogió en su casa a aquel pobre niño, que llegaría un día en que aquel ser desvalido, a quien vio caer a sus pies vencido por el hambre, sería más tarde su guía, su Espíritu protector, para pagarle una deuda sagrada, deuda contraída por la más profunda gratitud!

CAPÍTULO XLI

LA NOCHEBUENA

Conocíamos en Madrid a una excelente mujer, que estaba de portera en una gran casa, siendo una de esas mujeres del pueblo, llena de sentimiento y de amor a la humanidad.

Donde había un enfermo que velar, allí estaba ella, donde había un gran apuro producido por la miseria, ella era la primera que acudía y arbitraba recursos, pidiendo a éste, suplicando a aquél, convirtiéndose en un verdadero agente providencial. Casada y sin hijos, todos los desgraciados eran hijos suyos, pudiendo de ella decirse con sobradísima razón lo que decía el Padre Germán: que la mujer siempre es madre.

Durante algún tiempo vivimos en la casa que ella guardaba, y tuvimos ocasión de admirar los bellísimos sentimientos de aquel ser de aspecto vulgar, pero que cuando hablaba nos encantaba, porque se expresaba con tan noble ardimiento, defendía con tanto calor a los pobres, y tomaba una parte tan activa en los dolores de sus vecinos, llorando con la viuda desolada, gimiendo con el niño huérfano, compartiendo su escaso pan con el obrero sin trabajo, que adquirió un renombre honorífico entre sus conocidos, pues nadie la nombraba Ramona, sino la buena Ramona.

Su marido decía que se había casado con una hermana de la Caridad, reconocía la gran superioridad moral que sobre él tenía su mujer, y la miraba con cierto respeto, impropio en un hombre del pueblo.

Ramona no sabía leer, pero le gustaba mucho escuchar la lectura de un buen libro, y muchas noches, cuando cerraba la puerta subía a nuestro cuarto para oírnos leer un rato, gustándole en extremo las obras de Kardec y de Flammarion.

El último año que vivimos en su casa, nos dio una amiga nuestra cien reales para que los diéramos por la Nochebuena a una familia verdaderamente pobre, y como Ramona conocía a todos los desgraciados del barrio, la llamamos y tuvimos con ella el siguiente diálogo:

-Ramona, va usted a oír una buena noticia. Disponemos de cinco duros para dárselos a una familia muy pobre, hoy por la noche, pues han de ser entregados en la misma Nochebuena, y queremos que usted nos indique un pobre realmente necesitado.

-No tenemos que ir muy lejos, contestó ella con cierta tristeza. Sobre este mismo cuarto está la buhardilla número 2, donde se están muriendo poco a poco un matrimonio y sus dos hijos. El padre es ciego, la mujer está tullida, la hija está tísica en el último grado, y su hermano, albañil, en camino de ello, y como le ven tan enclenque, los maestros de obra no le quieren dar trabajo, y pasan los infelices lo que no es para contarlos. ¡Ay! Si las paredes de esa buhardilla pudiesen

hablar, crea usted que habría asunto para escribir muchas historias, y con las lágrimas que se han derramado dentro de esa habitación, habría para formar un arroyo. Créalo usted, siempre que la alquilo se me oprime el corazón. Y Ramona comenzó a llorar con profundo sentimiento.

-¿Qué tiene usted? ¿Le sucede algo desagradable?

-No, señora, sucederme no; sino que cuando llega la Nochebuena, me acuerdo de una desgracia que sucedió en esa buhardilla, desgracia que nunca olvido, pero, en fin, que la recuerdo más el día de hoy, y si no fuera porque tengo que estar entre la gente, crea usted que lloraría sin descanso. ¡Ah, señora! ¡Y cuántas penas hay en el mundo!

-¿Y qué historia es esa? Cuénteme usted...

-Es muy larga de contar, ya se la contaré otro día.

-Esta noche suba usted cuando cierre la puerta, y ya que hoy es el aniversario...

-Sí, sí; y crea usted que me alegro, porque desde que pasó aquello, que hoy hace cuatro años, ninguna Nochebuena me divierte. Mi marido se incomoda, pero yo no lo puedo remediar. Cuando oigo cantar y reír, me parece que veo a Feliciano, y me da una angustia... Nada, lo dicho, mi marido se irá a casa de su hermana, y yo me vendré con usted y le contaré esa historia, y estaré mucho más contenta que entre el barullo que tanto me entristece.

Aquella noche subimos a la buhardilla, y entregamos a la pobre tullida los cinco duros que nos había dado nuestra amiga, impresionándonos penosamente el tristísimo cuadro que presentaba aquel aposento, donde cuatro seres se morían poco a poco, como decía Ramona. Ésta subió temprano muy contenta y muy agradecida de su marido, que le dijo:

-Vete, vete arriba, que ésta es muy mala noche pata ti.

La hicimos sentar, junto a nosotras y le dijimos: vamos, comience usted esa historia, que ha despertado poderosamente nuestra curiosidad.

-Verá usted, hace cinco años que, estando yo en la portería, vi llegar a una joven vestida de negro, con un traje y una mantilla que ni un traperero los hubiera querido, dando la mano a un niño de cinco años, que era un retrato de su madre. Los dos eran muy blancos, con unos ojos tan tristes... que daba pena mirarlos, ¡Y tan delgaditos! ¡Tan pálidos!... Ella me preguntó si había alguna buhardilla para alquilar, y al oírla me sentí tan conmovida, y me dieron unos deseos de abrazarla, que tuve que contenerme para no hacer una tontería. En fin, para abreviar, le diré que alquiló la buhardilla número 2; y yo, como si hubiese sido mi hija, me tomé un interés por ella tan grande, y por el niño, que mi marido solía decirme: "Si Teresa fuera hombre tendría celos". Yo no tenía más placer ni más agrado que estar con Teresa cuantos ratos podía. Al niño le llamaba yo mi Feliciano, y el pobrecito me decía abuela. Teresa no conocía a nadie, la pobre acababa de llegar de Sevilla, según me dijo, y yo le proporcioné trabajo, pues bordaba

divinamente. Yo iba a la tienda, le hacía la compra, en fin, yo me desvivía por ella, y Teresa me decía:

-Usted es mi madre, no he conocido a la mía, y la suerte me protege, compadeciéndose usted de mi desgracia. ¡Gracias por su cariño solícito, buena Ramona!

-¿Y era viuda, o mal casada o víctima de algún engaño...?

-Ya verá usted, yo también tenía esa misma curiosidad; porque Teresa era muy reservada, y nunca me hablaba de su vida pasada. Yo conocía que era persona muy fina, muy prudente, incapaz de abusar de nadie. La infeliz no comía, por no deber. Siempre estaba muy triste, miraba a su hijo con una pena... De noche en particular, cuando lo acostaba, al besarle lloraba en silencio, y le decía:

-¡Reza por tu abuelito, hijo mío!

Una noche, Feliciano jugaba conmigo, y Teresa a la hora de costumbre hizo que el niño se acostara, diciéndole como siempre:

-¡Reza por tu abuelito, hijo mío! Rezó el niño, y de pronto, incorporándose en el jergoncito que le servía de cama, exclamó:

-Mamá ¿Sabes que estoy pensando?

-¿Qué, hijo mío?

-Que nunca me dices que rece por mi padre, nada más que por mi abuelito.

-¡Hijo mío! Las víctimas no necesitan oraciones; dijo Teresa con voz ahogada.

-¿Y mi padre es una víctima? ¿De quién?

-Calla, hijo mío, calla dijo Teresa en tono suplicante reza por tu abuelito, y pide al cielo que te dé un buen sueño.

Feliciano se durmió, y yo no hacía más que mirar a Teresa. Ésta leyó en mi pensamiento, y doblando un pañuelo que estaba bordando me miró sonriéndose, y me dijo:

-¡Pobre Ramona! Usted me mira con dolorosa curiosidad, conoce que soy muy desgraciada, y desea saber algo de mi historia. Le debo a usted mucho, y justo es que pague con mi confianza el verdadero cariño que he encontrado en usted. Hace algunos días que pensaba hablarle, porque se acerca un día fatal para mí, y por si acaso me sucede una desgracia, que sepa usted a quien ha amparado.

Feliciano dio media vuelta, y Teresa se levantó para ver si dormía, y lo besó exclamando:

¡Pobrecillo mío! Y volvió a sentarse enfrente de mí, diciendo en tono solemne: usted es la única persona que por mis labios sabrá mi historia.

Cuando nací murió mi madre, y a los pocos meses se casó mi padre en segundas nupcias con una mujer de ruines sentimientos, que se complacía en atormentarme todo el tiempo que viví a su lado. Mi padre de gran posición social muy metido siempre en política, estaba en guerra continua con la familia de un noble, cuyo primogénito me quiso desde niño, y yo a él, hasta el punto que, a pesar de toda la oposición de su familia y de la mía, la ley nos amparó y me sacaron de casa de mi padre la víspera de Navidad por la noche. Mi padre trató de comprimir su ira pero al marcharme me dijo al oído:

“¡Acuérdate siempre de la Nochebuena!”

Yo temblé al oír aquella amenaza, porque sabía que mi padre era un enemigo terrible, pero nunca hablé una palabra de ello a mi esposo para no despertar más odios.

Estuve depositada un mes en casa del juez, y luego me casé con el amado de mi alma. Once meses viví en un paraíso, mas ni un día dejaba de acordarme de la amenaza paterna.

Llegó el día de Nochebuena, y traté de retener a mi marido en casa todo el día. ¡Tenía tanto miedo de separarme de él!... que al fin conoció que me pasaba algo, y tanto me preguntó, que le confesé mis temores.

Él se rió, y me dijo que era una tonta, que no tenía confianza en la vida, me animó con sus caricias, y al fin me hizo salir con él por la noche para comprar mis dulces favoritos, y cuando volvíamos, haciendo planes para el porvenir, hablando de nuestro hijo, pues yo estaba próximo a dar a luz, llegamos delante de la catedral, y como el corazón nunca engaña, dije a mi esposo:

-Demos la vuelta, no quiero pasar por ahí, que es muy solitario, este sitio. ¡No seas niña! Me dijo él ¡Qué ganas de dar un rodeo cuando estamos tan cerca de casa!... Y a pesar mío me hizo pasar por aquel paraje sombrío. No habíamos dado cincuenta pasos, cuando sentí que mi marido se caía diciendo:

-¡Ay, Teresa mía! ¡Soy muerto!...Y en el mismo instante una mano de hierro ciñó mi brazo... y oí la voz de mi padre que me dijo:

“¡Acuérdate de la Nochebuena! ¡Hoy tu marido! ¡Mañana tu hijo!”

¿Qué pasó por mí?...No lo sé, perdí el sentido, y cuando recobré la memoria me encontré en mi lecho rodeada de personas extrañas, reconocí a mi doncella que tenía un niño entre sus brazos, mil ideas confusas torturaban mi cerebro, instintivamente extendí los brazos, y mi doncella me entregó a mi hijo, que era el niño que tenía contra su pecho. Renuncio a contarle mi dolor, cuando recordé claramente todo lo ocurrido y más aún, cuando vinieron a pedirme declaraciones a ver si yo había reconocido al asesino, que la justicia no había podido encontrar.

Dije que no había visto a nadie. La primera vez que salí de casa fue para ir al cementerio a rezar en la tumba de mi marido. Allí me pasó una cosa muy extraña: iba yo sola, me senté sobre un sepulcro cercano al de mi esposo, sentí un frío intenso, después me pareció que soñaba despierta, y vi a mi marido que levantándose de su sepultura, se acercó a mí y me dijo:

“No reces por mí, reza por tu padre y enseña a rezar a nuestro hijo por el que le ha dejado huérfano en el mundo. Los verdugos necesitan plegarias, las víctimas quedan purificadas. Ruega siempre por tu padre, Teresa, que tu misión en la Tierra es obtener su arrepentimiento”.

Experimenté una violenta sacudida, y vi junto a mí al guardián del cementerio, que me preguntaba:

-¿Está usted enferma, señora?

Desde entonces todos los días rezo por mi padre, y como usted ha visto, enseñó a rezar a mi hijo, y le hago besar el retrato de su abuelo, que conservo, siguiendo fielmente las instrucciones de mi marido, con el que sigo hablando con frecuencia.

-¡Que habla usted con el muerto! Le dije.

-Sí, con su Espíritu, que se comunica conmigo. Y entonces me contó lo que es el Espiritismo; por eso me gusta tanto oír leer las obras de Kardec, porque Teresa las tenía y me leyó algunas de ellas.

-¿Y qué más le dijo?

-Que la pobre, odiada por su padre y por la familia de su esposo, se encontró sola con su hijo. Fue vendiendo cuanto tenía, se puso a bordar y agotó su vida trabajando sin dejar lugar al descanso, siempre con el miedo de la Nochebuena; pues, por más que el Espíritu de su marido le decía que se tranquilizase, ella siempre temblaba por la vida de su hijo, hasta el punto de que resolvió trasladarse a Madrid, huyendo de su padre, al que nunca había vuelto a ver. Con mil apuros reunió dinero para el viaje, y yo fui la primera persona, con quien ella habló al llegar a la Corte.

Ya pronto llega la Nochebuena (me dijo por último) y tengo un miedo horrible, por más que mi marido me dice que mi padre está arrepentido, que es muy desgraciado, que desea pedirme perdón, y sobre todo que Feliciano ruegue por su abuelo, porque sus oraciones atraen al asesino al arrepentimiento y al bien. Pero yo he sufrido tanto, Ramona de mi alma, tengo tan gastadas las fuerzas de mi vida, que si yo llegase a ver a mi padre, la impresión creo que me mataría, y yo no quiero dejar a mi hijo. ¡Pobrecito mío!

Desde aquella noche, Teresa y yo hablábamos siempre de lo mismo y sin saber porqué, yo le decía a Feliciano:

-Mira, va a venir tu abuelito, y te traerá muchas cosas.

¿Vendrá por Nochebuena? (decía Feliciano) Voy a rezar mucho por él para que venga pronto y me traiga muchos caballos.

Teresa, al oír esto, se estremecía, me miraba, y yo trataba de animarla, pero veía que Teresa iba acabándose por momentos, y yo me acababa con ella, pues lo que sufrí entonces no es para ser dicho.

Llegó el día de Nochebuena y Teresa no se pudo levantar. Feliciano, el pobrecito, abrazado a su madre, le decía:

¡Mamá, levántate, que viéndote acostada me pongo muy triste!. Pero Teresa había llegado a los últimos momentos.

Llegó la noche, y la infeliz, aunque hacía esfuerzos para hablar a su hijo y hacerme varios encargos, se quedó como muerta. De pronto, se incorporó, señaló a la puerta, y me dijo con voz aterrada:

- ¡Mi padre! ¡Mi padre sube!...

-¡El abuelito! Gritó Feliciano con alborozo, y corriendo abrió la puerta, y salió a la escalera, gritando ¡Abuelito! ¡Abuelito! ¡Abuelito!...

Al oír los gritos del niño, Teresa experimentó una violentísima sacudida, y toda la cara se le iluminó, parecía que circundaba su cabeza una aureola de santidad. Ella y yo mirábamos a la puerta, por la cual no tardó en aparecer Feliciano, que tiraba del brazo de un señor viejo, gritando:

-¡Mamá, mamá! ¡Levántate, que está aquí el abuelito! Pero Teresa no pudo levantarse, porque al ver a su padre se quedó muerta. Éste se abrazó a ella, y Feliciano, no comprendiendo que había perdido a su madre, la juzgaba tranquilamente dormida.

-¡Abuelito! Exclamaba, déjala dormir, tendrá sueño, y está enferma. ¿Por qué has tardado tanto en venir? Ya me cansaba de llamarte con mis oraciones, pero mamá siempre me decía:

¡Reza por el abuelito, reza por el abuelito!

Al oír las palabras del niño, el padre de Teresa cogió a su nieto y lo apretó contra su corazón. ¡Qué cuadro aquel, qué cuadro! Crea usted que nunca lo olvidaré.

Teresa parecía que despedía luz, y su padre y el niño abrazados a ella formaban un grupo... que ahora parece que lo veo.

¡Qué Nochebuena tuvimos tan mala! Cuando Feliciano comprendió que no se despertaba su mamá, ¡Pobrecito! Partía el corazón al escucharle, pues tenía un entendimiento aquella criatura, que asombraba, y casi me daba más lástima todavía el padre. Como sabía yo toda la historia, conocía muy bien el tormento de aquel hombre, que estaba como aterrado.

Le hizo un entierro a su hija, que no quedó en Madrid un solo cura que no fuera. Se enteró de cómo había vivido, y cada vez que yo le decía:

-La señora se conoce que le quería a usted mucho, replicaba él:

-¡Mi hija ha sido una santa!

-¿Y el viejo fue al entierro de Teresa?

-Sí, señora, y no se separó de ella hasta verla enterrar. Cuando salimos del cementerio y le di el último beso a Feliciano, parecía que me arrancaban la vida.

-¿Y el niño? ¡Pobrecito! Él me decía:

“No llores, tonta, ¡No ves que me voy con el abuelito, que me comprará muchos caballos!”

-¿Y no ha vuelto usted a saber de él?

-No, señora, pero crea usted que Teresa y su hijo viven en mi memoria, y para mí es una noche muy mala, la Nochebuena.

¡Qué lucha sostuvo aquella débil mujer! Sola, enferma y pobre, adorando la memoria de su marido, temblando ante el recuerdo terrible de su padre y despertando en su hijo el más vivo cariño para el ser criminal que le había dejado huérfano... ¡Sólo la comunicación con el Espíritu de su marido era lo que le daba aliento!

¡Cuán necesaria es la comunicación espiritual! Ella despierta el sentimiento, nos induce a perdonar al que nos hiere y nos hace devolver bien por mal.

El Espiritismo les viene a recordar a los hombres, la única ley eterna:

¡El amor!

CAPÍTULO XLII

EL SUEÑO DE LOS DOS NIÑOS

Estábamos, una noche del mes de julio, en que el calor dejaba sentir su fastidiosa influencia, sentados con varios amigos en el salón del Prado de Madrid. Se habló un poco de todo, y por último le tocó al Espiritismo, y como es natural, unos hablaron en pro y otros en contra, llamándonos la atención que uno de los que componían el grupo, hombre que ya tendría sesenta años, persona muy entendida y de un trato excelente, al hablarse de Espiritismo enmudeció, y mientras todos hablaban a la vez, él con su delgado bastón trazaba círculos en la arena y movía la cabeza como respondiendo a su pensamiento.

-¿Y usted, qué dice, Mendoza? Le preguntamos.

-Yo no digo nada, Amalia.

-Pero usted tendrá su opinión formada.

-No, señora; no la tengo.

-¿Que no la tiene usted? Pues es muy extraño, porque un hombre como usted, que ha viajado tanto, que ha tratado a tanta gente, y que habrá visto tantas cosas, debe haber oído hablar de Espiritismo.

-¡Ya lo creo! Y he leído las obras de Allán Kardec, y he asistido a muchas sesiones espiritistas; pero estoy así creo no creo compadezco a los que lo niegan, envidio a los que creen en la supervivencia del Espíritu, y dejo pasar los años uno tras otro sin decidirme ni a negar, ni a creer; estoy como estaba el loco del cuento.

-¿Y cómo estaba ese loco?

-Según dicen, iba desnudo, como Adán, y llevaba una pieza de paño en la cabeza, esperando que llegase la última moda para vestirse. Yo espero la última creencia para creer. Confieso que sobre creencias no he fijado aún mis ideas; y crea usted que he tenido pruebas en mi vida que podían haberme convencido.

-¿De qué podían haberle convencido?

-De la verdad del Espiritismo.

-¡Sí!... ¿Y cómo? Cuénteme usted.

-No es ésta buena ocasión: somos muchos, y algunos se reirían.

-Hable usted en voz baja, ellos no nos escuchan. ¡No ve usted que ya los hombres hablan de política y las mujeres de modas! Descuide usted, que no se distraerán.

-También es cierto, y a usted, que emborriona tanto papel, no le vendrá mal saber una nueva historia.

-Ya lo creo; comience usted su relato.

-No crea que es nada de extraordinario; es decir, para mí sí lo es, y ha influido poderosamente en mi vida. Usted quizá ignore que soy viudo.

-Ciertamente, lo ignoraba.

-No lo extraño; muchos me creen solterón, porque no soy aficionado a contar a los demás, las cosas que sólo a mí me interesan.

Pues, como le iba diciendo, hace más de treinta años que soy viudo.

-¡Qué joven se casaría usted!

-A los veinte años; y me casé como se casa uno a esa edad, loco de amor. Viví cerca de un año en el paraíso. Mi esposa era bella como un ángel y buena como una santa, y al dar a luz a un niño quedé muerta en mis brazos. No le puedo a usted pintar la desesperación que sentí y el odio tan profundo que desde aquel instante, me inspiró mi hijo. Acusaba a aquel inocente de la muerte de su madre, y me enfurecía de tal manera, que no cometí un crimen, porque una hermana mía casada se apoderó del niño, lo crió ella misma, y me salvó de ser parricida.

Estuve viajando cuatro años seguidos. Mi hermana me escribía hablándome del niño, diciéndome que era tan hermoso como su madre, que hablaba tan bien, que era tan inteligente, que besaba mi retrato y siempre preguntaba cuándo vendría su papá; pero yo nada, sin conmoverme con estos preciosos detalles. Volví a España y persistí en no verle, sintiendo a la vez un odio feroz por todos los muchachos.

Una noche, estando en el café, vi llegar a mi cuñado, que corría como un loco. Me cogió del brazo y me dijo:

“Tu hijo se muere, y el pobrecito te llama; dice que ha soñado que se va a morir, y quiere ver a su padre”. Al oír estas palabras me pareció que me habían atravesado el corazón, y salí corriendo y llorando como un chiquillo. ¡Qué misterios guarda el corazón humano! ¡Le había odiado en vida y le lloraba muerto!...

Llegué a casa de mi hermana; que salió a mi encuentro sollozando y me llevó al cuarto de mi hijo. El niño estaba dominado por la fiebre; parecía dormido. Yo no sé lo que hice; le cogí en mis brazos; le cubrí de besos, le pedí perdón, y maldije mi locura de haber huido de aquel ángel. ¡Cuán hermoso era mi hijo!

-¿Y el niño, que hizo?

-¿Qué hizo? ¡Abrazarme, mirarme con delirio! Se volvía loco de alegría. Y aquella violentísima sensación le fue beneficiosa; pues, según dijo el médico, salió del peligro. Quince días viví extasiado con mi hijo. ¡No puede usted figurarse qué talento y qué penetración tenía!

Yo no me quise separar de él, ni aún para dormir. Dormíamos los dos juntos. Una mañana al despertarse me miró sonriéndose con tristeza, me acarició mucho y me dijo:

-¡Ahora sí que me voy!

-¿Dónde? Le dije yo temblando, sin saber porqué.

-Me voy con mamá; me lo ha dicho esta noche.

-¿Qué dices? ¡No te entiendo!

-Sí; con ésta ya ha venido dos veces, y me ha dicho que con ella estaré muy bien; pero siento dejarte.

-Déjate de tonterías, exclamé yo: ahora nos levantaremos y nos iremos de paseo.

-No, no, no me quiero levantar; que me están diciendo que ahora verás cómo se cumple mi sueño. Y reclinando su cabecita en mi pecho, se quedó muerto.

-¡Cómo se quedaría usted!...

-¡Como un idiota! Durante mucho tiempo no sabía lo que me pasaba, y cuando salí de aquel atontamiento, me principiaron a atormentar unos remordimientos tan horribles, que no descansaba ni de noche ni de día. Siempre pensando en mi hijo; lamentando el tiempo que pasé lejos de él.

Huí de la gente, y estuve al menos diez años sin querer tratar con nadie. Al fin, entré en mi estado normal: murió mi padre, y entre arreglar la herencia y atender a los negocios conseguí distraerme, y volví de lleno a la sociedad; pero sin mirar a ninguna mujer: tenía miedo de crearme una nueva familia. Así las cosas; estando una noche en el café con varios amigos, dijo uno de ellos:

-Reparen ustedes en este chiquillo que viene aquí: qué cara tan distinguida tiene. ¡Qué lástima que sea tan pobre!

Todos miramos, y vimos venir a un niño que tendría seis o siete años, vestido pobremente y con un cajoncito entre las manos en el cual llevaba cajas de fósforos. Se acercó a nuestra mesa, y nos ofreció su mercancía con una voz tan dulce, que nos encantó. Tenía una cara preciosa. Todos le compramos cerillas, y le dimos azúcar. Él se puso tan contento, y tomó tanta confianza, que, dejando su caja sobre la mesa, se me acercó diciéndome:

“Déjame un poquito de café, que me gusta mucho”. Me acordé de mi hijo, y suspiré interiormente. Le pregunté si tenía padres, y me dijo:

“Tengo mi abuela; mi madre se murió cuando yo vine al mundo”. Al oír estas palabras me estremecí, y seguí preguntándole si tenía padre. Contestó negativamente; y en esto vino el mozo que nos servía, y exclamó mirando al niño:

-¡Qué muchacho más guapo! ¡Y lo que éste sabe... es tan pillito!... El niño entretanto parecía que me conocía de toda la vida; cogió mi bastón, y alrededor nuestro se pasó toda la velada. Cuando salí del café, pensé mucho en aquel chicuelo, y pensé mil planes. Para no cansarla le diré que durante unos veinte días, todas las noches veía al niño en el café, cada vez me gustaba más, y hacía el propósito de encargarme de él; pero este carácter mío, que es la irresolución personificada, no me dejaba decidirme de una vez. Y cuidado, que al ver marchar a aquel inocente, solo, para ir en busca de su abuela, que vendía periódicos en otro café, me daba pena; sufría, y deseaba que llegase la noche siguiente para volverle a ver.

Una noche llegó al café, y nos dijo con mucha gracia:

-Cómprame entre todos, las cerillas que llevo; que cuando las vendo todas, mi abuela me da cuatro cuartos para mí; y yo quiero mis cuatro cuartos esta noche.

-¿Para qué? Le preguntamos.

-Para comprarme un bollo; que hace tres noches que sueño que me voy a morir; y dice mi abuela que cuando se sueña una misma cosa tres veces seguidas, aquello sucede; y por si me muero mañana, me quiero comer el bollo esta noche.

-Pues no te mueras con ese sentimiento: le dijo uno de mis amigos, y le dio los cuatro cuartos. Yo pretexté que tenía que hacer, y me salí con el niño. Entré con él en una pastelería inmediata, y le dije:

“Toma lo que tú quieras”. Comió lo que quiso, y al salir me hice acompañar por él hasta su casa.

-¿Me haréis el favor de ir mañana a mi casa con vuestro nieto? Dije a la abuela del niño. Éste se sonrió, y exclamó:

“Abuela ¿Cuándo crees tú que se cumple lo que sueña tres veces un niño?”

-Cuando Dios quiere, muchacho, dijo la anciana; déjame en paz. Y volviéndose a mí, me preguntó afectuosamente a qué hora deseaba que fuera. Le dije la hora y nos despedimos. Quiso el niño acompañarme algunos pasos, y antes de separarnos, se me acercó con cierto misterio. “Oye, exclamó, ¿Es verdad que sucede lo que los niños sueñan?”

Yo no supe qué contestarle: pensaba en los sueños de mi hijo, y me horrorizaba.

-No seas tonto, le dije por último; no hagas caso de los sueños, y hasta mañana. Sin replicarme me cogió la mano; me la apretó, cosa que nunca había hecho, y se fue. Yo llegué a mi casa, y en toda la noche no me fue posible conciliar el sueño.

Al día siguiente contaba las horas con afán. Dieron las once, que era la hora señalada, las doce, la una, y la anciana no venía con el niño. Yo que sabía donde vivían, fui a su casa, y me encontré a la pobre mujer rodeada de unas cuantas vecinas, que trataban de consolarla. Al verme, la infeliz me dijo sollozando:

-Ha muerto llamándole a usted. ¡Hijo de mis entrañas! ¡No era para este mundo!

Me llevó donde yacía el niño, el cual parecía estar durmiendo. Al verlo, sentí mi corazón destrozado como cuando murió mi hijo.

Ordené que le hicieran un buen entierro, y que le depositasen en el panteón de mi familia, y no le puedo a usted decir lo triste que me quedé y lo preocupado que estuve durante algún tiempo.

Un amigo mío espiritista me dijo que tal vez yo había visto dos veces a mi hijo sobre la Tierra. Entonces leí; asistí a algunas sesiones; pregunté, y distintos médiums me dijeron que el Espíritu de mi hijo tenía una historia muy triste y original. Que él era efectivamente el pequeño fosforero que supo ganarse mi simpatía. Que antiguamente había poseído el don de profetizar; mas habiendo hecho mal uso de la revelación, tenía que pagar algunas deudas.

Los presentimientos de sus dos últimas existencias, no habían sido sino manifestaciones del Espíritu profético que antes poseyera.

Yo pedía que mi hijo se comunicara, y una noche me dieron una comunicación, que no sé si sería de mi hijo.

-¿Pero usted es médium?

-No sé si me inspiran o si escribo yo solo. Yo nunca he hecho versos, y el Espíritu de mi hijo me dictó unos versos sencillos, pero llenos de sentimiento.

-¿Se acuerda usted de ellos?

LA LUZ DE LA VERDAD

-Únicamente de la cuarteta final, que decía:

Es la duda tu martirio,
es tu calvario y tu cruz;
mas los sueños de dos niños,
pueden darte mucha luz.

-¿Y aún duda usted de la verdad del Espiritismo?

-¡Qué sé yo, Amalia, que sé yo! Soy la personificación de la duda; pero, a pesar mío, a pesar de todo, viven en mi memoria esos dos niños, y están tan enlazados a mi vida, que me he hecho viejo pensando en ello.

-¿Y la abuela del niño?

-En mi casa de Aranjuez murió no hace mucho tiempo.

-Mas yo creo que si usted no se declara completamente espiritista, al menos no lo negará.

-Ah no, negarlo no; hago lo que he hecho esta noche, callarme, y entonces me parece que oigo la voz de mi hijo que me dice: **“acuérdate del sueño de los niños”** y me quedo tan absorto en mis pensamientos, que me olvido de cuanto me rodea.

Que hay algo más allá de la tumba no hay duda; porque sino, no tendrían explicación ni las simpatías ni las aversiones.

-Es muy cierto; se necesita estar loco para no creer en la vida de ultratumba.

-Entonces, amiga mía, dijo Mendoza levantándose: yo le debo la razón **“al sueño de los niños”**.

NOTAS BIOGRÁFICAS

En 1881 el director de la notable revista *El buen sentido*, D. José Amigó y Pellicer, escribió lo siguiente:

“Admiradores del celo propagandista, de Dña. Amalia Domingo Soler, de su sencillez, de sus relevantes prendas de carácter, de sus bondadosos sentimientos, la conceptuamos acreedora a una honrosa distinción, no de parte de unos cuantos correligionarios de una sola ciudad, sino de todos los de España, y aún los de todo el mundo. Atacaba al Espiritismo impunemente en Barcelona, desde el púlpito, el Obispo D. Vicente Manterola, sin que una voz varonil, entre tantos hombres ilustrados como profesan el Espiritismo en la capital de Cataluña, recogiese aquellos ataques y los rechazase públicamente; hubo de ser una mujer la que con valentía rebatiese todas las acusaciones por medio de la prensa, y esta mujer fue Amalia. Su libro **“El Espiritismo refutando los errores del Catolicismo Romano”**, es para Amalia un título de inmarcesible gloria, y una prueba evidente de que no bastan los hombros de un gigante, por robustos que sean, para sostener un edificio que se desploma”.

El distinguido escritor Sr. Ansó y Monzó, director de ***La Revelación***, de Alicante, fue el primero en recoger la idea de D. José Amigó, diciendo en las páginas de su revista:

“Nos asociamos con toda la sinceridad y con toda la efusión de nuestra alma, a tan justo como laudable pensamiento, para cuya realización nos hayamos dispuestos a prestar todo nuestro apoyo y cooperación, ya que tanto se merece nuestra apreciable colaboradora e incansable propagandista de nuestras ideas, la esclarecida escritora Dña. Amalia Domingo Soler, con cuya amistad hace tanto tiempo nos honramos. Den forma pues, al pensamiento de los que en tan buena hora lo han concebido, y tracen el camino que debe recorrerse para conseguir esa honrosa distinción que se desea, ya que a ella se ha hecho acreedora Dña. Amalia. Procuremos, nacionales y extranjeros, admiradores todos de las dotes que distinguen a nuestra ilustre compatriota, mejorar un tanto la precaria situación en que vive, apartando de su Espíritu los cuidados con que las indispensables necesidades de la vida la distraen y perturban, para que, más libre e independiente, pueda sostener el vuelo de su admirable inspiración y la lucidez de su inteligencia, al dedicarse a sus literarias tareas. ¿Quién habrá que llamándose espiritista, se niegue a contribuir con un pequeño óbolo a esta obra de justicia y de gratitud a un tiempo?”.

Explorados los ánimos de los adeptos al Espiritismo, por las aludidas revistas de Lérida y de Alicante, secundadas por la prensa espiritista de España, fue D. José Amigó quien formuló el proyecto de una pensión vitalicia para Amalia en este brillante artículo:

A los espiritistas nacionales y extranjeros: cuando nosotros huyendo de una fe que repugnaba a nuestros sentimientos y de un

dogma que no satisfacía a nuestra razón, vinimos a principios del año 1873, al campo del Espiritismo, los escritos y el nombre de Amalia Domingo Soler llenaban ya la prensa periódica espiritista de España y de las Américas. Sus lucubraciones filosófico religiosas, impregnadas de convicción y dulzura, llevaban a todas partes la buena nueva de una creencia regeneradora, Celestial, Divina, llamada a transformar la humanidad, salvándola del marasmo y de la perturbación moral en que la sumieran, por el fanatismo y la ignorancia, los eternos enemigos del progreso. Era ya a la sazón Amalia la heroína de la nueva idea; y a pesar de ser una débil mujer, peleaba en la vanguardia entre los más esforzados campeones.

Desde entonces no la hemos visto flaquear ni descansar un momento. Se multiplica de una manera prodigiosa, inconcebible, viéndosela aparecer simultáneamente en Europa y América, siempre prodigando los consuelos de su fe y comunicando a los demás el fuego que inflama su corazón.

Testimonios de su laboriosidad inagotable son: *El Criterio y El Espiritista*, de Madrid; *La Gaceta de Cataluña*, *La Luz del Porvenir* y la *Revista de Estudios Psicológicos*, de Barcelona; *La Revelación*, de Alicante; *El Espiritismo*, de Sevilla; *La Ilustración Espírita*, de México; *La Ley del Amor*, de Mérida de Yucatán; *La Revista Espiritista*, de Montevideo; *La Constancia*, de Buenos Aires; los *Annalidello Spiritismo in Italia*, en Italia, *El Buen Sentido*, de Lérida y otros periódicos que sería largo enumerar.

Es la encarnación de la bondad, de la sencillez, de la energía, de la nobleza de carácter, de la ternura fraternal, en un vaso frágil y delicado; es un alma grande en un cuerpo débil y enfermizo. Quien la conozca, quien la haya tratado y visto con su salud continuamente quebrantada, con sus fuerzas de niña, casi ciega como consecuencia de sus habituales vigiliadas consagradas al estudio y al trabajo, no comprenderá cómo pudo escribir durante el año pasado ciento dos artículos, publicados en multitud de periódicos y revistas de esta y de la otra parte del Atlántico.

Ahora bien, esa heroína de la virtud y del trabajo, esa alma angelical, esa eminente escritora de la Escuela Espiritista, vive en la más triste orfandad y se sienta a la mesa que la caridad le ofrece. Sin padres, sin hogar y sin familia, no tiene otro amparo que la conmiseración de alguno de esos seres generosos que la Providencia pone en el camino de las almas atribuladas. Amalia que jamás ha vendido su pluma, ignora cuando escribe alguno de sus artículos, que tanto consuelan a los que sufren, si al terminarlo se habrá agotado aquella conmiseración.

¡Oh, cuánto han de angustiar su Espíritu los temores de su inseguro presente y de su sombrío porvenir! ¡Cuántas veces sus lágrimas correrán sobre el papel donde derrama los tesoros de una inspiración cuyo ideal es, secar las lágrimas ajenas!

Hora es ya de que Amalia sepa que no está sola en el mundo. Urge hacer llegar a su oído una palabra que la aliente. No basta admirarla; es necesario que sus trabajos obtengan el premio que

merecen. Si viviese en una posición holgada, esta recompensa podría consistir en un objeto de arte que simbolizase sus merecimientos; mas en su actual estado, en su situación aflictiva, lo que debemos hacer es mejorar su suerte poniendo en sus manos los recursos que necesita para hacer frente a las necesidades de la vida. Amalia tiene derecho a ello; sacrifica su salud y ofrece toda la actividad de su alma en el ara santa del progreso, y por lo tanto, los que blasonamos de anteponer a todo, el bien de la humanidad, faltaríamos a un deber sagrado si dejásemos aquellos sacrificios sin la merecida recompensa. No se trata de hacer una obra de caridad, se trata de pagar una deuda contraída.

Para esta obra de justicia nos dirigimos a nuestros correligionarios. Tenemos la seguridad de que nuestra voz será oída y de que no hacemos sino formular una aspiración general.

Unámonos todos en el noble propósito de mejorar la aflictiva situación en que vive nuestra buena hermana Amalia, para que su Espíritu, libre de temores y de las inquietudes que le absorben, pueda remontarse a mayores alturas, en pos de los bellísimos ideales que acaricia y acariciamos todos.

En virtud pues, de las precedentes consideraciones, proponemos: formar por vía de suscripción voluntaria, una pensión perpetua de seis mil reales anuales, a favor de la distinguida escritora Amalia Domingo Soler.

Si la suscripción total no ascendiese a dicha cantidad, la pensión quedará reducida al importe de la suscripción; si excediere de los seis mil reales, el exceso se depositará en un Banco o Caja de Ahorros, para cubrir en su caso las bajas que ocurrieren entre los suscriptores.

Lérida, 15 de noviembre de
1880.

Por la Redacción de ***El Buen Sentido, José Amigó y Pellicer.***

La publicación del documento precedente causó honda impresión en el campo espiritista. Todos los periódicos reprodujeron el trabajo, y todos los centros se apresuraron a contribuir a la suscripción para crear una renta vitalicia para la buena y santa mujer que con el nombre de Amalia era el ángel del amor de todos los desheredados, siendo ella la más desamparada de la fortuna y de la salud.

No faltaron los espiritistas que lanzaron notas estridentes como músicos que no estudian bien la partitura y resultan torpes componentes del concierto armónico; pero la inmensa mayoría aceptó la hermosa idea expuesta por el director de *El Buen Sentido*.

La Revelación, de Alicante, publicó la siguiente adhesión entusiasta:

Sr. Director del El Buen Sentido:

”Con inmenso júbilo hemos leído en su periódico la acogida y ampliación que da al pensamiento, nacido a impulsos del sentimiento y justa gratitud, como merecido tributo a la fe inquebrantable, al talento

consagrado, sin descanso ni tregua alguna, a la propaganda del Espiritismo de nuestra querida hermana Amalia Domingo Soler.

Grande, noble y elevada es toda empresa que conduzca al hombre a mitigar las penas de sus semejantes; pero más sublime y santa es la que lleva a endulzar las amarguras de una existencia sumida en la orfandad, la pobreza, el trabajo y la virtud, títulos honrosos que unidos a la inspiración constante, a la fecundidad de ideas con que se distingue Amalia, forman en conjunto, esa brillante perla que desde el santuario humilde de la hospitalidad, envía sus resplandores por todos los confines del planeta.

No vamos a ejercer un acto de caridad, sino a reparar una falta que a largo tiempo cometemos, a pagar una deuda que pesa sobre la comunión espiritista, como frío sudario que amortigua nuestros más caros sentimientos. Somos la única escuela, en la época presente, que menos sacrificios se haya impuesto por uno de sus mejores sacerdotes, cuando éste, si bien se presenta en la arena como gigante atleta, como infatigable obrero a defender y levantar muros inexpugnables, que no pueden escalar ni los más grandes eruditos enemigos de nuestras regeneradoras creencias, es al fin, una mujer débil, con la salud quebrantada por el trabajo; que vive de la caridad.

No debemos permitir por más tiempo que este precioso tesoro, esta joya del Espiritismo, vague sin derrotero fijo, sin un hogar que le dé el derecho y la satisfacción de decir **“Esta es mi casa”**.

Así pues, confiamos en que todos los espiritistas, responderán a la voz de **El Buen Sentido**, acogiendo tan laudable propósito; pero una dolorosa experiencia aflige nuestro ánimo y entrevemos en tiempo no muy lejano, la decadencia o la extinción de esta benéfica obra, por la razón casi lógica de que las suscripciones repetidas, todas al fin, van al fracaso.

Somos hijos de la Tierra, fáciles a las impresiones primeras, con pasión vehemente y luego el soplo frío de la indiferencia agota todos los entusiasmos momentáneos y fugitivos. Por esta razón quisiéramos disipar nuestros temores, asegurando el porvenir de Amalia con un pequeño patrimonio, no a base de una renta eventual con la alza y baja y el consiguiente trabajo de la recaudación de cada mes o trimestre, sino una renta positiva y seguro producto de un capital que le pertenezca en absoluto, de libre disposición para terminar su importante misión entre nosotros.

Somos partidarios de que se modifique el proyecto de suscripción, y que éste sea donativo por una sola vez, como premio que merece la heroína del Espiritismo, reuniendo una cantidad que empleada en papel del Estado, o dándole colocación en una casa de sólida garantía, o en aquello que se creyera conveniente, pueda producir la renta que se desea. Esto es lo que verdaderamente debemos hacer los espiritistas, si queremos evitarnos remordimientos por haber abandonado a la débil navegante en el océano de la vida, sin prestarle un apoyo seguro que la ponga a cubierto de toda eventualidad”.

La Redacción de La Revelación.

Las ideas de unos y otros tradujéronse en una suscripción comenzada, como de costumbre, con gran entusiasmo y que languideció después, sin que sepamos su resultado definitivo. Se reunieron cantidades apreciables que entregadas a Dña. Amalia, ésta se apresuró a remediar con ellas, necesidades ajenas, porque en realidad era **una pobre que tenía el vicio de dar limosna de palabra y de obra**. Desencarnó tan desheredada como había vivido, no legando a sus semejantes más que sus escritos, que son como resplandores luminosos en la noche de nuestros egoísmos.

Para mayor ilustración, véase la carta que Amalia contesta a estas manifestaciones de sus colegas:

UNA CARTA HERMOSÍSIMA DE AMALIA

Señor Director de *El Buen Sentido*:

Querido hermano en creencias; uno de los sentimientos que deben engrandecer al Espíritu, es la gratitud, y profundísima gratitud guarda mi alma para el hombre generoso que inició una suscripción a mi favor, y para todos aquellos que han respondido a su humanitario llamamiento.

Por razón natural, los que han llorado mucho son los que saben agradecer, porque es necesario vivir en la sombra para apreciar lo que vale la luz; es preciso haber visto la muerte de cerca, para conocer el inmenso valor de la vida.

El objetivo de esta carta es, como debe usted comprender, para dar mi voto de gracias a todos los espiritistas que han secundado los nobles deseos de usted, y además quiero hacer una aclaración: la suscripción iniciada a mi favor, ha producido como era lógico, encontrados pareceres; unos se han adherido al pensamiento de usted; otros lo han rechazado, y por si alguno ha podido creer que yo escribía defendiendo el Espiritismo porque buscaba en él la base de mi porvenir, justo es que yo deje la verdad en su lugar.

Desde la edad de diez años comencé a escribir, y siempre he colaborado en algunos periódicos literarios o políticos, sin dejar por esto de trabajar para vivir, dedicándome a coser; pero mis ojos delicados y faltos de vista, por tener una gran debilidad en la retina, mortificados por el excesivo trabajo me han dejado años enteros en la más angustiada impotencia, y en el año 1877 comprendí con espanto que no podía ganarme mi sustento. Mis ojos fatigados se negaron por completo a secundar mis deseos, que nunca han sido otros que vivir de mi trabajo.

El año 1873, comencé a escribir en **La Revelación**, de Alicante, y como yo en el espiritismo encontré la vida; porque hallé la resignación y el convencimiento de que **lo que no se gana no se obtiene**, deseando difundir el consuelo, anhelando llevar un reflejo de luz al hogar de los pobres, el tiempo que había de emplear en murmurar del prójimo, lo aprovechaba en escribir, y todas las revistas espiritistas de España

acogieron mis escritos con fraternal benevolencia. En coser y en escribir ocupaba mi vida, hasta que, como he dicho antes; en el año 1877 me encontré en Barcelona, imposibilitada para atender a las primeras necesidades de la existencia, puesto que mis ojos se negaban a ayudarme; pero como cuando la expiación se acaba, el hombre encuentra seres amigos, la Providencia puso a mi paso una familia espiritista, cuyo jefe, con tono profético, me dijo:

- No puedes coser, porque perderías la poca vista que te queda; pero puedes escribir; las costureras sobran y escritoras faltan, sobre todo en el Espiritismo. Trabaja en difundir la luz, y la luz no faltará a tus ojos. En mi casa encontrarás la tranquilidad que necesitas; no pienses en ti, piensa en el bien que puedes hacer a los demás.

Acepté su ofrecimiento con profunda gratitud y con profunda pena al mismo tiempo, porque a los hijos del trabajo les gusta ganar el pan con el sudor de su frente.

Cumplióse la profecía del espiritista que me brindó hospitalidad, verificándose en mí un extraño fenómeno. Mis ojos se han negado a fijarse en las labores; se fatigan mucho si les obligo a fijarse en los libros; y si me pongo a escribir a las siete de la mañana y dejo la pluma a las siete de la tarde, no experimento más que un leve dolor encima de las cejas, y como yo creo que el hombre debe trabajar mientras aliente, por eso, trabajo, y no pudiendo hacer otra cosa que escribir, escribo, y creo que obrando así, cumplo con mi obligación.

Jamás he pensado en lo que será de mí mañana, plenamente convencida de que no sufriré más de lo que he sufrido y de lo que deba sufrir. Mi conciencia está tranquila, porque he trabajado cuanto he podido trabajar, y hoy trabajo cuanto me es posible en mis humanas fuerzas.

En el año 1878 escribí **ciento tres artículos**; en 1879, **ciento veintisiete**; en 1880, **ciento veinticinco**; y llevo escritos en el año actual **sesenta artículos**. Si más pudiera hacer, más haría; pero mi salud está muy quebrantada, y la noche no la puedo emplear en trabajo alguno.

Creo que he cumplido con mi deber dando esta satisfacción a los que hoy tanto se han interesado en mi favor.

Conste siempre que no he buscado en el Espiritismo **mi casa de la Tierra**, sino el progreso de mi Espíritu, la resignación, la esperanza, el consuelo supremo de las verdades eternas.

Pobre, y medio ciega, sin poder ganarme el sustento, porque la falta de la vista entorpece todos nuestros movimientos, tuve que aceptar, a pesar mío, la generosa oferta de la familia espiritista que me acogió en su casa, y hoy admito con profundo reconocimiento la pensión que me señalan mis correligionarios, porque nada poseo, porque nada tengo. Soy pobre de solemnidad, y el que como yo **se sienta a la mesa de otro**, no tiene derecho a rechazar lo que le ofrece la Providencia.

Lo repito: mi gratitud será eterna para el que inició la suscripción y para todos aquellos que se adhirieron a su pensamiento, y aunque con el transcurso del tiempo se llegase a entibiar y aún a

extinguir el interés que hoy inspiro a mis hermanos en creencias espiritistas, jamás olvidaré que un día se acordaron de mí; y en una humanidad tan indiferente, una prueba de simpatía y de compasión cariñosa, es una flor cuyo perfume embalsamará las horas de toda mi vida.

AMALIA DOMINGO SOLER
Gracia, 28 de Junio, 1881

DATOS HISTÓRICOS

DE LA RENTA VITALICIA, EL PAPEL DEL ESTADO O LA ENTREGA A AMALIA DEL TÍTULO DE PROPIEDAD DE UNA CASA, TODO SE REDUJO A UN DONATIVO EN FRACCIONES, CUYO MONTO TOTAL ASCENDIÓ A TRES MIL CIENTO TREINTA Y NUEVE REALES.

En el número de ***El Buen Sentido***, correspondiente al mes de junio de 1884, se lee el siguiente suelto, que acusa ya fastidio o cansancio de los donantes.

Advertencia:

-Las muchas ocupaciones que pesan sobre el director de ***El Buen Sentido***, no le permiten compulsar, con la oportunidad conveniente, los datos referentes a la suscripción a favor de Dña. Amalia Domingo Soler.

Rogamos a los que contribuyen con su óbolo a la pensión de la incansable propagandista del Espiritismo, se sirvan remitir sus voluntarias cuotas directamente a Amalia, en Gracia, calle del Cañón, número 9; de esta manera se excusan rodeos innecesarios, y Dña. Amalia podrá utilizar inmediatamente los productos de la suscripción, a medida que se le vayan remitiendo.

Y ya que de la pensión hablamos, hemos de manifestar, y lo manifestamos con profundo sentimiento, que sus productos han disminuido mucho. Al paso que vamos, de la pensión, en breve no quedará más que el recuerdo.

Gran entusiasmo al principio; después la indiferencia y el retraimiento. Sería en los espiritistas una imperdonable falta si dejásemos que el desaliento que llevan consigo la miseria y la orfandad se apoderase del ánimo de Amalia. Se trata de una mujer hija del pueblo, de una huérfana, de una animosa heroína del Espiritismo, apóstol de la verdad y de la justicia, que practica la caridad, consuela a muchos necesitados, porque Amalia se acuerda más de los otros pobres que de sí misma. ¡Y sin embargo, es tan pobre! No lo olviden los espiritistas, y ayuden a Amalia en la medida de sus fuerzas”.

LA LUZ DE LA VERDAD

Como puede verse, la suscripción estaba estacionada y había pasado ya la ola del entusiasmo. En los números siguientes de la revista *El Buen Sentido*, no se menciona para nada, la pensión vitalicia y únicamente en el número de diciembre del mismo año 1884, aparece el resumen de lo recaudado y entregado a la interesada; que fue la suma de 3.139,28 reales.

¡Eso es todo lo que hicieron los miles de espiritistas enamorados hasta el delirio de la admirable escritora, digna por cierto de mejor suerte!

¡Después...la idea de la pensión perpetua y demás proyectos, no pasó todo de ser ilusiones, sueños que se desvanecieron en el aire, como así sucede con todos los castillos que levanta la fantasía, en la arena movediza del mar de la vida mundana!

¡Pobre Amalia!

CAPÍTULO FINAL

Con este libro quiero una vez más, rendir homenaje a una mujer que con su esfuerzo titánico y abnegado, se convirtió en estandarte de un Ideal al cual se dedicó por entero.

Amalia Domingo Soler encontró en el Espiritismo la razón de su vida y la explicación para todos los sufrimientos y problemas que la angustiaron durante largos años. Fue una luchadora incansable: estudió el Espiritismo y se convirtió en la mayor divulgadora de esta maravillosa doctrina, pero lo más importante de todo es que supo vivirlo.

Con su trabajo, abnegación, sacrificio y renuncia, nos dio un ejemplo vivo de lo que debe ser un espírita. El Espiritismo hay que estudiarlo pero sobre todo hay que practicarlo.

Amalia Domingo Soler, dirigió la revista Espírita **La Luz Del Porvenir** durante los años 1879 al 1899. Desde el año 1873, empezó ese gran trabajo divulgativo del Espiritismo, que durante treinta y cinco años fue un verdadero tesoro de enseñanzas, derramado por el esfuerzo la dedicación y la elevación de Amalia. En el Espiritismo encontró la respuesta lógica a sus infortunios. A él se dedicó sin reparar en los esfuerzos y luchas que había de sostener en la propagación de su Ideal, el cual en muchos casos chocaba frontalmente con los conceptos dogmáticos e intolerantes de aquella época.

Desde ese momento empezó su trayectoria como escritora y poetisa al servicio del ideal Espírita.

Los relatos que estamos dando a conocer, fueron junto con otros escritos y poesías, una verdadera luz que iluminó y sigue iluminando la razón, de tantas personas que buscan la causa oculta de lo que sus sentidos le muestran, la explicación lógica de los acontecimientos que nos parecen fortuitos y en muchas ocasiones injustos.

Amalia nació el 10 de noviembre de 1835 en Sevilla, y desencarnó el 29 de Abril de 1909 en Barcelona.

Nuestra autora tuvo que vencer toda clase de dificultades a lo largo de su vida. En el orden físico tuvo grandes dolencias de visión desde su nacimiento, no conoció el afecto paterno, y a los 25 años de edad quedó huérfana de madre y sola en el mundo. Durante ciertos periodos de su existencia llegó a carecer del sustento mínimo para alimentarse, teniendo que recurrir a bonos de beneficencia para conseguir una ración de comida, ya que la enfermedad que sufría en la vista no le permitía desempeñar ningún trabajo, con el que poder cubrir sus mínimas necesidades.

Con este nuevo libro “La Luz De La Verdad” junto con “La Luz Del Camino” y “La Luz Del Porvenir” ya publicados y en un total de 60.000 unidades, distribuidos gratuitamente en España y en todos los países de América, damos por terminado este trabajo divulgativo. Divulgación que ese Espiritu querido y venerado por todos nosotros,

LA LUZ DE LA VERDAD

Amalia Domingo Soler, estuvo preparando y planificando, para que llegado el momento propicio fuese ejecutado.

Muchas gracias Amalia por ese inmenso tesoro de Luz que nos has brindado y muchas gracias Espíritu amigo por haber permitido que yo, a pesar de mi insignificancia haya podido participar de alguna manera en tu elevado trabajo.

José Aniorte Alcaraz

ÍNDICE

I	LA CARIDAD	14
II	¡LO MEJOR!	19
III	¡VEINTIDOS AÑOS!	25
IV	¿QUÉ DIEREMOS HOY?	29
V	EL ESPIRITISMO RACIONALISTA	32
VI	¡LLORAR POR DEJAR LA TIERRA!	34
VII	EL BUEN ESPIRITISTA	38
VIII	EL ESPIRITISMO ES AUTENTICO CRISTIANISMO	41
IX	LA CIENCIA Y EL ESPIRITISMO	43
X	LA REVELACIÓN POR EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA	48
XI	ABUSOS EN LOS MALOS CENTROS ESPIRITISTAS	57
XII	A UN MENDIGO DEL ALMA	62
XIII	UNA DE LAS GRANDES VERDADES	64
XIV	LA PEREZA	67
XV	ESPAÑA	70
XVI	LOS MALOS CENTROS ESPIRITISTAS	76
XVII	EN EL CAMPO	80
XVIII	A UNA ESPIRITISTA	82
XIX	LA MISIÓN DEL ESPIRITISMO	89
XX	EN UN LECHO DE FLORES	92
XXI	A TRINIDAD	96
XXII	ESPIRITISMO	101
XXIII	LA VIAJERA DE LOS SIGLOS	102
XXIV	¡TERESA!	107
XXV	¡JULIA!	111
XXVI	NO SABEMOS MIRAR	119
XXVII	¡AMOR!	123
XXVIII	EN LA SOMBRA.....LUZ	127
XXIX	EXTRACTO DE UNA COMUNICACIÓN	133
XXX	HACER CARIDAD A LOS ESPÍRITUS	138
XXX	HACER CARIDAD A LOS ESPÍRITUS 2ª PARTE	141
XXXI	LAS PLAGAS DEL ESPIRITISMO	147
XXXII	¡LA GRAN LEY!	151
XXXIII	QUIEN NO SIEMBRA NO RECOGE	158
XXXIV	¡CUÁNTAS LÁGRIMAS!	160
XXXV	REFLEXIONES	164
XXXVI	¡QUIEN MUCHO DEBE.....MUCHO PAGA!	167
XXXVII	EL CRIMEN TRAE EL CRIMEN	169
XXXVIII	¡DONDE!	173
XXXIX	¡AMPARO!	179
XL	¡CELSO!	184
XLI	LA NOCHEBUENA	189
XLII	EL SUEÑO DE LOS NIÑOS	195
	NOTAS BIOGRAFICAS	200
	DATOS HISTÓRICOS	206
	CAPÍTULO FINAL	208